ZAMORA

Murallas

"ZAMORA la bien cercada
de una parte la cerca del Duero
de otra peña tajada
de otra la morería
una cosa muy preciada".

Con estas palabras describe a la ciudad *El Romancero Viejo*, dentro del ciclo épico que cuenta el sitio a que fue sometida por las tropas castellanas de Sancho II en el año 1072, aunque los hechos que ahí se relatan tengan un valor más literario que histórico.

Zamora a vista de pájaro

La ciudad de Zamora se asentó en su más viejo emplazamiento, en un farallón de roca arenisca, de cortadas vertientes, en la confluencia del río Duero con el arroyo de Valderrey o de Valorio. Aunque en el solar más primitivo se han localizado algunos vestigios que se remontan a época visigoda, lo cierto es que los restos constructivos más antiguos que aún se conservan se datan ya en la Edad Media, período en el que la ciudad, desde su núcleo originario en torno a la catedral, va creciendo hacia el este, ocupando toda la plataforma rocosa y rodeándose a lo largo de todo ese período de tres sucesivos recintos amurallados.

Son muchos los autores que han dedicado su atención al estudio de estas fortificaciones, entre ellos el propio Gómez-Moreno, Amando Represa, Guadalupe Ramos o M.ª Luisa Bueno, aunque el análisis más detallado y reciente ha venido de la mano de José Avelino Gutiérrez González, expresado en diversas publicaciones y cuyas pautas han seguido otros.

La primeras noticias acerca de la repoblación de la Zamora medieval provienen de la *Crónica* de Ibn Hayyan, quien dice que en el año 893, Alfonso III "se dirigió a la ciudad de Zamora, la despoblada, y la construyó y urbanizó, y la fortificó y pobló con cristianos, y restauró todos sus contornos. Sus constructores eran gente de Toledo, y sus defensas fueron erigidas a costa de un hombre agemí de entre ellos". Aunque parece verosímil la existencia de ese antiguo recinto, nada de las actuales murallas puede identificarse con él e incluso no puede pensarse que lo que hoy conocemos como primer recinto pueda ser su heredero, ya que parece demasiado extenso para una época tan temprana.

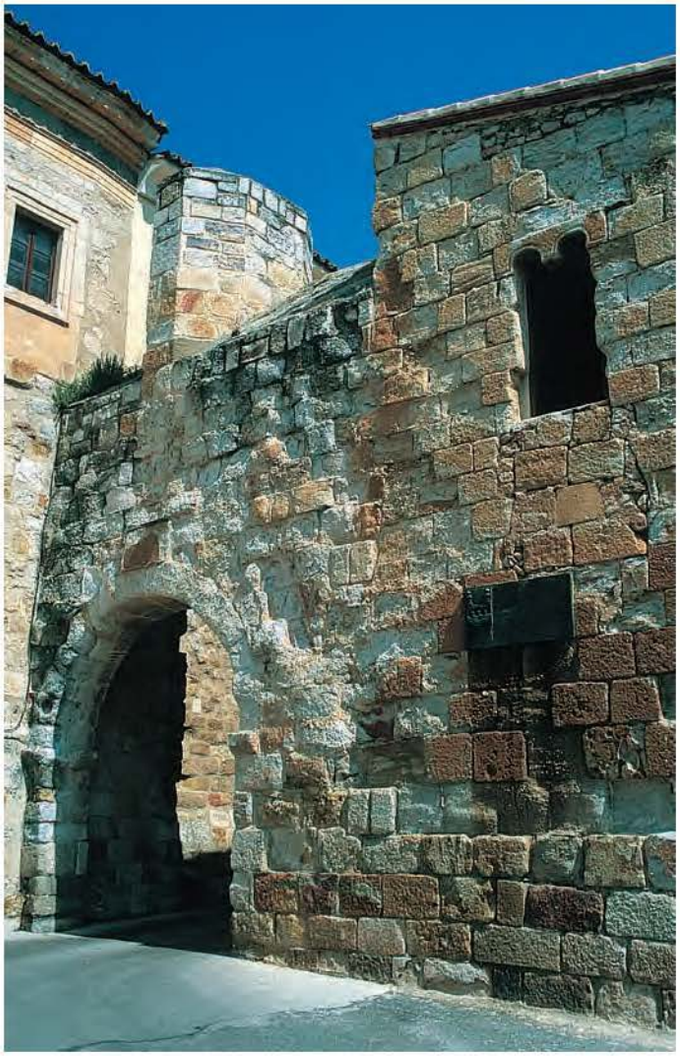
En el año 939, después de la batalla de Simancas, Abderramán III conquista la ciudad, aunque por breve tiempo pues inmediatamente pasa de nuevo a manos cristianas, si bien años después sufre un nuevo asedio y conquista por parte de Alaquen II y posteriormente por Almanzor, hasta que con Alfonso V (999-1027) queda definitivamente en manos cristianas. Hacia 1063 Fernando I, dentro de su política reorganizadora del Reino, otorga fueros a la ciudad y probablemente sea en estos momentos cuando se empieza con la renovación

Extremo occidental del primer recinto, englobando los dos centros del poder

y ampliación de las defensas, dando lugar a ese primer recinto, cuya más antigua mención se remonta al 20 de febrero de 1082, cuando Dulcidio Sarracéniz dona al presbítero Rodrigo una heredad junto a la *portae obtima zamorensse qui vocitant Olivares*. J. A. Gutiérrez, opina que, al margen de las noticias poco fiables que hacen referencia a las murallas en los episodios del cerco de la ciudad por Sancho II, la verdadera obra de esa antigua fortificación, tal como la conocemos, sería obra de Alfonso VI, por delegación en su yerno Raimundo de Borgoña, aunque sobre ella se han incorporado también numerosas reformas.

Este primer recinto abarca una superficie de 25,5 ha y su trazado, desde la Puerta Optima, de Olivares o del Obispo –como hoy se la conoce–, junto a la catedral, pasa ante la Casa del Cid y comienza a descender por las Peñas de Santa Marta, en cuya parte más alta se halla un postigo descubierto hace escasos años. Discurre después ante la iglesia de San Pedro y San Ildefonso –donde hubo otra puerta, de la que se conservan leves restos–, enlazando con San Cipriano –con otra puerta más, también con algunos restos– y dirigiéndose hacia la calle de los Herreros, donde giraba, discurriendo entre esta última calle y la de Balborraz, para dirigirse hacia la iglesia de San Juan de Puerta Nueva, donde se hallaba precisamente esa Puerta Nueva. Desde aquí se dirigía hacia el norte, siguiendo la actual calle Ramón Álvarez, para girar de nuevo hacia el oeste, recorriendo la calle Mesones para llegar a la plaza de la Leña –llamada así por ser el lugar en que se vendía este material–, donde se abre un postigo e inmediatamente después la Puerta de doña Urraca, en un tramo salpicado de cubos semicirculares, que se prolongaban por todo el flanco norte de la ciudad, donde más lienzos se conservan. Hacia la mitad de este sector, donde recientemente se ha construido un aparcamiento subterráneo, se hallaba la Puerta de San Martín, completamente desaparecida, pero cuyos lienzos se pueden seguir prácticamente hasta la Puerta del Mercadillo, adaptándose perfectamente a los escarpes rocosos. Un muro prácticamente liso continúa en adelante, dando lugar, cerca de la iglesia de San Isidoro, al pequeño acceso conocido como Postigo de la Traición, vinculado a la leyenda de la muerte de Sancho II por Bellido Dolfos. El último tramo del muro bordea el espigón delante de Santiago el Viejo y del Barrio de Olivares, envolviendo el castillo –en cuya fábrica está integrado el postigo de Santa Columba– y discurriendo ante la catedral, en los límites del palacio episcopal.

La construcción de los muros es bastante compleja, sobre todo porque existen múltiples reconstrucciones y modernas restauraciones, todas ellas detenidamente analizadas por J. A. Gutiérrez. En general la fábrica se hizo a base de mampostería y sillería de arenisca local, empleándose aquélla preferentemente en los sectores del sur, mientras que los sillares son más característicos de los paramentos del norte. Se remató probablemente a base de merlones rectangulares, desaparecidos en buena parte y sustituidos en otros tramos por otros posteriores. Se con-



Primer recinto: Puerta Óptima, de Olivares o del Obispo

El primer recinto entre la iglesia de San Cebrián y la calle de los Herreros

serva en una altura en torno a los 8 m y su anchura era muy variable, cerca de los 4 m en torno a la Plaza Mayor o en las inmediaciones de la Puerta de San Martín, y 2,80 m en los alrededores de la Casa del Cid. En cuanto al foso, sólo se ha documentado un pequeño sector en las excavaciones que se hicieron junto a la iglesia de San Juan de Puerta Nueva.

En total este primer recinto tuvo once accesos: Puerta del Obispo, Postigo junto a la Casa del Cid, Puerta de San Pedro, Puerta de San Cebrián, Puerta Nueva, Postigo de la Reina, Puerta de doña Urraca, Puerta de San Martín, Puerta del Mercadillo, Postigo de la Traición y Postigo de Santa Columba, este último integrado ya en el castillo. De todos ellos han desaparecido por completo la Puerta Nueva y la de San Martín, aunque otras han sufrido graves mutilaciones. Entre el resto podemos destacar la de doña Urraca, y la del Obispo.

La Puerta de doña Urraca, parcialmente reconstruida y conocida también como Puerta de Zambranos, está formada por dos arcos de medio punto –uno de ellos preparado para albergar un rastrillo–, entre los que se dispone una corta bóveda de cañón. Al exterior el cuerpo de la puerta queda flanqueado por dos potentes cubos semicirculares, mientras que al interior la calle se ha tallado parcialmente en la propia roca, suavizando así un recorrido que tuvo que abrirse sobre escarpes naturales. Los remates originales se han perdido y el relieve que se halla sobre el arco se encuentra en tal estado de erosión que ha dado lugar a controvertidas interpretaciones. Junto a ella se ve aún una pequeña y sencilla puerta, cegada ahora pero citada desde 1248 como el Postigo de la Reina; pudo ser también un acceso al palacio de doña Urraca, situado intramuros, un edificio que Guadalupe Ramos considera construido ya en la Baja Edad Media.

El primer recinto entre la Puerta de San Martín y la del Mercadillo

Intramuros del Postigo de la Traición

Similar a la Puerta de doña Urraca debió ser la Puerta del Mercadillo, de la que se llegan a conocer fotografías pero de la que sólo queda su cubo oriental; y tal vez lo fueran también las de San Cebrián y San Pedro, aunque estas dos últimas desaparecieron casi por completo.

Mucho más sencillos son los postigos, de variada forma y dimensión pero constituyendo siempre un simple arco abierto en el muro, un tipo que en cierto modo es el que caracteriza también a la Puerta del Obispo, conocida en la Edad Media con los nombres de Puerta Óptima –seguramente por la importancia de la misma, junto al centro político y religioso de la ciudad– o Puerta de Olivares, por la comunicación directa con este arrabal. Su actual estructura es un cubo que debió tener un adarve almenado, aunque las distintas reformas han alterado su forma; aun así esta puerta es el resultado de una renovación llevada a cabo en el año 1230, colocándose entonces una inscripción conmemorativa cuya creciente erosión dificulta la lectura, aunque todavía en 1861, cuando la transcribió Quadrado, se conservaba completa. Se articula en ocho renglones interlineados, con letra gótica, cuyo texto actual podemos completar con la que aportó aquel autor:

[ERA : MILLESIMA : DUCENTESIMA : SEXAGESIMA : OCTAVA]
[ALFONSUS : REX : LEGIONIS : CEPIT : CACERES : ET : MONTANCHES : ET]
[MERITAM ET BA]DAIOZ : ET : VICIT : A[BENFUIT]
[RE]GEM : MAUROR(um) : Q(u)I : TENEBAT : XX : MÌLIA]
EQUITVM : ET : LX : MILIA : PEDITVM : ET : ZAM[OREN]
SES : FUERUNT : UICTORES : IN : PRIMA : ACI[E : ET]
EO : ANNO : IPSE : REX : VIII : K(a)L(endas) : OCTOB(r)IS : OBII[T : ET XLII]
ANNIS : REGNAVIT : ET : EO : ANNO : FACTVM : FVIT : HOC : POR[TALE].

Cuya traducción es:

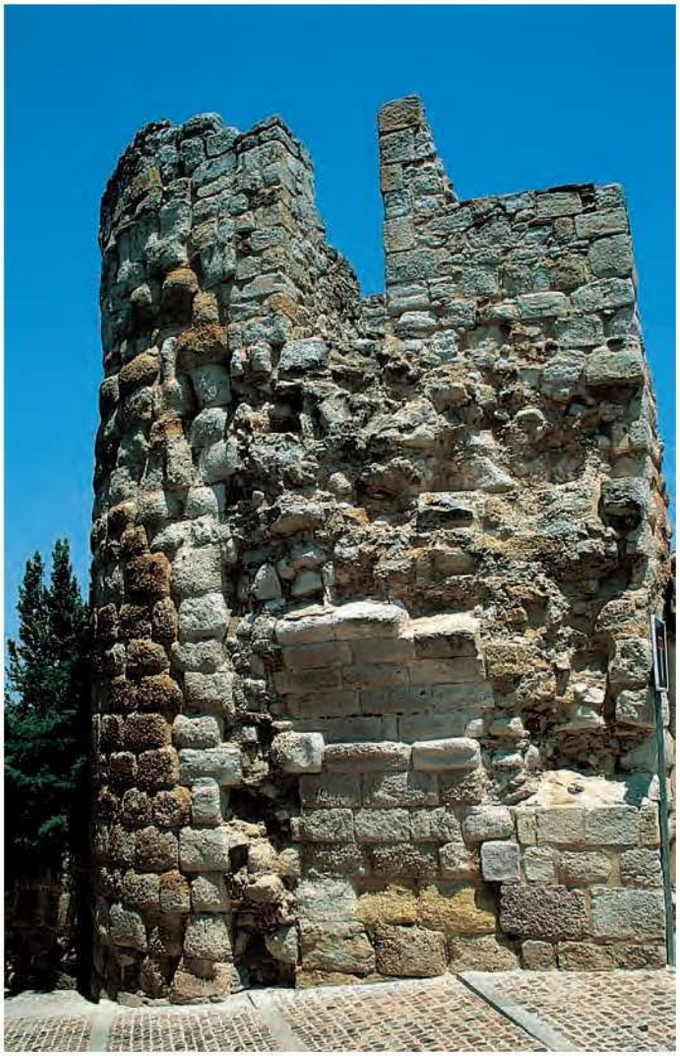
> "En la era milésima ducentésima sexagésima octava (año 1230), Alfonso, rey de León, tomó Cáceres y Montánchez y Mérida y Badajoz, y venció a Aben Hut, rey de los moros, que tenía veinte mil caballeros y sesenta mil peones, y los zamoranos fueron vencedores en primera línea. Y este año murió el mismo rey, el día octavo de las calendas de octubre (24 de septiembre). Y reinó 42 años. Y este año se hizo esta puerta".

Este dato confirma la constante renovación de los recintos defensivos de las villas medievales, cuyas destrucciones, bien por causas naturales, bien por campañas militares, estaban a la orden del día, de modo que los restos que han llegado hasta nosotros son un verdadero rompecabezas, muchas veces difícil de interpretar y de fechar. José Avelino Gutiérrez se inclina por considerar a todas las puertas y portillos más o menos de la primera mitad del XIII, considerando que el lienzo que más visos tiene de ser original es el de mampuesto que se halla en torno a la Casa del Cid, cuyo postigo, a nuestro entender perfectamente integrado en el muro, se puede remontar también a esos momentos fundacionales de tiempos de Fernando I y Alfonso VI.

De todos modos este recinto, trazado en la segunda mitad del siglo XI y renovado intensamente y de forma constante a lo largo de los siglos siguientes, debió quedarse rápidamente pequeño pues pronto empiezan a surgir arrabales extramuros. Es muy posible que esta obra dejara extramuros, incluso ya en el mismo momento de su construcción, alguna zona poblada, como podían ser los entornos de Santiago el Viejo o Santo Tomé –iglesias cuya fábrica se remonta también a fines del siglo XI– o el propio

El primer recinto en su extremo oeste, bordeando el castillo

Puerta de doña Urraca y Postigo de la Reina, formando parte del primer recinto



Restos de la Puerta del Mercadillo, en el primer recinto de la muralla

Inscripción en la Puerta del Obispo

barrio de Olivares. No obstante la cita del año 1082, a que antes hemos hecho alusión, donde a la Puerta del Obispo se le llama "de Olivares", no indica necesariamente que fuera una zona poblada, pues bien podía ser precisamente eso, una vega dedicada al cultivo del olivo.

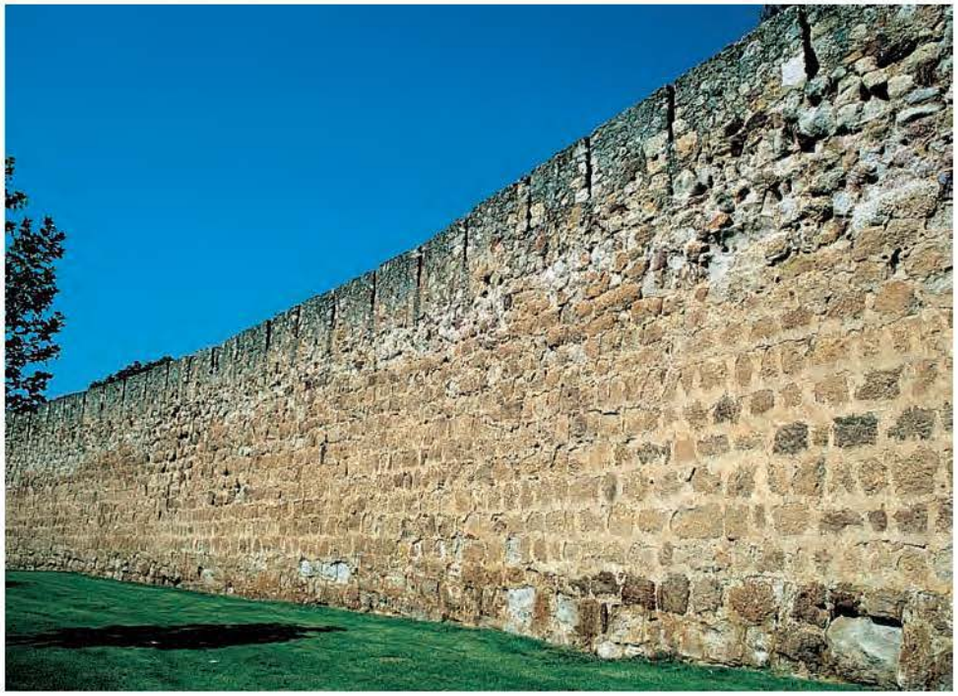
El rápido crecimiento de la ciudad dio lugar a nuevos barrios extramuros, constituyendo primero espacios abiertos, con numerosos campos de cultivo entre las distintas colaciones, para, hacia fines del siglo XII, conformar un abigarrado núcleo que se iba extendiendo hacia el extremo oriental de la plataforma rocosa sobre la que se asentaba la ciudad, un ensanche sumido en una fiebre constructiva y que es conocido genéricamente como El Burgo. Hay muchas dudas acerca del momento en que se todos estos barrios quedaron encerrados dentro de una nueva muralla, la que constituye el Segundo Recinto, aunque se ha considerado que debe coincidir con el período en que los reinos de Castilla y de León están separados y además enfrentados, unas circunstancias a las que los reyes leoneses Fernando II (1157-1188) y Alfonso IX (1188-1230) responden con la fortificación y nueva repoblación de muchas de sus villas importantes, como Toro, Villalpando o Castrotorafe, sospechándose también que en Zamora se llevarían a cabo iniciativas similares. Según A. Represa la expansión de El Burgo coincidiría con su amurallamiento y a favor de tal idea esgrime la noticia datada en 1138 en la que se menciona el monasterio de San Torcuato, situado *inter ambos muros*, aunque Fernández Duro sostenía que en 1139 ese monasterio quedaba extramuros. Alude igualmente Represa a otra referencia de 1164, en la que el arcediano Juan dona al monasterio de San Martín de Castañeda una corte, situada en la colación de San Miguel del Burgo, cuya salida se hallaba *in illa corredoira qui pergit ad portam sancti Michaelis*, una puerta que identifica con la que después se llamará de Santa Clara, pero que J. A. Gutiérrez entiende que puede referirse también a la puerta del propio monasterio de San Miguel. Cuando ya en 1299 se habla de "la puerta del castiello de sant Andrés", junto a la parroquia de este nombre, nadie discute que se están refiriendo a la nueva muralla.

Un recorrido por lo poco que queda de este Segundo Recinto podemos comenzarlo desde la misma Puerta de doña Urraca, que ya quedará incluida, por muy pocos metros, dentro de la nueva muralla. Siguiendo en dirección norte bajaba por la costanilla de San Bartolomé, donde se conserva un pequeño lienzo, ya renovado en tiempos antiguos y que enlazaba con la desaparecida Puerta de la Feria. Seguía por la ronda de la Feria –donde ha desaparecido por completo–, para quebrar hacia el este, con un lienzo aún conservado, hasta enlazar con la calle de Santa Ana, donde se hallaba la puerta de este nombre, aún en pie

cuando Gómez-Moreno redactó su *Catálogo Monumental de la provincia de Zamora*. Entre la Puerta de Santa Ana y la de San Torcuato, situada al cabo de esta calle, se conserva también otro pequeño tramo de sillería, y más adelante, al comienzo de la calle de Alfonso IX, encontramos algunos metros más, dentro del escaparate de un moderno edificio. Hasta el siglo XX se conservó a lo largo de toda esta calle un buen tramo, uno de los más completos de todo el recinto, salpicado de cubos semicirculares o semicirculares prolongados, pero de él sólo nos han quedado algunas fotografías y la descripción que hizo Gómez-Moreno, quien veía aquí similitudes con las murallas de Ávila; antes que el muro, en 1883 y 1888, se demolió también la Puerta de Santa Clara –"a despecho de las Academias", según apostilla el mismo autor–, sin duda la más importante de la ciudad bajomedieval. Siguiendo ya en dirección sur, en el encuentro de la calle de San Pablo con la avenida de Portugal se hallaba la Puerta de San Pablo, a cuyo costado sur aún se conserva un lienzo que remata en un cubo rectangular, en el inicio de la ronda del Degolladero, donde el muro gira bruscamente hacia el oeste, siguiendo un trazado quebrado a través de esta calle, encaramándose de nuevo sobre la roca. Aquí la muralla está muy rehecha en distintos momentos, con aparejos de la más diversa factura, precedida actualmente por un espacio ajardinado donde se puede ver el encuentro con el tercer recinto. Desde este punto, siguiendo una trayectoria hacia el oeste, aún se conservan algunos pequeños retales, entre ellos, en la confluencia de la Cuesta del Caño y de la calle Monforte, restos de la que debió ser aquella "Puerta del castillo de San Andrés" de que habla el documento de 1299 y que aparece en el dibujo de la ciudad que en el siglo XVI hiciera Anton Van den Wyngaerde. Finalmente atravesaba la calle Balborraz buscando el encuentro con el Primer Recinto en la parte baja de la calle de los Herreros.

En total este Segundo Recinto, según J. Avelino Gutiérrez, tenía 1.970 m de trazado, encerrando una extensión en torno a las 32 ha, con una altura máxima conservada de 6 m y una anchura en torno a los 3 m, contando con unos lienzos de sillería y otros de mampostería. A lo largo de sus muros se abrían siete puertas: la de la Feria o de San Bartolomé, de Santa Ana, San Torcuato, Santa Clara –llamada antaño San Miguel del Burgo–, San Pablo, San Andrés y de Balborraz. Generalmente su estructura era similar a algunas de las del Primer Recinto –como la del Mercadillo o la de doña Urraca–, enmarcadas por cubos semicirculares de flanqueo, aunque en el dibujo de Van den Wyngaerde se ve la de San Andrés compuesta por un torreón. Su desaparición comenzó ya en 1555, cuando se manda derribar el Arco de Balborraz debido a su estado ruinoso y no mucho después debió ocurrir lo mismo con la de San Andrés; hacia 1732 desaparece la de San Bartolomé y el cubo que en 1872 quedaba de la de San Torcuato es demolido poco después; en 1883, en medio de una fuerte polémica, se desmantela la de Santa Clara y en 1897 la de San Pablo; finalmente, de la de Santa Ana, aún visible en los planos municipales de 1892-1905, hoy sólo quedan algunos restos.

Encuentro del segundo y tercer recinto en la Ronda del Degolladero



Restos del tercer recinto en el extremo sureste de la ciudad medieval

Paralelamente al crecimiento de El Burgo van surgiendo otras pueblas en distintas direcciones: La Vega, Sancti Spiritus, Las Eras, Olivares, San Frontis, Cabañales o la Puebla del Valle. De todas esta última será la más importante, asentada entre la margen derecha del río y las peñas y donde ya en 1126 se hallaba el monasterio de Santo Tomé, al que después se sumarán las parroquias de San Julián del Mercado (fundada en 1167), Santa Lucía, San Leonardo y Santa María de la Horta.

Hacia 1325, durante el tumultuoso reinado de Alfonso XI, de nuevo se produce una renovación de fortificaciones en muchas ciudades, entre ellas las de Toro y Zamora, donde según cuenta la *Crónica de Alfonso Onceno* "se comenzaron luego a labrar et a enderezar los muros e a fazer otras labores nuevas con que se fortalescieron más de lo que estaban", una noticia que se ha interpretado en relación con la construcción del Tercer Recinto, el que encierra a la Puebla del Valle, obras que lógicamente irían acompañadas también de nuevas intervenciones en las viejas fortificaciones.

El tercer recinto abarca una extensión aproximada de 13 ha, con unos muros de sillarejo que se elevan hasta los 6 m de altura y con un espesor en torno a los 3,30 m. Se unía al Primer Recinto en las Peñas de Santa Marta, a oriente de la iglesia de San Pedro y San Ildefonso y recorría la orilla del río –cuyo trazado ha desaparecido por completo– hasta encontrarse con la ronda del Degolladero, donde hoy nos encontramos sus restos; por esta calle ascendía, en dirección norte, hasta encontrarse con el Segundo Recinto. De las cinco puertas que tuvo –la del Pescado, la del Puente, la de las Ollas, la del Tajamar y la Puerta Nueva, sólo ha sobrevivido un flanco de esta última, en la calle que lleva su nombre, ante la ronda del Degolladero. No lejos de ella, entre la menuda mampostería de los merlones, se aprecia la parte superior de un capitel, cuya traza nos induce a pensar en la posibilidad de que se trate de una pieza románica, tallada en las cuatro caras.

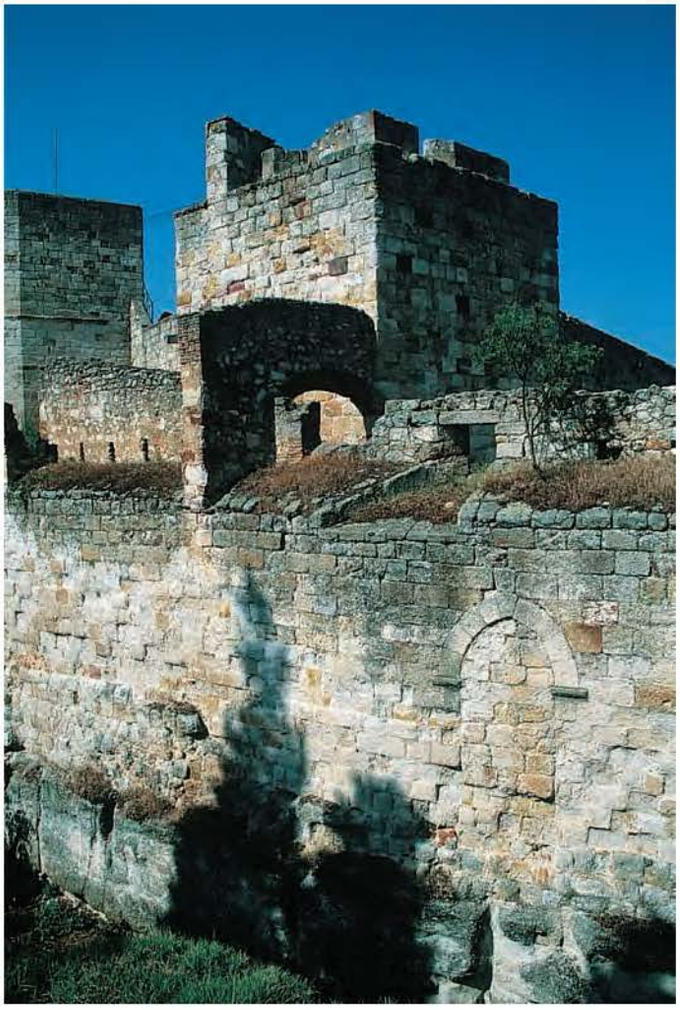
Formando parte de las defensas de la ciudad se halla también el castillo, ubicado en el extremo occidental, sobre las peñas que dominan el barrio de Olivares y la iglesia de Santiago el Viejo. Presenta planta romboidal, con tres recintos, más foso en el lado que mira a la ciudad, presentando en el recinto interior, el más sólido y regular, torres pentagonales en cada uno de los extremos del eje mayor, y otra torre heptagonal en lienzo oriental. El segundo recinto, la Barbacana, es más irregular, sin torres y en los lados norte y oeste se corresponde con el Primer Recinto de la muralla de la ciudad, donde se encuentra la Puerta de Santa Columba, citada documentalmente en 1168 y compuesta por un arco apuntado, de cronología más tardía, con impostas de nacela, hoy tabicado. Por el lado de la ciudad precede al foso, abierto en la roca, con la puerta principal, salvada mediante un puente. El tercer recinto, al otro lado del foso, era un revellín estrellado, de época moderna, del que apenas quedan algunos restos. No cabe duda que el origen de esta fortaleza debe vincularse con la repoblación más antigua de la ciudad, aunque las reformas son una constante a lo largo de su historia, especialmente las acometidas entre los siglos XVI y XVIII, que

Posible capitel románico en un merlón del tercer recinto

dotaron al castillo de la estampa que hoy podemos contemplar, sobreviviendo de época plenomedieval y sobre todo de la bajomedieval la puerta principal y algún lienzo, como el oriental de la barbacana, donde se aprecia una antigua puerta con arco apuntado. Su vinculación al período románico viene confirmada también por un fragmento de jamba –depositado en el Museo de Zamora–, decorado a base de boceles y mediascañas en disposición de zig zag vertical, de formato idéntico a las que decoran alguno de los arcos interiores de la iglesia de Santa María del Azogue, en Benavente, aunque el motivo que se puede encontrar igualmente en tierras leonesas y asturianas.

En resumen, puede decirse que el conjunto de defensas de la ciudad –al margen de posibles amurallamientos llevados a cabo a fines del siglo IX o durante el siglo X–, tal como lo conocemos hoy, se van conformando desde la segunda mitad del XI, con sucesivas ampliaciones a lo largo de la Edad Media, con interminables renovaciones de estructuras y paramentos a lo largo de ese período y durante toda la Edad Moderna, para llegar a los siglos XIX y XX, cuando sucumben bajo la piqueta muchas de las defensas. Que el Primer Recinto fue levantado en tiempos de Fernando I y de Alfonso VI no parece ponerlo en duda ningún autor, aunque la mayor parte de sus puertas serían rehechas en la primera mitad del siglo XIII. Dentro de sus muros se hallaban los centros del poder, el castillo y la catedral, con las gentes vinculadas a estos oficios, en medio de una gran densidad de población ya a comienzos del siglo XII, según atestiguan diversos documentos; aquí estaban igualmente las colaciones de Santa Colomba, San Isidoro, San Martín el Antiguo, San Marcos, San Miguel de Mercadillo, San Pedro, otro San Martín, Santa María Magdalena, Santa María la Nueva, San Cebrián, San Juan de Puerta Nueva y San Simón. Un eje longitudinal, el Carral Mayor, discurría de oeste a este y se conoce la existencia de pobladores de origen astur-leonés, mozárabe y numerosos francos, siendo el lugar de residencia de la élite local durante toda la Edad Media y, al menos durante los últimos siglos de este período, el lugar donde se hallaba la aljama judía, con su sinagoga, en el entorno de las colaciones de San Cebrián y San Simón.

Más problemática resulta la fecha de construcción del Segundo Recinto, por la sutil lectura de las fuentes históricas y por la desaparición de buena parte de su recorrido. Para Represa y la mayor parte de los autores, se construiría seguramente en la primera mitad del siglo XII, pero J. A. Gutiérrez pone en duda la interpretación de las fuentes que sostienen tal teoría, quedándose con la fecha de 1299 como la de la primera mención segura; no obstante cabe destacar el enorme parentesco que parece que tuvieron sus puertas y cubos con los que se reconstruyeron en el Primer Recinto a comienzos del XIII, por lo que en consecuencia cabría llevar a esos mismos años toda la obra del Segundo Recinto. Esta ampliación de la muralla encierra ahora al burgo comercial, organizado urbanísticamente en torno a cuatro largas calles, cuatro ejes radiales que llegaban a otras tantas puertas: Santa Ana, San Torcuato, Santa Clara y San



Barbacana del castillo, con un antiguo postigo clausurado

Andrés-San Pablo. Dentro estaban las colaciones de San Bartolomé, San Sebastián, San Antolín, San Esteban, San Torcaz, San Vicente, Santiago del Burgo, Santo Tomás de Canterbury, San Miguel del Burgo, San Salvador de la Vid, San Polo, San Andrés y Santa Eulalia del Burgo. También en esta ampliación se conoce la presencia de la comunidad hebraica, cuya "judería nueva" se hallaba en el extremo norte, en la zona conocida como Puebla de la Lana.

Finalmente la última ampliación se lleva a cabo en la primera mitad del siglo XIV, encerrando el populoso sector de la ciudad en torno al río, donde vivían los artesanos, cuyas diferentes actividades han quedado rememoradas en la denominación de las calles. Aquí estaba la "judería vieja" y se hallaban las colaciones de Santa Lucía, San Julián del Mercado, San Leonardo, Santa María de la Horta y Santo Tomé, siendo el eje principal el formado por las calles Puerta Nueva y Zapatería, que en paralelo al río ponían en comunicación esa puerta de la muralla con la plaza de Santa Lucía.

Pero la Zamora medieval no fue sólo la de intramuros. Si los diversos nombres con que aparecen algunas iglesias o colaciones en la documentación –por ejemplo San Martín, San Martín el Viejo, San Martín de los Caballeros, San Martín el Pequeñino, San Martín Eremus– a veces hacen complicada la labor de identificación, de lo que no cabe duda es que la ciudad contó con un nutrido grupo de iglesias, casi todas surgidas durante el período románico y que no sólo se hallaban dentro de los distintos recintos amurallados, sino distribuidas en una serie de pequeñas pueblas del entorno, a modo de aldeas satélite. Es el caso de los templos del Santo Sepulcro (conocido en 1167), San Frontis, Santiago el Viejo, de los Caballeros o de las Eras (de comienzos del XII), el Espíritu Santo, Santa María de la Vega (citada en 1150), Santa Olaya de la Vega, Santa Susana de Campluma, Santo Domingo del Vayo, Santa María del Camino o San Claudio de Olivares, que desde sus orígenes y a lo largo de casi toda su historia fueron parroquias básicamente de artesanos y de labradores.

Texto y fotos: JNG

Bibliografía

ALFONSO ANTÓN, M.ª I., 1993, pp. 39-43; ÁLVAREZ MARTÍNEZ, U., 1889 (1965), pp. 98, 130, 131-133 y 184; ÁVILA DE LA TORRE, Á., 2000, pp. 13-15; BENITO MARTÍN, F., 2000, pp. 155-159; BUENO DOMÍNGUEZ, M.ª L., 1983, pp. 87-95; BUENO DOMÍNGUEZ, M.ª L., 1988, pp. 83-95; COBOS GUERRA, F. y CASTRO FERNÁNDEZ, J. J. de, 1998, p. 61; ENRÍQUEZ DE SALAMANCA, C., 1998, pp. 32-35, 69; 70; ESTEPA DÍEZ, C., 1988, p. 273; GARCÍA RUBIO, J. M., 1984, fotos 30, 55; GÓMEZ-MORENO, M., 1927 (1980), pp. 83-87; GUTIÉRREZ ÁLVAREZ, M., 1997, pp. 40, 41; GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, J. A., 1990; GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, J. A., 1993; GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, J. A., 1995, pp. 139, 142, 143, 401-411; IGLESIAS DEL CASTILLO, L. *et alii*, 1992; LARRÉN IZQUIERDO, H., 1999; LERA MAILLO, J. C. de, 1999, docs. 4, 42, 84, 92, 130, 146, 252, 270, 461, 1156, 1285, 1286, 1301, 1320, 1321, 1351, 1352, 1356, 1367, 1372, 1489, 1496, 1497, 1499, 1523, 1671, 1677, 1678, 1801, 1843, 1871, 1894, 1920, 1955, 1997, 2100; LOBATO VIDAL, J. C., 1997, pp. 133-145; MADOZ, P., 1845-1850 (1984), p. 199; MÍNGUEZ FERNÁNDEZ, J. M.ª, 1976, doc. 258; MORETA VELAYOS, S., 1995, pp. 574-575; QUADRADO, J. M.ª y PARCERISA, F. J., 1861 (1990), pp. 37, 50-52; RAMOS DE CASTRO, G., 1978; REPRESA RODRÍGUEZ, A., 1972; RIVERA BLANCO, J. (coord.), 1995, pp. 1009-1011, 1020-1021; SÁINZ SÁIZ, J., 1999, pp. 54-55; SAN MIGUEL MATÉ, L. C. y VIÑÉ ESCARTÍN, A. I., 1989; VACA LORENZO, Á., 1995, pp. 456-459; VELASCO RODRÍGUEZ, V., 1962, p. 21.

El Puente Viejo y el Puente de Piedra

PARA SALVAR EL ANCHO CAUCE del río Duero, desde tiempos bien tempranos la ciudad se dotó de un puente que unía el arrabal de San Frontis y el cogollo urbano conformado por el Primer Recinto de la muralla y, bajo él, el arrabal de Olivares, una ruta que en realidad formaba parte de la vieja calzada romana de la Plata. Desconocemos el momento en que construyó tal paso, situado en la zona más vadeable del río, pero lo cierto es que también muy pronto, en plena época románica, se elevó un nuevo puente a poca distancia, aguas arriba.

El 28 de febrero de 1157 el rey Alfonso VII y su esposa Rica, con sus hijos Sancho, Fernando, Constanza y Sancha, hacen una serie de donaciones a la catedral de San Salvador y al obispo Esteban, entre las que aparece la zuda de Olivares, situada *sub veteri ponte*. La cita es interesante pues pone de manifiesto que ya entonces este puente era considerado de notable antigüedad. Gómez-Moreno considera sin embargo que el apelativo de "viejo" lo habría tomado en recuerdo de una construcción más antigua, ya que los restos que de él se conservan, según ese autor, serían más o menos contemporáneos del *Puente Nuevo*, conocido hoy, desde que se construyó otro de estructura metálica, como el *Puente de Piedra*.

El mal estado de aquel antiguo puente hizo que se reforzara hacia el año 1200 pero su debilidad, y seguramente el desuso que iría sufriendo en favor del otro, provocaron su ruina hacia el año 1310. Desde entonces aparece representado como tal en cualquier imagen de la ciudad tomada desde el río, como en el conocido plano de Van den Wyngaerde, aunque gradualmente sus restos vayan desapareciendo. Hoy aún se conservan algunos muñones junto a la orilla meridional del río, testimonio de lo que en tiempos debió ser, a pesar de todo, una obra sólida, compuesta por una estructura de cal y canto, con paramentos de sillería, de los que sólo llegamos a apreciar los tajamares triangulares.

El Puente Nuevo es mencionado por primera vez el 28 de abril de 1167, cuando el obispo Esteban otorga facultad

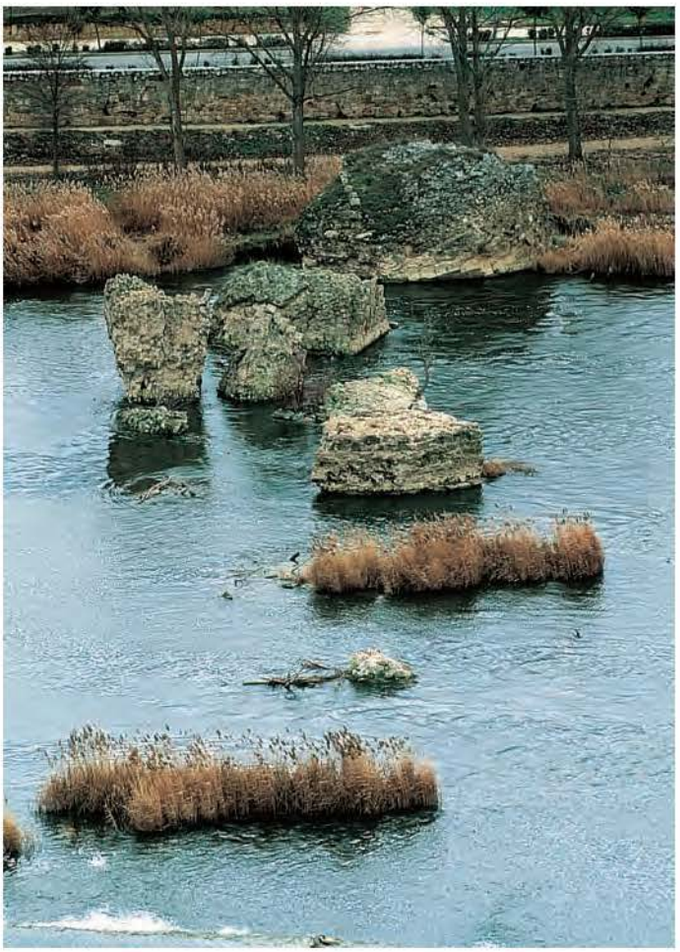
Casco histórico de la ciudad, con el Puente de Piedra y los restos del Puente Viejo

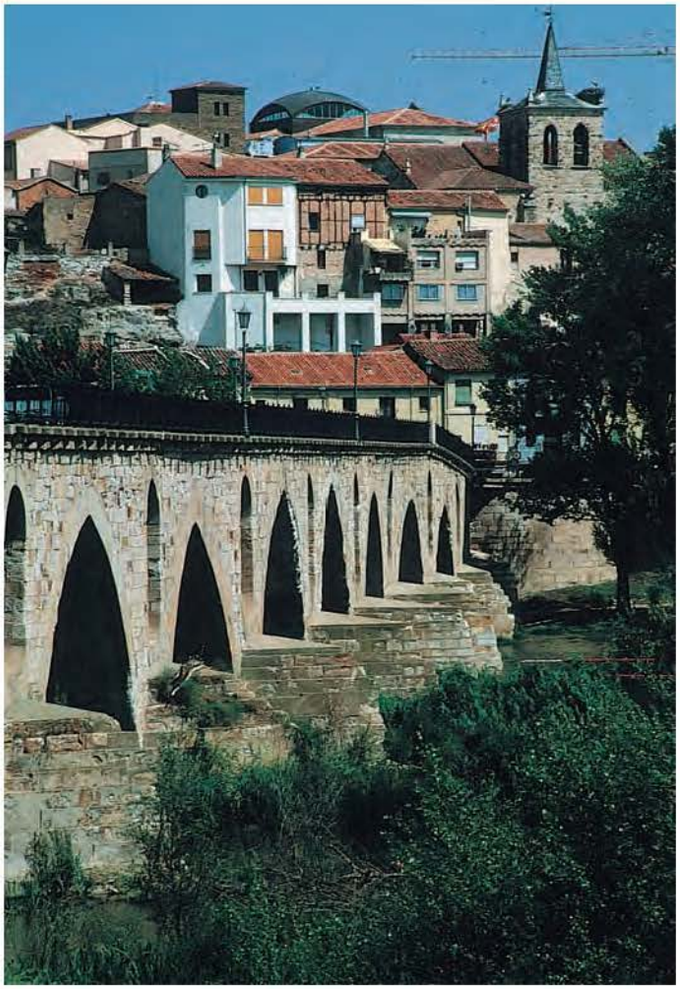
Sello del concejo de Zamora

a Pedro Díaz y a otros comerciantes zamoranos, para fundar la iglesia de San Julián del Mercado, *iusta pontem novum*. Y es que la apertura de esta nueva ruta hacia la zona más dinámica de la ciudad en ese momento –la Puebla del Valle y El Burgo– seguramente fue una necesidad que repercutiría favorablemente en la evolución del sector más oriental del núcleo urbano.

Numerosas reformas ha sufrido este puente desde aquellos tiempos, de modo que su estructura original está muy modificada, siendo quizá los restos que hoy vemos ya de finales de la Edad Media, aunque Gómez-Moreno supone que puedan llegar hasta el siglo XIII. Hecho en sillería, consta, según su forma actual, de dieciséis arcos ligeramente apuntados, con tajamares triangulares y aliviaderos ovalados, éstos sin duda resultado de las más recientes modificaciones. Son constantes las noticias de reformas que se han sucedido también desde el siglo XVI y que afectaron tanto a la estructura del propio puente como a las dos torres con que contaba, situadas en ambos extremos. Un periódico local recogía en septiembre de 1905 la noticia de que "el próximo día 18, lunes, darán comienzo los trabajos previos para llevar a cabo la reparación de tan importante obra en el río Duero de esta capital ... Las obras del puente comenzaron por el desmonte de ambas torres y por los pretiles, más la parte de tímpanos que amenazan ruina". Algunos días después se llevó al ayuntamiento la veleta conocida como *La Gobierna*, que remataba la torre sur y el 8 de noviembre se dice que las obras avanzan con suma

Restos del Puente Viejo





El Puente de Piedra, conocido en la Edad Media como Puente Nuevo

rapidez y que "la demolición de los dos torreones puede estimarse terminada".

También este Puente Nuevo ha sido muchas veces retratado en imágenes de la ciudad e incluso aparece aún con sus torres en algunas fotografías. Es asimismo el puente que aparece en el escudo de armas del concejo, aunque muchas veces se haya considerado que este emblema representa al puente de Mérida. Así, en uno de los escudos que decoraban la torre de La Gobierna, depositado hoy en el Museo de Zamora, se ve una imagen –aunque sea simplificada– de su estado en el siglo XVI, con sus dos torres y con el pretil recorrido por merlones con remate triangular. Pero sin duda la representación más interesante es la que se puede ver en un famoso sello de cera del concejo zamorano, fechado en 1273 y en el que aparece una vista de toda la ciudad, con el Puente Viejo aún en pie y el Puente Nuevo sin torres, ya que las dos almenadas que se ven sobre el mismo pertenecen en realidad al recinto de la ciudad.

Texto y fotos: JNG

Bibliografía

BUENO DOMÍNGUEZ, M.ª L., 1988, doc. 43; CASQUERO FERNÁNDEZ, J. A., 1993; GARCIA RUBIO, J. M., 1984, pp. 70, 73 y fots. 21-22; GÓMEZ-MORENO, M., 1927 (1980), p. 172 y fots. 196 y 197; LERA MAILLO, J. C. DE, 1999, docs. 59, 78, 1025, 1708; LERA MAILLO, J. C. de *et alii*, 1998, docs. 32-33; RAMOS DE CASTRO, G., 1977, p. 495 y doc. 8; VASALLO TORANZO, L., 1993b.

El Puente de Piedra según Van den Wyngaerde n. 1569, Biblioteca Nacional, Viena

Iglesia de San Cipriano

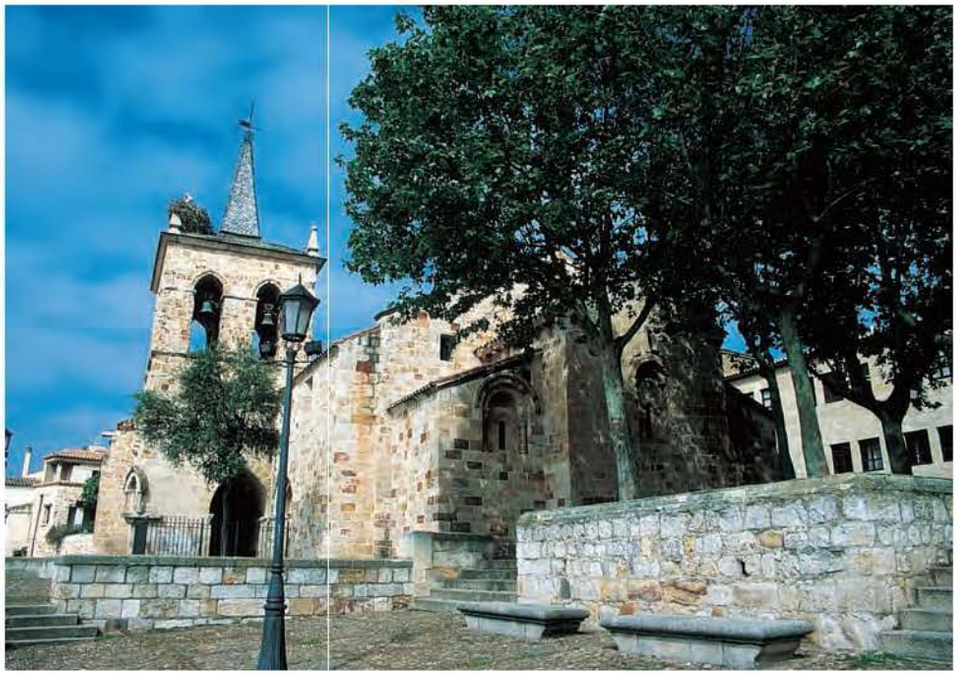
LA ANTIGUA IGLESIA PARROQUIAL de San Cipriano se sitúa en la parte antigua de Zamora, dentro del primer recinto y junto a la muralla, pues en sus inmediaciones se abría la puerta "de San Cebrián", derribada en el siglo XVIII (1726). Pasa por ser uno de los edificios más antiguos de la ciudad, aunque las sucesivas reformas, añadidos y restauraciones, se han encargado de complicar su interpretación, rasgo que comparte con la mayoría de las iglesias urbanas zamoranas.

Un primer documento, aunque curiosamente no se refiere al templo que nos ocupa, lo proporciona una maltrecha inscripción hoy encastrada en uno de los arcosolios del muro norte de la nave y antiguamente, según Gómez-Moreno, "puesta en el suelo, fuera de la iglesia, junto a la puerta de su sacristía", hecho que explica lo desgastado de sus caracteres. Mide la losa de mármol blanco 27 cm de alto por 37 cm de ancho, siendo su transcripción y traducción, siguiendo a Maximino Gutiérrez, la siguiente:

IN D(E)I N(OMI)NE HONOREM · S(AN)C(T)I ANDR[EE]
AP(O)ST(O)L(I) · FUIT · ISTO LOCO · CIMENTATO IN [QUO]
TVM DIE q(U)OD ERIT · IIII · N(O)N(A)S F(EBRUA)RII · IN ERA
MCXXXI · IN PRIMO · SANCIVS · MAGIS
TER PER MANV CERTA ILDIFONSE (ANT)
E TOTVM CONCILIV(M) ET INCIMAVIT · R(A)
IMUN□VS MAGISTER FR(ATRE)S · ORA
TE PRO · ANIMI(S ILLIS).

Es decir, "En el nombre de Dios. En honor del apóstol San Andrés este lugar recibió los cimientos el día 2 de febrero de 1093. En primer lugar el maestro de obra fue Sancho, con mano firme. (Siguió) Ildefonso con la ayuda de todo el concejo y puso la techumbre el maestro de obra Raimundo. Hermanos, orad por sus almas".

La inscripción plantea no pocos interrogantes, no tanto respecto a su fecha, en la era de 1131 (año 1093), sino en cuanto a la dedicación del edificio a San Andrés Apóstol. Abunda en este hecho otro enigmático relieve, actualmente embutido en el exterior del arco de la ventana del ábside central y que antes de la última restauración formaba parte, como material constructivo, del muro norte de la nave (*vid.* G. Ramos de Castro, 1977, lám. XLVII). Representa a tres personajes, los dos de la izquierda femeninos, ataviados con tocas con barboquejo y en el caso del central ricamente vestida, y el derecho masculino, barbado, que ase por la muñeca la mano de la mujer, la cual se lleva la mano al mentón, gestos ambos de dolor. Sobre ellos, y en la parte derecha de la lápida, se desarrolla una inscripción, donde a duras penas se lee: ... SANTI A...EE.../ APOSTOLI ..... XXXII III .../ CIMENTA... ISTO LOCO EST AB ILIFONSO / ET E...ACTA EST/ CUM ALIO/ CONCEL ET/ CVM MAIE/ STER SAN/ CIVS ET/ RAIMUNDU/ QVI FECIT/ ISTA FRS/ ORATE/ PRO ANI/ MAS ILLIS. La transcripción que propone Maximino Gutiérrez es: "[In Dei Nomine] SANTI A[ndr]EE [honorem] / APOSTOLI [in era MC] XXXII III [.] /



Exterior

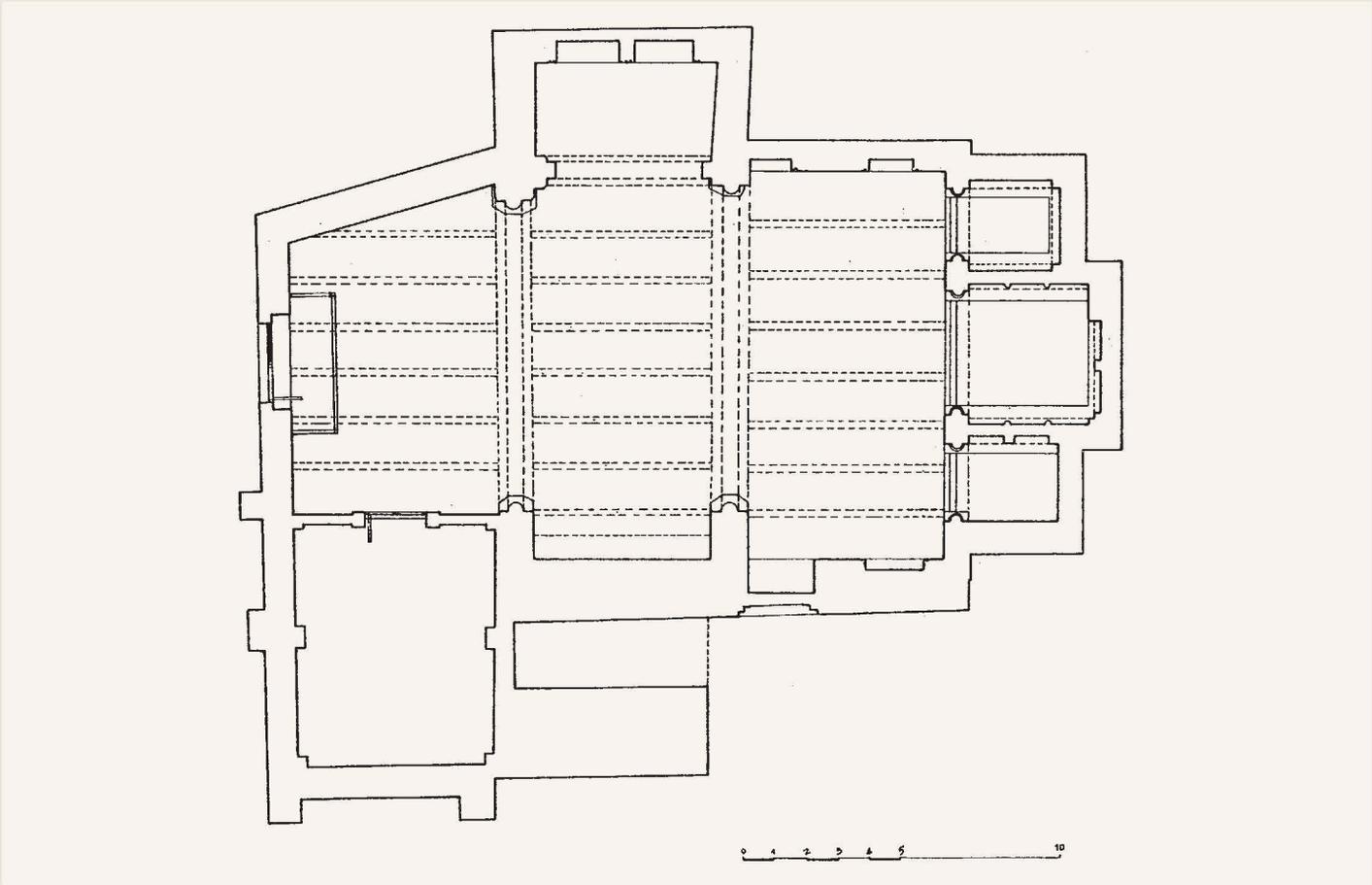
Cabecera

Relieve del ábside del evangelio

CIMENTA[to] ISTO LOCO EST AB ILIFONSO ET E[x]ACTA EST / CVM ALIO / CONCEL ET / CVM MAIES / TER SAN / CIVS ET / RAIMUNDUS / QVI FECIT ISTA. / FR[atre]S ORATE / PRO ANI / MAS ILLIS". Según esto, su traducción sería: "[En el nombre de Dios. En honor] del apóstol San Andrés, en el día [...] del año 1094, este lugar lo cimentó Alfonso (posiblemente el mismo Ildefonso de la inscripción anterior) y (la iglesia) se terminó con la ayuda del resto del concejo y con el maestro Sancho y con Raimundo, quien hizo esta (inscripción). Hermanos, orad por sus almas".

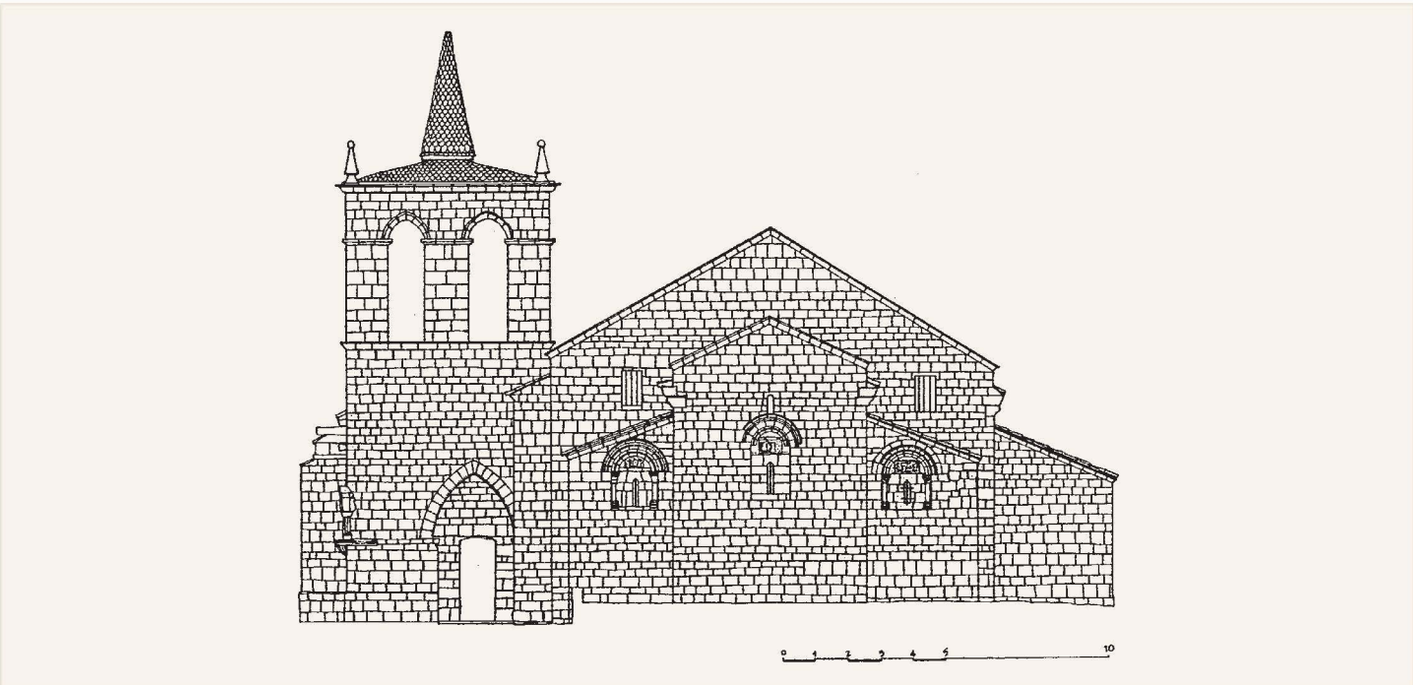
Es clara la alusión a los maestros Ildefonso, Sancho y Raimundo, ya citados en el anterior epígrafe, trabajando en la fábrica de una iglesia dedicada a san Andrés Apóstol en la era de 1132 (año 1094). La conexión con el texto anterior, realizado por el mismo Raimundo, es clara. Se ha especulado sobre si la referida iglesia de San Andrés corresponde a una anterior advocación de este templo de San Cipriano o bien si ambas lápidas fueron trasladadas desde la cercana iglesia dedicada al apóstol. Parece más lógico pensar que, en el transcurso de las obras de demolición de la antigua parroquia románica de San Andrés, realizada a mediados del siglo XVI, parte de sus materiales de derribo se trasladasen a la, por entonces en obras, iglesia de San Cipriano, incluyendo las dos inscripciones y, posiblemente, algunos de los relieves encastrados en el muro meridional.

El actual aspecto del templo es fruto de múltiples intervenciones a lo largo de los siglos. Del primitivo edificio resta en pie, además de la torre y retazos murarios de la nave, su cabecera triple –profundamente alterada– de ábsides rectangulares, mayor y ligeramente destacado el central. Este tipo de cabecera de testeros planos, cuya serie quizá inicie esta iglesia y que hunde sus raíces en modelos altomedievales, hará fortuna en el románico de la capital zamorana hasta el final del estilo, pues una similar disposición muestran las iglesias de Santo Tomé, San Esteban, Santiago del Burgo y San Juan de Puerta Nueva, pudiendo suponerla del mismo tipo en la muy alterada de San Vicente. En San Cipriano, los ábsides laterales se cubren con bóvedas de cañón y el central con bóveda de cañón sobreelevada y netamente apuntada, todas de aspecto rehecho, siendo visibles las rozas de la primitiva cubierta en el testero de la capilla mayor. Pese a mantener la traza original, también en alzado son patentes las reconstrucciones, de cuya radicalidad sólo parece escapar la capilla del evangelio. La nave fue totalmente transformada a finales del siglo XIII o inicios del XIV, eliminando la previsible estructura de tres naves que parece marcar la cabecera, por la actual nave única cubierta por armadura sobre dos arcos diafragma, apuntados y doblados, de notable luz. Ambos arcos, de perfil achaflanado, apean en potentes responsiones con cortas semicolumnas en sus frentes, de capiteles y basas lisos. En el chaflán del machón occidental del muro norte vemos una ilegible y breve inscripción, en caracteres góticos. A la misma campaña gótica responde la apertura de la capilla rectangular abierta en el primer tramo del muro norte de la nave, hoy cubierta a un agua y originalmente abovedada. En ella se practicaron dos arcosolios apuntados sobre impostas de nacela y pilares fasciculados, en cuyo fondo se reutilizaron impostas románicas ornadas con tres filas de billetes. Además, en la enjuta de los lucillos, se encastró un tosco relieve, encalado, con dos personajes; uno de ellos se lleva la mano al vientre y ase con su diestra el brazo alzado, en amenazadora actitud, de su compañero. Acompañan a este relieve, empotrados en los muros de la capilla, un canecillo con un sonriente rostro, otro probable fragmento de can con un rostro masculino y parte de un cimacio con



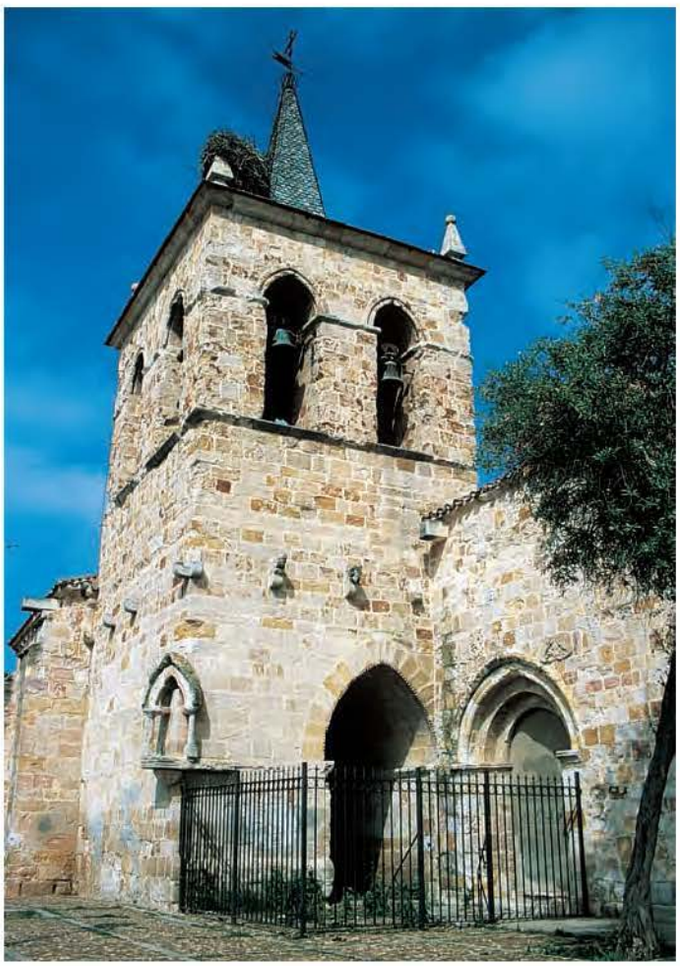
Planta

Alzado este



Relieve de la capilla central

La torre



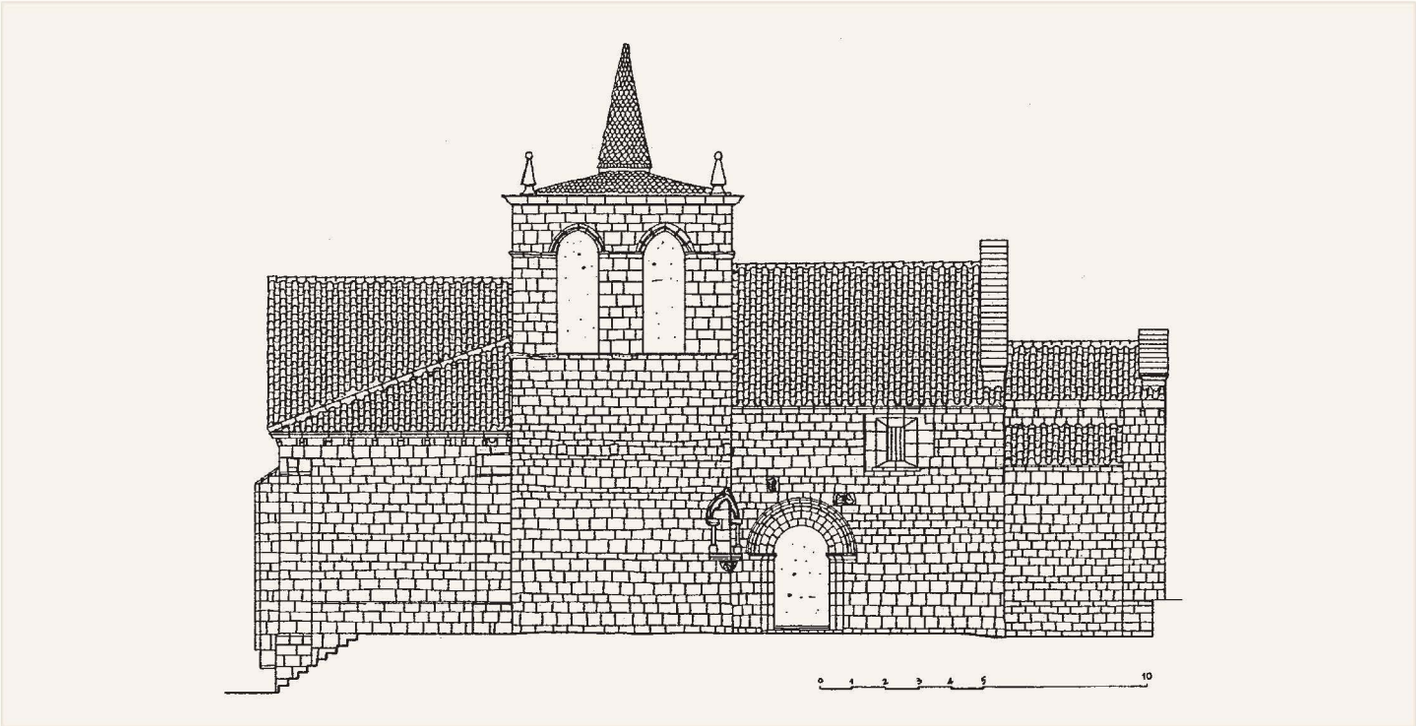
rosetas hexapétalas en clípeos. Contemporáneos de esta capilla deben ser los vestigios de pintura mural que decoran la ventana occidental del muro norte de la nave, con un fragmentario Pantocrátor y Tetramorfos, datado hacia 1300 por Luis Grau.

Las nuevas intervenciones que se produjeron –probablemente en el siglo XVI, a tenor de del referido traslado de las lápidas de San Andrés– actuaron en el tramo oriental de los muros laterales de la nave románica, forrando el paramento meridional y desplazando la primitiva portada.

Sólo los dos tramos orientales de la nave responden a la citada campaña gótica, pues el sumamente irregular de los pies, en cuyo muro norte, levantado en mampostería, se embuten tambores de fustes y otros restos románicos, es obra del siglo XVIII, con la fachada del hastial levantada en sillería y acceso adintelado. Posiblemente erigida en época bajomedieval, aunque reformada a finales del siglo XVI, es la capilla dispuesta al sur del tramo de los pies de la nave, con acceso desde ésta y cuya construcción condenó el pasaje bajo la torre. Se divide en dos tramos cubiertos con bóvedas de lunetos y custodia un sepulcro bajo arcosolio con la leyenda: AQUÍ YACE CHRISTOBAL GONZALEZ DE FER/MOSEL(LE) GENTIL HOMBRE DE LA CASA DEL REY / DON FELIPE (II) NUESTRO SEÑOR, EL CUAL COMPRO ESTA / CAPILLA, Y LA MANDO DOTAR DE UNA MISA PER/PETUA, CADA DIA A LAS DIEZ, Y ONCE (H)ORAS. En el testero hay un bello retablo renacentista de talla y pintura, de fines del siglo XVI.

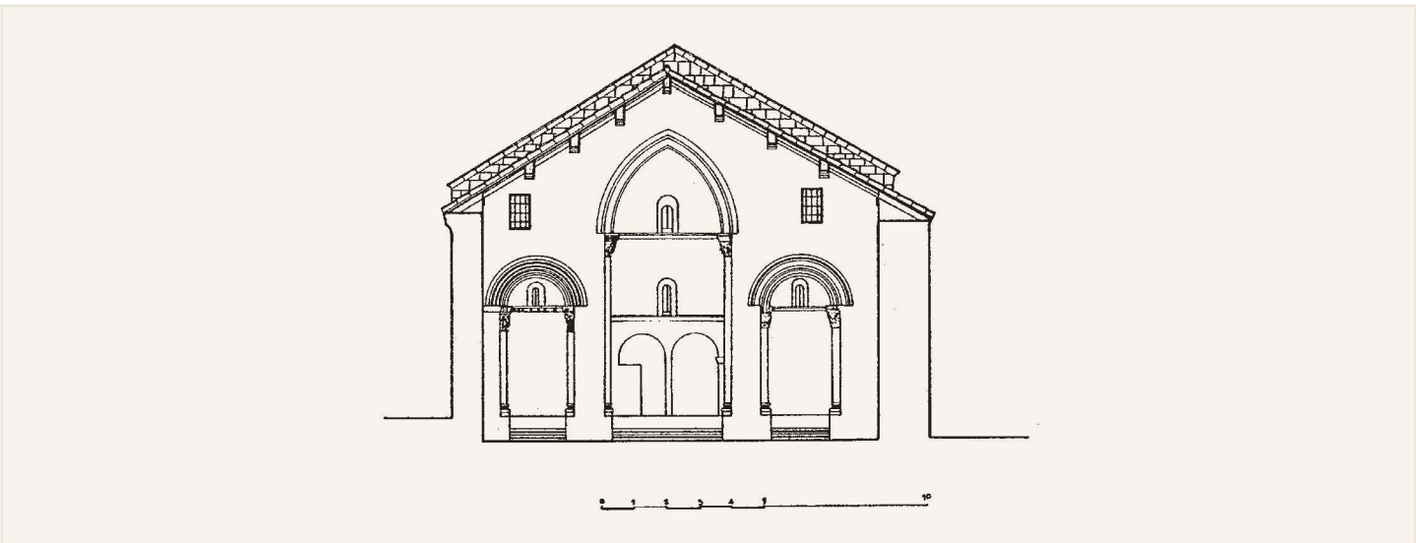
Dieciochescas serían las bóvedas, probablemente de lunetos, que cubrieron las naves sustituyendo al primitivo artesonado gótico, de las que sabemos por las rozas en los muros laterales. La restauración de 1975 liberó al templo de los aditamentos modernos que habían ido añadiéndose durante los siglos XVIII y XIX, en los que funcionó como capilla del antiguo hospicio provincial, hoy Parador Nacional de Turismo y primitivamente palacio de los condes de Alba y Aliste. Las transformaciones –constatables en las fotografías que publicó Ramos de Castro– fueron especialmente notables en la cabecera, pues significaron la prácticamente total refección de las partes altas de la capilla mayor –liberado ahora del camarín elevado que lo cerraba– y el ábside de la epístola.

Pese a tan compleja sucesión de intervenciones, que hemos sólo simplemente resumido, resulta evidente que los vestigios románicos de San Cipriano responden a una duplicidad de campañas. De la primera conservamos la traza de la cabecera triple de ábsides con testero plano, ligeramente avanzado el mayor y sin tramo recto marcado, sobre notables bancos de fábrica. Tanto su disposición como las arquerías ciegas de medio punto que animan los paramentos interiores nos remiten a un modelo de vieja



Alzado sur

Sección transversal

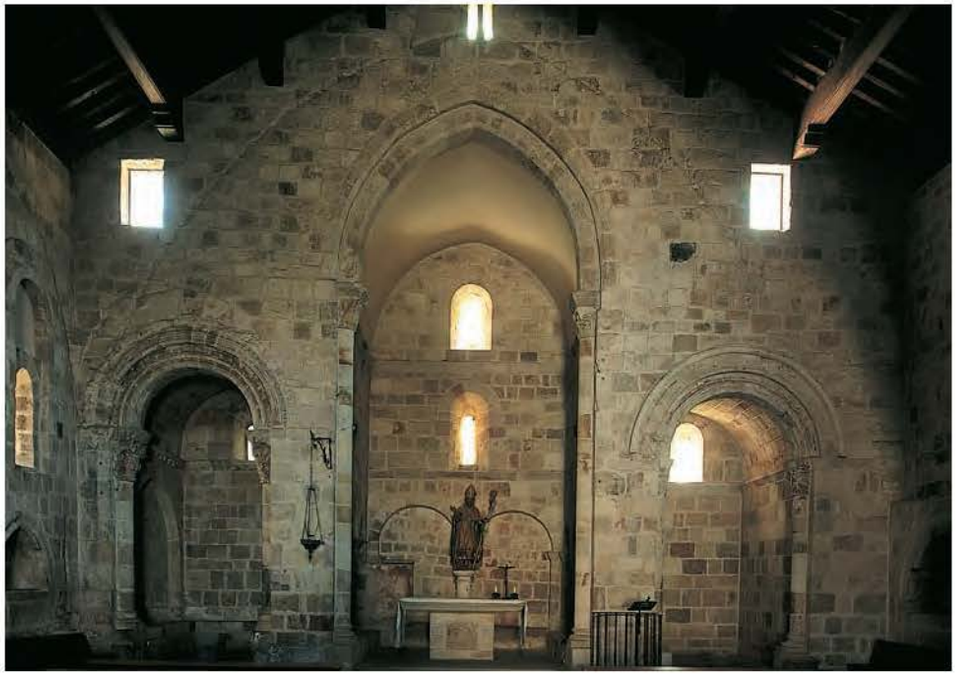


Portada meridional

raigambre prerrománica propio de la arquitectura alfonsí y las primeras construcciones leonesas, del que también participa la cabecera de Santo Tomé. El ábside central conserva, aunque remozados, los tres arcos de los muros laterales y los dos del testero; los del ábside del evangelio están rehechos, al igual que los dobles laterales de la capilla meridional.

El ábside del evangelio es el que mejor conserva su estructura original. La rehecha bóveda parte de una imposta con perfil de listel y nacela decorada con bolas mas variados motivos, como un león pasante que vuelve la cabeza, un prótomo de cánido de fauces rugientes, dos cabecitas, piñas, etc. En el testero se abre una saetera abocinada al interior, que exteriormente se cierra con una reja románica de simple vástago central del que parten deformados roleos. Rodean el vano sendos arcos abocelados de medio punto y chambrana con tres filas de billetes. El arco interior apea en dos columnas acodilladas cuyos fustes, ornados con anillos, reposan en basas molduradas con tres toros, el inferior sogueado, la derecha y perfil ático la izquierda, ambas sobre plintos con bolas. Los cimacios presentan entrelazo y los capiteles motivos vegetales de hojas lanceoladas y rizadas rematadas por caulículos y hojitas nervadas, de rancia tradición. Sobre el vano, a modo de tímpano, se incrustó un relieve rectangular, en el que se disponen una serie de figuras entre un esquemático encuadre dentado. Acertamos a ver, de izquierda a derecha a un personaje masculino recostado llevándose una mano a la sien, en actitud pensativa o adormilada y, sobre él, otra figura que parece dirigirse a dos mujeres que realizan una

Relieves del muro sur



Interior

un gesto de sorpresa, y la otra junta sus manos sobre su pecho. La escena podría querer representar a las tres Marías ante el sepulcro (en este caso dos), o bien –como sugirió Gómez-Moreno– la Ascensión de Cristo, aunque la escasa definición del relieve y su deterioro no permite ser tajante. En la parte derecha de la pieza vemos una bárbara figuración del Sacrificio de Isaac, con Abraham sujetando la cabeza de su hijo, desnudo y juntando las manos sobre el pecho, ante un ara de tipo romano, mientras un ángel que surge de la parte alta detiene el brazo que, portador de una gran espada o cuchillo, se preparaba para la inmolación. Junto a Isaac aparece una descabezada y hoy irreconocible figurilla, en la que Gómez-Moreno veía al portador del cordero que sustituyó al joven en el sacrificio.

Las dos ventanas de la capilla mayor y del ábside de la epístola fueron rehechas en la última restauración, restando sólo algunas dovelas de los arcos, de idéntica moldura-ción al anterior. En la del ábside central se incrustó el ya descrito relieve con la *ædificatio* de San Andrés y en la del ábside de la epístola se empotró otro relieve, muy erosionado, en el que se disponen cuatro figurillas, una alzando los brazos y otra portadora de una cruz (Ramos de Castro dice que se trata de un vaciado, *op. cit.*, p. 146). Rivera de las Heras apunta la posibilidad de que represente a los apóstoles Santiago, Tomás, Pedro y Felipe.

Dan paso a los ábsides respectivos arcos triunfales de medio punto moldurados con bocel, baquetones y mediacaña en su dobladura hacia la nave, en el caso de los laterales y alancetado el central, rehecho en época gótica y con el mismo chaflán que los de la nave. Los torales reposan en semicolumnas que apoyan en el zócalo, de rehechas basas de perfil ático, salvo las de la capilla norte, que parecen originales y se alzan sobre un fino plinto decorado con banda de perlado y cadeneta. El capitel del lado del evangelio del ábside central se decora con una ruda representación de la Epifanía, en la que los tres Magos avanzan, portando sus presentes en una especie de alargados vasos, hacia la representación de la Virgen con el Niño en su regazo, a la que acompaña un ángel aparentemente turiferario. La impericia define el estilo del escultor, plagado de convencionalismos tanto en los rostros como en la incorrecta perspectiva de las figuras, de torsos y rostros frontales y piernas en visión lateral, el canon chaparro, el abuso de recursos caligráficos para paliar la falta de volumen de las figuras, etc., no teniendo reparo en colocar la estrella que guió a los reyes sobre el rostro de uno de ellos. Mayor soltura demuestra, no obstante, en la decoración de rosetas inscritas en clípeos del cimacio. El capitel frontero, labrado en reserva, muestra una bárbara representación en la que se sintetiza el Pecado Original y la expulsión del Paraíso, completada sobre el árbol del Paraíso por la enroscada serpiente que campea en el cimacio. Como ya dijimos, el paramento interior de la capilla mayor aparece animado por dos series de arcos ciegos en los muros laterales y dos en el testero. Las primeras apean en columnas adosadas de sección poligonal –algunas restauradas– sobre basas de grueso toro inferior, en algún caso sogueado. Los capiteles se encuentran en pésimo estado, destacando entre ellos el central del muro norte,

Ábside central. Capitel de la Epifanía

Ábside central. Capitel del Pecado Original

anteriormente empotrado en el muro meridional de la nave, decorado con una sirena-pez que alza la cola con su mano izquierda mientras en la derecha sostiene un pez, según un tipo bien conocido para simbolizar la lujuria; entre su cabeza y el caulículo superior se dispone un pequeño cuadrúpedo, compañero de la especie de leoncillo que se sitúa sobre la rasurada ave o arpía que ocupa el frente de la cesta. En otro capitel del muro sur vemos un personaje, vestido con ropa talar y portando una especie de báculo o cruz. Los dos arcos del testero, por su parte, reposan en una pilastra coronada por una imposta de rosetas inscritas en clípeos y en su enjuta se conserva una pintura mural con una cruz griega con astil, de brazos flordelisados, rodeada por cuatro granas e inscrita en un círculo, de apariencia bajomedieval.

El capitel del muro norte del triunfal del ábside del evangelio presenta, sobre el grueso collarino, un piso de hojas nervadas rematadas en caulículos, sobre el que se dispone un felino de cuello y patas encadenadas en cuyas fauces introduce sus manos un personaje, y otra figurilla humana encadenada a un rugiente león. La composición y talla recuerdan a un capitel del interior de Santiago el Viejo. El cimacio se decora con entrelazo de banda de contario. El capitel frontero, seguramente el mejor ejecutado, presenta el collarino con doble sogueado y la cesta cubierta por una maraña de triples tallos entrelazados y anillados de los que brotan hojitas rizadas. En los prominentes cuernos de su ábaco vemos bolas con caperuza bajo caulículos, y el cimacio recibe palmetas inscritas en clípeos.

El ábside de la epístola, pese a estar prácticamente rehecho por la restauración de 1975, conserva las semicolumnas de su toral y vestigios de la imposta sobre la que volteaba la bóveda. El capitel del lado del evangelio, bajo cimacio con las consabidas rosetas en clípeos perlados, se figura con un personaje entre dos columnas,

una de las cuales agarraba con su fracturado brazo derecho, mientras se lleva la otra mano al abdomen. Viste túnica corta ornada con perlado e incisiones y aparece tocado por un extraño bonete; a su derecha se dispone un tosco león y a su izquierda una cabecita y un ave de puntiagudo pico, sin que alcancemos a determinar una identificación del tema aquí plasmado. Frente a él, el capitel del muro sur nos presenta a tres personajes, el que mira al altar con peinado a cerquillo, vestido con un rico manto y alzando en su mano izquierda un báculo; el central, entrecruza sus piernas y sostiene un libro, y el de la cara que mira a la nave es un guerrero armado con un escudo almendrado blandiendo una espada. A ambos lados de esta enigmática escena se disponen un águila y un león de heráldico aspecto, coronando el conjunto un cimacio con ornamentación de trama romboidal y tallos. Conservan los capiteles y fustes de este absidiolo vestigios de pinturas murales de imprecisa cronología, aunque la flor de *arum* que distinguimos bien pudiera corresponder a la fase gótica antes señalada.

Ábside norte. Capitel de entrelazo

Parte de la estructura románica se mantiene –pese a las refecciones y notorias rupturas de hiladas– en el tramo oriental de las colaterales, sobre todo en el del muro norte, donde se abre una ventana de similar tipología a las de los testeros: arco abocelado con tres junquillos en la rosca sobre columnas acodilladas y tornapolvos con tres hileras de billetes. El arco que corona la saetera, abocinada al interior, se orna con círculos secantes; el capitel izquierdo, único que conserva medianamente su relieve, representa una pareja de aves afrontadas bajo cimacio de tetrapétalas en clípeos. La cornisa de este muro, decorada con tres filas de tacos y en parte restaurada, mantiene parte de los canecillos originales que la soportaban, sumariamente decorados con ajedrezado, finos rollos, un mascarón monstruoso, un encadenado exhibicionista de rasgos grotescos, así como dos personajillos de bárbara talla, cuyos rasgos –ojos de párpados muy marcados, nariz trapezoidal, cabellos en mechones paralelos– recuerdan a los que vemos en Santa María de la Nueva.

El muro meridional del tramo oriental de la nave se mantiene en su estado original, al interior, hasta aproximadamente 3 m de altura. Al exterior, suponemos que a finales del siglo XVI, se realzó y dobló el paramento exterior, trasladando y remontando aquí la portada de la que acto seguido nos ocuparemos, cuya ubicación original desconocemos. Consta de arco de medio punto liso con doble arquivolta, la interior igualmente lisa y la exterior ornada con un bocel, el conjunto rodeado por una muy desgastada chambrana decorada con palmetas y tallo ondulante con brotes, apeando en jambas lisas con imposta de nacela. La sencillez de este acceso contrasta con el extraordinario interés de la inscripción labrada en la rosca del arco, que recuerda la muerte de Alfonso VII. Su texto, disgregado por el arbitrario remonte de las dovelas, debe leerse, una vez ordenado y desarrolladas las abreviaturas, del modo siguiente:

> ADEFONSVS INPERATOR TOCIVS SPANIE OBIIT DUODECIMA KALENDAS SEPTEMBRIS IN ERA MILLESIMA CENTESIMA NONAGESIMA QUINTA. REQUIESCAT IN PACE. AMEN (*Christus*),

es decir,

> "Alfonso (VII), emperador de toda España, murió el día 21 de agosto de 1157. Descanse en paz. Amén (Cristus)".

La inscripción, labrada con casi total seguridad sobre el arco ya montado, nos proporciona una datación que aunque relativa y no concluyente, podemos asimilar a una segunda campaña románica en el edificio, de la que la torre cuadrada adosada al sur del tramo central de la nave es el elemento mejor conservado. Al exterior muestra el

cuerpo inferior liso y en él se abre un pasaje, abovedado en cañón apuntado sobre una imposta decorada con gruesos billetes y friso de secas palmetas, pasadizo cegado al instalarse la capilla meridional. La imposta continuaba por el exterior del cuerpo de la torre, habiendo sido en parte rasurada. En el ángulo sudeste de la torre se dispuso, ya en época gótica, una bella hornacina que cobijó antiguamente una imagen bajo arco trilobulado, sobre columnas de erosionados capiteles y chambrana con friso de palmetas similares a las de la imposta del pasaje. El piso superior muestra en cada lienzo dos vanos apuntados para campanas, apreciándose bien al interior su carácter románico, con impostas abilletadas. Hacia la nave, el piso superior supuso un regruesamiento del muro, soportado por gruesos canes abiselados salvo uno con un deteriorado animal, mientras que el inferior remata en talud.

La iglesia de San Cipriano conserva, junto a los fragmentarios restos de su fábrica, una interesante y extensa serie de relieves descontextualizados, entre los que destacan tres crismones. El encastrado en la fábrica del altar aparece inscrito en un clípeo interiormente lobulado, rodeado por el Tetramorfos y cuatro representaciones angélicas. El monograma de Cristo, del que penden el Alfa y el Omega, se rodea además de la leyenda DOMINE. Otra pieza similar aparece hoy empotrada en el muro meridional de la capilla central, pero son dos aves las que acompañan al Tetramorfos, además de una pequeña cruz y una serpiente enroscada que se muerde la cola junto al símbolo de Marcos. El tercer crismón decora uno de los relieves encastrados en el rehecho muro meridional de la nave, sobre la portada, y junto a la leyenda MARQVM ET MATEV[m] LVCAS ET IOANNES rodean al monograma las casi perdidas figuras de los evangelistas.

Ábside central. Capitel de la arquería

En este muro se integran, sin orden alguno, una serie de relieves cuya procedencia desconocemos, pues aunque lógicamente pertenecerían a la obra románica de San Cipriano, quizá alguno proceda del derribo de San Andrés, al igual que las dos inscripciones estudiadas al principio. Sin duda, la más famosa de estas piezas es la que representa a un herrero martilleando sobre un yunque una pieza que sostiene con unas tenazas, junto a la inscripción: VERMV / DO: FERA/RIO; QVI FE/CIT MEM/ORIA DE / SVA FRA/VICA. A su lado, otro relieve muestra al apóstol San Pedro, de rechoncho canon e incorrecta perspectiva, ataviado con túnica y capa, alzando las llaves, con el letrero: PE/TRVS / APOS/TO/LVS. Tras el ya referido crismón aparece otra plaza de arenisca figurada con la bestia apocalíptica de siete cabezas y, en la enjuta derecha de la portada, una muy erosionada representación de Daniel en el foso de los leones. Completa la serie una fracturada plaquita de mármol o caliza blanca con –como apunta José Ángel Rivera– la Resurrección de Cristo: un ángel turiferario ante un sepulcro en cuya tapa se dispuso la inscripción MANOMENTV, una figura postrada y ataviada con túnica de zigzagueantes pliegues paralelos –la Magdalena– y otra en actitud de marcha, quizás el propio Cristo resucitado.

Aunque mucho se ha escrito sobre el estilo de estas piezas, vinculando su talla a bisel y en reserva, así como los rasgos que determina la impericia del artífice, a una supuesta cronología prerrománica, un detenido análisis de su seco estilo nos lleva a relacionarlo con el de los relieves empotrados en las ventanas absidales y los capiteles figurados de la cabecera, es decir, con la decoración escultórica de la primera campaña románica de San Cebrián. La analogía de estos torpes relieves con obras coetáneas del primer impulso constructivo y decorativo en la capital –cabeceras de Santa María la Nueva, Santo Tomé y Santiago de los Caballeros–, que debemos datar entre los años finales del siglo XI y las primeras décadas del XII, no deja lugar a dudas sobre su progenie y cronología. Más compleja resulta la datación de la segunda

Crismón y Pantocrátor en la capilla mayor

fase constructiva de San Cipriano (portada y torre), que de modo impreciso debemos situar en la segunda mitad del siglo XII.

El tipo de cabecera de San Cipriano, junto a la de Santo Tomé, representa así un temprano eslabón entre los probables orígenes prerrománicos de cierta arquitectura zamorana y la fórmula que reiterativamente se reproduce, ya a finales del siglo XII e inicios del XIII en las cabeceras de San Esteban, San Juan de Puerta Nueva y Santiago del Burgo.

Texto: JMRM - Planos: JIGG - Fotos: JMRM/JNG

Bibliografía

ÁLVAREZ MARTÍNEZ, U., 1883f, pp. 353, 358-359; ÁLVAREZ MARTÍNEZ, U., 1883h, pp. 385, 391; ÁLVAREZ MARTÍNEZ, U., 1883i, pp. 393, 398; ANTÓN Y CASASECA, F., 1926, pp. 167-175; ANTÓN Y CASASECA, F., 1927, pp. 79-88; ÁVILA DE LA TORRE, Á., 2000, pp. 67-82; BANGO TORVISO, I. G., 1994, pp. 144-146; BANGO TORVISO, I. G., 1997, pp. 310-311; CABALLERO ZOREDA, L., 1995, p. 416; CALVO BRIOSO, B. *et alii*, 1989, pp. 51-62; CRUZ Y MARTÍN, Á., 1981, pp. 62-65; FERNÁNDEZ DURO, C., 1879, pp. 111-114; FERNÁNDEZ DURO, C., 1882-1883, I, pp. 229, 241; DIEGO BARRADO, L., 1999, pp. 38-40, 89; GÓMEZ MARTÍNEZ, A., 1958, p. 16; GÓMEZ-MORENO, M., 1927 (1980), I, pp. 90-94 y II, láms. 53-59; GRAU LOBO, L. A., 2001, pp. 19, 53, 56; GUDIOL RICART, J. y GAYA NUÑO, J. A., 1948, p. 260; GUTIÉRREZ ÁLVAREZ, M., 1987, pp. 123-130; GUTIÉRREZ ÁLVAREZ, M., 1997, pp. 22-24, 28-29; GUTIÉRREZ ÁLVAREZ, M. y PÉREZ GONZÁLEZ, M., 1999, pp. 179-180; GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, J. A., 1990, pp. 18, 22; HERAS HERNÁNDEZ, D. de las, 1973, pp. 251-253; MARTÍNEZ DE LA OSA, J. L., 1986, pp. 28, 55; MOMPLET MÍNGUEZ, A. E., 1995, pp. 105-106; MONTERO APARICIO, D., 1995, pp. 766-767, 786; QUADRADO, J. M.ª, 1885, p. 601; RAMOS DE CASTRO, G., 1977, pp. 141-154, 497; REPRESA RODRÍGUEZ, A., 1972, pp. 528, 533, 536; RIVERA BLANCO, J. (coord.), 1995, pp. 1001-1002; RIVERA DE LAS HERAS, J. Á., 2001a, pp. 91-95; SÁINZ SÁIZ, J., 1999, pp. 19-21; SAN MARCELO Y VASSALO, S. J. de, 1998, pp. 53-54; SÁNCHEZ HERRERO, J., 2002, p. 30; VELASCO RODRÍGUEZ, V., 1962, p. 64; ZARATAIN FERNÁNDEZ, M., 1898, p. 24.

Iglesia de Santo Tomé

La iglesia de Santo Tomé se sitúa en la Puebla del Valle, arrabal inmediato al Duero por la parte oriental de la urbe, no lejos de Santa María de la Horta. El hallazgo de restos cerámicos islámicos de la décima centuria en las inmediaciones del templo parece avalar una temprana ocupación de esta Puebla, dedicándose sus moradores a actividades artesanales y comerciales, aunque carecerán de fuero hasta finales del siglo XI (1094) y no serán protegidos por una cerca sino con el tercer Recinto murado de la ciudad, ya en el siglo XIV.

Parece indudable que el origen del templo fue monástico ya que, en 1126, el monasterio de Santo Tomé *–nouiter edificato–*, su abad Pedro y la comunidad de monjes, recibieron de Alfonso VII la donación de las aldeas de Venialbo y Congosto. Este mismo abad Pedro, al mes siguiente de recibir Venialbo dotó de fueros a la localidad. En 1128, el Emperador y su esposa donaron a Santo Tomé la heredad de Santa María de Venialbo, declarándola exenta, privilegio que conceden al resto de propiedades del monasterio. En ese mismo año Santo Tomé recibió en donación la iglesia de Santa María de Matilla la Seca con sus propiedades, de manos de la infanta Sancha.

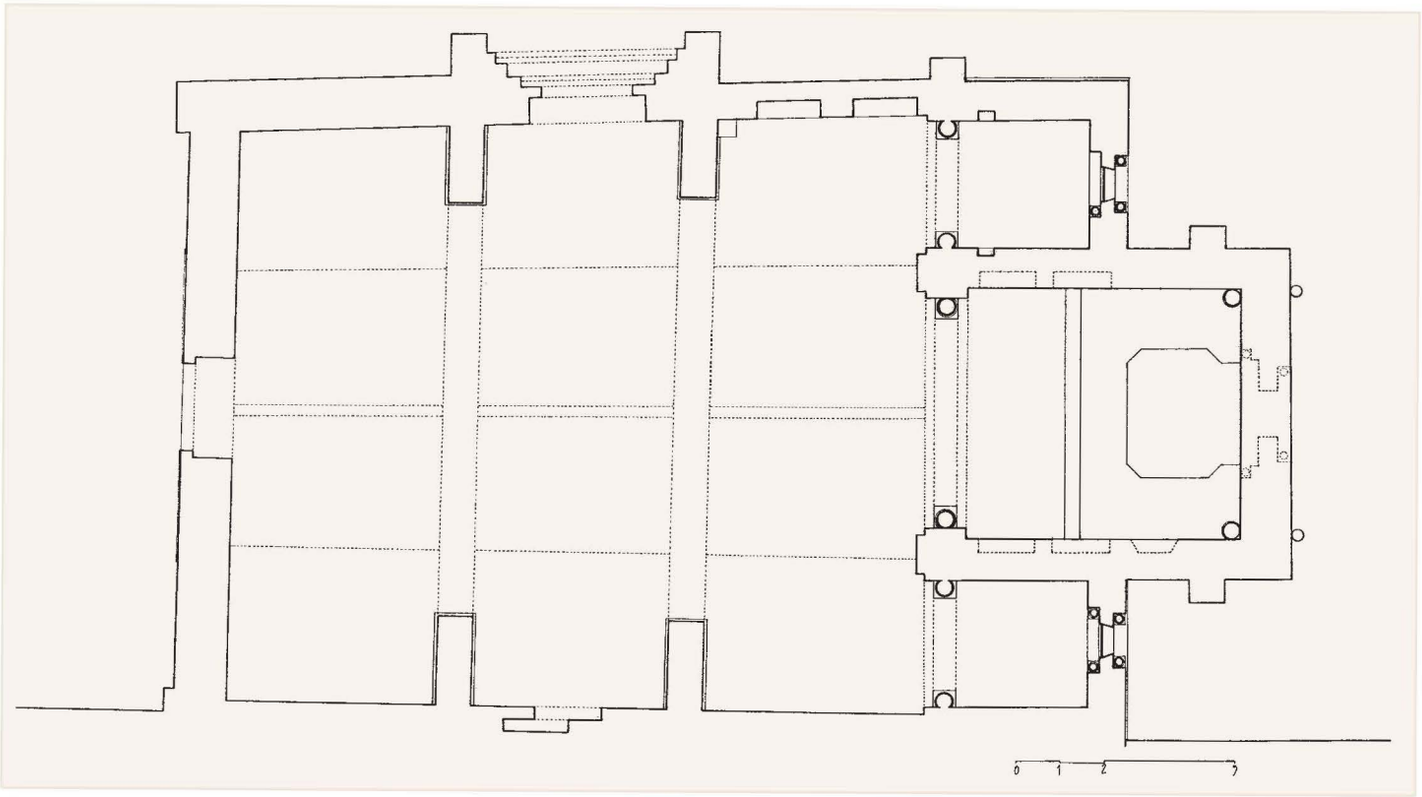
Vista exterior de Santo Tomé

La vida monástica concluye en 1135, según parece deducirse del documento de donación de Alfonso VII al obispo Bernardo y sus canónigos, fechado en marzo de ese año, por el cual éstos reciben la iglesia de Santo Tomé con sus pertenencias, para traslado de la iglesia episcopal, por falta de espacio en la vieja sede de San Salvador. En cualquier caso, y pese a no hacerse efectivo el traslado de la sede, a partir de su incorporación al patrimonio del cabildo catedralicio el devenir del templo permanecerá unido a éste. Así se deduce tanto de la manda testamentaria establecida por un canónigo en 1175, por la que deja la tercia de sus bienes a la iglesia de Venialbo *mihi commissam*, como de la carta foral otorgada por Alfonso X a los pobladores de Santo Tomé y Santo Domingo de Vayo en julio de 1256. Es así el obispo don Suero quien, en noviembre de dicho año, autoriza al canónigo Pedro Pérez a poblar el herreñal sito ante la iglesia, propiedad del cabildo.

Los datos facilitados por esa cesión del monasterio o canónica al cabildo catedralicio se revelan preciosos a la hora de delimitar cronológicamente la primera campaña constructiva del edificio, máxime dada la parquedad o inexistencia de fuentes documentales que envuelve los orígenes de la mayoría del primer románico zamorano.

La iglesia de Santo Tomé –que hoy aparece exenta salvo por su costado meridional– se levantó en aparejo de sillería utilizando el omnipresente y deleznable conglomerado de arenisca local. Las recientes excavaciones arqueológicas (Ana Viñé y Mónica Salvador, 1996) han venido a dilucidar, al menos parcialmente, la problemática interpretación del proyecto original, dado que, excepto la cabecera, su estructura muraria y organización espacial se vieron alteradas por al menos dos intervenciones de época posmedieval.

Con anterioridad a dichas investigaciones, las interpretaciones planimétricas del templo se dividían entre quienes, como Gómez-Moreno, pensaban en una posible planta cruciforme al estilo de Santa Marta de Tera, y los que consideraban más probable la existencia una planta basilical de tres naves, caso de Guadalupe Ramos. Ambas opiniones –y vaya esto en descargo del historiador granadino– reconocían la reconstrucción del cuerpo del templo, así como la "tradición española, que aquí en Zamora prevaleció generalmente sobre los ábsides".



Planta

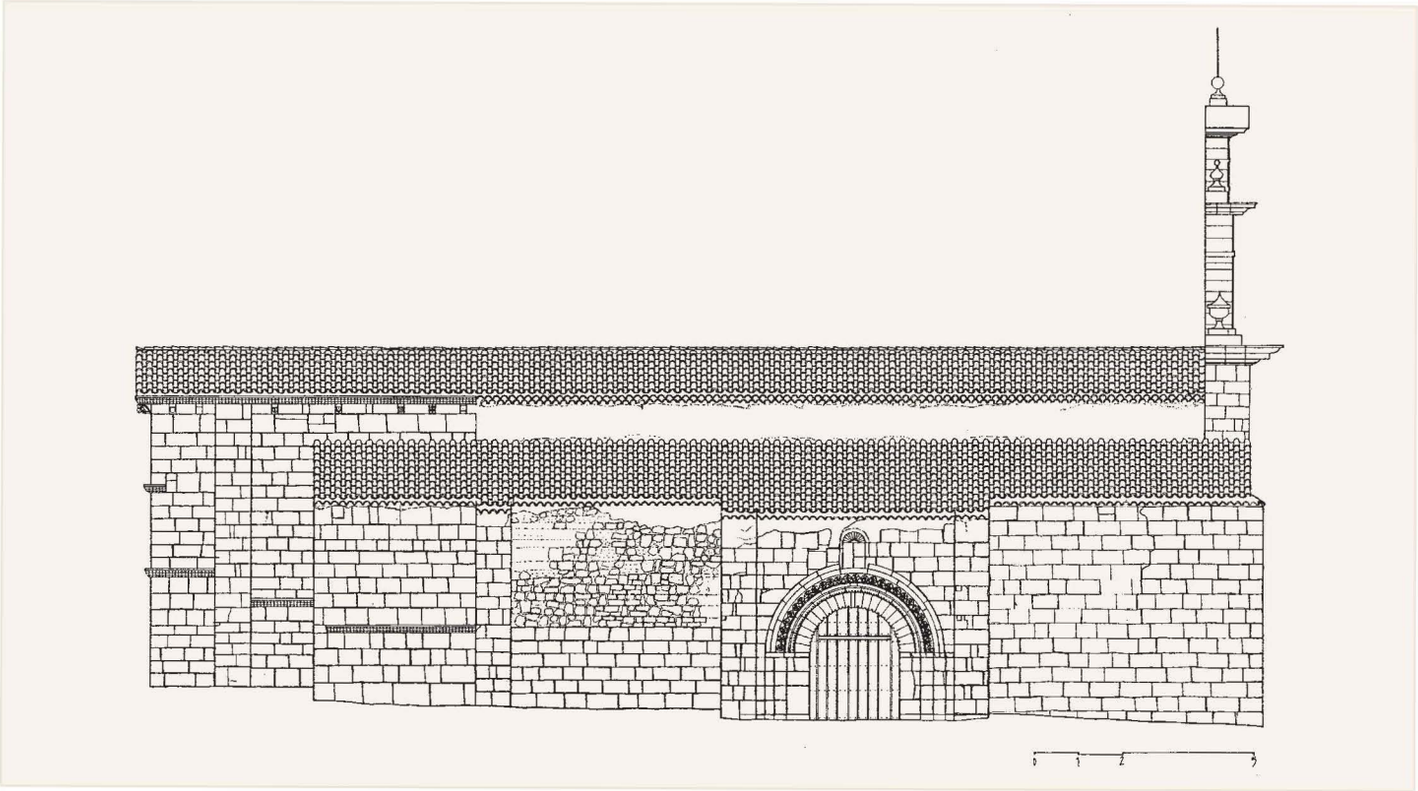
Alzado este

Modillones del alero

Ventana del ábside mayor

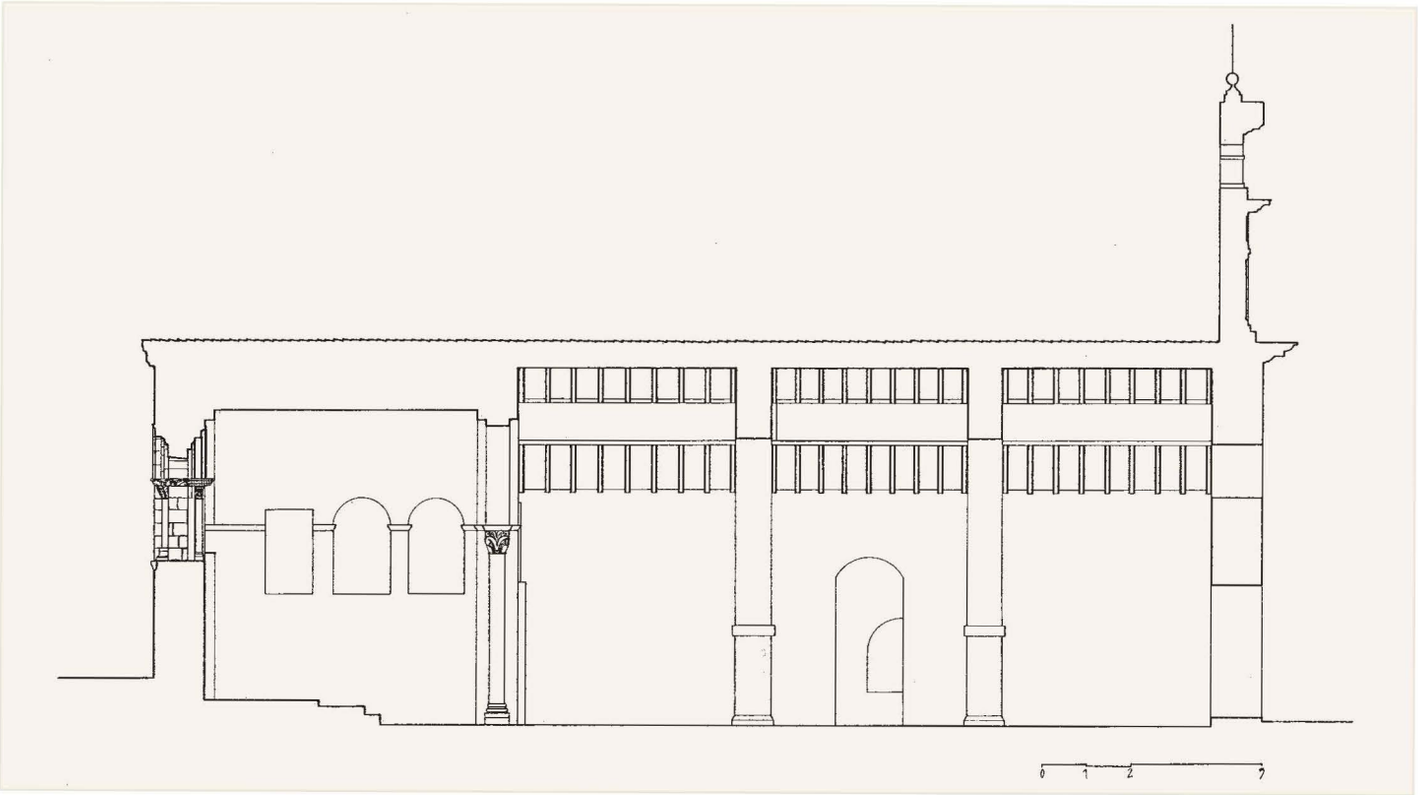
Por todo ello, siendo la cabecera la estructura mejor conservada de la primera campaña, su análisis resulta determinante a la hora de establecer las filiaciones y cronología del edificio, consonantes con la documentación conservada. El arcaizante esquema de cabecera triple de ábsides con testero plano, más amplio y avanzado el central, encuentra sus indudables referentes en la arquitectura altomedieval, siendo fórmula de éxito –como en ningún otro lugar– en lo zamorano, pues esta organización absidal se prolongará hasta el románico final de fines del siglo XII e inicios del XIII (Santiago del Burgo, San Juan de Puerta Nueva, San Esteban). De las iglesias del primer período que siguen estos postulados sólo conservamos la muy transformada cabecera de San Cipriano, modelo de las tardías citadas más que la que nos ocupa. Y es que en Santo Tomé, pese a responder al esquema tripartito de testeros planos, la capilla central se desarrolla más que en las otras, motivado este hecho quizá por una mayor necesidad de espacio a la que no sería ajeno su carácter conventual. Como han señalado todos los autores que se han ocupado del templo, el ábside central de Santo Tomé resulta un trasunto del de Santa Marta de Tera, "copia servil y bárbara del modelo" como afirmaban demasiado peyorativamente Gaya y Gudiol (*op. cit.*, p. 229) refiriéndose a la organización del hastial, antojándosenos así esta cabecera un compromiso entre la fórmula de Santa Marta y la tradicional de San Cipriano.

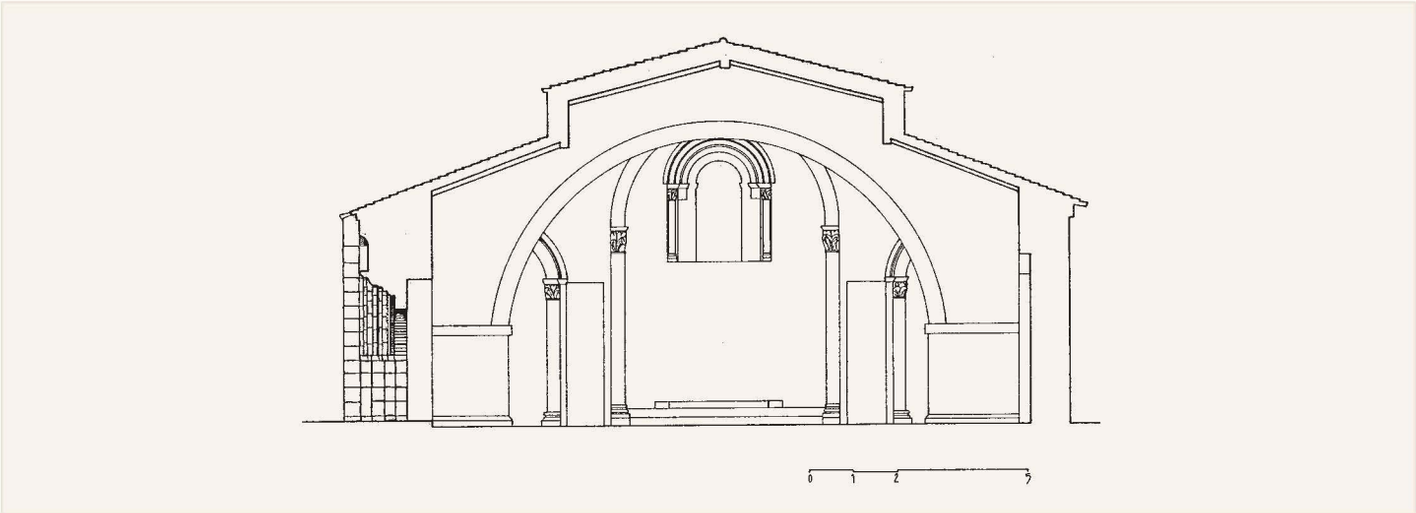
El referido hastial de la capilla mayor, rematado a piñón, se distribuye en tres niveles delimitados por dos impostas con tres filas de billetes, una bajo la ventana del eje y la otra prologando la línea de sus cimacios. Verticalmente, siguiendo el esquema visto en la iglesia del valle del Tera, los esquinales del muro se refuerzan con dos finas semicolumnas adosadas que rematan en capiteles vegetales a la altura de la imposta superior, dando paso sobre ésta a pilastras de sección prismática que alcanzan el alero.



Alzado norte

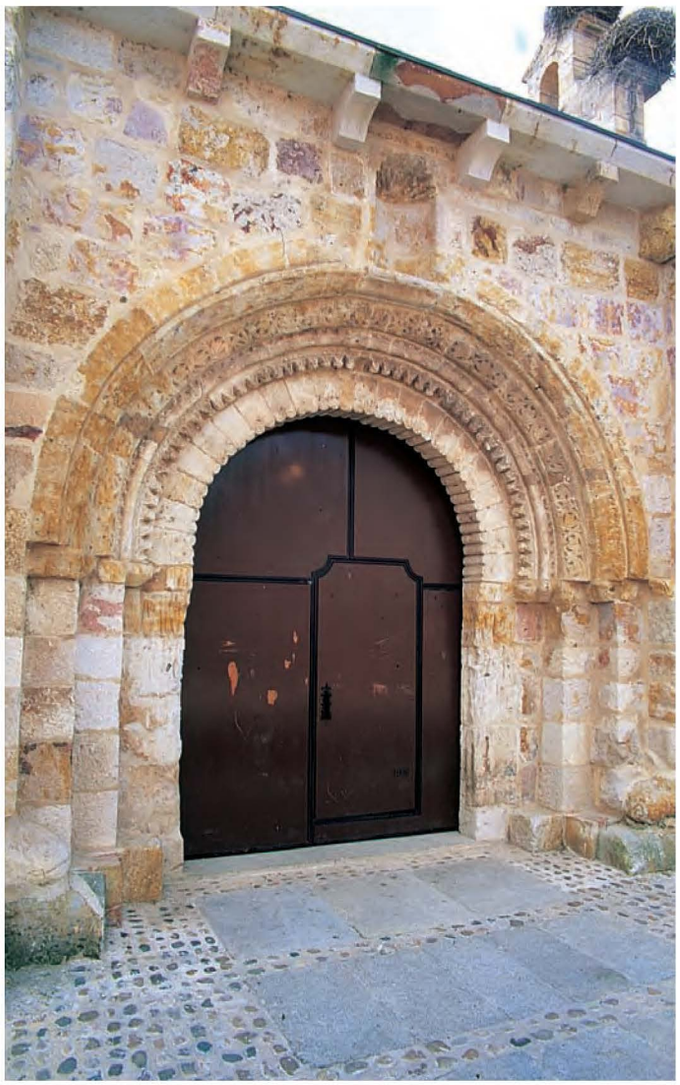
Sección longitudinal





Sección transversal

Portada septentrional



Las numerosas reparaciones que manifiesta el muro sustituyeron las muy desgastadas basas de estas columnas –apoyadas en un breve basamento sobresaliente del zócalo rematado en chaflán– y buena parte de los fustes, conservándose los capiteles, el más meridional con dos pisos de hojas apalmetadas de nervio central perlado y caulículos, y el otro de hojas lisas con bolas y caulículos. En el eje del muro se abre una ventana de vano excepcionalmente amplio, sin la tradicional aspillera, que recuerda la disposición de ventanas de San Isidoro de León. En cualquier caso, las fotografías antiguas (Gómez-Moreno, 1927 (1980), II, láms. 45-46) nos muestran las transformaciones sufridas por este elemento, antes cegado y restaurado por las intervenciones de 1975 y fines del siglo XX, que eliminaron el transparente practicado bajo ella y repusieron los fragmentos de cornisa más erosionados. Se compone la ventana de doble arco de medio punto con faja de billetes y perlado entre ambos, y chambrana decorada con tallos rematados en volutas anilladas y trifolias, idénticas a las que ornan la imposta de la parte derecha (la izquierda se decora con cogollos inscritos en clípeos anillados). El arco reposa en sendas columnas acodilladas de sencillos capiteles vegetales de hojas apalmetadas con bolas y remate de caulículos, y basas áticas sobre fino plinto. Es al interior donde esta ventana absidal recibe una más profusa decoración, pues en torno al arco liso se dispone una hilera de *crochets* de nervio perlado con bolas en las puntas exornando un bocel y junquillo sogueado, un baquetón taqueado con puntas de clavo en los escaques y un bocel con banda de contario helicoidal, rodeándose el conjunto con una rasurada chambrana con tallo ondulante y hojarasca. Esta decoración se repite de modo fiel en la portada septentrional, corroborando su contemporaneidad.

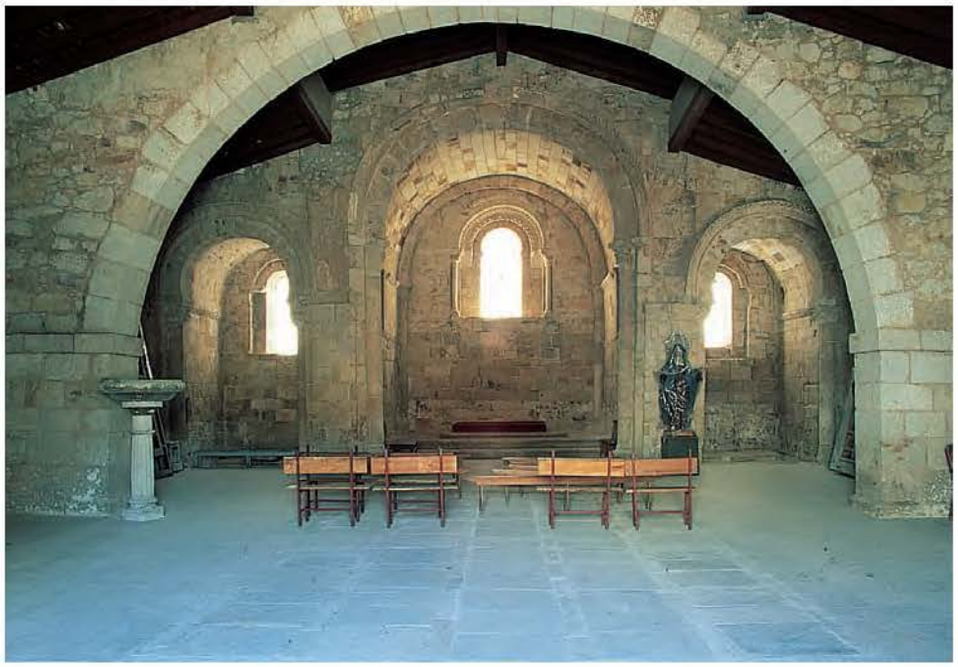
El arco exterior reposa en sendas columnas acodilladas, rematadas por capiteles vegetales de hojas partidas con bolas y caulículos.

Como en Santa Marta de Tera, ciñen por su medio los muros laterales del ábside central dos contrafuertes prismáticos que alcanzan la cornisa. Ésta, por su parte, recibe tres hileras de billetes y perlado en el muro norte y en el hastial, y simple chaflán en el muro sur. La sustenta un interesante conjunto de canecillos, la mayoría decorados con pencas, bolas con caperuza, volutas perladas y rollos con "guarnición de bastones atravesados" al estilo cordobés, aunque hay algunos figurados, como los que muestran un león, un ave, un personaje acuclillado portador de barrilillo, una fémina sedente de larga cabellera partida sosteniendo en su regazo un objeto circular, una máscara monstruosa que engulle un personajillo del que sobresalen las piernas o un atlante con una serpiente enroscada.

Al interior, los ábsides se cubren con bóvedas de medio cañón –todas restauradas conservando sólo los riñones originales– que parten de impostas con ajedrezado en los laterales y lisa en el central. Éste, como en Santa Marta de Tera, reforzaba su bóveda con un fajón pegado al testero que reposa en dos columnas acodilladas, cuyos deteriorados capiteles reciben decoración de helechos y *crochets*, el del lado de la epístola y de aves afrontadas el norte. Los muros laterales de la capilla mayor se animan en la zona inmediata al triunfal con dos parejas de arcos ciegos de medio punto que parecen querer delimitar un inexistente presbiterio. Estos arcos reposan en impostas achaflanadas, lisas o con decoración de zigzag y hojitas trilobuladas, que continúan la imposta de la que parte la bóveda. Otra muy rasurada línea de imposta corría bajo la arquería.

Los arcos torales que dan paso a las capillas son todos peraltados y levemente ultrapasados, doblándose hacia la nave con un bocel ornado de fina banda helicoidal de contario –salvo el del ábside central, con entrelazo de cestería, mediacaña y junquillo sogueado– y tornapolvos de dos hileras de billetes. Recaen estos arcos en semicolumnas adosadas el muro, de las que sólo conserva las basas el central, con perfil ático con bolas y sobre basamento. Los capiteles que las coronan concentran el máximo interés escultórico del templo, aunque curiosamente los dos de la capilla mayor son los más insignificantes, ambos vegetales. El del lado del evangelio presenta helechos con bolas en sus puntas y remate superior de volutas, y en el frente una palmeta pinjante y tallo enredado; en el del lado de la epístola vemos dos grandes y carnosas hojas partidas, una lobulada y la otra con banda helicoidal, bajo un curioso ábaco con incisiones geométricas, todo de factura algo tosca.

El triunfal del ábside de la epístola presenta dos cestas vegetales de similar factura, con las grandes hojas lobuladas partidas con bolas o granas en sus puntas y palmetas de nervio central perlado que recuerdan los modelos vegetales de Santa Marta de Tera. El capitel del lado norte presenta el collarino sogueado y los cimacios repiten los tallos ondulantes con volutas y hojarasca que vimos en el exterior. La pareja de capiteles del ábside del evangelio, ambos iconográficos, es la más interesante y elaborada plásticamente. El capitel del lado sur se decora con una representación de la Epifanía duplicada por motivos



Interior de la iglesia

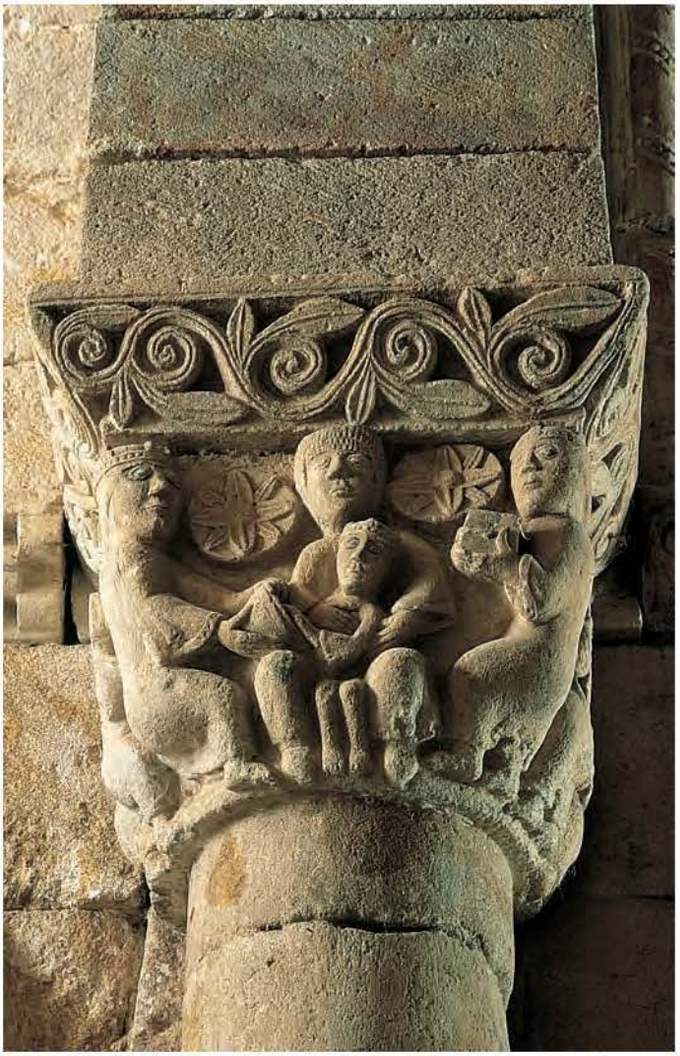
compositivos. En el centro del frente se dispone la Virgen, ataviada con túnica y la cabeza cubierta con una toca, sedente y con el Niño coronado sobre su regazo. Jesús se dirige a unos de los magos, que le ofrece uno de los presentes en una especie de cuenco, y tras él se dispone el resto de los reyes oferentes, que portan sus dones en cofrecillos. También se duplicó la representación de la estrella, apareciendo ambas a los lados de la cabeza de María. Idéntica sumisión al principio de simetría manifiesta el capitel frontero, en el que se desarrolla el tema de la Adoración de los pastores, tres por lado, que aparecen sobre las ya vistas hojas partidas con pomas como personajillos portadores de objetos circulares –quizá quesos o panes– que ofrecen a la Virgen, nimbada y con el Niño en su regazo, ocupando la parte central de la cesta. La composición es idéntica a la de un capitel del exterior del testero de Santa Marta de Tera. Estilísticamente caracterizan a estos relieves los rostros de ojos almendrados y saltones, con marcadas arrugas nasolabiales, la cierta rigidez de actitudes y el hieratismo, demostrando el escultor un mayor dominio de lo vegetal que de lo figurativo, aunque las composiciones y cánones resultan correctos.

Los ábsides laterales han sufrido más que el central las sucesivas reformas y añadidos. En el ángulo formado por la capilla mayor y la del lado del evangelio se adosaron, sucesivamente, dos sacristías: una minúscula cuya cimentación fue descubierta durante la excavación de 1996 y otra de mayores dimensiones –a la que se accedía por un vano del muro norte del ábside central–, demolida a mediados del siglo XX y que aparece en las fotografías publicadas en el *Catálogo Monumental*. El ábside norte manifiesta en su aparejo las huellas de estos postizos, conservando únicamente retazos de la ventana que se abre en el eje, con su arco de medio punto con ajedrezado y los capiteles de las columnas acodilladas que lo recibían: vegetal y muy destrozado el izquierdo y el otro con dos aves de cuellos vueltos picoteando granas flanqueando una palmeta de nervio partido. Al interior conserva el bocel con taqueado del arco y una de las columnas, con sencillo capitel vegetal. En el muro sur de esta capilla se conserva también una credencia de medio punto. Del ábside de la epístola sólo es visible al exterior su testero, rehecho en altura con mampostería. La ventana, cuyo arco fue recreado en ladrillo, conserva la pareja de capiteles, uno con dos fracturados leones afrontados y el otro, sumamente erosionado, con un personaje acuclillado atacado por dos serpientes. Los cimacios reciben decoración de tallos ondulantes con brotes y hojitas avolutadas, de tratamiento similar a las impostas de la ventana del central. Al interior, esta ventana ha perdido la pareja de columnas, manteniendo sólo el arco doblado, con hojarasca y bocel taqueado respectivamente. En el arranque de la bóveda, junto al testero, se conserva un sillar horadado con un vano estrellado y en esviaje, a modo de extraño óculo cuya función ignoramos.

Interior de la capilla mayor

Hoy son visibles, tras el desencalado de los paramentos interiores de la iglesia, las rozas de los desaparecidos arcos formeros inmediatos a la cabecera, e incluso el arranque de uno de ellos junto a la capilla norte con una banda de abilletado, que certifican la estructura tripartita del cuerpo del templo. En una segunda campaña constructiva, datada por Viñé y Salvador en torno al siglo XV, dichas autoras piensan que se produjo un replanteo tanto del muro norte del cuerpo de la iglesia –a partir del contrafuerte que ciñe el toral del ábside del evangelio– como de la estructura interior del edificio. Las excavaciones vinieron a confirmar el remontaje de este muro norte –que mezcla la mampostería junto a una desordenada sillería– retranqueándolo y solapando parcialmente la semicolumna del toral del ábside del evangelio. Incluso la portada románica, abierta entre dos potentes contrafuertes en el segundo tramo de la nave, fue ligeramente trasladada y remontada, hecho que explica el desorden en la colocación de sus dovelas. Consta de arco de medio punto decorado con finos rollos (dos por dovela) que apoya en imposta rasurada y jambas muy deterioradas, molduradas

Capitel del ábside de la epístola



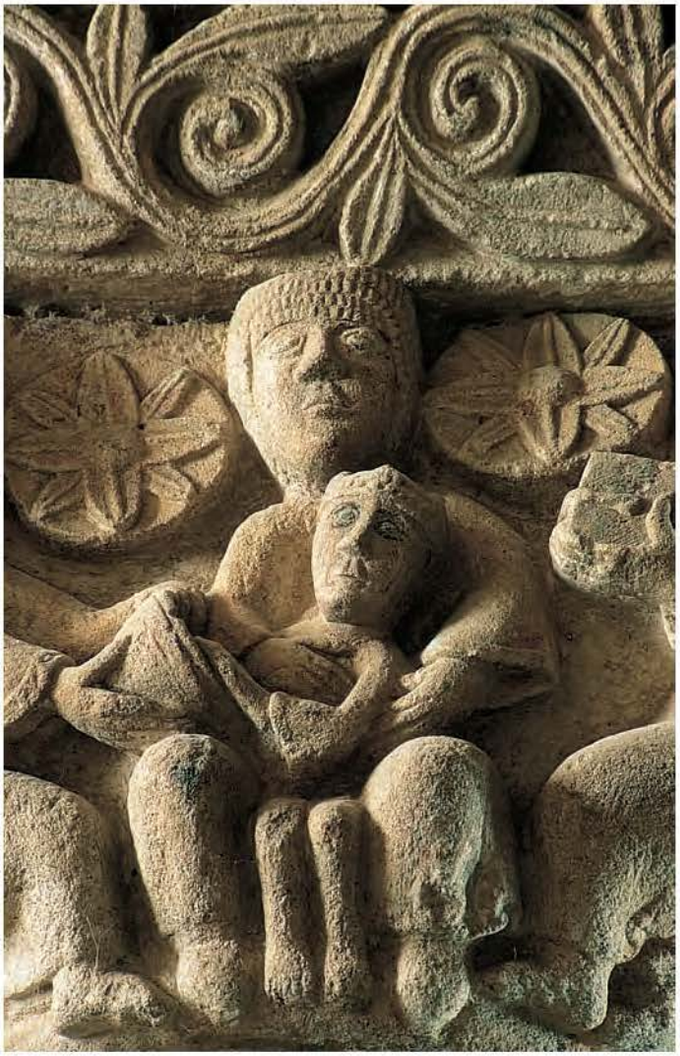
Capilla norte. Capitel de la Epifanía

con un haz de boceles. Rodean el arco tres arquivoltas de menuda decoración, en todo igual a la del interior de la ventana de la capilla mayor: la interior con sucesión de *crochets* de nervio perlado acogiendo bolas y sobre ellos una hilera de puntas de diamante y un bocel rodeado de lazo helicoidal con contario y bolas; el arco central recibe un tallo ondulante que acoge hojarasca y la arquivolta externa debía recibir abilletado, hoy apenas reconocible por estar casi totalmente rasurado, al igual que la chambrana. Sobre la portada se dispuso, en época moderna, una hornacina avenerada apoyada en una repisa con perfil de gola. Frente a ella, y en el muro de lo que sería la colateral meridional, se abría otra portada, aunque no podemos sino certificar su presencia al estar oculta esta zona del muro por las viviendas adosadas.

Esta reforma integral del templo configuró la actual estructura, de nave única dividida en tres tramos delimitados por arcos diafragma de medio punto que apean en amplios machones. Por su aspecto nos parecen algo posteriores a la datación relativa avanzada por las autoras de la excavación, debiendo quizá considerarlos obra de la tercera campaña constructiva de Santo Tomé, ya en el siglo XVIII, que es la que determina la disposición del hastial occidental del templo, con la total reconstrucción en mampostería del sector correspondiente a la primitiva nave central, sustituyendo la previsible portada oeste por la actual adintelada. En el aparejo de esta reforma se reutilizan materiales constructivos de la obra románica, fundamentalmente sillares labrados a hacha, alguna dovela con decoración de abilletado y un relieve en el interior de la jamba de la nueva portada. Posteriormente, en 1832, se alzó sobre este hastial la espadaña neoclásica de sillería que lo corona. Esta reforma forró también los paramentos interiores de las naves, ocultando la portada meridional antes citada.

El aspecto del ábside mayor de Santo Tomé resulta algo más airoso de proporciones que la ciertamente masiva

Capitel de la Epifanía



Detalle del capitel de la Epifanía

arquitectura de su modelo, variando además el diseño de la decoración arquitectónica del testero, que en Santa Marta de Tera consiste en tres ventanas, las dos laterales ciegas y la central albergando una saetera. Salvo estos detalles, la deuda de Santo Tomé respecto a la coqueta iglesia del norte de la provincia no se queda en lo constructivo, sino que se extiende a la iconografía y estilo de su decoración. Tal cercanía parece más fruto de una identidad de artífices que de mera copia o inspiración, pudiendo pensarse que nuestra iglesia es obra de parte del taller que, en los años iniciales del siglo XII, había erigido bajo presupuestos leoneses –que debemos calificar de isidorianos a tenor de lo conservado–, la iglesia monástica a orillas del Tera. Y decimos de parte de ese taller debido a que en el templo zamorano no detectamos la actividad del excepcional escultor que labra, entre otros, los capiteles del triunfal de aquél, con los característicos rostros mofletudos y cabellos acaracolados propios del mejor estilo del románico pleno en San Isidoro de León. En cambio, tanto los capiteles de hojas apalmetadas y partidas con caulículos, como los de helechos y los figurativos de Santo Tomé, e incluso el ornato de los canecillos, encuentran su motivo similar en Santa Marta, cuya cronología –a caballo entre los años finales del siglo XI y la primera década del XII– sitúa la construcción de esta iglesia en la primera o segunda década del siglo XII, pudiendo así calificarla de *nooiter edificata* el anteriormente citado documento de 1126.

Las excavaciones realizadas en 1996 con motivo de la restauración pusieron al descubierto, además de la necrópolis, un foso de fundición de campanas de cronología medieval (entre el siglo XII y el XV) y restos de las primitivas tenerías. En el lapidario del templo se conservan también, sin que sepamos en qué momento fueron recuperadas, varias piezas procedentes de la fábrica románica. Entre ellas destaca un capitel entrego decorado con motivos de tallos entrelazados acogiendo piñas y hojas, así como helechos con pomas en

Capitel de la Adoración de los pastores, en la capilla del evangelio

Capitel descontextualizado de la nave

las puntas. Podemos suponer por su tamaño que pertenecería a los desaparecidos pilares que soportaban los formeros de las naves, siendo su factura similar a la de los capiteles del triunfal de la capilla mayor. Junto a él se conserva un fragmento de imposta o cimacio decorado con friso de palmetas inscritas en clípeos anillados.

Texto y fotos: JMRM - Planos: RPB

Bibliografía

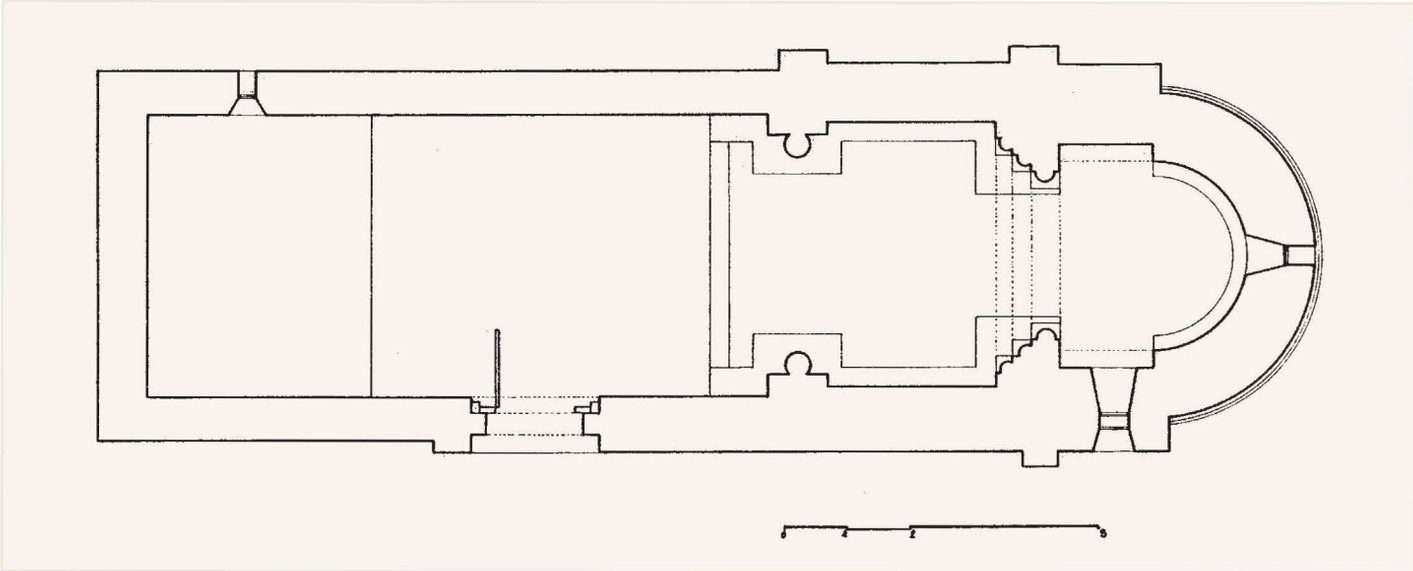
ÁLVAREZ MARTÍNEZ, U., 1883a, pp. 265 y 268-269; ANTÓN Y CASASECA, F., 1918, pp. 32-43; ÁVILA DE LA TORRE, Á., 2000, pp. 56-66; BANGO TORVISO, I. G., 1994, pp. 146-147; BANGO TORVISO, I. G., 1997, p. 308; BUENO DOMÍNGUEZ, M.ª L., 1988, pp. 49, 54, 91 y docs. 4, 7, 9, 18, 24; CALVO MADROÑO, I., 1914, p. 167; CRUZ Y MARTÍN, Á., 1981, pp. 90-92; ENRÍQUEZ DE SALAMANCA, C., 1998, pp. 67-69; ERRO E IRIGOYEN, C. de, 1881, pp. 2-4; FERNÁNDEZ DURO, C., 1882-1883, I, pp. 333-334; GARCÍA CALLES, M.ª L., 1972, doc. 6; GÓMEZ MARTÍNEZ, A., 1958, pp. 15, 38; GÓMEZ-MORENO, M., 1927 (1980), I, pp. 88-90 y II, láms. 45-52; GUDIOL RICART, J. y GAYA NUÑO, J. A., 1948, pp. 229-230, figs. 364-366; GUTIÉRREZ ÁLVAREZ, M., 1997, pp. 66-67; HERAS HERNÁNDEZ, D. de las, 1973, p. 266; LARRÉN IZQUIERDO, H., 1999, pp. 104-105, 110-111; LERA MAILLO, J. C. de, 1993, p. 130; LERA MAILLO, J. C. de, 1999, docs. 11, 12, 13, 15, 22, 28, 192, 642, 655, 1407; LERA MAILLO, J. C. de, 2001a, pp. 149-150; LOJENDIO, L. M.ª de; RODRÍGUEZ, A. y VIÑAYO, A., 1996, pp. 131-132; MARTÍNEZ DE LA OSA, J. L., 1986, p. 45; MOMPLET MÍNGUEZ, A. E., 1995, pp. 56, 104; MONTERO APARICIO, D., 1995, p. 766; MONTEVERDE ALBIAC, C., 1996, doc. 197; QUADRADO, J. M.ª, 1885, p. 602; RAMOS DE CASTRO, G., 1977, pp. 222-230, 494, 500 y docs. 1, 2, 4, 11; REPRESA RODRÍGUEZ, A., 1972, pp. 531, 535-536; RIVERA BLANCO, J. (coord.), 1995, pp. 993-994; RIVERA DE LAS HERAS, J. Á., 2001a, pp. 162-164; SÁINZ SÁIZ, J., 1999, pp. 42-44; SÁNCHEZ HERRERO, J., 2002, p. 31; SÁNCHEZ RODRÍGUEZ, M., 1985, docs. 19, 20, 26, 36, 63; VAL RECIO, J. del, 1985, pp. 23-36; VELASCO RODRÍGUEZ, V., 1962, p. 93; VIÑÉ ESCARTÍN, A. I. y SALVADOR VELASCO, M., 1996, pp. 67-79; VIÑÉ, A. I.; SALVADOR, M. y LARRÉN, H., 1999, pp. 149-162; ZARATAÍN FERNÁNDEZ, M., 1898, pp. 20-21.

Iglesia de Santiago el Viejo o de los Caballeros

ESTA ANTIGUA IGLESIA, conocida indistintamente como Santiago el Viejo, Santiago de los Caballeros e incluso como Santiago de las Eras, se halla en los arrabales de la ciudad, al pie del castillo y cerca del barrio de Olivares, en una zona casi descampada, junto al arroyo de Valorio. Esta situación marginal, que hoy de momento conserva, posiblemente es la que siempre ha tenido, de ahí el nombre que la vincula a una zona de eras.

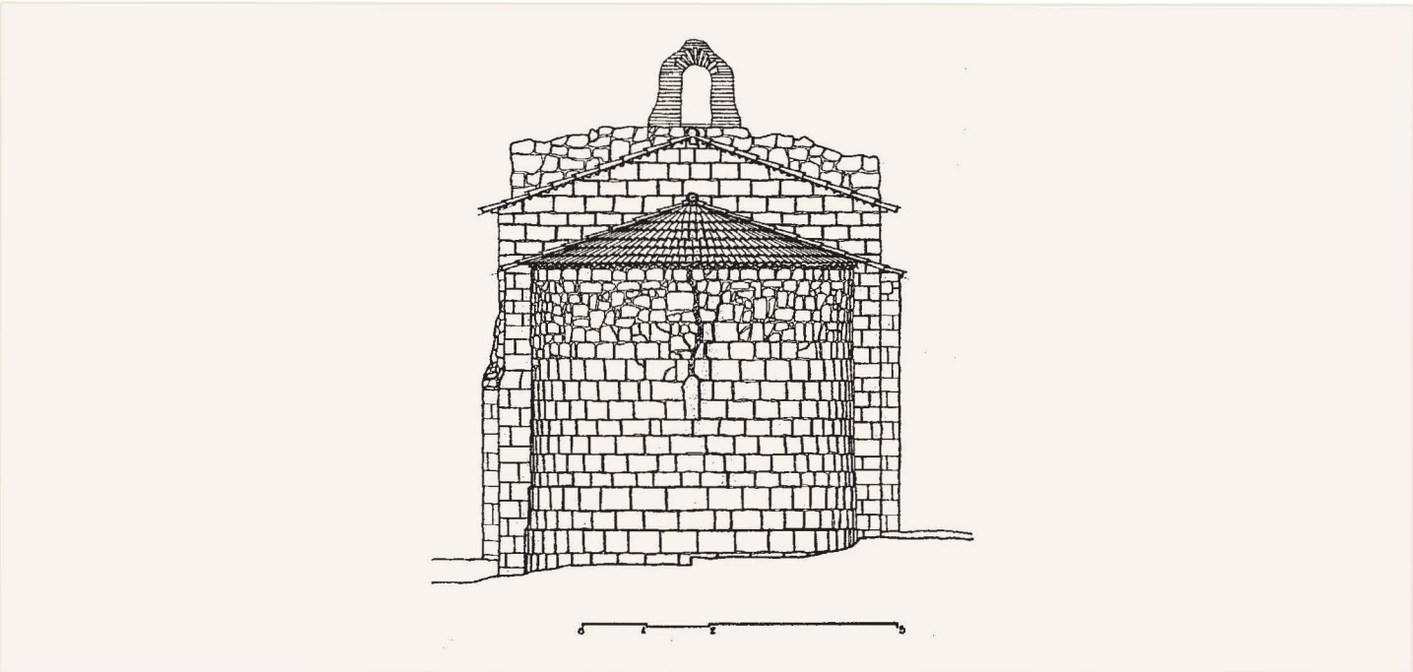
Garnacho supone que su primera fundación, bajo la advocación de Santa María la Blanca, tuvo lugar a fines del X o comienzos del XI y la leyenda y el romancero relatan acontecimientos sucedidos en ella a mediados del siglo XI, pues se supone que aquí fue armado caballero el Cid en 1072, mientras que Cesáreo Fernández Duro sostenía también que fue éste el lugar donde Alfonso VI juró su inocencia en el asesinato de su hermano Sancho. Leyendas aparte, documentalmente aparece por primera vez en 1168, en una carta de donación que extienden Diego Romániz y su esposa Mayor Pétriz a favor de la catedral; el objeto de la donación será precisamente la *quarta parte ecclesie sancto Iacobi qui in suburbio Zemorensi sita est, in parte occidentali, versus porta Sancte Columbe*. Muy poco tiempo después, en 1176 son García Garcíaz y su hermana María quienes entregan al cabildo su parte en esta iglesia, haciendo lo propio dos años después Pedro y Teresa López, citándose en ambos casos *Sancti Iacobi de las Eiras*. Ya en 1204 el obispo Martín I acuerda con el abad de Antealtares, en presencia del arzobispo de Santiago, una resolución sobre la causa de la villa de Gema que había tenido María Vélez y que ambos reivindicaban, concluyendo que el abad reciba la iglesia de Santiago de las Eras, extramuros, y una heredad en Villamor de los Escuderos, adscrita a ella, cediendo a cambio la mitad de Gema. Teniendo en cuenta que el segundo recinto amurallado se estaba construyendo desde mediados del siglo XII, no parece que quepa identificar Santiago de las Eras con Santiago del Burgo,

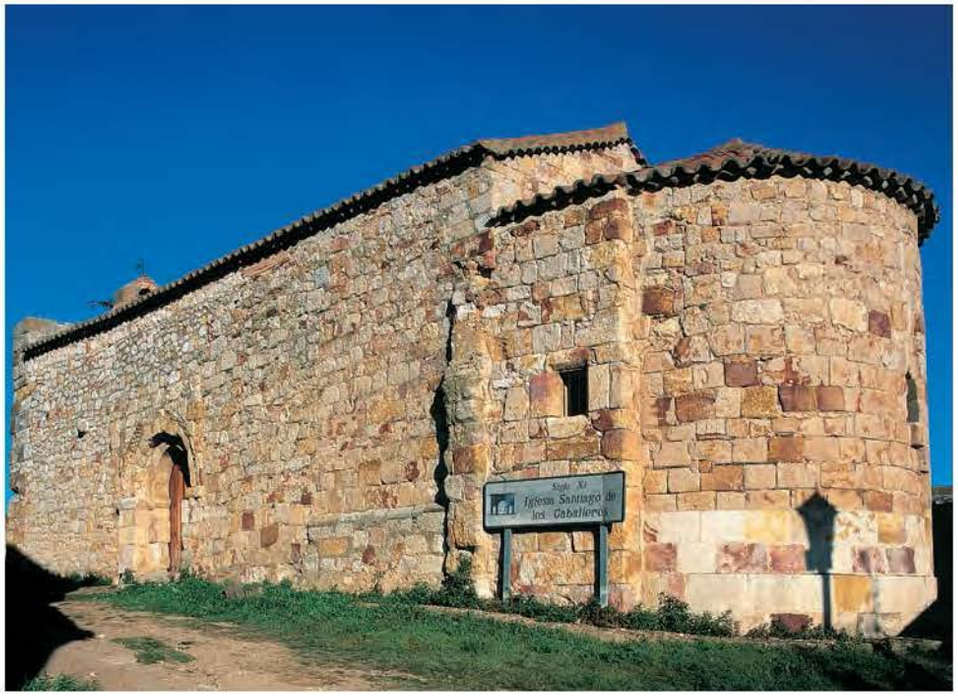
Santiago de los Caballeros vista desde la ciudad



Planta

Alzado este





La iglesia vista desde el sureste

como a veces se ha hecho, pues este último templo ya queda dentro de esa ampliación de la muralla y su mismo apellido, netamente urbano, contrasta con el más propio arrabalero del otro nombre.

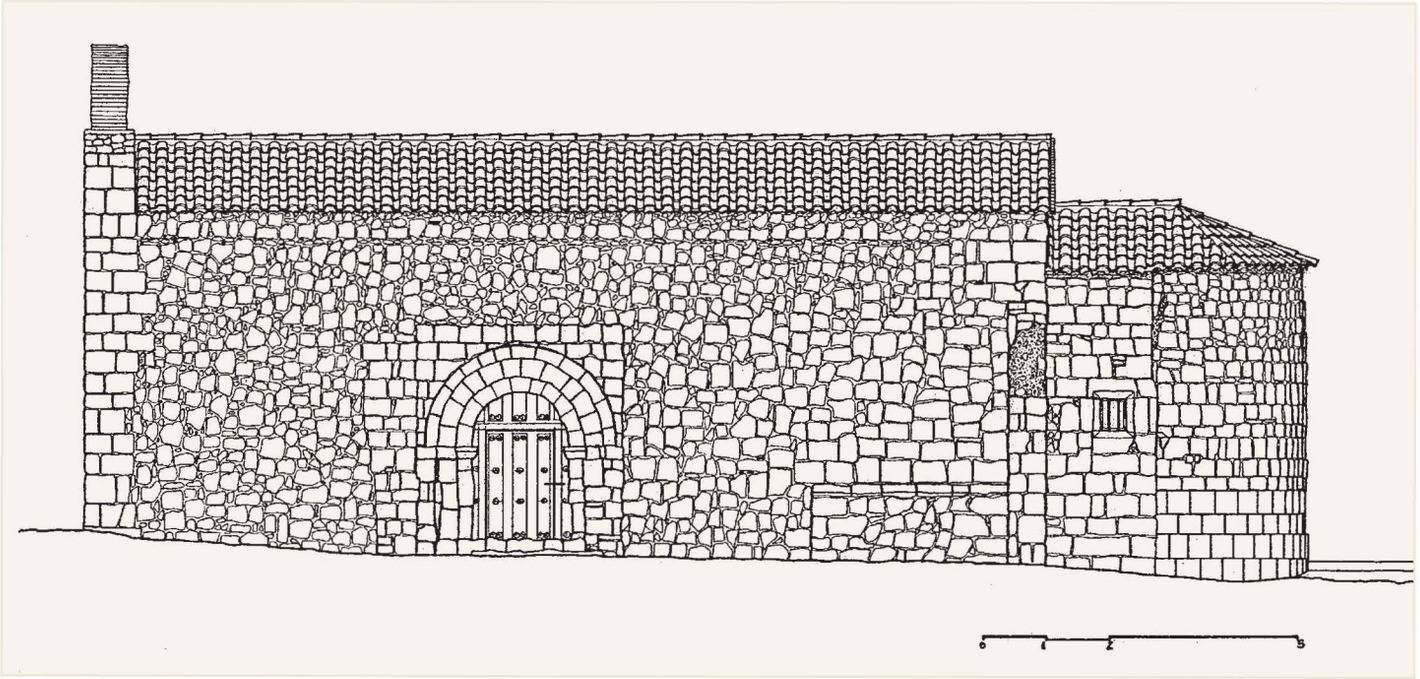
Sin que al parece haya jugado nunca el papel de parroquia, ignoramos por completo los motivos que dieron lugar a su fundación.

Es un templo levantado en la deleznable arenisca local, con unos lienzos de sillería y otros de mampostería, con un material tan degradado en el exterior que indudablemente en los próximos años obligará a una profunda y drástica intervención. Consta de cabecera semicircular, corto presbiterio y larga nave, con portada a mediodía y con un sencillísimo arco-campanario de ladrillo levantado sobre el hastial, contando hasta hace muy pocos años con alguna dependencia adosada por el lado sur. Estructuralmente se conserva el edificio románico completo, aunque buena parte de los paramentos, sobre todo en la nave, han sido renovados en distintas épocas, aunque difíciles de precisar cronológicamente.

El ábside, de reducidas dimensiones pero gruesos muros, es fundamentalmente de sillería, pero también se halla reformado. Exteriormente del paramento original sólo se conserva la mitad norte, mientras que la mitad sur es una reconstrucción ya antigua, con un zócalo mucho más moderno. Cuenta además con un recrecimiento de mampostería de en torno a un metro de altura, lo que debió motivar la completa pérdida del alero original, y en el frente se abre una pequeña y sencilla saetera, abocinada hacia el interior, la mitad de la cual es original y la otra mitad reconstruida. En el interior este ábside es muy angosto, con un podium más ancho que remata en una pieza moldurada; la saetera es simple y el muro se remata en imposta ajedrezada, sobre la que se eleva el recrecimiento de mampuesto antes de dar paso a la bóveda de horno, que lógicamente, a tenor de las modificaciones sufridas por el muro, no es la original.

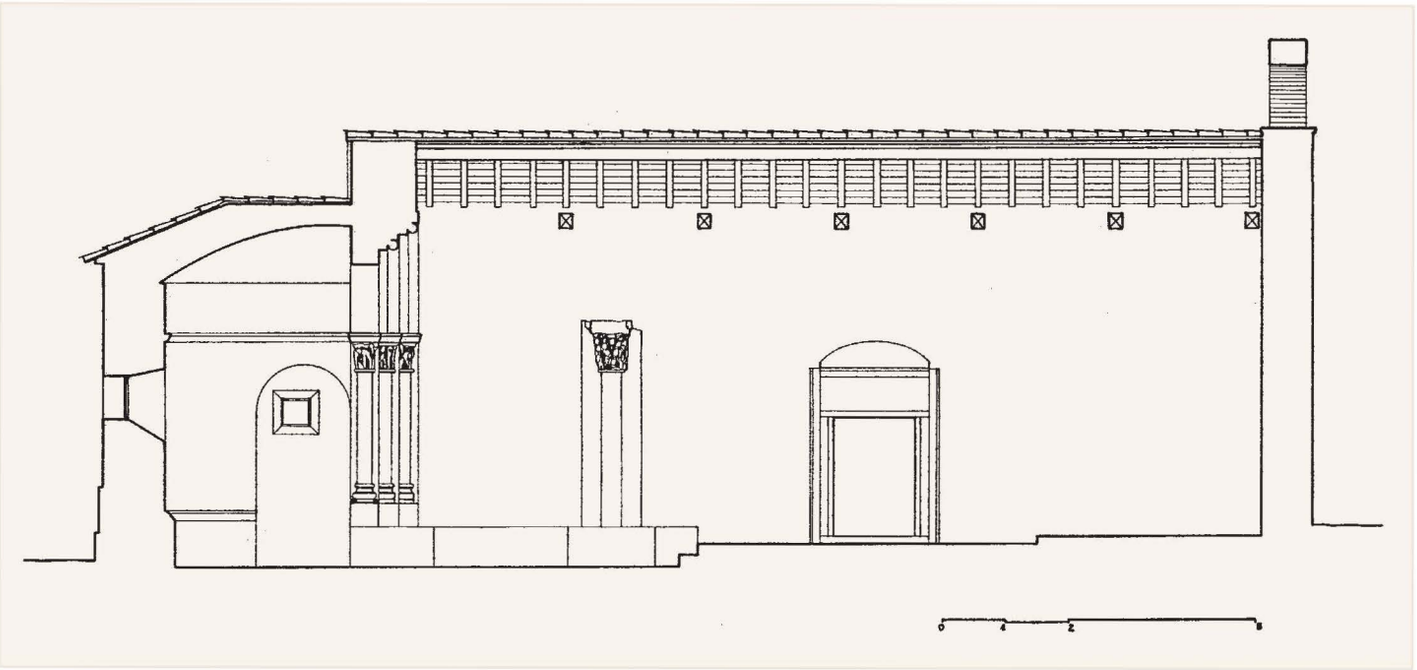
El presbiterio es corto e igualmente macizo, también de sillería, ligeramente más ancho pero de la misma altura que el ábside. Exteriormente, en el lado norte conserva parte del alero, muy deteriorado, con tres canes muy erosionados; en el sur el aparejo es menos uniforme, con una ventanita cuadrada posmedieval. En el interior este tramo presbiterial presenta en cada uno de los muros un gran arco ciego de medio punto, sobre los que directamente se levanta la bóveda de cañón, que se prolonga además directamente desde la bóveda absidal, lo que hace pensar también en su reconstrucción posterior.

Un gran arco triunfal da paso a la nave, soportado en el exterior por dos pequeños contrafuertes que indudablemente han sido insuficientes –y lo siguen siendo– para contrarrestar los empujes. Interiormente y visto desde la nave, este arco presenta estructura de portada, un caso único en Zamora pero similar al de dos iglesias sorianas, la de Nafría la Llana y la desaparecida ermita de San Miguel de Parapescuez, organizándose con tres arquivoltas de medio punto. La interior tiene arco de sección cuadrada, apoyando en semicolumnas con alto podium y elevado



Alzado sur

Sección longitudinal

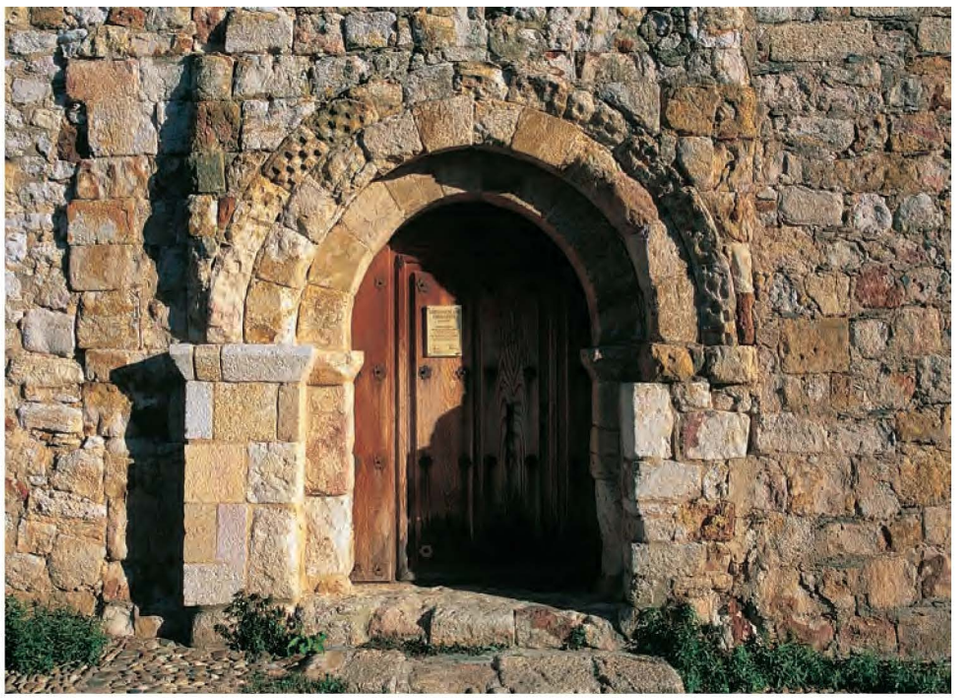


Sección transversal

plinto, con basas de grueso toro inferior flanqueado por bolas –en la epístola– o decorado con hojas enrolladas –en el evangelio–, ancha escocia –decorada la norte con bolas– y capiteles figurados, toscos y de complejo significado, como son todos los que aparecen en esta iglesia. En el lado del evangelio tienen en la cara que mira a la nave dos figuras humanas, hombre y mujer –ésta con los brazos cruzados sobre el abdomen–, mientras que, ajenos a ellos, leones de altas patas y marcado pelaje ocupan el frente y el lado que mira al ábside, con las cabezas unidas, todo bajo un cimacio de roleos con una especie de flores de lis. El capitel de la epístola es una tosquísima composición con tres grandes cuadrúpedos que parecen leones, con breve cimacio de finos tallos dentro de ovas.

La segunda arquivolta presenta el arco con grueso bocel, una de las características del románico más antiguo, apoyando en cuartos de columna acodillados, con basas similares a las anteriores, aunque sin el menor elemento decorativo. En el capitel del evangelio aparecen de nuevo dos figuras humanas, masculina y femenina, más o menos desnudas –aunque ésta parece que con falda–, el hombre con el sexo muy marcado –aunque roto–, abrazados por una serpiente que les atenaza, lo que hace pensar en una eventual identificación con Adán y Eva. El cimacio, al contrario que el capitel, es un fino trabajo de ovas con ramitos rematados en dobles racimillos de bayas, con una cabeza porcina en el ángulo de cuya boca nacen los tallos que conforman dichas ovas. En cuanto al capitel del lado de la epístola muestra una composición con dos aves –seguramente águilas–, de alas plegadas, erguidas y afrontadas simétricamente; en la cara que mira hacia el intradós del arco, arrinconada, aparece una mujer con los brazos cruzados sobre las piernas abiertas, mostrando un exagerado y detallado sexo. El cimacio es en este caso más tosco, con grandes ovas acogiendo hojas palmeadas, un motivo que es muy frecuente en un edificio tan temprano como San Martín de Frómista.

La tercera arquivolta tiene el arco y los soportes idénticos a los de la anterior. El capitel del evangelio se decora

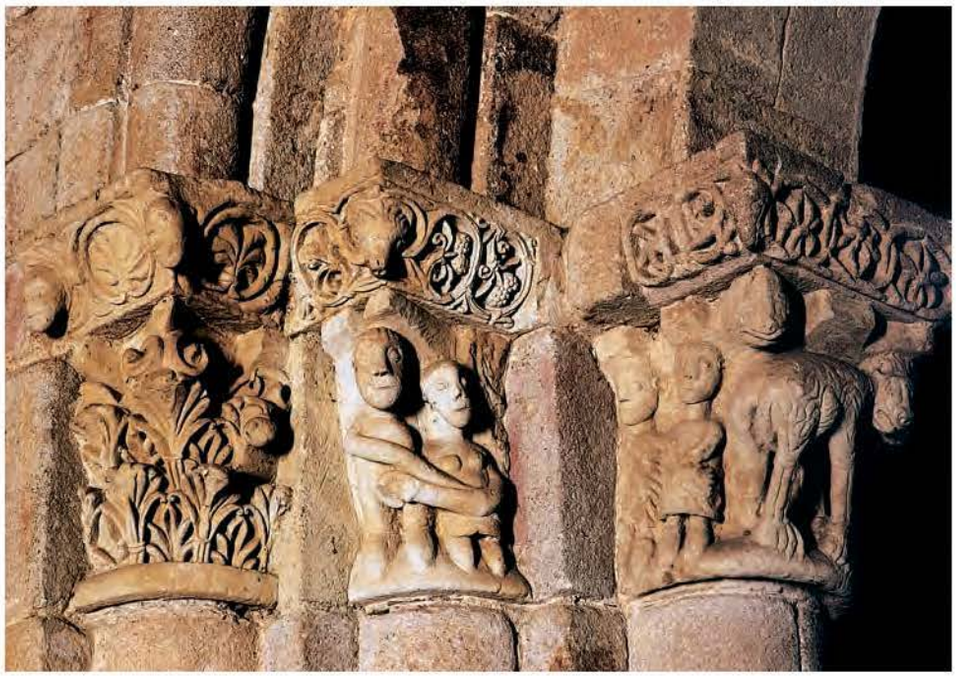


Portada

Interior

mediante una composición vegetal a base de ramilletes de finas hojas lanceoladas, de abultado relieve, dispuestas en dos alturas, entre las que sobresale lateralmente una especie de bola; el cimacio es de ovas con hojas palmeadas y con dos abultadas cabecitas antropoides. La cesta de la epístola nos muestra a dos leones afrontados, envueltos entre tallos, con una rizada melena finamente trabajada y que con sus patas delanteras, alzadas a la par, cogen una bola. Por su parte el tosco cimacio es también de ovas con hojas palmeadas, flanqueadas en el frente por dos piñas en vez de aquellas cabecitas de la pieza contraria. Este último capitel está mucho mejor tallado que las demás piezas figuradas, aunque quizá el otro de esta misma arquivolta pudiera ser del mismo escultor, un tallista que trabaja más el relieve, el detalle y la proporción frente al otro autor, que no cuida ninguno de estos aspectos. La autoría de los cimacios podía ser de ellos mismos, correspondiendo al más hábil el septentrional de la segunda arquivolta y el meridional de la primera.

En cuanto a la nave resulta muy complicado valorar su filiación constructiva dadas las sucesivas reformas que ha sufrido. Es bastante más alta que la cabecera y el tercio anterior presenta notables diferencias respecto a los dos tercios restantes. La parte más antigua y sin duda contemporánea de la cabecera es el primer tercio, macizo, hecho fundamentalmente a base de sillería, contando con un recrecido posterior y careciendo de alero. Exteriormente este tramo está delimitado al norte por un somero contrafuerte, truncado, perdido en el sur en alguna de las reformas. En el interior queda perfectamente



Arco triunfal. Capiteles del lado del evangelio

Arco triunfal. Capiteles del lado de la epístola

definido por dos pilastras laterales, con semicolumnas adosadas, dispuestas sobre gran podium cuadrado –sin duda resultado de reformas posteriores–, que rematan en sendos capiteles de alta cesta, el del lado del evangelio dotado de collarino de doble sogueado –una característica muy arcaica, prerrománica– del que nacen altos tallos verticales y paralelos, rematados en rollos y ocasiona piña e invadidos por alguna ova y palmera; sobre esta base vegetal aparece un abigarrado grupo de leones y personas, todos con poco detalle, liados con sogas. En el ángulo occidental se halla uno de estos leones con las fauces abiertas por la mano de uno de los personajes desnudos, mientras que otra persona cabalga a lomos del animal sosteniendo una bola en la mano derecha, una representación que nada tiene que ver con la habitual de Sansón desquijarando al león, episodio que no creemos por tanto que se relate en esta escena. El otro ángulo está ocupado por tres leones –uno con el pelaje marcado– en actitud de pelear o de morder la cuerda intentando desligarse, mientras que el cimacio es de ovas rellenas por hojas palmeadas, rematadas en las esquinas con bolas y una cabecita animal, también con una bola en la boca. Es una composición muy similar a la que tiene otro capitel de San Cipriano, aunque el escultor es distinto.

Por lo que se refiere al capitel de la epístola es una abigarradísima composición de doce figuras humanas y un caballo en las más diversas actitudes, entre circenses, orgiásticas, belicosas y escatológicas. Empezando por el extremo suroeste aparece un personaje, creemos que femenino, boca abajo o haciendo el pino, mientras que sobre él otro masculino se agarra el voluminoso aunque mutilado sexo, como queriendo penetrar a la figura inferior, a la vez que con su mano derecha sostiene un objeto cuadrado. Junto a ellos hay otras dos figuras, una a hombros de la otra, la de arriba parece ser que masculina y la de abajo una mujer cubierta con toca, de cuyo sexo sale una serpiente. En el frente del capitel, en la base, hay dos personajes en actitud de pelea, con la mano de uno sobre el hombro del contrario, algo que pudiera interpretarse también como posición amorosa, aunque las dos parecen figuras masculinas; sobre el varón izquierdo aparece la cabeza de la serpiente que salía del sexo de la mujer, mordiendo, a la vez que encima de esta pareja hay otras dos mujeres, una que parece enseñar la vulva mientras que la otra cogería a uno de los hombres por el cuello, levantando una piedra con la otra mano. Al lado de las mujeres, en la parte alta de la cesta, aparece otro personaje haciendo el pino, dando paso a un hombre montado a caballo, con escudo oval y calzado con acicates y a cuya espalda se encarama otra figurilla masculina. El cimacio es de ovas con palmetas y con dos cabecitas animales en las esquinas, contactando hacia el lado oriental con el arranque de una imposta ajedrezada.

Estos soportes estaban preparados para recibir un potente arco doblado, pero no sabemos si llegó a construirse e incluso si la nave original llegó a tener bóveda. Hay argumentos para pensar una cosa u otra: a favor de que hubo bóveda está el hecho de la existencia de los

Capitel de la nave, lado del evangelio

soportes interiores y exteriores, de que los muros son muy gruesos e incluso del desplome de éstos, como si el empuje de los arcos o bóveda les hubiera abierto hasta tal punto que sobreviniera su hundimiento; en contra está el hecho de que los muros laterales de este primer tramo están bien rematados con sillería prácticamente hasta la actual cubierta de madera, muy por encima de donde tuvo que estar la bóveda, e incluso son muy evidentes los mechinales. Tampoco en el frente del arco triunfal se aprecian restos de abovedamiento.

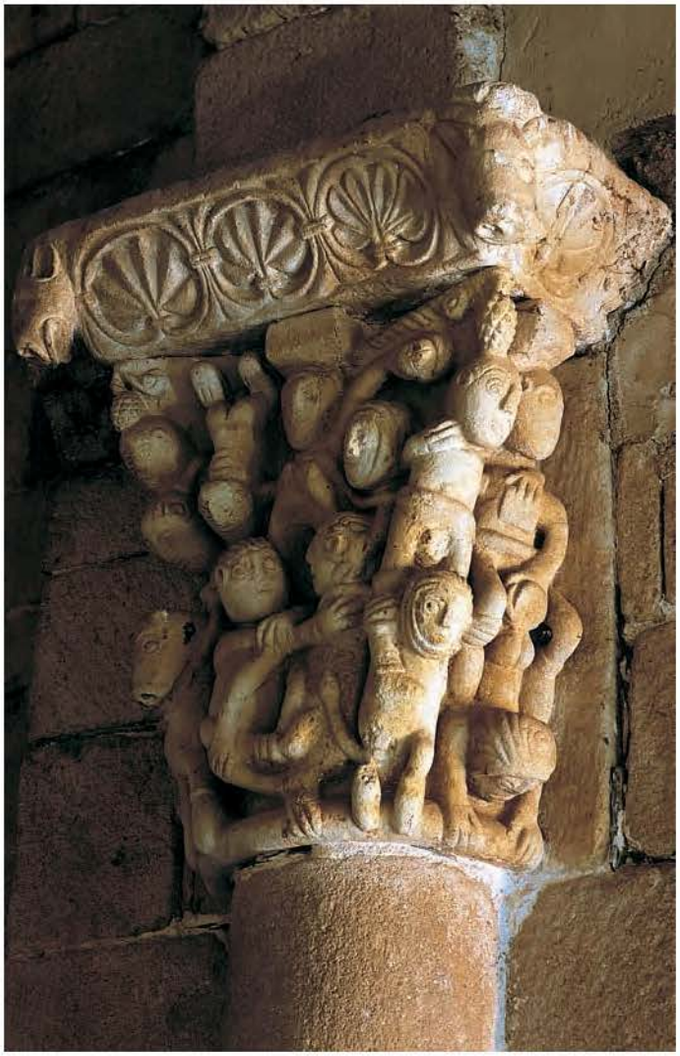
Este primer tramo de nave tiene en la base de los muros interiores bancales corridos, con la pieza superior moldurada con tres boceles, una estructura que desaparece en el resto de la nave, cuyos muros son también más delgados y construidos en mampostería, indudable resultado de reconstrucciones posteriores. Entre estas reformas podemos ver al menos dos momentos, aunque de cronología imprecisa, uno que reconstruye la caja de muros y otro que eleva ligeramente el nivel de la cubierta en todo el perímetro del templo.

En cuanto a la portada es muy probable que esté remontada pues, salvo un sector en el interior, es el único paño de sillería de toda la reconstrucción. No obstante se recompuso de forma un tanto tosca ya que avanza sobre el lienzo de poniente pero queda a ras del oriental. De pequeño tamaño y muy erosionada, consta de doble arquivolta de medio punto, de dovelaje simple, sobre pilastras rematadas con impostas de listel y chaflán y sobre todo ello una chambrana ajedrezada. En el interior esta parte reconstruida de la nave aparece revocada.

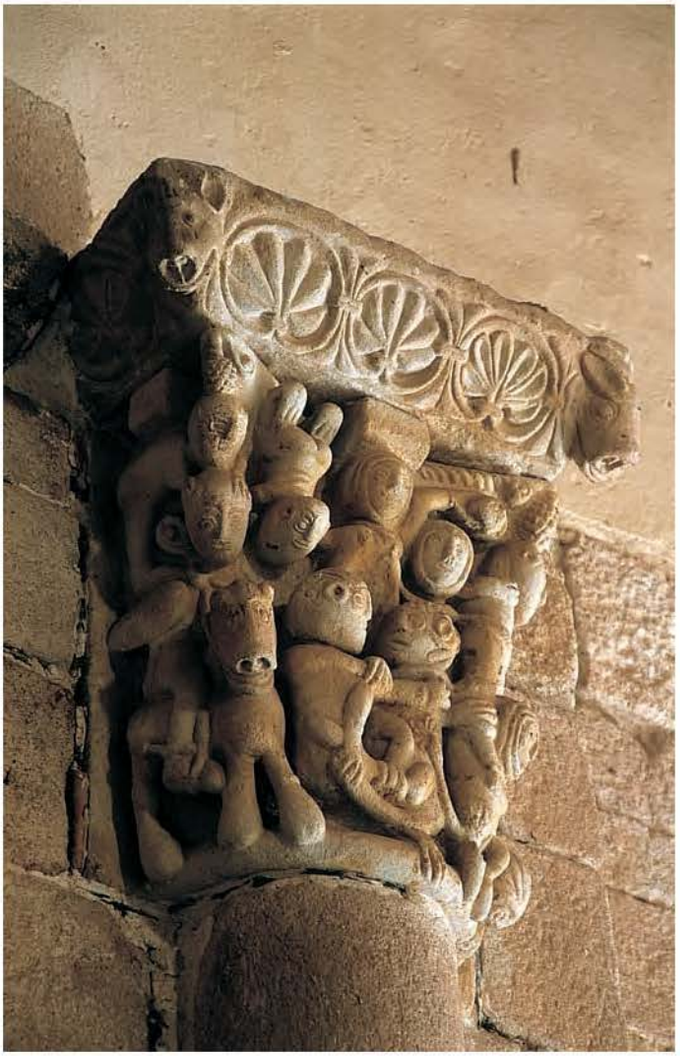
En el templo, hoy sin culto habitual, hay algunas otras piezas que pertenecen a época románica. Tal es el caso de la mesa de altar, una gran losa con perfil de listel y chaflán, o de un cimacio con labor de espiguilla, aunque destaca sobre todo un capitel doble, de 54 cm de anchura, 35 cm de altura y 30 cm de profundidad decorado en uno de sus lados con acantos y en el otro con un personaje a caballo que se enfrenta con un león, escena que se desarrolla entre vegetales, todo muy mutilado.

Sin entrar en interpretaciones iconográficas de la escultura de Santiago el Viejo, terreno harto resbaladizo pero muy abonado para imaginaciones desbordantes, que ha atraído especialmente a diferentes autores, podemos decir sin embargo que nos hallamos ante uno de los más viejos edificios del románico de esta provincia, cuya escultura nos remite a las más tempranas imágenes, con profusión de personajes y de leoncillos, unas representaciones que tienen su más alta expresión en San Isidoro de León pero cuya mejor conexión en nuestro caso creemos que está con lo castellano, desde las cántabricas tierras de Castañeda y Cervatos, o las burgalesas de San Quirce de Los Ausines, hasta San Andrés de Ávila, pasando por las palentinas de Santa Eufemia de Cozuelos o por la propia Frómista. Son todo ellos ejemplos significativos de construcciones levantadas en las postrimerías del siglo XI o en todo caso en los primeros años del XII, cuando creemos que se puede fechar sin ninguna duda la iglesia de Santiago de los Caballeros, un templo en el que en esos momentos parecen trabajar dos escultores, de diferente capacidad técnica pero con similar inspiración. El desarrollo que experimentó la ciudad con Alfonso VI, tras el cerco castellano de su hermano Sancho II en 1072, y especialmente a partir de la repoblación promovida por Raimundo de Borgoña en los últimos años del siglo XI, pudieron ser unas circunstancias históricas muy favorables para que se iniciara esta construcción.

Texto y fotos: JNG - Planos: JAFF



Capitel de la nave, lado de la epístola



Capitel de la nave, lado de la epístola

Bibliografía

ALDEA, Q.; MARÍN, T. y VIVES, J., 1972-1975, p. 2794; ÁLVAREZ MARTÍNEZ, U., 1881d; ÁLVAREZ MARTÍNEZ, U., 1889 (1965), pp. 99, 134, 147, 152; ANTÓN Y CASASECA, F., 1918, pp. 22-32; ÁVILA DE LA TORRE, Á., 2000, pp. 43-48; BANGO TORVISO, I. G., 1997, p. 339; CRUZ Y MARTÍN, Á., 1981, pp. 80-82; ENRÍQUEZ DE SALAMANCA, C., 1998, pp. 74-76; GARNACHO, T. M.ª, 1878 (1979), pp. 39-49; GÓMEZ MARTÍNEZ, A., 1958, p. 18; GÓMEZ-MORENO, M., 1927 (1980), pp. 96-97; GONZÁLEZ FUENTES, M.ª C., 1996, p. 15; GUDIOL RICART, J. y GAYA NUÑO, J. A., 1948, pp. 260, 262 y figs. 407-409; HERAS HERNÁNDEZ, D. de las, 1973, pp. 263-264; LERA MAILLO, J. C. de, 1999, docs. 84, 104, 111, 221; LOJENDIO, L. M.ª de; RODRÍGUEZ, A. y VIÑAYO, A., 1996, pp. 117-121; MARTÍN MARTÍN, J. L., 1974, doc. 42; MOMPLET MÍNGUEZ, A. E., 1995, p. 105; MONTERO APARICIO, D., 1995, p. 767; QUADRADO, J. M.ª y PARCERISA, F. J., 1861 (1990), pp. 31, 62; RAMOS DE CASTRO, G., 1977, pp. 212-217, 499-500 y docs. 10, 12, 14; RIVERA BLANCO, J. (coord.), 1995, pp. 997-998; RIVERA DE LAS HERAS, J. Á., 2001a, pp. 156-158; SÁINZ SÁIZ, J., 1999, pp. 51-52; SÁNCHEZ HERRERO, J., 2002, p. 32; VELASCO RODRÍGUEZ, V., 1962, p. 90; VIÑAYO GONZÁLEZ, A., 1982, pp. 303, 321-325; ZARATAÍN FERNÁNDEZ, M., 1898, p. 8.

Iglesia de San Claudio de Olivares

CENTRABA ESTA IGLESIA DE SAN CLAUDIO el arrabal de Olivares, extramuros y emplazado en la orilla derecha del Duero, entre el centro neurálgico del primer recinto, formado por el castillo y la catedral, y el río. Comunicábase la puebla de Olivares con este primer núcleo fortificado a través de la puerta del mismo nombre (*o Puerta Óptima*), actualmente llamada "del Obispo" por situarse junto al palacio episcopal y salida natural por el sur del *carral maior*. La documentación sobre el arrabal y su mismo topónimo hacen referencia a actividades agrícolas y tenerías y a la explotación de las cercanas aceñas, recientemente restauradas.

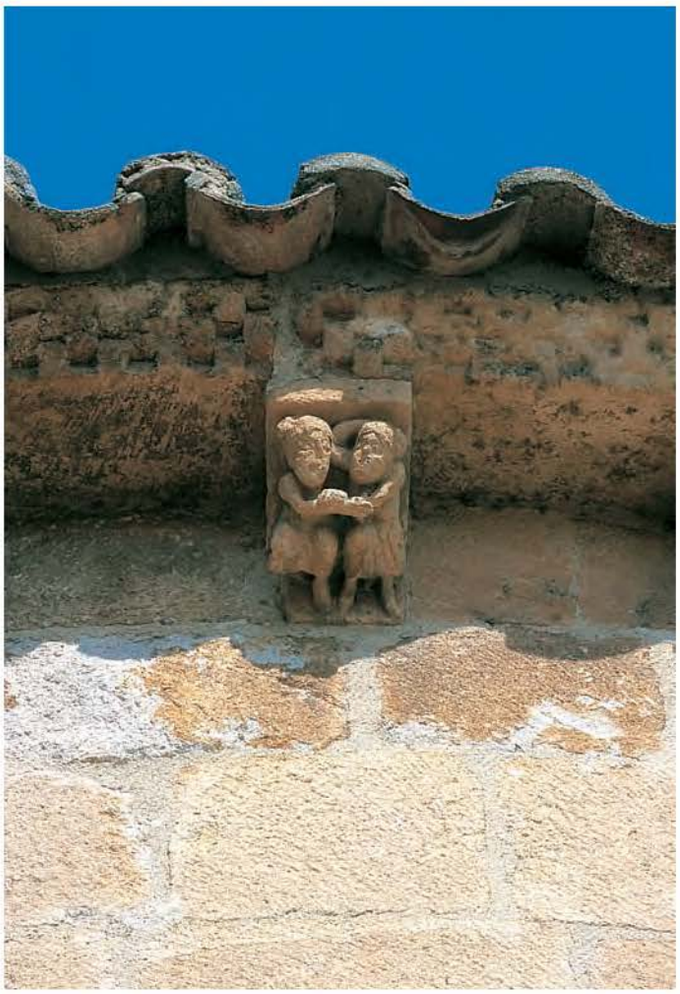
La primera noticia documental nos la proporciona Escalona y hace referencia a la donación al monasterio de Sahagún por Ramiro II de unas aceñas en Olivares *iuxta palatium nostrum*, en el año 945 (R. Escalona, 1782 (1982), p. 393). Gómez-Moreno cita la donación de Dulcidio Sarracéniz al presbítero Rodrigo, en 1082, de una heredad sita en la orilla del Duero, junto a la *porta optima zamorensse que vocitant Olivares* (*op. cit.*, p. 86). En 1172 se documenta la venta al obispo Esteban de "unas casas junto con sus acuarios [...] sitas en la Puerta de Olivares". La primera referencia al templo, aunque indirecta, aparece en el documento de donación de una parte de la iglesia de Santiago de las Eras al cabildo zamorano, datado en 1176 y en el que se cita a un *Petrus Mauro sacristan que fuit de San Claudi* (Ramos de Castro, G., 1977, doc. 12). El propio edificio conserva dos restos epigráficos con dataciones tardías –1242 y 1259– sobre los que más tarde nos detendremos.

El templo aparece hoy como una sencilla construcción de nave única coronada por cabecera compuesta de amplio presbiterio dividido en dos tramos y ábside semicircular, con su única portada abierta al norte. Las importantes reformas y restauraciones que ha sufrido han afectado

San Claudio desde la torre de la Catedral

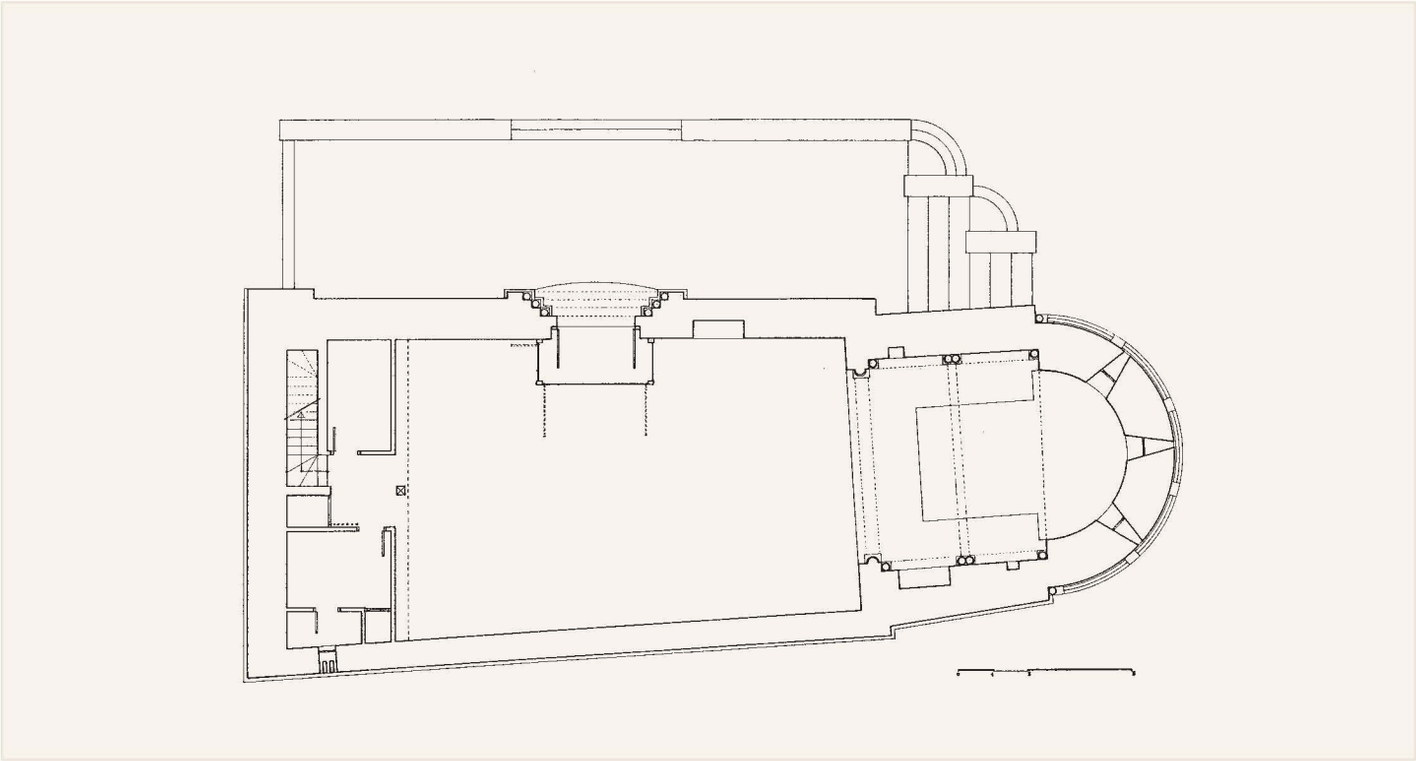
Exterior

Canecillo de la cabecera



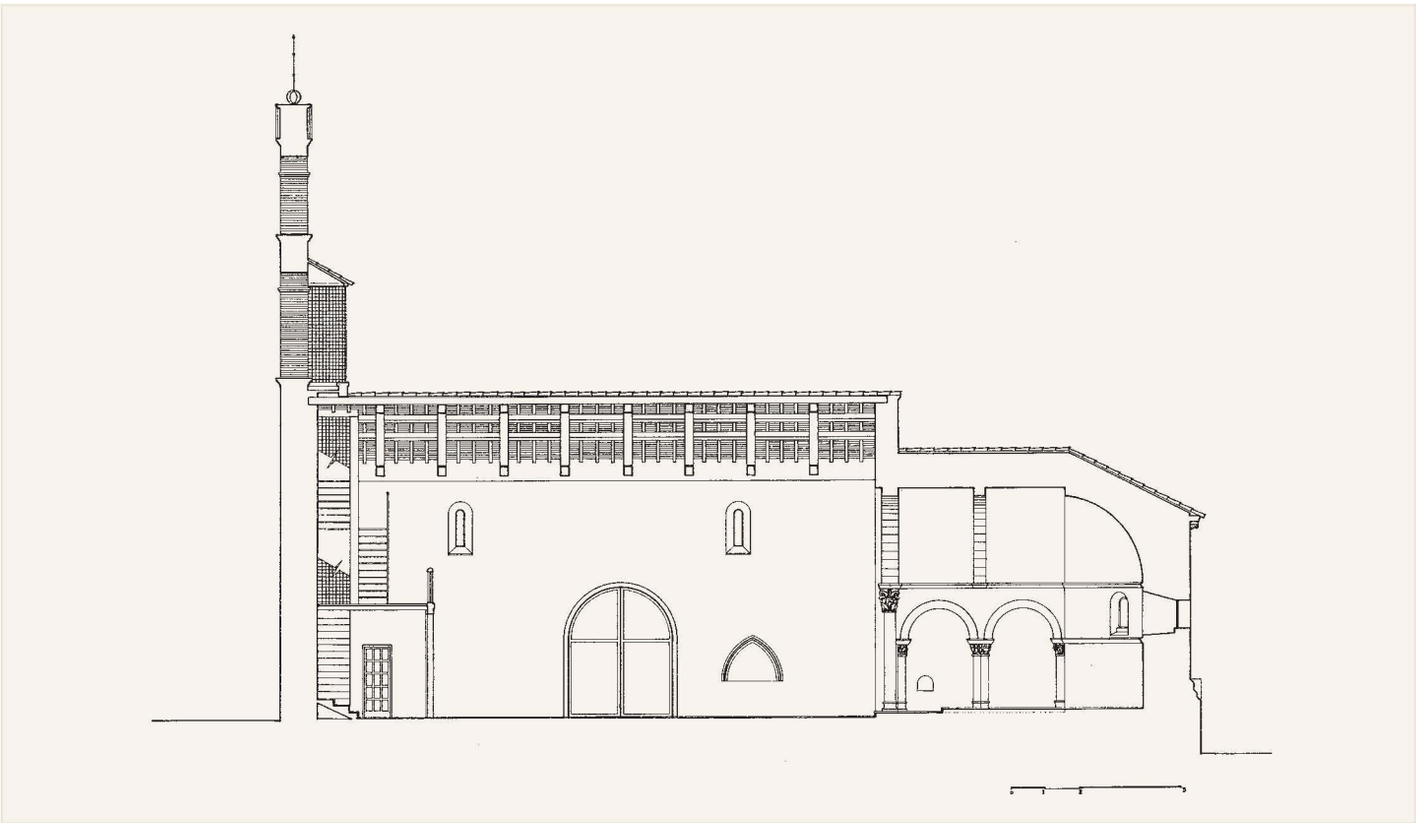
principalmente al conjunto de las cubiertas y a la caja de muros de la nave y parecen responder a problemas de cimentación y de contrarresto de los empujes de las bóvedas, a los que no es ajena su ubicación en terreno aluvial y anegable hasta el reciente encauzamiento del Duero. Francisco Antón señalaba en 1927 que "las aguas del río, cuando se hincha su cauce en la invernada, mojan los viejos muros del templo" (*op. cit.*, p. 11).

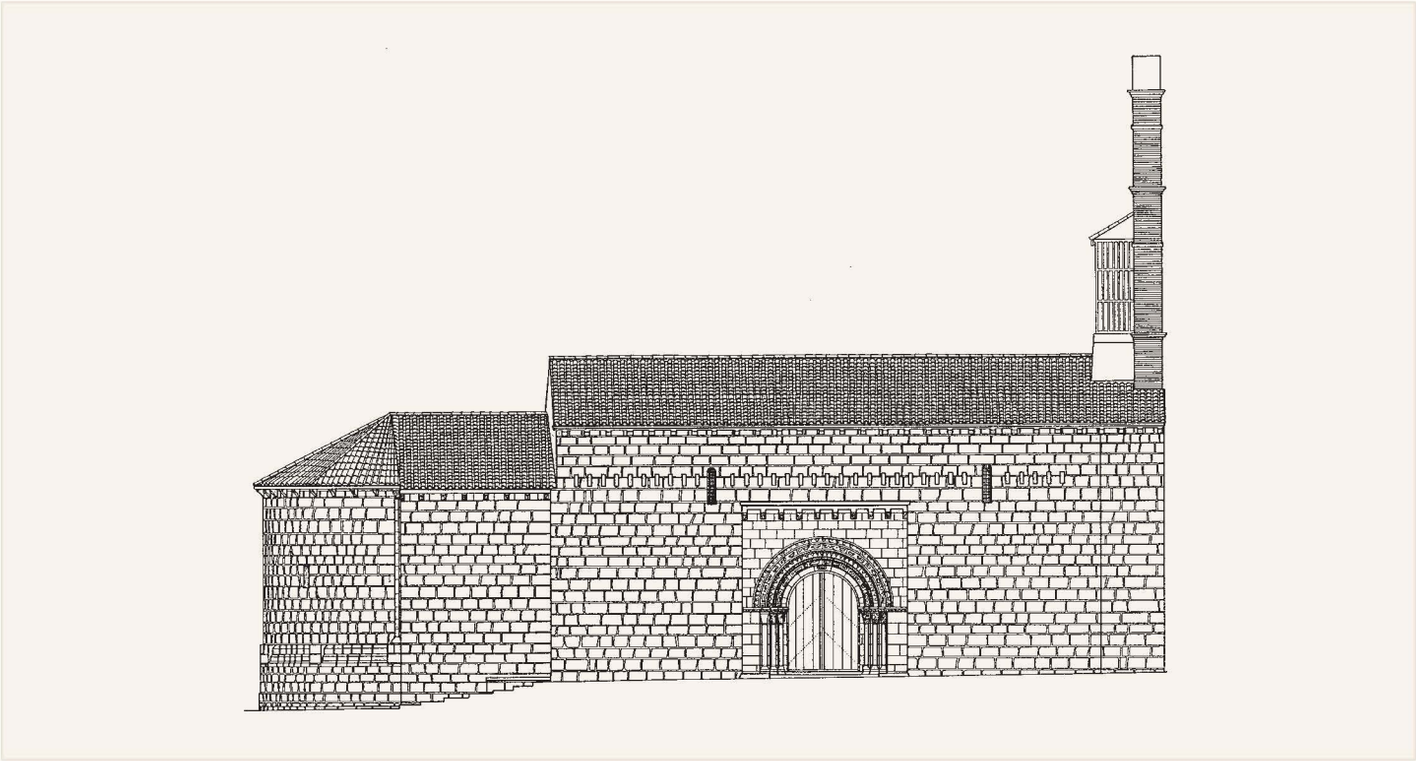
Pese a las transformaciones, conserva el edificio lo fundamental de su estructura románica, en la que es preciso distinguir dos fases. A la primera campaña constructiva corresponden la cabecera y el arranque de la estructura de la nave, levantadas en sillería con el típico conglomerado local zamorano, de pátina rojiza. El evidente desplome del muro meridional del presbiterio debió estar en el origen de la ruina de la bóveda de cañón de esta parte del edificio, sustituida a principios del siglo XX (1910) por la actual, al igual que la bóveda de horno del hemiciclo. En las fotografías que publicó Antón se observa la profunda grieta que rasgaba el muro del hemiciclo. A esta cabecera se añadió en época moderna una sacristía adosada al muro norte del presbiterio, con acceso a través de un vano adintelado abierto en la arquería del mismo. Esta estancia –visible en fotografías antiguas– fue eliminada en la reciente restauración del conjunto (años 80 del siglo XX), que dotó a la nave de la actual cubierta de madera. Llama la atención el contraste entre la airosa proporción exterior de la cabecera y el algo angosto espacio interior de la misma, fruto del recrecimiento del suelo. El hemiciclo es de una sencillez extrema. El desnudo tambor absidal se



Planta

Sección longitudinal





Alzado norte

alza exteriormente sobre un basamento de remate escalonado, preparado para recibir seis columnillas adosadas decorativas, de las que sólo se conserva de lo original la del ángulo suroriental, con fuste de sección poligonal y una de las basas, muy maltratada. Las columnas de los codillos remataban bajo la cornisa en capiteles decorados con aves o arpías y cuadrúpedos alados afrontados, muy erosionados. Tres pequeñas saeteras con derrame hacia el interior dan luz al ábside, una en el eje axial y otras dos a los lados, rehechas todas en la última restauración. La concesión decorativa se concentra sólo en la rica serie de canes del alero, cuya cornisa se decora con tres hileras de tacos. Junto a los sencillos canes del muro sur del presbiterio, de simples rollos o *crochets*, el hemiciclo nos muestra, además de otros del mismo tipo, una serie de figuras personajes en variadas actitudes, entre los que destacan, un músico con bonete cónico tocando el arpa o arpa-salterio, dos personajes barbados en actitud de lucha (uno ase al otro por la muñeca), un descabezado dragón de cola enroscada, una cabecita junto a un barril y un grupo de personajes que parecen extrapolados de un zodiaco y del menologio de la portada septentrional: varios exhibicionistas que levantan sus faldones (febrero), una figura masculina con los brazos en jarras sosteniendo sendos ramos con flores treboladas (abril), un campesino vendimiando que porta un calderillo (septiembre) y otro empuñando un gran podón con el que trabaja la vid (marzo). Entre los muy deteriorados canes del muro septentrional del presbiterio señalaremos la figura de un grotesco atlante y una figura que parece alzar un hato o balanza. Pese a la erosión, en estas piezas se adivinan varias manos, una de ellas próxima en estilo a la del autor de los bellos capiteles del interior e iconográficamente cercana a la decoración de la portada norte.

El interior repite la austeridad del hemiciclo, sólo amenizado por las dos líneas de imposta decoradas con tres hileras de tacos que corren bajo el arranque de la bóveda de horno, continuándose por el presbiterio, y bajo la línea de las ventanas. En los elementos originales se aprecia aún la policromía de tonos ocres y negros. El profundo presbiterio se articula en dos tramos, señalados por un fajón que apea en sendas ménsulas decoradas con una pareja de atlantes, el del muro septentrional en actitud pensativa y el del meridional en la tradicional postura acuclillada de brazos alzados. Los muros interiores del tramo recto se aligeran y animan con arquerías ciegas de dos arcos de medio punto cada una, que recaen en dobles columnas en el centro y columnas acodilladas en los laterales. En esta decoración interior con arcuaciones ciegas ha pretendido verse una progenie asturiana (Viñayo), segoviana y

Interior

Muro norte del presbiterio

abulense (Ávila de la Torre) o ambas (Gómez-Moreno señala recuerdos asturianos y de San Andrés de Ávila). Sin embargo, y sin negar tal ascendencia, ya la más próxima capilla mayor de San Cipriano de Zamora presenta una similar articulación de paramentos, que tampoco resulta excepcional, pues la integran un nutrido grupo de edificios del norte de Castilla (Vallespinoso de Aguilar, Villanueva del Río, Zorita del Páramo, parroquial de Perazancas, etc.), del sudoeste de Francia, etc. Da paso a la cabecera un rehecho arco triunfal de medio punto, doblado hacia la nave y que reposa en sendos machones con semicolumnas en los frentes. Sus basas se molduran con finos toros y una desproporcionada escotadura, perfil que repiten las columnas del presbiterio y la muy erosionada del exterior del tambor absidal.

La decoración escultórica de los capiteles del arco triunfal y presbiterio resulta excepcional tanto iconográfica como estilísticamente, situándose entre las producciones de mayor calidad del románico provincial. El capitel del lado del evangelio del triunfal se decora con una pareja de grifos que beben de una fuente o cáliz alzado sobre una columna, al que asen con sus patas interiores. Sobre ellos, en el dado del ábaco, se esculpió una máscara grotesca de ojos saltones que se introduce una mano en la boca. En el lateral que mira a la nave aparece un deteriorado personaje sentado que porta en su mano izquierda una forma aplastada y redondeada a modo de pan o sagrada forma y en la otra cara de la cesta una hoja lanceolada y carnosa sobre la que aparece otra máscara de rasgos humanoides. La disposición de aves o grifos bebiendo de la fuente o cáliz nos trae al recuerdo el bello capitel del brazo meridional del crucero de la catedral de Salamanca, así como un amplio catálogo de estas representaciones en el románico europeo (Sainte-Foy de Conques, etc.), con un contenido eucarístico apropiado para la ubicación del tema. Estilísticamente, sin embargo, la proximidad con una capitel de Santa María de Villanueva (Asturias) resulta, como luego veremos, sorprendente.

Ménsula del presbiterio

Capitel del triunfal. Grifos

Frente a este capitel, el del lado de la epístola muestra la figura de Sansón desquijarando al león (1 Jue 14, 5-10) en el frente y dos águilas de alas explayadas en los laterales. La presencia de esta prefiguración cristológica es también frecuente en la iconografía románica, así como su ubicación en los arcos de triunfo (Vallespinoso de Aguilar, Dehesa de Romanos, Cezura, Henestrosa de las Quintanillas, etc.).

Los capiteles de la arquería interior del presbiterio aúnan una extraordinaria calidad de ejecución con un estado de conservación impecable. Iniciamos su descripción desde el más próximo a la nave del muro septentrional con un capitel decorado con una máscara monstruosa de rasgos felinos, orejas puntiagudas y fauces rugientes de las que surgen tallos enredados con pesadas piñas y racimos y, en la cara que mira al altar, hojas de vid con racimos picoteados por un ave. El cimacio, parcialmente fracturado al colocarse el hoy desplazado púlpito, recibe tres filas de tacos. Coronan las columnas que centran el tramo dos capiteles unidos decorados, respectivamente, con dos arpías-ave de alas explayadas, cabellera partida y expresivos ojos saltones, de cuerpo recubierto de plumaje y garras de rapaz que asen el astrágalo, el izquierdo, y una pareja de leones pasantes afrontados, cuya cola pasa entre sus cuartos traseros y cae sobre su lomo. Entre los caulículos de parte alta (que también coronan la otra cesta), se dispusieron dos cabecitas, una de carnero y la otra de un can o lobo. El cimacio único de estos capiteles recibe un tallo ondulante del que brotan gruesas hojas carnosas enrosadas. El tercer capitel de este paramento, el del ángulo noreste del presbiterio, se orna con un piso inferior de carnosos *crochets* de cuyas puntas penden una especie de botellas –o bien peras– y un piso superior de caulículos, entre los cuales se disponen dos figurillas, la de la cara sur de rasgos grotescos, cabello partido y gran boca sonriente y la de la cara oeste femenina, con toca y brial, que ase con sus manos la punta de una de las hojas. El cimacio recibe carnosas lises en tallo ondulante.

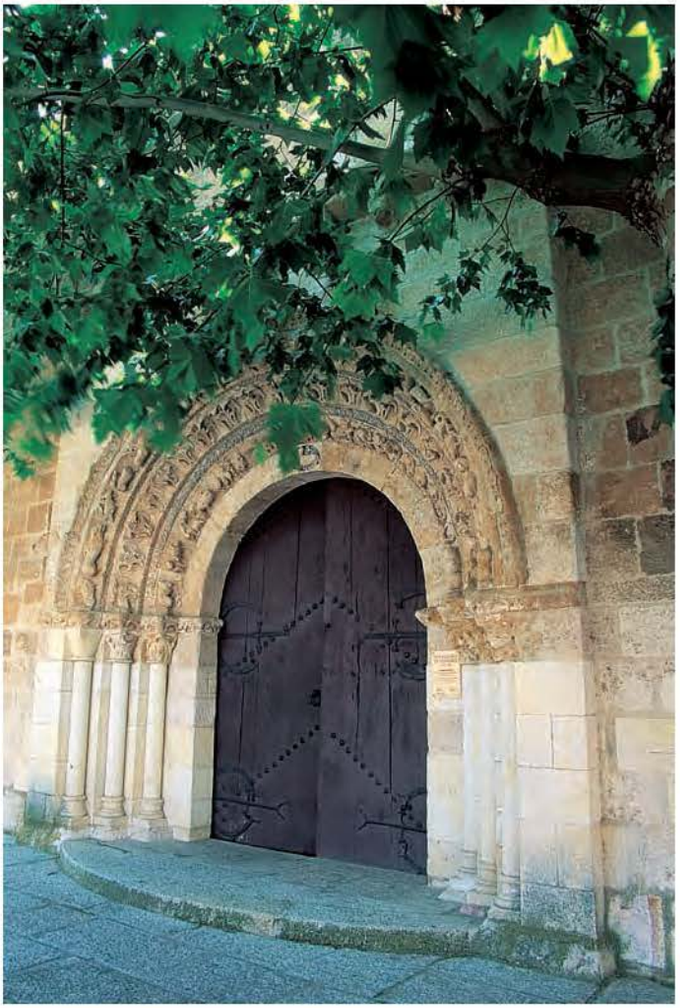
Capitel del presbiterio

El capitel del ángulo sudeste del presbiterio es vegetal, con un piso de hojas lanceoladas de profundo nervio central partido y bayas en las puntas y su cimacio muestra clípeos entrelazados en los que se disponen un batracio, un ibis o pelícano, un ave, especie de abubilla, de gran penacho tras la cabeza, un atlante o acróbata vestido con túnica corta, acuclillado y asiendo el clípeo que lo enmarca y un cerdo o jabalí.

El capitel doble del centro del tramo es una pieza excepcional, tanto iconográfica como estéticamente y justamente hemos de considerarlo como la más significativa del estilo del escultor. Labrada en un único bloque, la doble cesta nos muestra, en su frente, el combate de dos centauros sobre un fondo de hojas carnosas partidas. Ambos presentan el cuerpo de equino de grandes cascos partidos y pelaje marcado por mechones triangulares y rizados el derecho e incisiones en zigzag el otro, y torso humano, de efebo y larga cabellera partida uno y barbado el otro, éste tocado con un curioso bonete puntiagudo y perlado, y ambos con saltones ojos de pupilas horadadas y labios de comisuras caídas. Precisamente el centauro barbado tensa un muy fracturado arco contra su oponente, el cual blande una gran lanza. En la cara oriental de la cesta se labró un extraño híbrido de cuerpo serpentiforme y cola escamosa rematada por una cabecita de serpiente, torso alado y con brazos y busto humano, en actitud de lanzar una piedra que sostiene en su mano derecha. Su rostro muestra un gran mostacho y barba puntiaguda, con el consabido rictus de su boca, de labios de comisuras caídas y aparece tocado con un puntiagudo gorro frigio con decoración de perlado. La cara occidental del capitel

Capitel del presbiterio. Centauros

Capitel del presbiterio. Arpía



Portada

recibe una bella representación de una sirena-pez femenina, que alza su escamosa cola con su diestra –en graciosa contorsión–, mientras se mesa con su otra mano la larga melena partida. En estas representaciones de la lujuria en sus vertientes masculina (centauros) y femenina (arpía), el escultor alcanza la máxima manifestación de su destreza, dotando a las figuras de un excepcional volumen, que prácticamente llega al bulto redondo en el caso del combate central. Las concesiones al detalle se manifiestan en el cuidado tratamiento de las texturas de los cuerpos (escamas, alas, vaciado de los iris con trépano, rellenos con pasta vítrea, ombligos, etc.). Tanto desde el punto de vista estilístico como iconográfico, resulta sorprendente la similitud de este capitel con uno de los pilares orientales de la nave de la iglesia asturiana de Santa María de Villanueva, en el valle de Carzana (Teverga), que la profesora Etelvina Fernández considera "réplica, casi exacta" del capitel que nos ocupa, "hasta el punto que podríamos considerarlo del mismo taller e incluso de la misma mano" (*op. cit.*, p. 231). En realidad, en el capitel asturiano se produce una condensación de los motivos que vemos en San Claudio de Olivares en los capiteles de la lujuria y en el frontero de las arpías, pero con unas características que efectivamente hacen pensar que los escultores de la fase "Villanueva-II" son los mismos que trabajan en Zamora, sin que podamos entrar aquí en el análisis de qué obra antecede a cuál. Etelvina Fernández data dicha campaña de Santa María de Villanueva en los años centrales del siglo XII, cronología que no se contradice con la del edificio zamorano. Otro capitel de Santa María de Villanueva, éste decorado con grifos afrontados, se aproxima igualmente al del lado del evangelio del triunfal de Olivares, incluso en la ornamentación de carnosas hojas de lis inscritas en tallos ondulados del cimacio; igualmente, la misma concepción de los rostros del capitel de la Epifanía de Villanueva la encontramos en los de los personajes de San Claudio.

Finalmente, el capitel del ángulo occidental de la arquería meridional del presbiterio recibe una sencilla

Mensario de la primera arquivolta

Mensario

decoración vegetal, con dos pisos de carnosas hojas lanceoladas y lisas, con bayas en sus puntas las inferiores y rematadas en caulículos las superiores. El cimacio presenta hojitas pentafolias entre tallos ondulados. Las basas de las columnas de la arquería y del triunfal presentan perfil ático, aunque de finos toros y amplísima escocia, sobre breve plinto. En los cimacios e impostas de la cabecera son aún perceptibles restos de policromía, de tonos ocres y negros.

La nave se encuentra profundamente alterada por reformas posteriores. Debió de cubrirse en origen con bóveda, aunque los ya referidos problemas estructurales del templo supusieron su ruina. De hecho, a nuestro juicio, la nave corresponde a una segunda campaña románica, de la segunda mitad del siglo XII, siendo notoria la ruptura de hiladas en el arranque del muro norte de la misma, único original conservado. Tanto el muro meridional como el hastial occidental del templo corresponden a reformas posmedievales. En este muro septentrional, además de las dos saeteras con fuerte abocinamiento al interior, destaca la portada, abierta en un antecuerpo coronado por una cornisa soportada por diez canes muy deteriorados, aproximadamente en el centro de la nave.

La portada se compone de arco liso de medio punto y tres arquivoltas profusamente decoradas que apean en jambas escalonadas con tres parejas de columnas acodilladas, éstas fruto de la restauración de mediados de los ochenta del siglo XX. Sus capiteles se encuentran sumamente erosionados, adivinándose sólo que el exterior del lado derecho recibía dos cuadrúpedos afrontados entre ramaje. El resto de las cestas eran vegetales, con una fila de acantos el central del lado izquierdo. La arquivolta interior es la iconográficamente más interesante, pues recibe en sus catorce dovelas un interesante calendario agrícola, con la labor propia de cada mes individualizada en una pieza, y las dos laterales con representaciones de felinos, al modo, por ejemplo, de la portada de Santiago de Carrión de los Condes. La lectura de los muy maltratados relieves, que debe realizarse de derecha a izquierda, se inicia con enero, representado por dos personajes sedentes y ricamente ataviados ante mesas, en actitud de comer. Febrero aparece figurado por dos rústicos calentándose al fuego, uno ya sentado ante él y el otro levantándose el sayón, como es costumbre. La tercera representación, que correspondería al mes de marzo es complicada de descifrar, aunque creemos ver a un hombre portando un cántaro junto a otro, encorvado y vestido de rústico, portando un podón o azada. La figuración de abril es más clara, y aparece representada por un sembrador y un hombre con dos ramos y un pájaro sobre su hombro (el denominado "señor de la primavera"), ambos descabezados. Le sigue mayo, simbolizado por el caballero que parte de caza acompañado por un lebrel sobre la grupa de la montura y un halcón. Las dovelas correspondientes a los meses de junio y julio están tan sumamente erosionadas que apenas podemos adivinar que representan tareas agrícolas: en la primera un personaje arrodillado alza un objeto irreconocible (rama, fruto o colmena), mientras su compañero, por su actitud encorvada, parece sugerir el gesto de segar o podar; en la de julio vemos un personaje rodilla en tierra y cargando un fardo a su espalda (¿un haz de trigo?) y frente a él una muy mutilada figura que sostiene en su mano izquierda alzada un vaso o copa (la sed). Creemos reconocer la labor de la trilla en el mes de agosto, bajo la forma de un personaje tras un animal. Septiembre, como es habitual, es el mes de la vendimia, aquí bajo la forma de dos personajes sentados y acuclillados a ambos lados de una viña de enroscado tallo; le sigue el trasiego del vino para simbolizar octubre, en forma de dos personajillos, uno subido a un gran tonel y el otro ante él, ambos muy mutilados. Noviembre, como

León en la arquivolta exterior de la portada

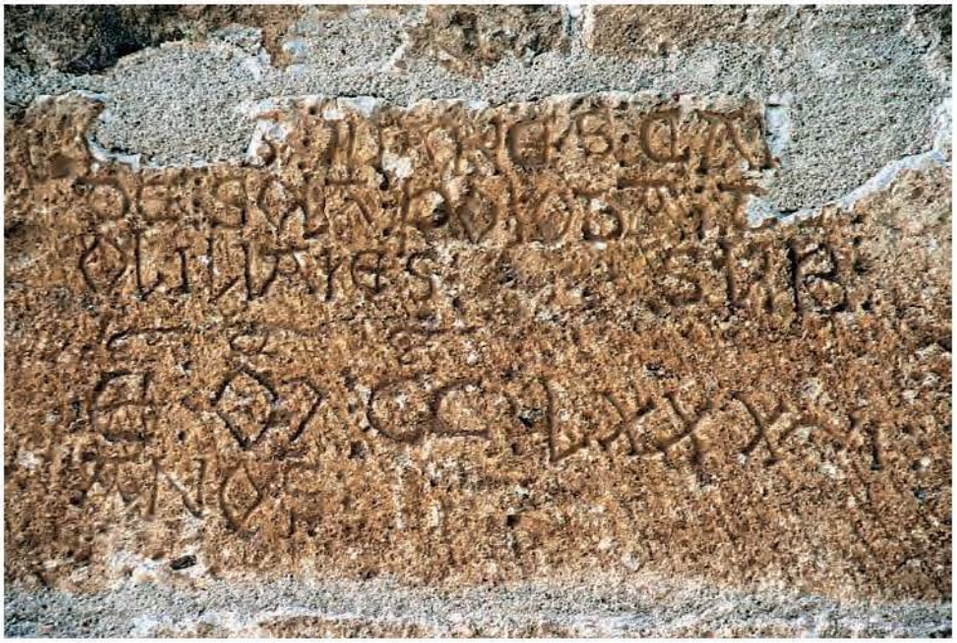
es tradicional, aparece representado por la figura del cerdo, en nuestro caso, dos porqueros entre dos animales, y diciembre por el acarreo de la leña, cargada ésta en un pesado haz sobre los lomos de una mula y acompañada por un personaje. El orden de los motivos que simbolizan los meses mediante la tarea agrícola asociada varía, lógicamente, en función de la latitud y clima característico de cada zona. En nuestro caso, las mayores similitudes en cuanto a temas las establecemos con los calendarios agrícolas de San Martín de Salamanca, Beleña de Sorbe, El Frago y San Isidoro de León.

Sobre el friso de tallo ondulante que acoge hojitas se dispone la segunda arquivolta, ésta decorada con una fina banda de palmetas y grandes hojas lobuladas y dobladas de profundas escotaduras y acusado relieve. La arquivolta exterior se decora con motivos animalísticos y del Bestiario, entre los que destacamos a un gran león pasante con la cola sobre el lomo, otros felinos, varios cuadrúpedos cuyas colas remata en hojas y palmetas, un grifo, una especie de carnero, aves y hojas, una pareja de trasgos o arpías afrontados, un dragón devorando un animal, una pareja de aves picoteando los frutos de un árbol, un personaje con un bastón ante un erguido simio u oso (¿juglar?), etc. El conjunto de las arquivoltas se rodea con una chambrana decorada con un friso de palmetas.

En la clave del arco se dispuso, quizás posteriormente, un tosco *Agnus Dei* inscrito en un clípeo ovoide, tallado en reserva. Junto a él, en la misma rosca del arco de ingreso y bajo las representaciones de agosto y septiembre de la primera arquivolta, se grabó posteriormente la siguiente inscripción, hoy muy borrosa, por lo que seguimos la transcripción que realizó Gómez-Moreno, con las correcciones de Maximino Gutiérrez: VESPERA : DE : NATALEM : / E : LA : MILINARIA : DEL : DI/O : E : NO : TIE(M)PO : DE : LOS : ANOS : / MALOS : REINA(N)TE : EL : REI : / DO(N) ALFONSO : SUB : / E(RA) : M(ILLESIM)A : CC (ducentesim)A : NON(A)G(IN)TA VII, es decir "En la víspera de la Navidad, en el milenario de Dios, en el tiempo de los años malos, reinando el rey don Alfonso (X). En el año 1259". No creemos que pueda tomarse la fecha de esta inscripción más que como referencia cronológica *ante quem* para la portada, a todas luces anterior a tal fecha, máxime ante los evidentes signos de remonte, al menos parcial, de ésta. Además de este testimonio epigráfico, el templo conserva otros dos, uno absolutamente ilegible, en el salmer del mismo arco de la portada y otro, al menos parcialmente distinguible, en el muro septentrional del presbiterio. En este último, que permaneció oculto por la primitiva sacristía, leemos: ...S : IH(o)ANE S : CLA... / DE : SOLA : POIOTA : T... / OLIVARES: ... SUB / E : M : CC : LXXX / ANOS, año 1242.

De imprecisa cronología, probablemente medieval, es la pila bautismal, de copa troncocónica lisa y 1,15 m de diámetro y 0,66 m de altura; lo mismo podríamos decir de los herrajes de la puerta del templo, considerados como probablemente coetáneos de su fábrica.

Por lo que se refiere a una valoración global del edificio, ya señaló en lo arquitectónico Gómez-Moreno las similitudes de la cabecera con la de San Andrés de Ávila y obras asturianas, reflejando además la duplicidad de campañas entre la cabecera y la nave, ésta posterior.



Inscripción del muro del presbiterio

El historiador granadino veía en lo escultórico de la cabecera raigambre leonesa, "con similitudes en Frómista y Santillana", vínculos que se refuerzan, como vimos, con las sorprendentes identidades de factura entre estos relieves y algunos de Santa María de Villanueva, en Asturias. Así las cosas, la primera campaña de San Claudio de Olivares debe rondar los años centrales del siglo XII, mientras que la reforma de su nave parece obra más tardía, de las dos últimas décadas del siglo.

Texto y fotos: JMRM - Planos: RMML/JAFF

Bibliografía

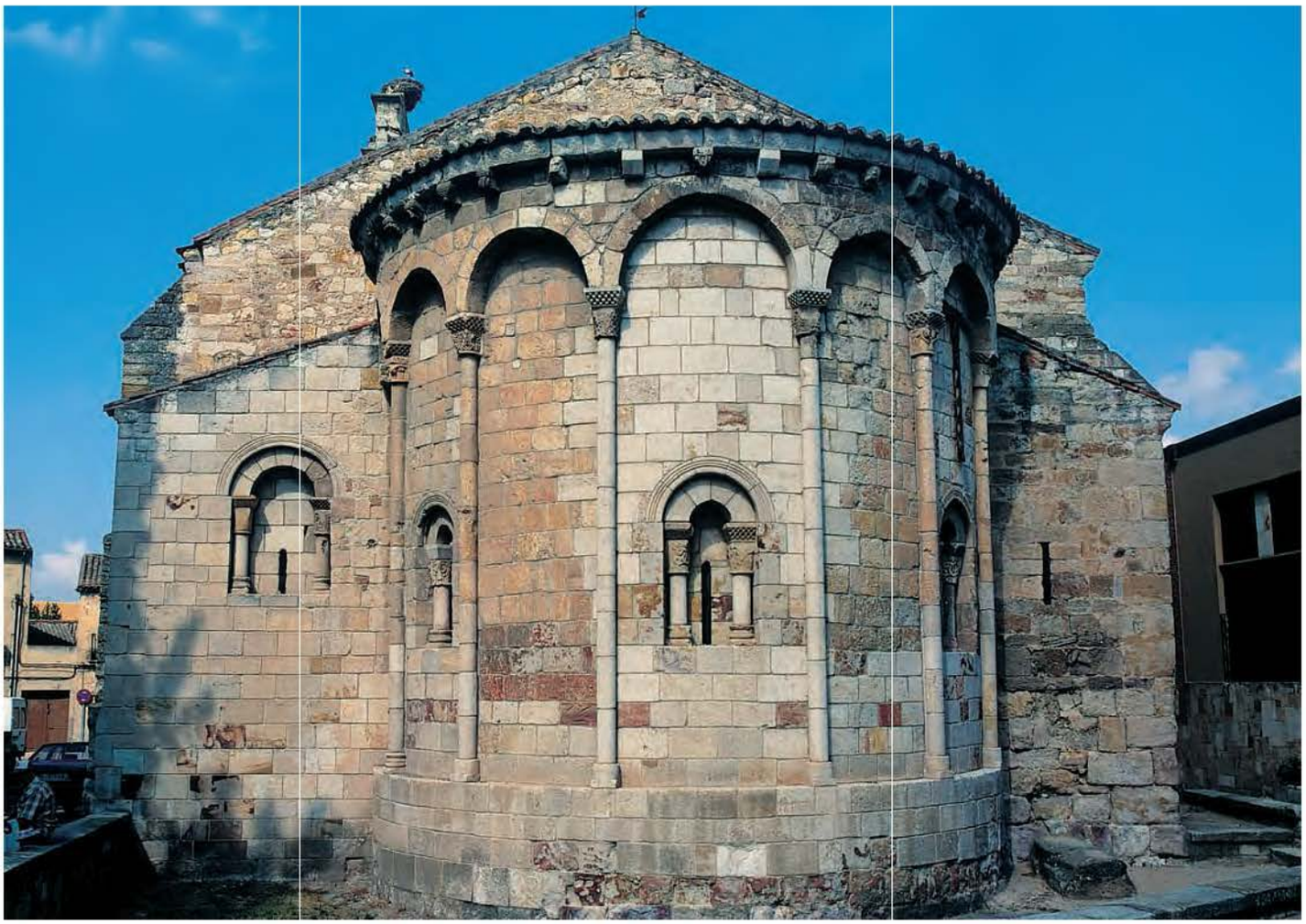
ÁLVAREZ MARTÍNEZ, U., 1882b, pp. 1 y 5; ANTÓN Y CASASECA, F., 1927, pp. 9-37; ÁVILA DE LA TORRE, Á., 2000, pp. 29-42; BANGO TORVISO, I. G., 1994, pp. 148-150; BANGO TORVISO, I. G., 1997, pp. 324-325; CALVO MADROÑO, I., 1914, p. 167; CASTIÑEIRAS GONZÁLEZ, M. A., 1996, esp. pp. 103-105 y figs. 38-40; CRUZ Y MARTÍN, Á., 1981, pp. 84-87; ENRÍQUEZ DE SALAMANCA, C., 1998, pp. 71-74; ESCALONA, R., 1782 (1982), p. 393; FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, E., 1995-1997, pp. 205-236, esp. p. 231; GÓMEZ MARTÍNEZ, A., 1958, p. 18; GÓMEZ-MORENO, M., 1927 (1980), I, pp. 97-99 y II, ils. 71-83; GUDIOL RICART, J. y GAYA NUÑO, J. A., 1948, p. 262; GUTIÉRREZ ÁLVAREZ, M., 1997, p. 50; HERAS HERNÁNDEZ, D. de las, 1973, p. 253; LERA MAILLO, J. C. de, 1993c, n.º 120, pp. 234-235; LERA MAILLO, J. C. de, 1999, docs. 4, 59, 130, 92, 104, 1242; LOJENDIO, L. M.ª de; RODRÍGUEZ, A. y VIÑAYO, A., 1996, pp. 121-126; MINGOTE CALDERÓN, J. L., 1985, pp. 83-97; MOMPLET MÍNGUEZ, A. E., 1995, pp. 104-105; MONTERO APARICIO, D., 1995, pp. 767, 787; QUADRADO, J. M.ª, 1885, p. 604; RAMOS DE CASTRO, G., 1977, pp. 155-161, 497 y doc. 12; REPRESA RODRÍGUEZ, A., 1972, pp. 526-527, 540; RIVERA BLANCO, J. (coord.), 1995, pp. 999-1000; RIVERA DE LAS HERAS, J. Á., 2001a, pp. 96-100; RUIZ MALDONADO, M., 1986, pp. 146-147; SÁINZ SÁIZ, J., 1999, pp. 47-50; SÁNCHEZ HERRERO, J., 2002, pp. 31-32; VELASCO RODRÍGUEZ, V., 1962, p. 66; VIÑAYO GONZÁLEZ, A., 1982, pp. 327-334 e ils. 128-135; ZARATAÍN FERNÁNDEZ, M., 1898, p. 8.

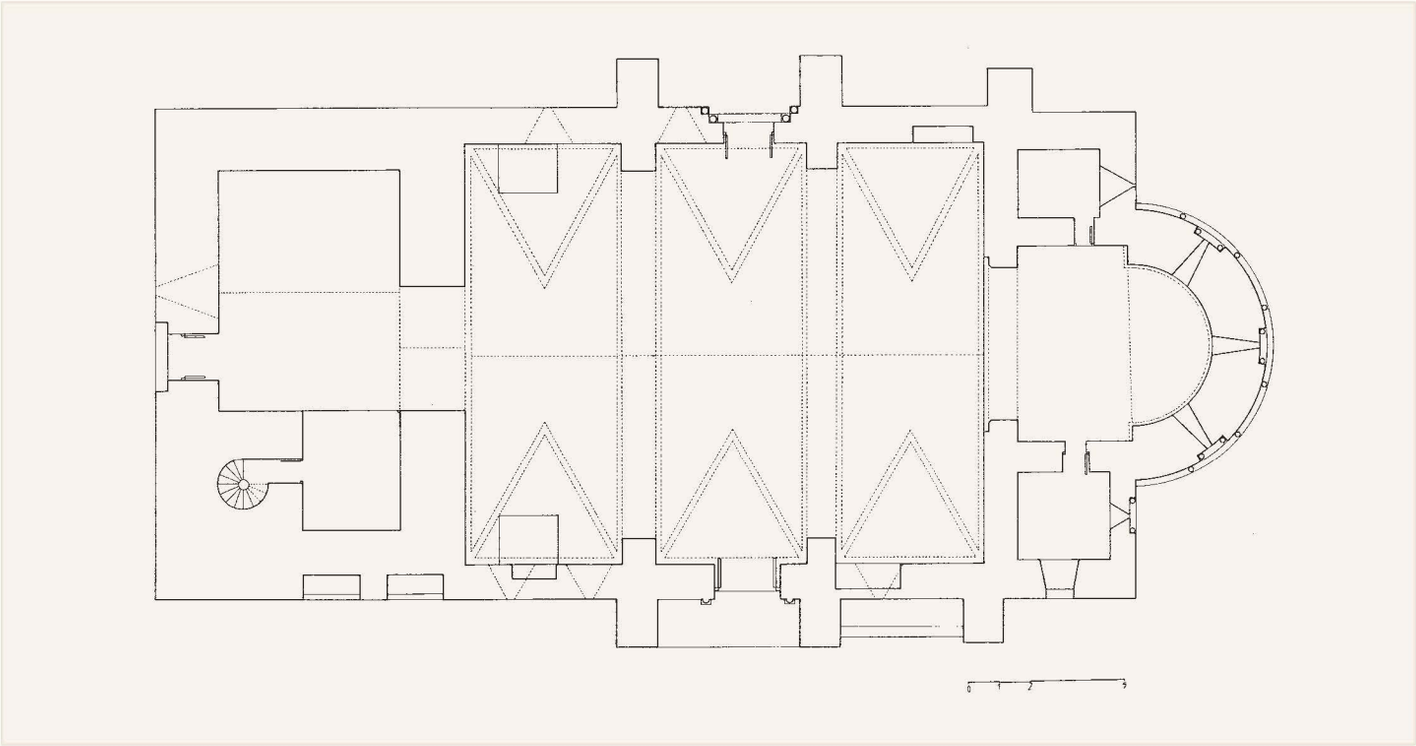
Iglesia de Santa María la Nueva

ESTA ANTIGUA PARROQUIA, de reconocida trascendencia histórica dentro de la ciudad, se ubica en el centro del casco urbano medieval, hoy entre la Diputación Provincial –antiguo Hospital de Hombres o de La Encarnación– y el Museo de la Semana Santa. El templo, actualmente sólo con culto ocasional, está adscrito a la parroquia de San Juan de Puerta Nueva.

Ubicada dentro del primer recinto amurallado, desde sus orígenes estuvo ligada a la nobleza zamorana, que aquí celebraba sus reuniones. Como ocurre en otros casos, las primeras referencias del templo vienen más de mano de la tradición o de la leyenda que de una verdadera documentación histórica, aunque en este caso ese tipo de noticias sí parecen tener visos de recoger algún hecho histórico. El relato de lo que ocurrió se conserva en su más antigua versión en la obra del cronista Florián de Ocampo, del siglo XV, pero también aparece en uno de los documentos del estado noble que se guardaban en el archivo de esta iglesia, un texto que se ha fechado en el siglo XVII y que cuenta pormenorizadamente un levantamiento popular que tuvo como escenario a esta iglesia, conocido como el Motín de la Trucha. Más dudoso es el año en que ocurrió pues aunque el manuscrito dice que fue en 1168, "reynando en este Reyno de León D. Fernando II, y ocupando la silla apostólica Alejandro III", la mayoría de los autores sugieren sin embargo el de 1158, año en que aún vivía ese Papa. Según esta versión, en esas fechas, cuando la iglesia se llamaba todavía San Román, se estableció una disputa en el mercado entre el hijo de un zapatero y el criado del noble Gómez Álvarez de Vizcaya; el objeto era una trucha que el primero había comprado y pagado ya pero que el segundo, en virtud del privilegio que permitía a los nobles

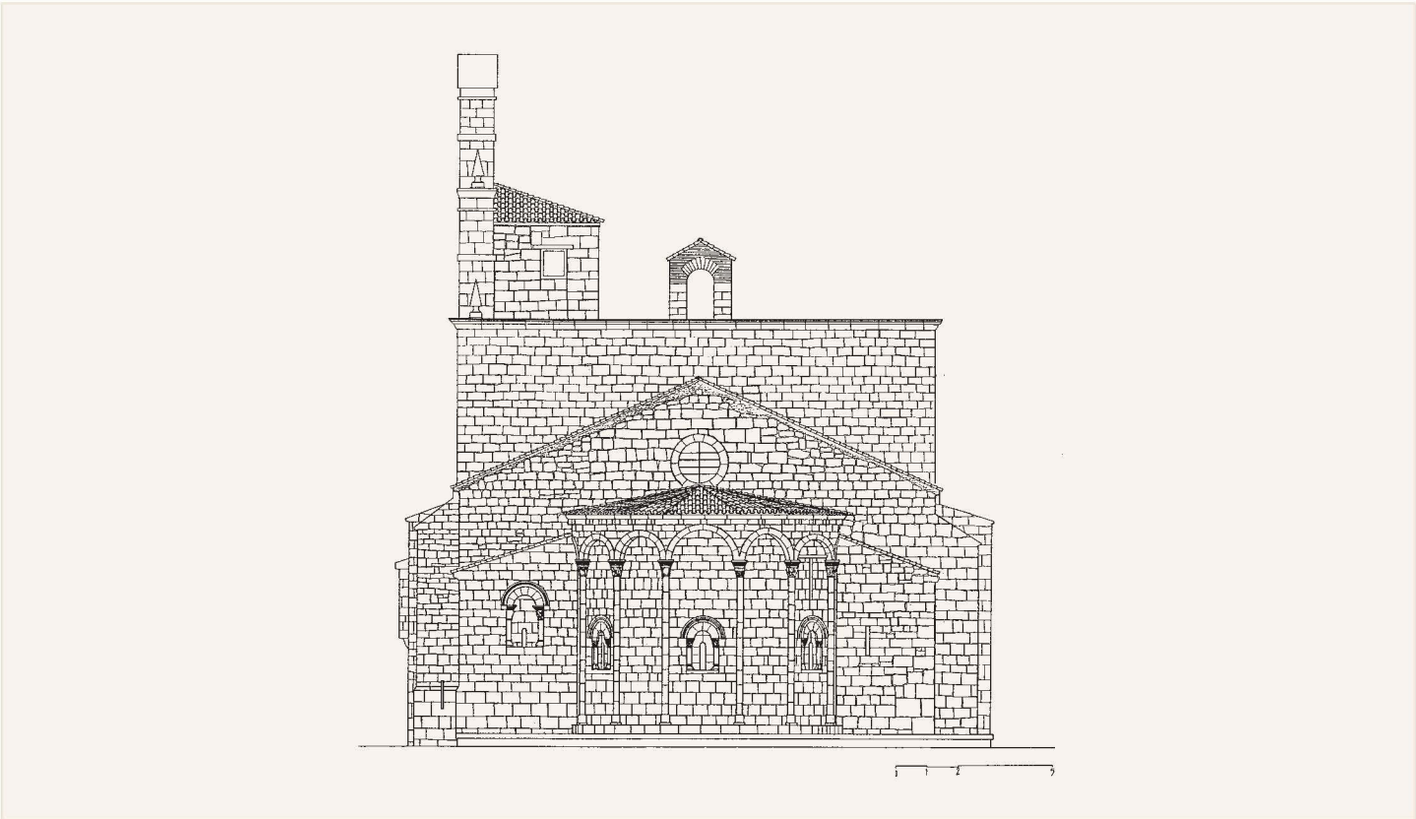
Vista desde el este





Planta

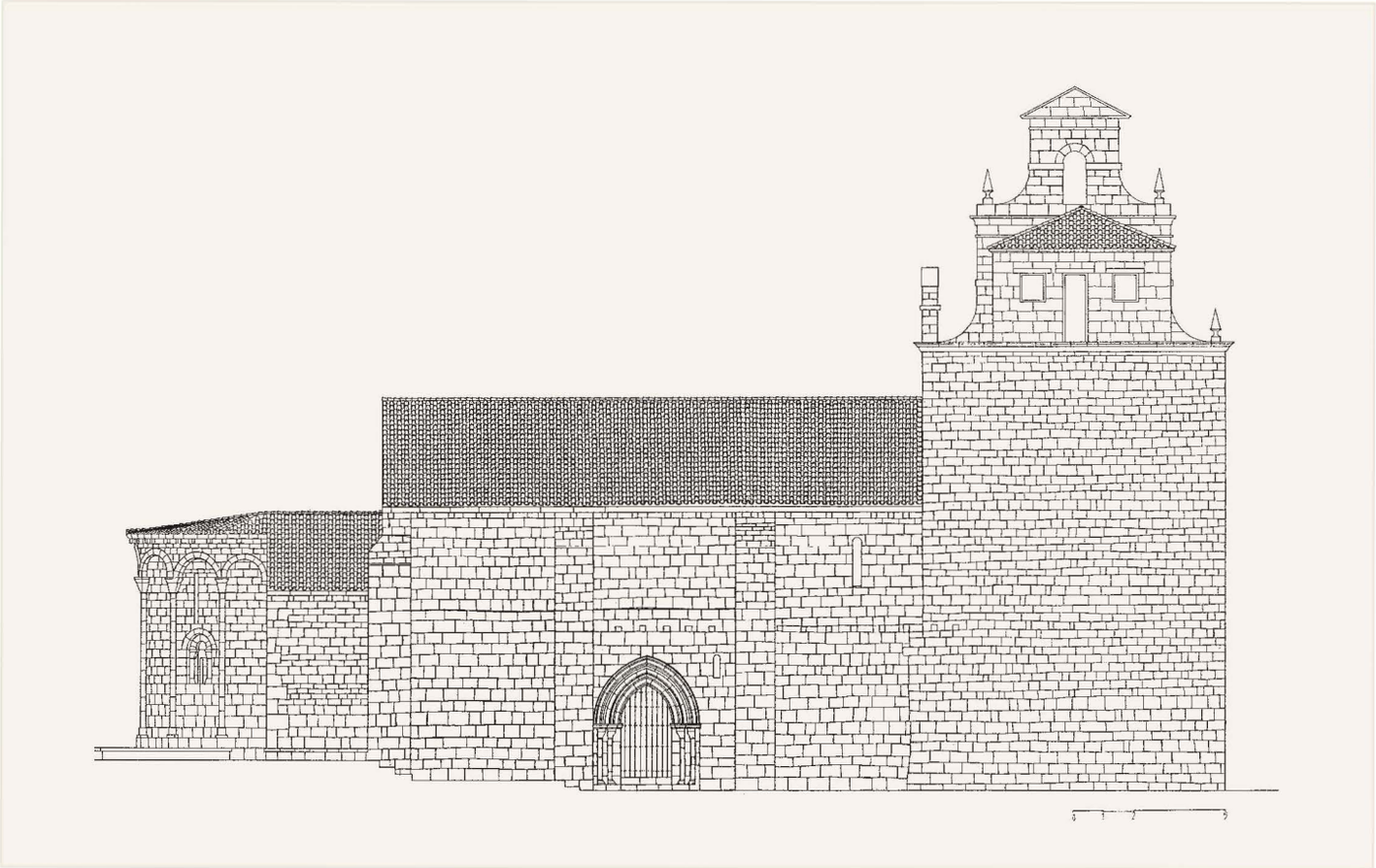
Alzado este



Capitel de las arquerías del ábside central

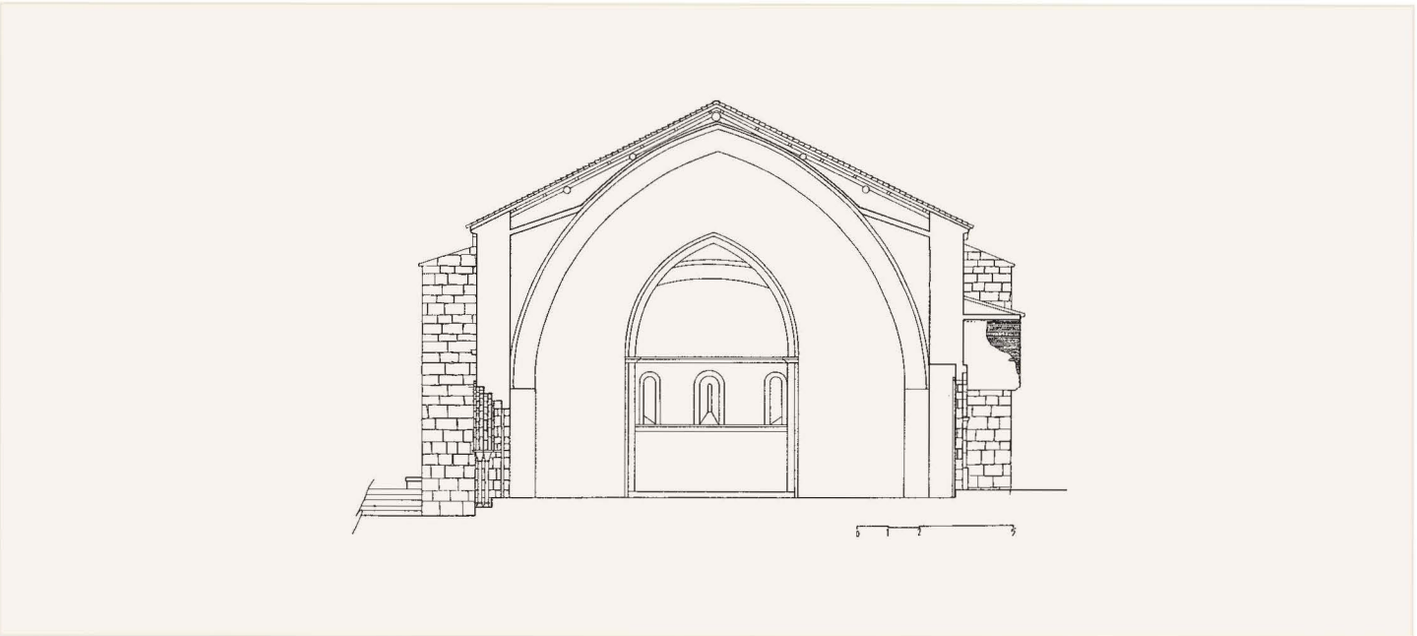
Capitel de las arquerías del ábside central

comprar antes que a los plebeyos, reclamó, entablándose una reyerta de la que el zapatero salió airoso, más no por mucho tiempo ya que los nobles, entendiendo que se habían violado sus derechos, lo prendieron. Reunidos los aristócratas en esta iglesia, según era su costumbre, discutiendo qué castigo aplicar al hijo del menestral, el pueblo llano, amotinado, resolvió quemar el templo con todos los que estaban dentro: "y como la iglesia era de tres naves y no muy alta y tenía tres puertas, tanto fuego y leña echaron por encima del tejado y por las dichas puertas, que todo el tejado vino al suelo con algunos arcos; y tanto fue el fuego, que los que dentro estaban se quemaron vivos, y no quedó retablo, imagen ni reliquias, ni libros, ni bulas ni arcas ni ornamentos que todo fue ardido, y de tres capillas de bóveda que la iglesia tenía, las dos vinieron al suelo, con viene a saber, la del altar mayor a la cual entonces decían la capilla de Dios Padre, y la de la mano derecha hacia el medio día, a la cual decían de Santa María, y quedó la del septentrión, la cual se dice la de la Santísima Trinidad, en la cual hasta hoy día se hallan unas piedras estalladas con el fuego". El fuego y la ruina hicieron gran estrago entre los nobles, muriendo Álvarez de Vizcaya y, según se dice, dos hijos del conde Ponce de Cabrera –aunque un documento de 1172 evidencia que el mayor no murio aquí–, pero eso no detuvo a los amotinados que a continuación derribaron la casa del primero y liberaron a todos los presos y se marcharon de la ciudad, asentándose "en un llano que está sobre las peñas, encima de la iglesia de Santi-Spiritus, donde había tenido sus tiendas y real en tiempos el Cid en el cerco de Zamora". Cuenta el relato que huyeron de la ciudad cuatro mil hombres, ascendiendo a siete mil entre mujeres y niños, y que de aquí marcharon por el puente de Ricobayo hasta un lugar llamado Constantino, junto a la raya de Portugal, mandando entonces cartas a Fernando II solicitando el perdón real y la absolución papal, comprometiéndose además a reconstruir la iglesia, lo que finalmente sucedió.



Alzado norte

Sección transversal



Ventana sur del ábside central

Este mismo texto se hace eco también de un milagroso episodio ocurrido en pleno incendio de la parroquia: "al tiempo que las puertas con el gran fuego se quemaron y cayeron, quiso nuestro Señor hacer tal milagro por sí mismo, que la sacratísima Hostia y Cuerpo suyo milagrosamente se salió de la Custodia del Altar mayor, adonde estaba sin nadie llegar a ella, y volando en el aire por entre el fuego y el humo, a vista de muchas jentes se metió en una concabidad o abujero que en una pared de la iglesia, en una rinconada cerca del suelo era adonde después acá ha hecho Dios muchos milagros y hace hoy día con los que allí van, con devoción y a Dios se encomiendan y es muy cierto que se hallan muy aliviados de los dolores y penas con que allí van, del cual abujero y concavidad sale hoy día gratísimo olor". Aún en la actualidad se conserva en los muros de la iglesia este agujero.

Documentalmente el rastro más antiguo se remonta también a esas mismas fechas, en concreto el 6 de noviembre de 1159, cuando miembros del *concilio Sancti Cirpiani et Sancta Maria e la Nova* aparecen como testigos de una donación hecha por el rey Fernando II a Palla. A partir de este momento aparece con cierta frecuencia, reflejándose la importancia de la parroquia en el hecho de que muy pronto alcanzó la dignidad abacial, como ya figura en una carta del año 1200 en la que el abad Pedro, del monasterio de Santa María de Valparaíso, llega a un acuerdo con Román, *dicto abbate ecclesiae Sancta Mariae Novae, quae sita est intra muros civitatis Zemorae*, y con otros clérigos de la misma iglesia, sobre el litigio que mantenían acerca de una propiedad en Peleas de Arriba. En los siglos posteriores llegó a contar, además de con el abad, con ocho presbíteros y varios clérigos y acólitos.

Exento de todo su entorno, el edificio consta hoy de cabecera semicircular, con tramo presbiterial flanqueado por dos dependencias cuadrangulares. La única nave se articula en tres tramos, separados por grandes arcos apuntados y cubiertos con bóvedas barrocas de lunetos, con una potente torre alzándose a los pies, en cuya base hay una de las tres puertas que tiene el edificio, abriéndose las otras dos al norte y sur respectivamente.

La construcción está hecha a base de sillería de piedra arenisca local, con paramentos parcialmente renovados en algunos sectores a consecuencia de diferentes erosiones. El conjunto de la fábrica se remonta a época románica, aunque cabe distinguir dos etapas, una primera, correspondiente más o menos a la cabecera –con muchas dudas acerca de la extensión de la misma–, y un segundo momento, explicado como consecuencia de la reconstrucción del templo a raíz del incendio provocado durante el Motín de la Trucha, que serían los muros de la nave y la torre. Sin embargo un importante problema lo plantean los dos absidiolos cuadrangulares, como tendremos ocasión de comprobar.

El ábside central, de planta semicircular, presenta gruesos muros, hallándose semienterrado hasta que las restauraciones han rebajado las tierras del entorno, aflorando entonces también algunas sepulturas de la necrópolis medieval. Sus paramentos fueron muy reparados en el año 1959, especialmente el alero y el sector central, donde se hallaba un camarín, construido en el año 1715. Exteriormente arranca de podium, en el que apoyan siete altos arcos ciegos de medio punto que llegan hasta el alero, de los cuales el central es algo más ancho y ligeramente más alto y el del extremo norte algo más bajo que el resto, tal vez por que en algún momento fue remontado. Están formados todos por dovelas cuadrangulares, lisas, apoyando en delgadas columnas adosadas, con basas formadas por plinto, grueso bocel, ancha escocia y otro toro más estrecho, aunque sólo una de las piezas parece ser original. Los fustes son ultrasemicirculares

Capitel de la ventana sur del ábside central

y los nueve capiteles son todos originales, siendo sus decoraciones, de norte a sur las siguientes: el que está en contacto con la capilla del evangelio no apoya sobre columna por lo que es una pieza pinjante, sin cimacio, que en realidad tiene forma de canecillo de nacela, con laterales sogueados y rollo en el centro; el segundo sí es ya un verdadero capitel, con una tosquísima figura humana en el frente que sostiene con su mano derecha un palo o porra y con la otra se agarra una larga barba, mientras que a su izquierda se halla un cuadrúpedo, quizá en actitud atacante, conformando una escena hoy muy deteriorada pero que quizá pudo ser similar a las que se ven en el siguiente capitel; el cimacio presenta cuatro líneas de tacos. La tercera pieza luce en el frente una figura humana de cuerpo entero, vestida con túnica y flanqueada en los laterales por sendos leones que muerden los brazos extendidos de aquélla; el cimacio es igualmente ajedrezado. El cuarto capitel, muy erosionado, muestra cuatro grandes hojas palmeadas, en las que destaca la marcada talla a bisel; el cimacio es nuevo. El quinto es una labor de cestería de ancha retícula romboidal, que estuvo rematada en los ángulos superiores por bolas; el cimacio es igualmente nuevo. El sexto tiene cimacio ajedrezado y cesta vegetal, compuesta por amplias hojas palmeadas, triangulares, alternando unas con la punta hacia arriba y otras hacia abajo, ajustándose por completo al espacio y mostrando igualmente talla biselada. El siguiente capitel parece hecho en una piedra distinta y su talla es también diferente, aunque igualmente tosca, con extraño motivo vegetal formado por hojas rectangulares de nervios verticales y paralelos, con entrelazo en el frente, rematando en rollos y bolas y cubierto todo por una plataforma a modo de sombrerete de hongo, sobre la que además se dispone un ábaco de entrelazo; el cimacio es también ajedrezado. Por último la octava pieza es prácticamente idéntica a la primera, aunque con estrías verticales y horizontales.

De forma alterna, en tres de los arcos se ubican sendas ventanas, de factura muy similar entre sí, con pequeña saetera enmarcada por doble arco sin chambrana, el exterior con arista abocelada trasdosada de estrías apoyando en simples jambas sin ningún tipo de imposta y el interior con dovelas lisas cuadrangulares sobre columnillas con basamentos similares a los de los arcos ciegos, cortos fustes monolíticos y capiteles decorados con motivos diversos. La ventana norte tiene en su capitel más septentrional una serpiente enroscada, formando bucles, con cimacio ajedrezado, mientras que la otra cesta se ornamenta con tosquísima águila frontal, de alas abiertas, con roseta y hojitas lobuladas –talladas a bisel– en los espacios del fondo; el cimacio es de zarcillos. La ventana central fue hecha *ex novo* en 1959 y sus capiteles, con una figura humana cuya cabeza picotean dos aves y con dos serpientes el otro, se hicieron tomando como modelo otros dos de la misma iglesia, uno de la primera ventana que hemos descrito y otro de la ventana de la capilla meridional, aunque esta última, como veremos, también nos presenta serios problemas; en todo caso el cimacio izquierdo, con entrelazos y motivos vegetales, es original, aunque probablemente sería hallado en las obras y colocado aquí. En cuanto a la ventana más meridional cabe decir que sí es original, aunque las dovelas del arco interior son nuevas, al igual que el cimacio meridional. En ésta el capitel norte porta una figura humana desnuda, creemos que femenina, tal vez Eva, situada entre dos arbolitos con grandes hojas y/o frutos, con un cimacio de entrelazo, similar al ábaco del extraño capitel que soportaba uno de los arcos ciegos, el séptimo en nuestro orden de descripción; la cesta del otro lado está presidida por una figura humana frontal, vestida con túnica, con los brazos abiertos y un altar detrás, flanqueada por distintos motivos vegetales y de entrelazo, un recurso frente al *horror vacui* que parece caracterizar el trabajo de este escultor. Ambos capiteles están sospechosamente limpios, especialmente el izquierdo, aunque más que pensar en que sean de nueva talla cabe suponer que sufrieron una profunda limpieza durante la restauración del templo, ya que esta ventana quedaba dentro de una estancia y seguramente se hallaba cegada y revocada, pues ninguno de lo autores que describen el edificio antes de tales obras la mencionan.

El alero de esta capilla mayor está muy erosionado y aunque muchas de las piezas de la cornisa fueron añadidas en la restauración de 1959, se hallan igualmente deterioradas; las originales son ajedrezadas. En cuanto a los canecillos, de los veinte que porta sólo once son originales y de ellos tan sólo en siete se puede averiguar la decoración: tres de modillones de rollo, otro –el frontal– ostenta una cabeza simiesca que parece estar atenazada

Canecillos del ábside central

por una serpiente, otro más es un cilindro acogido por una hoja lanceolada, hay uno de nacela de varios planos concéntricos rematados por gruesa bola y finalmente otro que se ha descrito como un ángel visto frontalmente, sin cabeza, aunque, teniendo en cuenta que el cuerpo es también plumífero, lo más probable es que sea otra águila vista frontalmente.

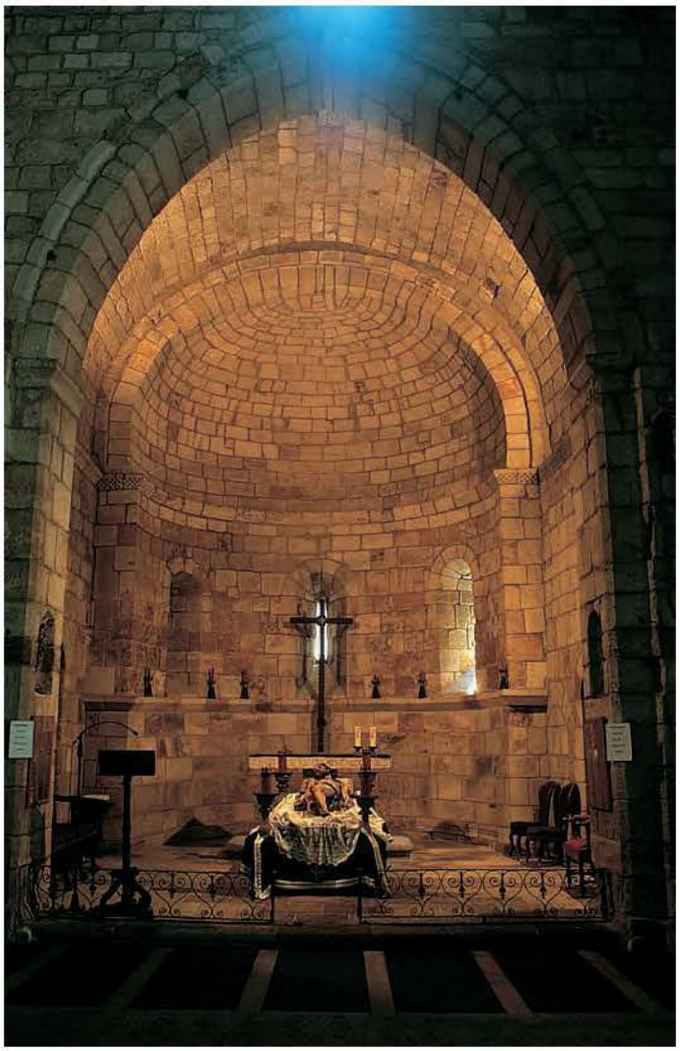
Antes de introducirnos en el interior de este ábside cabe hacer una sencilla reflexión sobre la relación entre la arquitectura y la escultura de este cuerpo y es que mientras la fábrica es de buena ejecución, con un elemento como los arcos ciegos que dan esbeltez al muro y denotan cierta preparación de quienes trazaron esa arquitectura, los escultores son sin embargo todo lo contrario, tallistas muy poco hábiles, con unos recursos muy rudimentarios, con unos volúmenes francamente básicos, unas figuras simples, toscas y planas y recurriendo en el mejor de los casos al bisel.

El interior del ábside central está igualmente muy retocado, sobre todo la parte inferior y la central. Casi al ras del pavimento actual se ve aflorar un primer cuerpo o podium, muy poco destacado y con los sillares superiores rematando en bocel, aunque buena parte son de nueva factura. Encima se dispone un cuerpo liso y macizo, rematado por imposta totalmente nueva y sobre la que se hallan las tres ventanas, abocinadas y completamente lisas, aunque el abocinamiento que también tiene el alféizar nos parece una solución reciente. El muro remata en imposta ajedrezada de la que sólo quedan originales las piezas de ambos extremos, arrancando de aquí una bóveda de horno, de sillería arenisca, que trasciende al cuarto de esfera hasta alcanzar un desarrollo de ligera herradura. El arco frontal de la bóveda, en su encuentro con la más amplia del presbiterio, lleva además una pequeña chambrana de dovelas cuadrangulares lisas.

El presbiterio sigue el esquema habitual, rectangular y ligeramente más ancho que el ábside, aunque al exterior queda prácticamente enmascarado por las dos piezas cuadrangulares laterales. En el lado norte incluso se ha desmontado la parte superior del muro, de modo que entre el ábside y la nave queda un vacío. En el sur sí se conserva hasta la misma altura que el ábside, elevándose brevemente sobre la capilla lateral, pero la cornisa no parece original y carece además de canecillos. En el interior este espacio presbiterial enlaza perfectamente con el hemiciclo, con muros lisos donde se abren las puertas que comunican hoy con los laterales y cubierto con bóveda de cañón que nace de la misma imposta ajedrezada. Por lo que respecta al arco triunfal, es muy apuntado, resultado de la renovación de la nave que creemos que se hizo ya en época gótica –a la que se añadieron después los yesos barrocos–, con el mismo arco doblado sobre pilastras que muestran los de separación de tramos de esa nave.

Las presuntas capillas laterales, hoy con la función de sacristía y almacén, presentan un problema de interpretación muy complejo, para el que debemos recurrir en primer lugar a la descripción y planta de la iglesia que publicó Salvador García de Pruneda en 1907, mucho antes de cualquier restauración con intenciones miméticas, y aunque tampoco sea demasiado lo que nos pueda aportar, sin embargo en el dibujo de la planta se aprecia también una dependencia adosada a la cabecera, envolviendo el absidiolo sur y la mitad correspondiente de la capilla mayor. Pero vayamos por partes.

El pretendido absidiolo norte aparentemente es el que mejor conserva su estructura original. Es un reducido espacio de planta rectangular que muestra al exterior una sillería irregular con grandes bloques en las esquinas. Se cubre a un agua y en el testero tiene una sencillísima saetera adintelada que se abocina hacia el interior, mientras que el muro norte es macizo, con alero muy erosionado soportado por seis canecillos que parecen ser todos de nacela, y cornisa quizás de listel y chaflán. El interior es hoy un espacio cerrado al que se accede a través de un estrecho arco de medio punto, seguramente ya de época bajomedieval o moderna, cubriéndose con bóveda de cañón y careciendo de cualquier elemento decorativo. Ni desde dentro de la capilla ni desde la nave –aquí tal vez por la existencia de retablo– se ve atisbo de arco triunfal y la saetera en el interior curiosamente es rectangular, rasgada, como suelen ser las posmedievales, todo lo cual complica extraordinariamente la datación de esta dependencia, que si no fuera por el alero románico diríamos incluso que es posterior a la Edad Media. Para colmo de dificultades, en el interior la piedra ha sido rejuntada e incluso toda la bóveda parece reconstruida, igual que la puerta parece estar remontada.



Interior de la capilla mayor

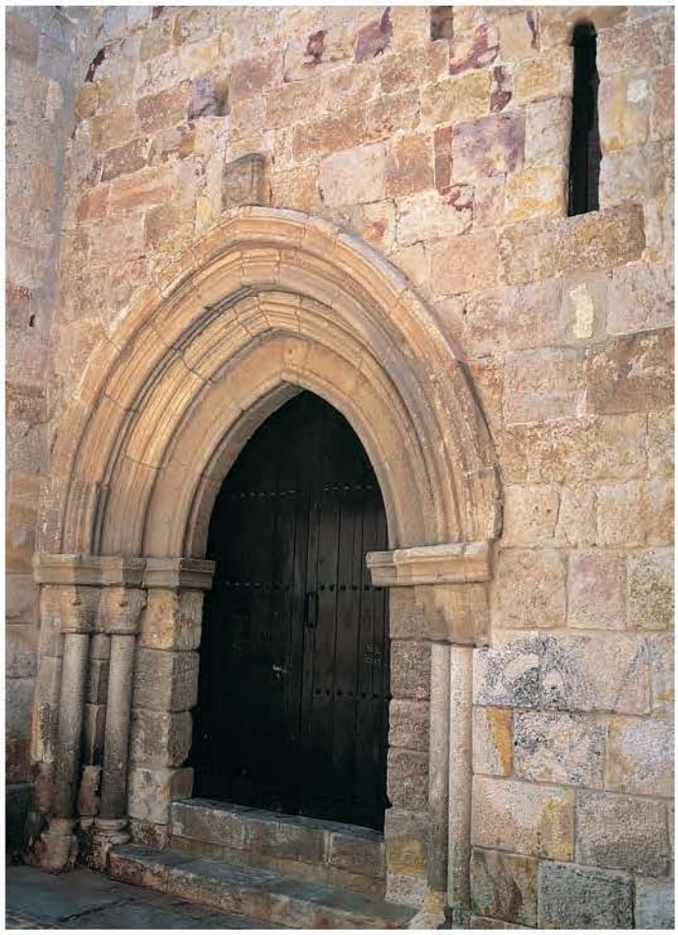
La capilla de la epístola tiene casi todo el muro exterior del testero reconstruido, lo que se debió hacer en la restauración de 1959, cuando se eliminó la estancia que tenía adosada en ese lado, a la que se accedía por una puerta que quedaría más o menos bajo la ventana actual. Esta ventana presenta igualmente una complicada interpretación pues si gran parte de ella está reconstruida, el lateral norte sin embargo es original, tanto las dovelas, como el cimacio ajedrezado como la columnilla con su capitel, en el que aparece una figura humana cuya cabeza picotean dos aves.

El muro meridional de esta capilla presenta alto zócalo con remate achaflanado –como el que aparece ya en la fachada meridional de la nave– y tiene todo el esquinal reconstruido, como el alero, que carece de canes o de cualquier otro elemento de filiación románica, abriéndose por el contrario una ventana cuadrangular posmedieval. Hoy en el interior tampoco tiene comunicación con la nave e igualmente tampoco hay rastro de arco triunfal, a la vez que el arco de medio punto por el que se accede desde la capilla mayor es completamente nuevo, aunque sustituye a otro cegado, también de medio punto pero más bajo. En su interior todo se halla muy restaurado: el abocinamiento de la ventana del testero sólo conserva original la mitad norte y del conjunto de paramentos la única piedra que parece antigua –o que al menos no ha sido limpiada con saña–, son las hiladas superiores del muro norte y tres o cuatro hiladas del mismo lado de la bóveda de cañón, precisamente las que conservan restos de pintura gótica donde se reconocen varias escenas de la vida de la Virgen, paneles que diversos autores fechan entre el último tercio del siglo XIII y el primer tercio del XIV. En cuanto al aparejo, los muros este y norte son de sillería mientras que el del sur y oeste son de mampuesto y la bóveda nace de imposta ajedrezada en el lado norte, aunque no existe en el sur, hallándose igualmente en el testero, bajo la ventana, si bien la mayor parte es reconstruida.

A partir de tal panorama no resulta nada fácil interpretar la actual cabecera de Santa María la Nueva y cualquier especulación al respecto resulta sumamente frágil. En principio pudiera pensarse que la capilla meridional bien pudo ser contemporánea del ábside central, aunque buena parte de ella es producto de una reforma posmedieval y de una contundente intervención durante las obras de restauración. En cuanto a la capilla norte, posiblemente también pudo tener un origen similar, aunque al menos en el interior todo parece renovado e incluso puede que toda ella fuera reconstruida, reduciéndose ligeramente en anchura y empleando numerosas piezas antiguas, entre ellas el alero. Claro que también podemos hallarnos ante estancias posteriores a la capilla mayor y que la presencia de motivos románicos sea siempre reutilizaciones, incluyendo la ventana del testero de la actual sacristía, que bien pudo estar en origen en el muro meridional del presbiterio que precede a la capilla mayor. En todo caso volveremos sobre este asunto en las conclusiones finales.

La nave no presenta menores problemas de interpretación y las hipotéticas tres naves originales de que hablan casi todos los autores e incluso el texto que relata el Motín de la Trucha, pasaron a convertirse en una sola en época gótica, muy probablemente en el mismo momento en que se realizan las pinturas murales.

Al exterior el muro norte contacta con la capilla de ese lado mediante un contrafuerte ligeramente desviado y más que probablemente reconstruido. Dos contrafuertes más se reparten por el muro, enmarcando la portada que se halla en el centro de la nave. García de Pruneda no dibuja en su plano ninguno de estos contrafuertes, aunque sí habla de ellos. El primer tramo es macizo, en el segundo



Portada norte

Portada sur

se ubica la portada y el tercero es igualmente sobrio, con una sencilla saetera en la parte alta.

La portada de este lado se halla bastante descentrada respecto a los contrafuertes, incluso parcialmente tapada por el más oriental, lo que hace pensar que en realidad tales soportes sean producto también de la renovación gótica de la nave. La puerta es muy apuntada, con arco de ingreso moldurado con bocel entre medias cañas, seguido de varias arquivoltas también molduradas con varios boceles, nacelas y mediascañas, seguidas por nacela con la típica moldura zamorana de listel, nacela y bocel, la misma que porta la imposta sobre la que descansa el arco de ingreso. Las arquivoltas descansan en un total de cuatro columnillas acodilladas, sin podium, con basas formadas por plinto, gruesos toros y ancha escocia, con tosquísimos capiteles de cestas estriadas que tratan de imitar nervaduras de hojas, con una bola en el extremo superior. Sobre la clave de la chambrana hay un escudete muy erosionado y al oeste de la portada una saetera que parece original.

A lo largo de todo este paramento septentrional se aprecian varias rozas, mechinales y canecillos que son testigos de las numerosas reformas que ha sufrido el edificio. En el segundo y tercer tramos se aprecia, a media altura, una línea de erosionados canes, que posiblemente hubo también en el primero, aunque ahí el paramento ha sido reformado. Son sin duda el testimonio de un antiguo alero, que curiosamente está por debajo del que se conserva en el absidiolo norte, otra particularidad a tener en cuenta a la hora de hacer una valoración de las etapas constructivas del edificio. Son en total once las piezas completas, todas muy erosionadas, entre las que se aprecia una decorada con varios rollos, como los que luce la capilla mayor.

En el remate del muro actual se encuentra el alero resultado de la reforma, igualmente muy erosionado, con cornisa al parecer de listel y chaflán y con 24 canecillos, generalmente de ancha nacela, en algún caso de cuarto de bocel y puede que alguno con representación de cabeza zoomorfa, junto a dos que son piramidales con cuatro hojitas lanceoladas y uno de rollos. La mayoría de estas piezas parecen claramente góticas –las anchas nacelas y los cuartos de bocel–, pero la duda estriba en los dos últimos

Capitel de la portada sur

tipos, que bien pueden ser antiguos canes empleados en la nueva obra o quizá una perduración de modelos románicos, lo que parece detectarse en la iglesia de Fuentelcarnero, que fechamos en un momento muy avanzado del siglo XIII y en cuyo alero aparecen estos mismos canecillos de hojas lanceoladas tan habituales en el tardorrománico de la capital: en la Puerta del Obispo de la catedral, en San Pedro y San Ildefonso, en San Juan de Puerta Nueva, en Santa Lucía o en el Santo Sepulcro, entre otros templos.

El testero de la nave –incluido el triunfal de la capilla mayor– sería igualmente obra de la misma reforma, de ahí que no se aprecie el menor testimonio de la anterior altura de naves.

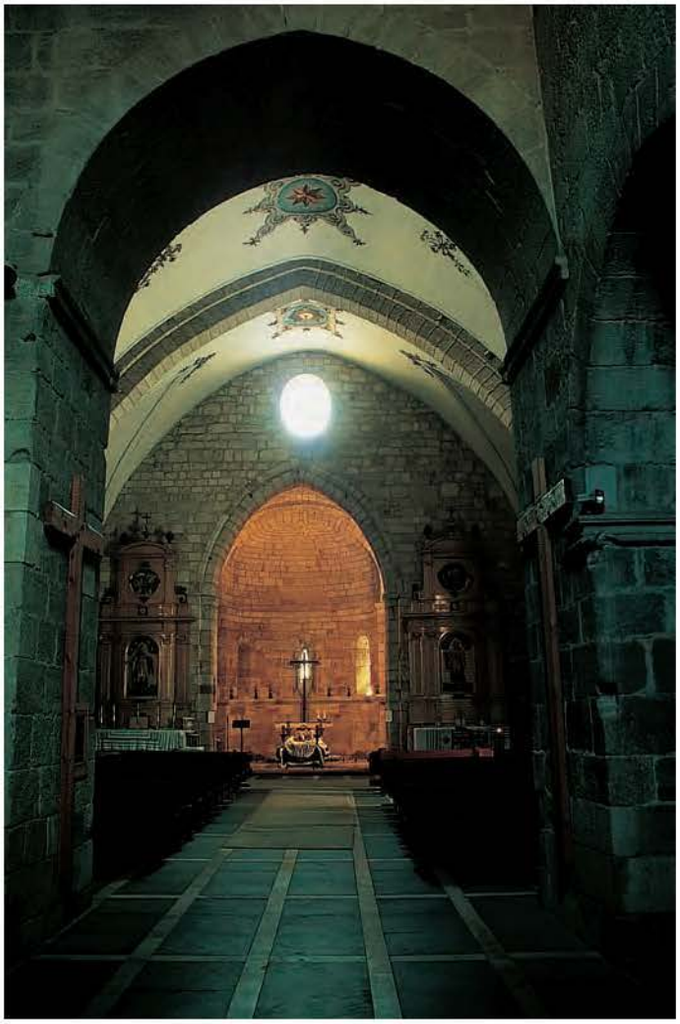
Por lo que respecta a la fachada meridional, su organización es similar a la norte, también con tres contrafuertes construidos cuando se hizo la nave única. Entre los dos primeros se halla el osario, enmascarando parcialmente el paramento, aunque sobre él llegan a verse la línea de canes original, con seis erosionadas piezas entre las que aparece la representación de un águila con las alas abiertas. En esta ocasión la cornisa sí queda en una cota superior a la de la capilla lateral correspondiente.

En el segundo tramo, descentrada respecto a la ubicación de los contrafuertes, se encuentra la actual portada, bajo un arco de ladrillo mucho más moderno y con una pequeña hornacina en la que hasta hace algunos años ubicaba una Virgen gótica. Está formada por arco doblado, el interior de medio punto, sobre pilastras, totalmente nuevo, y el exterior –que destaca sobre el muro– en arco de herradura, con dovelas aboceladas apoyando en toscas semicolumnas de basamento alto y prismático, reconstruido, con rudimentarios capitelillos, el occidental con sirena que se agarra la doble cola y el oriental con dos aves gallináceas que entrelazan sus largos cuellos, bajo los que se dispone una bola, con ambos cimacios decorados con rosetas de siete hojas puntiagudas. A nuestro juicio esta puerta es el resultado de una reconstrucción en la que se utilizan piezas románicas; el arco de herradura, que ha dado lugar a tantas especulaciones –y que también aparece en la parte interior, aunque mucho más alto y menos marcado–, puede ser el que tuvo la portada precedente, lo que coincidiría en todo caso con la forma de la bóveda del ábside mayor, o incluso puede ser pura coincidencia, resultado de un deficiente ensamblaje de las piezas.

En el tercer tramo el sector del antiguo alero conservado es menor, con tan sólo dos canes recortados; bajo ellos aparece una saetera de la primera fábrica y sobre ellos otra de mayor tamaño. El alero actual por su parte sigue un esquema similar al del lado norte, con 21 canecillos erosionados, generalmente de nacela, aunque hay tres de rollos, otro con lo que parece una estrella de cuatro puntas, otro más con una cabeza y siete con las omnipresentes cuadrifolias planas lanceoladas.

En los muros interiores de la nave no hay elementos claramente identificables con tiempos románicos, aunque en el muro norte se aprecia una línea de sillares más estrechos que podían ser el remate original del muro antiguo, a la vez que se observa en el tercer tramo un remate vertical del muro que quizá nos muestra hasta dónde llegó la primera nave. Por su parte, en el primer tramo se conservan restos de pintura mural, con un San Cristóbal, seguramente de los siglos XVI o XVII y junto a la base del primer arco, el hueco donde según la tradición se refugió la hostia consagrada durante el incendio de 1158.

En cuanto al paramento interior sur sólo cabe reseñar la presencia de un arcosolio funerario en el primer tramo, fechable en época tardogótica, con restos de pinturas murales de inicios del siglo XVI en el intradós y con una cartela en su base con el sobrio epitafio: HIC NVNC QVIESCIT



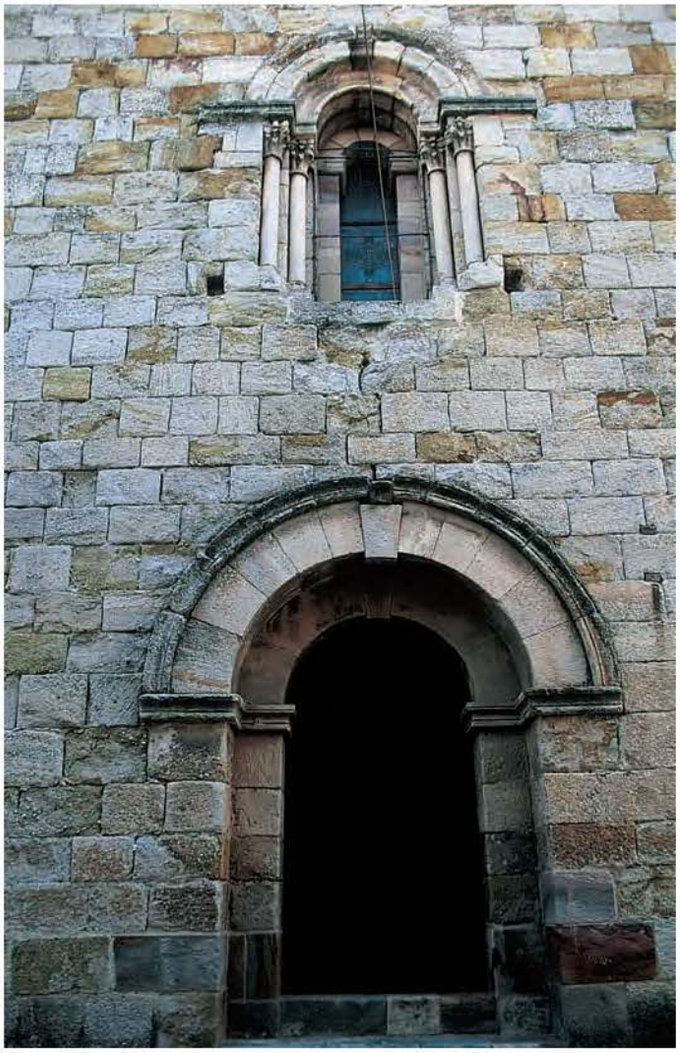
El interior del templo visto desde la base de la torre

QVI NVNCQVAN QVIEVIT, es decir, "Aquí reposa ahora quien nunca descansó". En el tercer tramo se halla otro arcosolio gótico, embutido en el muro original, en cuyo entorno se hallan nuevos restos de pinturas murales, contemporáneas de las de la capilla de la epístola, representando escenas como la Huida a Egipto, la Anunciación o la Adoración de los pastores.

A los pies se levanta la potente torre, cubierta parcialmente por las pinturas que acabamos de señalar. Es una voluminosa pieza con la misma anchura que la nave y con un pequeño hueco cerrado con reja, junto al ángulo noroeste de dicha nave, donde estuvo el Archivo del Estado Noble de los Caballeros Hijosdalgo de Zamora, hoy en el Archivo Histórico Provincial. En los laterales se aprecia perfectamente cómo se adosa a los muros románicos y cómo el recrecimiento gótico del edificio se apoya en ella. De planta rectangular y robustos muros, en el interior muestra un alto y abierto espacio abovedado con cañón apuntado, siguiendo el eje de la nave, sobre impostas de listel y chaflán en los cuatro lados. Comunica este espacio con la nave mediante un alto arco con impostas molduradas de listel, caveto y bocel, idénticas a las que aparecen en la iglesia del Espíritu Santo. En este mismo cuerpo inferior, en el lateral de mediodía, precediendo a la escalera de caracol, hay una pequeña capilla abierta, también abovedada con cañón, transversal a la anterior, donde se ubica la pila bautismal y en cuyos muros se conserva una inscripción funeraria fechada en la era MCCCXXXIII (año 1295). El husillo ocupa el ángulo suroeste y a través de la escalera de caracol se accede a una estancia en el tercio superior de la torre, cubierta igualmente por bóveda, sala que hoy usa la Cofradía de la Vera Cruz. El remate de la torre es ahora un espacio aterrazado donde se ubican dos espadañas, una al sur, barroca, de dos cuerpos con tres troneras, y otra muy pequeña, al oeste, de ladrillo y piedra, seguramente de fechas no muy distintas a la anterior.

En el exterior la torre muestra en su paramento sur un par de arcosolios de medio punto, con arista en bocel, y coincidiendo en altura con el antiguo alero románico de la nave tres canzorros –más uno desaparecido– que sostendrían un pórtico. En la parte alta de este lado hay una saetera lateral que ilumina la escalera de caracol y el muro se remata con la espadaña barroca. En el lado norte el muro es completamente macizo mientras que en el de poniente hay cinco vanos: tres saeteras que iluminan la sala superior de la torre y la escalera de caracol, un ventanal en el centro –arrojando luz a la base de la torre– y finalmente la portada. El citado ventanal debió ser en origen una saetera central enmarcada por doble arco, vaciado después para finalmente, en una reciente reconstrucción, rehacerse de forma un tanto extraña; el arco de enmarque, trasdosado por chambrana de nacela, es de medio punto doblado, con arquivoltas molduradas de bocel entre mediascañas descansando en cuatro columnillas acodilladas con capiteles de estrechas pencas dispuestas en dos órdenes, vueltas y enrolladas, similares a las que aparecen en la catedral, en San Esteban o Santiago del Burgo, pero sobre todo a las de sendas ventanas de San Juan de Puerta Nueva y San Ildefonso. Los cimacios presentan la habitual moldura zamorana de listel, nacela pasada y bocel, que se vuelven a repetir en todos esos templos y otros más. En el interior se repite la misma forma y decoración, aunque seguramente por el abocinamiento inicial, sólo hay lugar para un arco y un par de columnas con los mismos capiteles.

La portada occidental es un sencillo arco de medio punto, doblado y apoyado en pilastras, con chambrana e impostas molduradas con el esquema que acabamos de describir, una portada que se repite en la pequeña iglesia del Espíritu Santo.



Portada y ventanal en la fachada oeste de la torre

Esta torre se halla desmochada y a juzgar por su estructura pudo ser bastante más alta, dotada incluso de elementos defensivos, aunque también cabe la posibilidad de que no se llegara a concluir.

Llegados a este punto, como hiciera en 1907 García de Pruneda, no podemos menos que pedir disculpas "por haber tratado con tanta pesadez un asunto tan árido", según sus propias palabras. Sin embargo no ha sido nuestra intención la misma que animara a aquel autor de demostrar "esa forma nacional que tanto nos discuten los extranjeros" del arco de herradura, sino buscar los argumentos para trazar la evolución histórica de tan complejo edificio, sobre cuyas fases constructivas casi siempre se ha pasado de puntillas o creemos que no se ha definido lo suficiente. Así pues, a partir del detallado recorrido que hemos hecho por el edificio creemos que se pueden establecer las siguientes etapas:

1. A la más primitiva iglesia corresponde el ábside central. Es posible que formara parte de un templo de tres naves, como casi todos los autores se han empeñado en creer pero realmente no hay argumentos sólidos que lo aseguren, tan sólo la presencia de una imposta ajedrezada en los muros norte y este de la capilla de la epístola –la actual sacristía– pudiera ser testimonio de un antiguo presbiterio en ese lado, aunque ciertamente no es un dato demasiado sólido. A esa misma construcción pertenecen elementos reutilizados después, como las piezas que se remontan para formar la portada meridional e incluso alguno de los canecillos. Sería ésta la iglesia anterior al Motín de la Trucha de 1158 –si es que realmente ocurrió así y en tal fecha– pues la escultura de la capilla mayor habría que situarla en las primeras décadas del siglo XII, empleando motivos como la sirena de doble cola o el águila de alas abiertas que forman parte de los repertorios más extendidos en esas fechas. Es una escultura muy tosca, con empleo de recursos e incluso ciertos motivos decorativos que parecen anclados casi en lo prerrománico, aunque la tosquedad que la caracteriza no significa necesariamente antigüedad. A veces se ha buscado como referencia las tallas más antiguas de San Cipriano, quizá por lo rudimentario de las figuras, pero en realidad el escultor o escultores que trabajan en Santa María la Nueva tienen aún unos recursos más limitados. Más hábiles fueron los artífices que trazaron la arquitectura, aplicando al muro un elemento tan extraño en el románico zamorano como son los arcos ciegos recorriendo los paramentos exteriores del ábside, algo que sin embargo es mucho más característico de otros lugares, como las tierras burgalesas, donde se utilizan en la más variada composición desde los momentos más antiguos a los más tardíos del período románico. La particularidad que se ha querido también resaltar a veces en esta iglesia de una capilla mayor semicircular con dos absidiolos planos –algo que casi un siglo después se emplearía en el templo leonés de Arbas del Puerto–, y que podría ser una solución mixta entre las cabeceras más ortodoxamente románicas formadas por hemiciclos y la particularidad zamorana de preferencia por los testeros planos, en realidad es un argumento falaz pues no sabemos la morfología de los absidiolos más antiguos o, como hemos señalado, si siquiera los hubo.

2. Si nos fiamos del episodio del Motín de la Trucha –aunque en modo alguno podemos tomar al pie de la letra los desperfectos que pudo sufrir el templo–, Santa María la Nueva, ya con este nombre, se reconstruyó con posterioridad a 1158. Sin embargo, si nos atenemos a un análisis escultórico, una segunda fase de obras se llevó a cabo muy a finales del siglo XII o incluso en los primeros compases del XIII. Esta remoción afecta a la nave, que al menos

Capitel descontextualizado, decorado con una sirena

Capitel reutilizado como soporte del altar

entonces pasa a tener unas dimensiones muy similares a las de ahora, aunque con los muros más bajos. Ahora sí parece que hubiera tres naves, al menos si nos atenemos a la anchura del conjunto, aunque seguiríamos sin saber cómo eran los absidiolos, que no obstante y a juzgar por la forma en que se estaba construyendo en la ciudad, perfectamente pudieron ser ya cuadrangulares, aunque reiteramos nuestra convicción de que nada de ellos ha sobrevivido, a no ser alguna pieza reutilizada en los posteriores. De este momento se conservan los muros norte y sur de la nave, incluyendo la portada septentrional, mientras que la meridional se reconstruiría reutilizando piezas de la fábrica anterior. En este momento se hizo nueva la portada norte mientras que para la sur se reutilizan algunas piezas de la fábrica anterior.

3. De forma inmediata a la reforma de la nave o incluso en las mismas campañas se construye la torre. Aunque se aprecia bien cómo se adosa a la nave románica, lo que en principio sería indicio de posterioridad, las fechas pueden ser prácticamente las mismas pues una estructura de este tipo se levanta muchas veces sin trabar con el resto del edificio, estando muy claro además que el recrecimiento gótico de la nave sí apoya sobre la torre. Esa compatibilidad de fechas queda demostrada perfectamente porque nave y torre comparten el mismo lenguaje decorativo, el mismo que se está empleando en casi todos los edificios que se están levantando en la ciudad en esos momentos.

4. A finales del XIII se acomete una nueva reforma, pasando de las hipotéticas tres naves a la única actual, a la vez que sería entonces cuando se hacen los absidiolos o dependencias laterales actuales, lo que se puede ver perfectamente en la del lado de la epístola, cuyo muro sur presenta un regruesamiento que se continúa perfectamente en los contrafuertes que se datan en esta misma época. En esos mismos absidiolos se reutilizan elementos de la fábrica románica de las capillas o testeros precedentes –entre ellos el ventanal románico que sería de la fase más antigua– y tal vez, al transformarse ahora en nave única, pudo ser que los absidiolos no se concibieran como tales sino como capillas independientes, de ahí que no haya rastro de arcos triunfales, o al menos no los hemos sabido encontrar. El cambio que sufre el cuerpo central de la iglesia obliga a elevar los muros laterales, para que tengan cabida tan amplios arcos, lo que posibilita que en el muro septentrional el viejo alero quede por debajo de la cota del que tiene la capilla que ahora se reconstruye en ese lado, cosa que hubiera sido un tanto incomprensible si fueran contemporáneos. Entonces, o escasos años después, el templo se decora con las pinturas murales de las que han sobrevivido escasos restos.

5. Con posterioridad a la Edad Media se reconstruye el absidiolo norte y se altera profundamente el meridional. Puede que sea entonces cuando se hace la bóveda de lunetos que hoy cubre la nave y el camarín junto a la cabecera. En ese caso la fecha sería el año de 1715.

Finalmente, en 1959 una restauración mimética complica la interpretación de toda esta historia constructiva, eliminando estancias añadidas y recreando piezas que estaban mutiladas o que habían desaparecido.

6. Pero al margen del edificio, en el interior se hallan numerosas piezas escultóricas descontextualizadas pero que por su indudable interés debemos recoger, aunque sea de forma breve y selectiva.

Capitel con sirena: Hecho en caliza blanca y tallado en dos de sus caras, con unas medidas de 40 cm de altura y 43 × 36 cm de anchura. Representa a una tosca sirena de dos colas, las que agarra con sus manos, una representación

que ya vimos empleada en la fábrica más antigua del edificio, con la que comparte la misma cronología de las décadas iniciales del siglo XII, aunque sea de distinto escultor. En el plano superior son bien visibles las líneas de replanteo trazadas por el artista antes de acometer la talla.

Soporte de la mesa de altar: Haciendo las funciones de tenente de altar se encuentra un capitel de 43 cm de altura, 46,5 cm de anchura y 42 cm de profundidad, decorado en tres de sus caras y realizado en arenisca local de grano fino, con una planta ultrasemicircular. A juzgar por el tamaño y la disposición de la decoración, muy posiblemente sea uno de los capiteles del arco triunfal de la iglesia más primitiva.

Se decora con tres figuras humanas de manos alzadas y enlazadas, vestidas con túnicas, ocupando cada cual una de las caras, todas con rasgos muy rudimentarios aunque la del lado izquierdo porta una rama en su mano libre y se peina con una melena que parece identificarla como mujer. La talla, que guarda mucha similitud con uno de los capiteles de la ventana sur de la capilla mayor, es muy tosca, característica de la fase más antigua del templo, con cuya escultura comparte el obsesivo *horror vacui* que se pretende solucionar rellenando de manera indiscriminada todo espacio mediante motivos vegetales o geométricos, quizá con la intención también de dar a la escena un entorno campestre. Álvaro Ávila de la Torre ve en estos elementos que envuelven a las figuras posibles llamas y explica la escena a través de un pasaje bíblico del Éxodo en el que Aarón y Jur ayudan a Moisés a sostener los brazos en alto mientras a sus pies se desarrolla el combate entre los ejércitos de Amalec y de Josué.

Fragmento de figura sedente: Es una pieza muy erosionada, de 55 × 35 × 26 cm, hecha en arenisca de grano fino y representa a un personaje sentado del que sólo se conservan las piernas. Viste con túnica y tiene los pies desnudos, por lo que pudiera tratarse de un Cristo en Majestad. La talla con volúmenes bien marcados, el tratamiento de los pliegues en forma de V y las proporciones de la figura hacen de esta pieza la mejor escultura que se conserva en la iglesia. Su cronología puede establecerse en las primeras décadas e incluso en las centrales del siglo XIII.

La pila bautismal

Se localiza bajo la torre, en una pequeña capilla lateral. Es un gran vaso troncocónico invertido, casi un cilindro, de 136 cm de diámetro y 86 cm de altura, asentado sobre un escalón circular, fabricado en arenisca local. Presenta embocadura plana, con chaflán hacia el interior y arista viva hacia el exterior. El cuerpo se decora a base de siete grandes arcos de medio punto rebajado sostenidos por columnillas con capiteles vegetales de tres hojas planas lanceoladas –que a veces parecen enrollarse en la parte superior– y en cuyo interior se disponen seis personajes nimbados además de una escena. En esta última aparecen dos figuras, una masculina y otra femenina que sostienen un paño sobre el que aparece un tercer personaje, en cuya cabeza se dispone la paloma del Espíritu Santo, conformando una

Pila bautismal

Pila bautismal

imagen alegórica del bautismo. Del resto de los personajes que ocupan las arquerías cinco visten con pesados ropajes, sostienen libros abiertos o filacterias y miran frontal o lateralmente; uno, portando llaves, se identificaría con San Pedro. Finalmente, el séptimo arco es el peor conservado y en él se halla un ángel turiferario que se dirige a la escena del bautismo.

Esta pieza, con una escultura de calidad muy superior a la del resto del templo –pareja quizá a la de la figura sedente–, es un caso único en la provincia y prácticamente en el Reino de León, todo lo contrario que ocurre en el castellano, donde las pilas decoradas con arcos son muy frecuentes, especialmente en Palencia, Burgos y Soria, aunque en esta última son composiciones más bien geométricas, sin apenas figuraciones. En Burgos pilas como las de Cayuela, Cascajares de la Sierra, Albacastro o Gumiel de Mercado siguen el mismo esquema de Santa María la Nueva, con apóstoles –o a veces animales– encuadrados individualmente en arquerías; en Palencia hay igualmente ejemplos muy notables de composiciones similares, como ocurre en Moarves de Ojeda, Renedo de Valdavia o Valcobero, aunque las tallas sean muy distintas entre sí. En cuanto a las fechas todas son ejemplares tardíos, de modo que la pila zamorana pudiera ser contemporánea de la segunda etapa románica de la iglesia.

Texto y fotos: JNG - Planos: MVPS

Bibliografía

ALDEA, Q., MARÍN, T. y VIVES, J., 1972-1975, pp. 2792-2794; ÁLVAREZ MARTÍNEZ, U., 1883d; ÁLVAREZ MARTÍNEZ, U., 1889 (1965), pp. 169-172, 239; ANTÓN Y CASASECA, F., 1918, pp. 49-57; ANTÓN Y CASASECA, F., 1927, pp. 89-102; ÁVILA DE LA TORRE, Á., 2000, pp. 49-55, 109; BANGO TORVISO, I. G., 1994, p. 150; BANGO TORVISO, I. G., 1997, pp. 322-323; BUENO DOMÍNGUEZ, M.ª L., 1988, pp. 180-182, 213 y docs. 62, 83; CRUZ Y MARTÍN, Á., 1981, pp. 66 y 67; ENRÍQUEZ DE SALAMANCA, C., 1998, pp. 24-26, 61-62; FERNÁNDEZ-XESTA Y VÁZQUEZ, E., 1991; GARCÍA DE PRUNEDA, S., 1907b; GARCÍA RUBIO, J. M., 1984, foto 29; GARNACHO, T. M.ª, 1878 (1979), pp. 200-211; GÓMEZ MARTÍNEZ, A., 1958, p. 17; GÓMEZ-MORENO, M., 1927 (1980), pp. 94-96; GONZÁLEZ FUENTES, M.ª C., 1996, p. 5; GRAU LOBO, L. A., 2001, pp. 29-32; GUDIOL RICART, J. y GAYA NUÑO, J. A., 1948, p. 260; HERAS HERNÁNDEZ, D. de las, 1973, pp. 261-263; LARREN IZQUIERDO, H., 1988, pp. 62-66; LARREN IZQUIERDO, H., 1999, p. 103; LERA MAILLO, J. C. de, 1993a; LERA MAILLO, J. C. de, 1999, docs. 258, 275, 665, 961, 1222, 1428, 1429, 1801; LERA MAILLO, J. C. de *et alii*, 1998, doc. 17; LOJENDIO, L. M.ª DE; RODRÍGUEZ, A. y VIÑAYO, A., 1996, pp. 130-131; MARTÍNEZ DE LA OSA, J. L., 1986, pp. 56, 63, 87; MOMPLET MÍNGUEZ, A. E., 1995, p. 104; MONTERO APARICIO, D., 1995, pp. 767-768; PÉREZ, E. J., 1895, p. 11; QUADRADO, J. M.ª y PARCERISA, F. J., 1861 (1990), pp. 37, 67; RAMOS DE CASTRO, G., 1977, pp. 198-202, 498 y 499 y doc. 17; REPRESA RODRÍGUEZ, A., 1972, pp. 532, 533; RIVERA BLANCO, J. (coord.), 1995, pp. 1003-1004; RIVERA DE LAS HERAS, J. Á., 2001a, pp. 147-150; SÁINZ SÁIZ, J., 1999, pp. 22-24; SAMANIEGO HIDALGO, S., 1993b; SÁNCHEZ HERRERO, J., 1995, p. 723; SÁNCHEZ HERRERO, J., 2002, pp. 30-31; VELASCO RODRÍGUEZ, V., 1962, p. 80; VIÑAYO GONZÁLEZ, A., 1982, pp. 452-453; ZARATAÍN FERNÁNDEZ, M., 1898, p. 4.

Iglesia de San Pedro y San Ildefonso

SE ENCUENTRA ESTA IGLESIA, en origen probablemente una de las más antiguas de Zamora, en el centro del casco histórico de la ciudad, dentro del primer recinto amurallado, en la confluencia de las calles de los Notarios y de Francos y ante la plazuela que lleva su mismo nombre. Su importancia a nivel eclesiástico radica fundamentalmente en el hecho de que aquí reposan y se veneran los restos de San Atilano, obispo de Zamora a comienzos del siglo X y patrón de la diócesis de Zamora, y de San Ildefonso, arzobispo de Toledo en la primera mitad del siglo VII y patrono de la ciudad.

Cesáreo Fernández Duro y Ursicino Martínez cuentan que en origen esta iglesia estuvo bajo la advocación de santa Leocadia y que a su vera se edificó el primer palacio episcopal, en el solar que después ocuparía el palacio gótico de los marqueses de Villagodio, ya desaparecido.

Vista desde el Puente de Piedra

Sería el lugar donde se instauró el obispado de Zamora en el año 901, siendo su primer obispo San Atilano (901-917), el *Attila* de la documentación de la época, del que todavía se conservarían su anillo episcopal y un peine litúrgico, reliquias que no obstante parecen bastante posteriores.

Pero las noticias más antiguas de una ocupación en este lugar las aporta la arqueología, pues las excavaciones llevadas a cabo en 1989 pusieron a descubierto una necrópolis en la que se localizan algunos objetos que los autores del trabajo datan entre los siglos VI y VIII, aunque creemos que una de las fíbulas halladas puede datarse entre fines del V y comienzos del VI, correspondiendo a los ajuares de los visigodos procedentes de Europa oriental. La presencia de un cementerio es a la vez indicativo de la existencia de un lugar de culto, y aunque no se identificaron de forma clara restos constructivos atribuibles a tan temprana época, ciertos elementos pudieran ser testimonio del indudable templo que hubo de existir ya en época visigoda, quizá aquel semilegendario de Santa Leocadia. La misma excavación descubrió también diversas tumbas que se han fechado entre los siglos XI –momento al que parece corresponder una lauda con cruz griega, alfa y omega– y XIV, a las que posteriormente se sumó el hallazgo de un magnífico frontal de piedra policromada que debió tallarse para acoger las reliquias de San Ildefonso, cuando se redescubrieron, también en el subsuelo de esta iglesia, el día 26 de mayo de 1260.

Al margen de aquel primitivo asentamiento de la *Semure* visigoda y después del vacío histórico que se produce durante la invasión musulmana, el lugar debió ser recuperado para el culto tras la reconquista de la ciudad hacia el año 893. Es a partir de este momento cuando se instaura el obispado y cuando se edificaría –o reedificaría– el templo conocido a partir de este momento como San Pedro, tal como aparece citado en un documento de 1154, aunque en realidad se hable de "la casa del hijo del presbítero de San Pedro". Este nombre se haría extensivo a todo el barrio o colación adyacente, regido por su propio *concilium*, como se documenta en 1170. Tras la *invención* de los restos de San Ildefonso en 1260, esta advocación pasó a formar pareja con la anterior, para finalmente imponerse, de manera que hoy es esta última con la que se conoce a la iglesia a nivel popular.

A partir de tan fragmentarias noticias cabe suponer que después del antiguo templo de Santa Leocadia se levantara, al menos, un segundo edificio altomedieval tras la recuperación de la ciudad, que sería sustituido a su vez

Fachada norte

La cabecera románica entre los añadidos posteriores

por la fábrica románica que se nos ha conservado. Tal vez con esta nueva obra pudiera tener relación el documento del que se hace eco Guadalupe Ramos, que, aunque sin data concreta, la autora fecha con anterioridad a 1215 y en el que Juan Díaz hace una manda testamentaria para las obras de San Pedro. También don Giral Fuchel en su testamento, redactado antes de 1238, expresará de forma lacónica su deseo de enviar algún dinero para el mismo fin: "Mando a la obra de San Pedru I morabetinos".

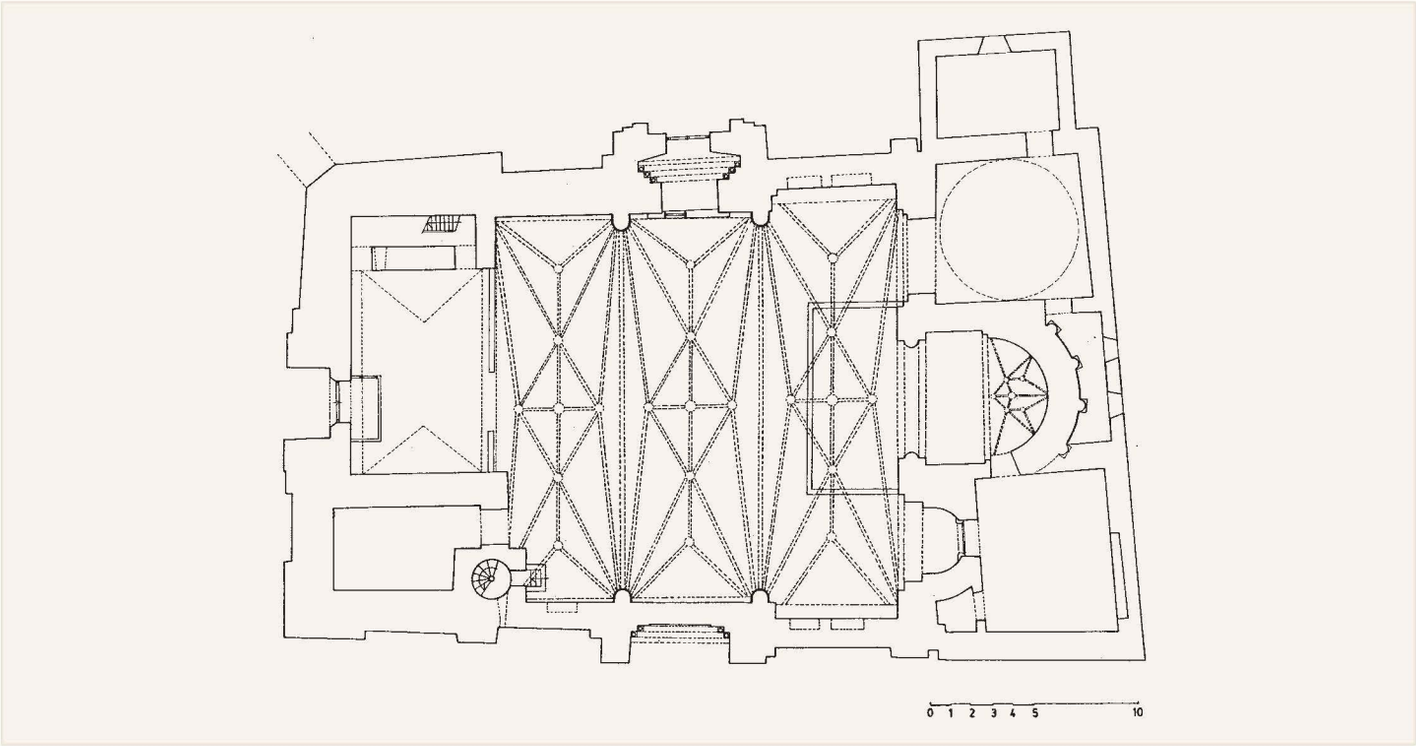
Por estas fechas ya el entorno de la iglesia de San Pedro es el centro neurálgico de la ciudad, discurriendo a su vera la principal calle que atraviesa el núcleo, el *carral maior*, o lo que es lo mismo, las actuales calles de rúa de los Notarios y rúa de Francos, nombre éste que nos transmite quiénes conformaban, al menos en parte, la población de la zona, donde también se registraba notable presencia hebrea, según A. Represa. Muy cerca de aquí se encontraba también la puerta de la muralla que recibía el nombre de la iglesia y en su entorno, como correspondía a una zona céntrica se documentan algunas tiendas, como la *tende que vulgariter dicitur Tenda de Petro García, iuxta Sanctum Petrum*, la mitad de la cual entrega el monasterio de Valparaíso al cabildo de Zamora en 1253. La parroquia debió acumular también diversos bienes en el mismo entorno pero también en otras poblaciones, pues ya en 1226 varios de sus clérigos venden a don Pedro de Ribera una yugada de bueyes con sus pertenencias en Aldea de la Franca por doscientos treinta áureos, mientras que en otros documentos se nombran casas pertenecientes a San Pedro en la propia ciudad.

A fines del siglo XV el obispo Diego Meléndez Valdés acomete la modificación de la cabecera del templo con el fin de dar mayor relevancia a las reliquias de los santos Ildefonso y Atilano, construyendo la reja y quedando de la forma que hoy la podemos contemplar. Los Cuerpos Santos son colocados en una urna bajo nueve llaves y la solemne elevación al lugar que ocupan se lleva a cabo el 25 de mayo de 1496. Esta obra modificó también todo el interior del templo, que pasó a tener una sola nave, cubierta con bóvedas góticas. Escasos años después, por bula del papa Julio II en 1506, el templo fue elevado a la categoría de iglesia arciprestal que hoy conserva.

A lo largo de los siglos XVII y XVIII se acometen nuevas reformas que consistieron fundamentalmente en añadir distintas estancias a la cabecera, destacando la capilla funeraria de Gabriel López de León, que hacia 1678 supone la desaparición del absidiolo románico del evangelio; o la modificación de la fachada occidental realizada entre 1719 y 1721 y la construcción de una nueva portada en el lado norte, que cubre a la románica anterior, obra llevada a cabo en 1795-1796.

Debió ser una de las pocas iglesias en las que hasta tiempos muy tardíos se estuvo practicando el rito bautismal por inmersión, en contra del ritual romano que impone la ablución. Tal costumbre fue prohibida expresamente por el obispo Fernando Manuel y Megía en la visita que realizó en noviembre de 1695 a esta parroquia y a la de San Claudio de Olivares.

Las continuas reformas que ha sufrido la iglesia dificultan la interpretación de los restos románicos conservados, que casi siempre están enmascarados por modificaciones o simples decoraciones de tiempos posteriores, de ahí que las interpretaciones de los distintos autores varíen sustancialmente e incluso sean en ocasiones contradictorias. Hoy el templo que podemos contemplar es un monumental edificio construido a base de sillería en piedra arenisca de grano grueso, la misma que conforma el sustrato sobre el que se asienta toda la ciudad medieval. Exteriormente se



Planta

Alzado este

Aspecto que muestra hoy el interior de la cabecera

muestra como un edificio cuadrangular, con varios volúmenes, sobre los que destaca la torre que se eleva en la esquina suroeste; en el interior la cabecera se nos muestra como un gran panel pintado con arquitecturas doradas donde se abren tres huecos, con una amplia y alta nave de tres tramos cubiertos con bóvedas góticas de crucería a cuyos pies se dispone un cuarto tramo compartido por el coro y por la base de la torre. La primitiva cabecera aparece envuelta por sacristías y capillas datadas en los siglos XVII y XVIII, mientras que son tres las portadas, de distintas épocas y con diversas reformas, que se pueden apreciar, una al norte, otra al oeste y otra más al sur, ésta ahora impracticable.

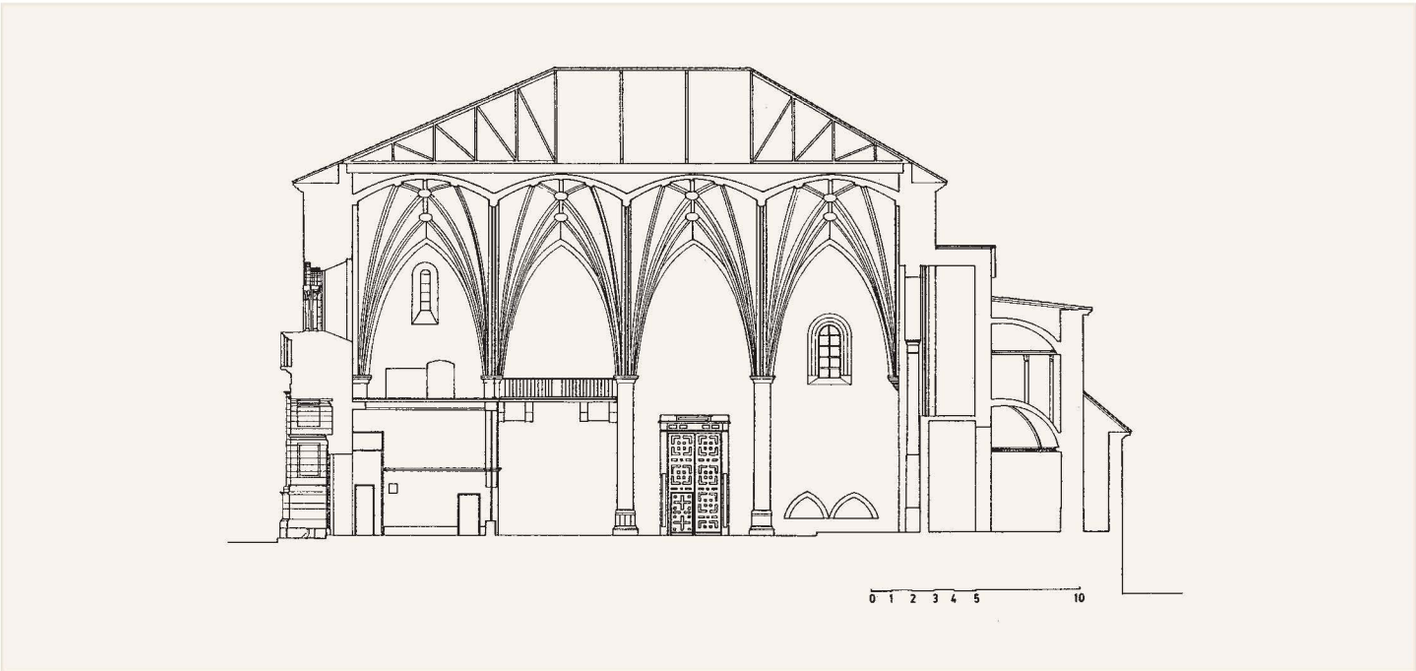
Ya hemos comentado arriba que la construcción románica que nos ha llegado tuvo que ser históricamente al menos el tercer edificio que se construiría en este mismo solar y aunque a primera vista pueda parecer que es muy poco lo que se ha conservado de él, en realidad se ha mantenido relativamente completo. Tuvo prácticamente las mismas dimensiones que el actual –aunque de menor altura–, formado por triple cabecera de ábsides semicirculares, con sus correspondientes presbiterios que daban paso a una triple nave repartida en los mismos tramos que la actual, con su torre, la misma que en buena parte es la que hoy se puede contemplar y a la que, entonces como ahora, se accedía por una escalera de caracol cuya entrada está en el interior del templo. Creemos que tuvo esta iglesia sólo dos portadas, una al norte y otra al sur, que más o menos se conservan de forma completa.

Es necesario por tanto despojar al edificio de sus envoltorios posteriores para poder quedarnos con la imagen original que nos permita hacer el análisis de uno de los edificios más espléndidos de la Zamora románica. Para ello haremos un detenido recorrido por el edificio, desde la cabecera hasta la torre.

De la triple cabecera absidada sólo se ha conservado la capilla mayor y el absidiolo de la epístola, aunque en ambos casos muy afectados por distintas reformas. El ábside central aparece al exterior flanqueado por la sacristía, la capilla de López de León y una pequeña estancia que une ambas estructuras modernas, elevándose el hemiciclo por encima de ellas, dejando ver su buen aparejo de sillería que formaba un muro recorrido por cuatro semicolumnillas que dividirían el muro en cinco paños. No se aprecian posibles ventanales y sólo llegan a verse la parte superior de tres de esas semicolumnas, rematadas en cortos capiteles de anchas cestas decoradas con hojas planas rematadas en caulículos. El alero se decora con canecillos de cuatro hojas planas, lanceoladas –modelo harto repetido en numerosas iglesias tardías de la capital, como el Santo Sepulcro, San Juan de Puerta Nueva o la propia catedral, entre otras muchas– sosteniendo una cornisa de nacela con pequeñas molduras en las aristas. Tras el ábside destaca el cuerpo del presbiterio, mucho más alto, hasta el punto que permite abrir en su testero un óculo de doble rosca, lobulada tanto en las dovelas interiores como en las exteriores. Cabe suponer que la nave sería aún más alta, alcanzando prácticamente la misma cota de cumbre que tienen la actual, pero de ello ya no apreciamos ningún indicio. Nada puede verse tampoco de los absidiolos desde el exterior del templo.

Alzado sur

Sección longitudinal



Absidiolo de la epístola

En el interior las modificaciones llevadas a cabo a partir del año 1496 apenas si dejan ver nada de esta cabecera original. El ábside central se dividió entonces a mitad de altura, quedando la parte superior como camarín para las urnas de los Cuerpos Santos, cerrado con reja, y la inferior como angosto espacio para el altar mayor, división que obligó además a construir un sistema de abovedamientos para sostener toda la parte superior. Posteriormente, entre 1617 y 1621, diversos artistas añadieron decoraciones doradas y esculturas, y entre 1805 y 1807 se realiza el altar mayor, separando el antiguo presbiterio románico –que queda como capilla mayor– del espacio absidado, que, con su bóveda gótica estrellada, cumple desde entonces la función de recóndito despacho. Dentro de este último espacio se llega a apreciar el paramento románico, de sillería, con algunas marcas de cantero y con una imposta que recorrería en origen el sector inferior del muro, formada por un listel moldurado con medio bocel entre dos filetes y nacela recorrida por arquillos ciegos, como los que nos encontraremos en los basamentos de las portadas. Sobre la imposta se aprecian los arranques de los tres ventanales románicos que daban luz a la cabecera, formados por saetera abocinada enmarcada en arco sostenido por dos columnillas, de las que sólo llegan a verse las típicas basas compuestas de plinto, toro, escocia y toro. Igualmente se puede observar cómo los muros del viejo ábside se decoraron, cuando se hizo la transformación tardogótica, con pinturas murales, ya muy maltratadas pero entre las que se aprecian bandas de leones y castillos y restos de una inscripción, con un trampantojo frente a la puerta de acceso que reproduce el modelo de la que sirve de entrada a este espacio.

A pesar de tantas compartimentaciones, aún llega a apreciarse la enorme altura del ábside central, cubierto con bóveda de horno y precedido por un corto tramo presbiterial cuyos muros también aparecen recubiertos, aunque se intuye la bóveda de cañón apuntado que lo corona. El absidiolo de la epístola muestra mejor su estructura, con hemiciclo liso, con bóveda de cuarto de esfera y cortísimo presbiterio rematado con bóveda de cañón que por sus dimensiones apenas si es un simple arco; estos abovedamientos parten de una imposta corrida, moldurada a base de listel, filete en ángulo, bocel y nacela. Esta capilla fue modificada ya hacia el primer tercio del siglo XVI para convertirse en capilla funeraria de los Ayala, abriéndose en 1530 un lucillo en el costado norte y una puerta en el testero para dar paso a la sacristía, edificada en 1615 y reformada hacia 1773, destruyéndose entonces, según parece, una ventana románica. Desde esta sacristía se accede a su vez a un pequeño habitáculo desde el que llega a verse parte del paramento exterior del absidiolo, con su alero de destrozados canes.

Por lo que se refiere al absidiolo del evangelio, desapareció por completo cuando se construye la capilla funeraria de Gabriel López de León –fallecido en 1648–, con su correspondiente sacristía y con una cripta o pudridero bajo ella. Se conserva a pesar de todo su antiguo arco triunfal, con su imposta, todo revocado e intradosado en ese momento barroco con un nuevo arco, oblicuo, que estrecha algo más la entrada y la orienta hacia el altar de la Inmaculada, nombre con el que conoce también a esta capilla.

Los muros de la nave conservan básicamente la estructura románica, aunque igualmente con fuertes alteraciones. El primer tramo es ligeramente más ancho que los demás, dando lugar a un atrofiado crucero, prácticamente inapreciable pero que quizá en época románica podía estar más destacado, mediante el recurso de diferenciarlo en altura.

Fachada meridional

Arcos ciegos en la fachada sur

En todo caso, hacia 1496 o en años inmediatamente posteriores las tres antiguas naves se convirtieron en una sola, unificando alturas al elevarse el espacio de las laterales prácticamente hasta la cota que alcanzaría la central, para lo cual se embuten en el paramento románico unas pilastrillas de las que parten los nervios de las bóvedas estrelladas. Más tarde aún, ya en época barroca, se elevan de nuevo los muros y la cubierta pasa a ser de cuatro aguas.

En el exterior del muro norte de la nave se aprecian los contrafuertes que separan los distintos tramos, unos apoyos que quizá en origen fueran románicos pero que ahora obedecen a la reforma tardogótica. El primer paño parece totalmente renovado en este momento, añadiéndose un gran ventanal; en el segundo se eleva la gran portada neoclásica realizada en 1795-1796 por Pedro Castellote, delante de la primitiva románica, que aún puede verse dentro del portalillo resultante de la modificación. La vieja puerta se dispone sobre un alto y maltratado zócalo y está formada por tres arquivoltas lisas tradosadas con una chambrana, mientras que el arco de ingreso ha desaparecido. Los apoyos son columnillas acodilladas de basas muy erosionadas pero que parecen estar compuestas por un alto cilindro –quizás un plinto y toro retallados–, caveto y bocel, mientras que los capiteles son de carnosas pencas y los cimacios moldurados con listel, filete anguloso, medio bocel, nacela y medio bocel. Esta portada románica ha sido restaurada una vez descubierta, pues durante casi dos siglos permaneció oculta tras la neoclásica. La misma obra ha puesto también al descubierto una inscripción funeraria recogida por Maximino Gutiérrez Álvarez, quien la fecha en los años centrales del siglo XIII:

HIC : IACET
DON(us) : DIDAC(us)
ABBAS.

En el tercer tramo de esta nave –continuando en el exterior de la fachada norte– se aprecia claramente el paramento románico, en cuya parte inferior se disponen dos arcosolios funerarios de medio punto, del mismo momento constructivo y que en algún momento tardío fueron precedidos de una estancia abovedada ya desaparecida, uno de los cuales alberga la siguiente inscripción, publicada igualmente por Maximino Gutiérrez, quien la considera de fines del XII o comienzos del XIII:

+ HIC · IACET PETR
VS · [.....].

Más completa está la inscripción que se conserva en el lucillo contiguo, fechada el 5 de julio de 1229 y que según aquel mismo autor dice:

+ OBIIT EGIDIVS PETRI
TERCIO NONAS IVLIII
SUB ERA MCCLXVII.

Sobre esos arcosolios se aprecia un ventanal cegado, posiblemente románico, y sobre éste una hilera de ocho canecillos recortados que indican la altura que tuvo el alero de esta nave colateral, una altura que casi fue doblada al hacerse el recrecimiento gótico. Por lo que se refiere al cuarto tramo, el paramento parece que fue totalmente renovado en época tardogótica y posteriormente en la barroca, reforzándose la base en torno al coro y añadiéndose un potente contrafuerte oblicuo sobre el que fue necesario abrir un arco para salvar el paso de la calle.

En el interior este muro septentrional, en el primer tramo, como ya dijimos, pudo conformar una especie de pequeño crucero y sobre él se abrieron dos arcosolios,

Portada meridional

Detalle de la portada meridional

que presentan sendas inscripciones funerarias, una de ellas correspondiente al epitafio de Esteban Yáñez, caballero de Zamora, de 1272, y la otra al de Domingo Yuanes, arcipreste de Zamora, de 1274. El segundo tramo conserva también el paramento románico, recubierto por unas pinturas fechadas el 17 de agosto de 164? y por un gran cancel de madera cuya construcción motivó ciertas alteraciones en el paramento, cubriendo parcialmente además una inscripción –a nuestro entender desplazada de su ubicación original– fechada por Maximino Gutiérrez a mediados del XIII, autor que la considera como duplicación de la que se veía al exterior, junto a la portada, y cuya lectura sería:

[HIC] : IACET [FAM(u)L(us)]
[DE]I DON(us) DIDAC(us)
[A]BBAS.

El tramo tercero, aunque recubierto por el órgano y un retablo, también parece románico y lo mismo ocurre con el cuarto, coincidiendo con el coro –de hacia el siglo XVII– y sotocoro, y separado del resto del templo por una reja de comienzos del siglo XVIII.

Pasando al muro sur, en el exterior se nos muestra la fábrica románica igualmente bien conservada, ocupando la mitad inferior del paramento actual –a consecuencia del citado recrecimiento–, con un zócalo que recorre la base y con sus contrafuertes originales, que fueron reforzados mediante dos grandes arbotantes en 1721, según traza de Joaquín de Churriguera. Siguiendo un esquema que en cierto modo podemos ver también en la Puerta del Obispo de la catedral, el primer tramo está decorado con cuatro arcos ciegos de medio punto, soportados por columnillas con capiteles de robustas pencas y cimacios de nacela, apareciendo dentro del más oriental una roseta de botón central y seis hojas cuyos extremos, en gran parte rotos, se vuelven; no hay restos de alero románico pues una hilera por encima de estos arquillos da paso ya a la reforma tardogótica.

En el segundo tramo se encuentra la otra portada románica, más decorada que la norte, lo que hace pensar que quizá fuera la entrada principal, aunque hace siglos ya que se halla inutilizada, quedando muy por encima de la actual cota de calle. Su morfología y decoración de nuevo son casi idénticas a las de la Puerta del Obispo: cuatro arquivoltas de medio punto formadas por pequeños lóbulos rematados en peltas, chambrana de nacela y soportes constituidos por tres columnillas acodilladas, a cada lado, con plinto decorado con arquillos ciegos y estrías y capiteles de macizas pencas, motivo que también se encuentra en el remate de las pilastras del arco de ingreso, aunque en este caso la pieza es cuadrangular. Las diferencias con la puerta de la catedral se concretan en algunos detalles: mientras en el arco de la iglesia metropolitana la arquivolta interior tiene peltas simples y en el resto son de doble cola, en San Pedro y San Ildefonso todas reproducen el modelo de aquella primera, aunque en el caso de esta iglesia tampoco aparece la chambranilla que se ubica entre los dos primeros arcos; por otro lado los capiteles de este templo arciprestal son de cesta algo más alta y por último mientras que aquí los cimacios se molduran con listel, nacela y bocel, en el caso de la catedral la nacela es más suave y el bocel inferior ha sido sustituido por una simple curva.

Sobre los dos cimacios interiores del lado derecho se dispone una inscripción funeraria, en letra carolina, bien trazada, fechable hacia las décadas iniciales o centrales del siglo XIII. Dice así:

HIC IACET PET(rus) VERMUDI DE LA MORA.

Dado el lugar en que se ubica la inscripción cabe pensar que estamos ante un personaje de cierto rango, que tal vez podamos identificar con el Pedro Vermúdez que se titula clérigo de García Muniz y alcalde del rey y que el 13 de enero de 1260 compra, en nombre del obispo don Suero, una heredad que tenía en Villamor de los Escuderos el caballero toresano Álvaro Domingo. Ahora bien, para Maximino González el difunto se llamaría *Petrus Vermudi de Xamora* y la fecha de la inscripción la sitúa en torno a 1174. Otra inscripción, mucho más tosca e incompleta, se dispone, en dos líneas, en la parte inferior del fuste más oriental, donde sólo se alcanza a leer: [HI]C IACET.

El tercer tramo de la nave está muy transformado por reformas posteriores, con la base reforzada, aunque aflora el zócalo original. Sobre él se disponen dos arcosolios funerarios como los que se veían en el lado norte, de medio punto, aunque el resto del muro es macizo, salvo una saetera muy erosionada en la parte superior, en contacto con el alero, del que se ven restos de seis canes, uno de ellos con bola o cabeza, sobre los que ya se dispone el recrecimiento gótico. Los arcosolios albergan sendas inscripciones funerarias cuya cronología es similar a la de la portada:

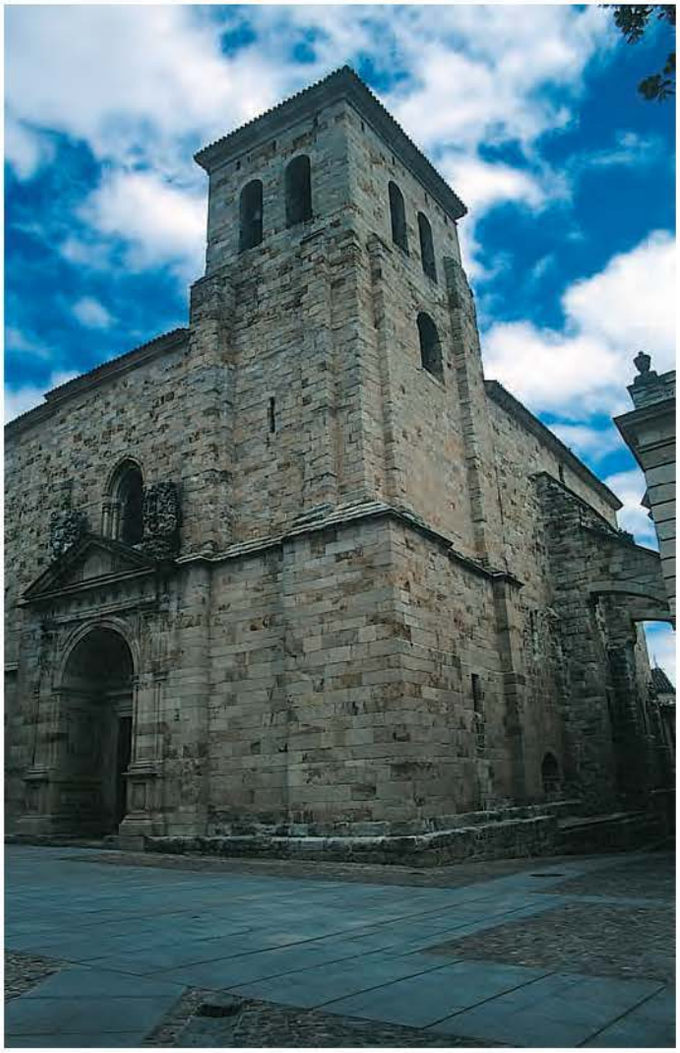
HIC : YACET
MIASOL :
MVLER :
DE : FERNAN
BLANCV :

HIC : YACET :
FERNAND(us)
GOMECII.

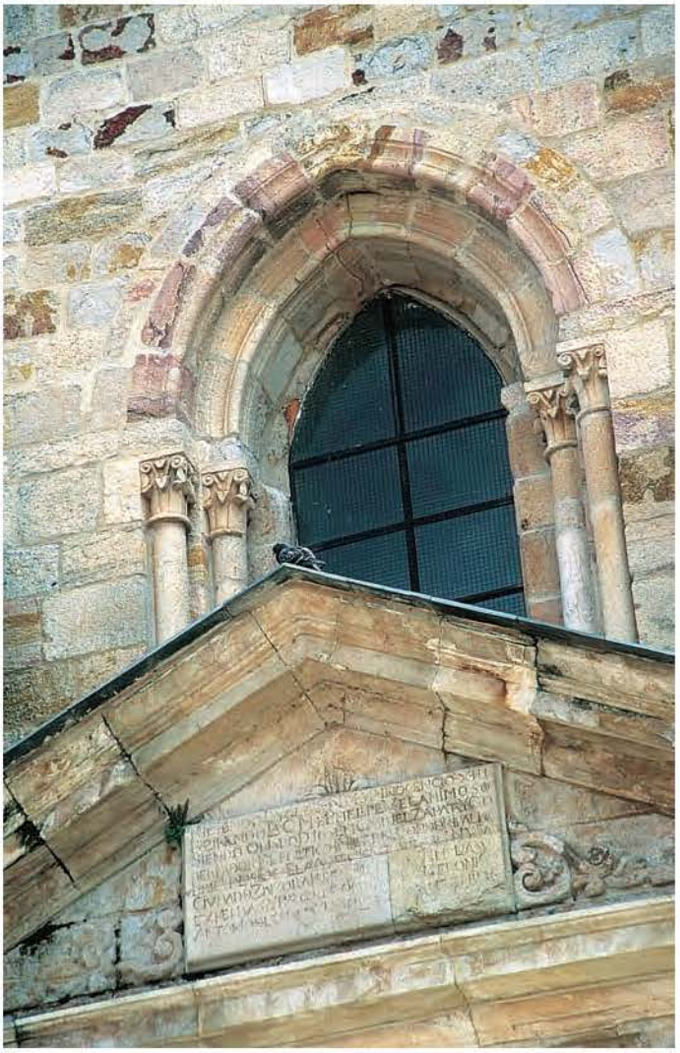
El cuarto tramo de este lado de la nave está ocupado por la torre, de la que nos ocuparemos más adelante, centrándonos de momento en el interior de este mismo muro. Así, en el primer tramo encontramos de nuevo dos arcosolios parejos a los del muro del evangelio y creemos que, como ellos, fueron embutidos hacia el último tercio del siglo XIII. Sólo el más occidental porta inscripción, de buena factura, pero fechada ya en la era MCCCXXIX (año 1291). En el segundo tramo, en el que se halla la portada, el paramento parece igualmente original, aflorando el podium achaflanado que se sigue en toda la obra románica; en el tercero encontramos un nuevo arcosolio de características similares a las de los anteriores, muy cerca del acceso a la escalera de caracol por la que se sube a la torre.

Ocupa esta torre-campanario el ángulo suroccidental de la iglesia, tiene planta ligeramente rectangular y presenta actualmente tres cuerpos. En el exterior, el cuerpo inferior, de construcción románica, fue totalmente reforzado con un forro en época barroca, pero el segundo muestra su aspecto original, macizo, con pilastras en los extremos de los muros, mientras que el cuerpo de campanas original fue sustituido en época moderna por el que hoy se conserva. Dentro de la iglesia la torre presenta en su zona baja una alta sala utilizada como museo, cubierta con bóveda de cañón apuntado sobre impostas y que debió estar dividida en dos alturas mediante un forjado de madera, a juzgar por la puerta y ventanas que se conservan en la parte superior, cuya funcionalidad sólo se puede explicar de esta manera. En el muro oeste del museo hay restos de pintura gótica con escenas de la Resurrección,

Epitafio de doña Miasol, en un arcosolio de la fachada sur



Torre y fachada occidental



Ventanal sobre la puerta de poniente

bajo las que se dispone una inscripción fechada en la era MCCCLXII (año 1324). La puerta de acceso es de arco de medio punto, con varias marcas de cantero e impostas molduradas con listel, nacela y bocel, similares a las de la portada sur del templo. Maximino Gutiérrez recoge un maltratado fragmento de inscripción funeraria, descontextualizado, conservado en esta sala y que fecha hacia fines del siglo XII o comienzos del XIII, sin que apenas puedan leerse más que algunas letras.

Finalmente, por lo que respecta al muro de poniente de la nave, el exterior fue muy modificado al abrirse la nueva portada entre 1719 y 1721, a expensas de la ciudad y ejecutada por Joaquín de Churriguera y Valentín de Mazarrasa. Sobre esta renovación puede verse un ventanal románico, de arco apuntado y doblado, de arquivoltas molduradas a base de boceles y medias cañas que descansan en cuatro columnillas acodilladas con capiteles de delgadas pencas, dispuestas en dos órdenes, y cuyos extremos se vuelven o enrollan; su factura y decoración son prácticamente idénticas a las que muestra el ventanal de la fachada oeste de Santa María la Nueva. En el interior del templo, al margen de las transformaciones sufridas para disponer el coro, este muro oeste conserva el paramento románico, aunque no se ven en él indicios de otra posible portada anterior a la barroca.

En definitiva, este complejo edificio, al margen de una historia que se remonta hasta época visigoda, muestra unos muros que son un compendio de la evolución de los distintos estilos artísticos desde época románica hasta fines del siglo XVIII. Aun así y a pesar de la difícil interpretación de los paramentos, podemos concluir que la primitiva fábrica románica se conserva de forma relativamente completa, hasta el punto que es posible imaginar una iglesia de tres naves, más ancha y alta la central, con absidiolos

semicirculares, cuerpo del templo articulado en cuatro tramos –quizá abovedados–, al menos con dos portadas y con fuerte torre. La construcción, sin duda, se hizo de manera unitaria, a fines del siglo XII y/o comenzando el XIII, guardando estrecha relación con otros edificios de la ciudad, como la propia catedral –cuya Puerta del Obispo está en directa relación con las dos que aquí vemos–, con Santiago del Burgo, con Santa María de la Horta o con Santa María la Nueva, en diversos detalles decorativos, así como con toda la serie de templos que se están levantando en la ciudad hacia esas mismas fechas, aunque en el caso de San Pedro y San Ildefonso no se utilicen las características cabeceras zamoranas del momento, con testeros planos, sino los más clásicos ábsides semicirculares. Pero quizá el rasgo que más extensamente relaciona esta iglesia con un contexto tardío del románico zamorano son los canecillos decorados con someras hojas lanceoladas, tal vez la nota más peculiar de esta zona y que encontramos al menos en una veintena de edificios en la ciudad y provincia: catedral, San Juan de Puerta Nueva, San Pedro y San Ildefonso, Santa Lucía, Santo Sepulcro, La Magdalena, San Isidoro, Santa María de la Horta, San Leonardo, ermita del Carmen del Camino, edificios civiles de la calle Balborraz, n.º 44, calle de la Plata, n.º 16, y del arrabal de San Frontis, o en una pieza depositada en el Museo de Zamora –todos ellos en la capital–, a los que pueden sumarse las iglesias de Peleas de Abajo, Fuentelcarnero, Sobradillo de Palomares, Villamor de la Ladre, La Hiniesta, Benegiles, las benaventanas de Santa María del Azogue y San Juan del Mercado, el monasterio de San Martín de Castañeda o el oratorio de la dehesa de La Albañeza, en Abelón. A pesar de tal representatividad es justo reconocer que no pueden considerarse como modelo exclusivo de estas tierras, pues piezas muy similares aparecen en lugares bien lejanos, como en el monasterio burgalés de San Juan de Ortega o en la concatedral soriana de San Pedro y en el monasterio de San Juan de Duero, en esta misma ciudad.

Texto y fotos: JNG - Planos: JIGG

Bibliografía

AA.VV., 1995, pp. 158-159; ALDEA, Q., MARÍN, T. y VIVES, J., 1972-1975, pp. 2793-2794; ÁLVAREZ MARTÍNEZ, U., 1882c; ÁLVAREZ MARTÍNEZ, U., 1889 (1965), p. 99; ÁVILA DE LA TORRE, Á., 2000, pp. 110-113; BANGO TORVISO, I. G., 1997, p. 339; BARRIOS GARCÍA, Á, 2001; BUENO DOMÍNGUEZ, M.ª L., 1983, p. 62; BUENO DOMÍNGUEZ, M.ª L., 1988, docs. 39, 58; CALDERO FERNÁNDEZ, J., 1978; CASQUERO FERNÁNDEZ, J. A., 2001; CRUZ Y MARTÍN, Á., 1981, pp. 52, 54; ENRÍQUEZ DE SALAMANCA, C., 1998, pp. 45-46; FERNÁNDEZ DURO, C., 1882-1883, I, 217; FITA, F., 1885b; GARNACHO, T. M.ª, 1878 (1979), pp. 261-286; GÓMEZ MARTÍNEZ, A., 1958, p. 24; GÓMEZ-MORENO, M., 1927 (1980), pp. 155-159; GRAU LOBO, L. A., 2001, pp. 37-38 y 55; GUDIOL RICART, J. y GAYA NUÑO, J. A., 1948, p. 277; GUTIÉRREZ ÁLVAREZ, M., 1997, pp. 17, 33, 37, 38, 40, 44, 52-54; GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, J. A., 1993, pp. 21 y 22; HERAS HERNÁNDEZ, D. de las, 1973, pp. 255-256; LARRÉN IZQUIERDO, H., 1993a; LARRÉN IZQUIERDO, H., 1993b; LARRÉN IZQUIERDO, H., 1999, pp. 95, 103-104; LARRÉN IZQUIERDO, H., 2001a; LERA MAÍLLO, J. C. de, 1999, docs. 406, 593, 697, 1085, 1176, 1215, 1263, 1354, 1368-1370, 1476, 1520, 1670; LERA MAÍLLO, J. C. de *et alii*, 1998, doc. 62; MARTÍNEZ DE LA OSA, J. L., 1986, p. 89; MOMPLET MÍNGUEZ, A. E., 1995, p. 106; MONTERO APARICIO, D., 1995, p. 773; QUADRADO, J. M.ª y PARCERISA, F. J., 1861 (1990), pp. 63-64; RAMOS DE CASTRO, G., 1977, pp. 185-189, 499; REPRESA RODRÍGUEZ, A., 1972, pp. 532, 533 RIVERA BLANCO, J. (coord.), 1995, pp. 984-985; RIVERA DE LAS HERAS, J. Á., 1991; RIVERA DE LAS HERAS, J. Á., 1993; RIVERA DE LAS HERAS, J. Á., 2001a, pp. 107-115; RIVERA DE LAS HERAS, J. Á., 2001c; RIVERA DE LAS HERAS, J. Á., 2001d; SÁINZ SÁIZ, J., 1999, pp. 13-14; SAMANIEGO HIDALGO, S., 1993a; SAMANIEGO HIDALGO, S., 2001; SÁNCHEZ-MONGE LLUSA, M. y VIÑÉ ESCARTÍN, A. I., 1989; VELASCO RODRÍGUEZ, V., 1962, p. 72.

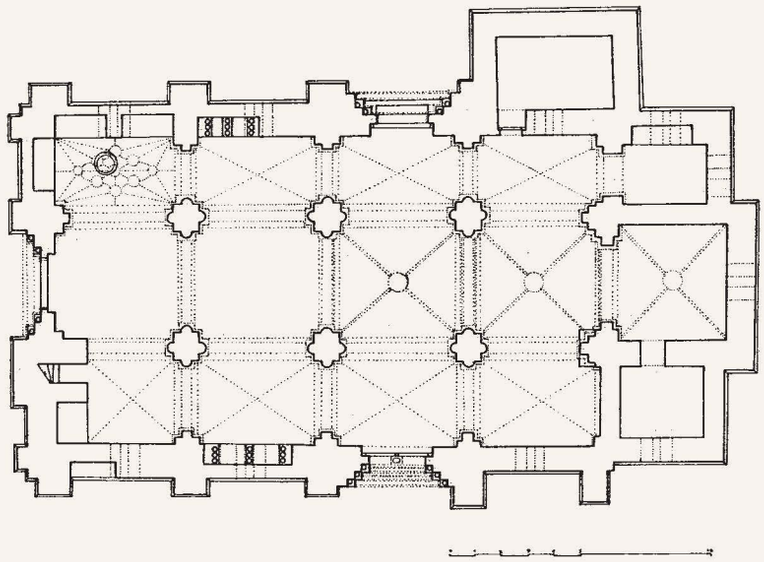
Iglesia de Santiago del Burgo

La iglesia de Santiago del Burgo se sitúa dentro de la primera ampliación que sufrió el primitivo recinto de Zamora hacia el este durante el siglo XII, englobando los antiguos arrabales que habían surgido en esta zona de ampliación urbana. Se sitúa al borde de la antigua *Rua Nova* o Renova (actual Santa Clara), prolongación en aproximada línea recta del *carral maior*, principal eje longitudinal del primitivo recinto, al que confluían tanto esta calle como la de los Francos (hoy San Torcuato) y la de San Andrés. Próximas a ella se encontraban las desaparecidas iglesias de Santo Tomás de Canterbury, propiedad del Temple, y San Miguel del Burgo. Durante el siglo XIII se consolidó el paulatino proceso de traslación del centro neurálgico de Zamora hacia esta zona de El Burgo, preponderancia que aún hoy mantiene.

No resulta fácil desentrañar los avatares históricos de este templo, tanto por la falta de documentación como por la confusión asentada en la historiografía entre éste y el de Santiago el Viejo o de los Caballeros, situado extramuros por la parte occidental de la cerca vieja, junto a la Puerta de Santa Colomba, luego incluida en la muralla del castillo. Las referencias históricas de 1168, 1176, 1178 que aluden a Santiago de las Eras, señaladas por Gómez-Moreno y Guadalupe Ramos, corresponden a la iglesia de Santiago "el Viejo" o de los Caballeros, que se localiza *in suburbio zemorensi, sita est in parte occidentali, versus porta Sancte Columbe*. Sí aparece citada esta iglesia de Santiago del Burgo como referencia para la ubicación de la iglesia de Santo Tomás y Santa Marina, en el documento de 1181 de donación de dicho edificio a los templarios por el obispo Guillermo. Perteneció a la jurisdicción del arzobispado de Santiago de Compostela hasta las reformas diocesanas de mediados del pasado siglo.

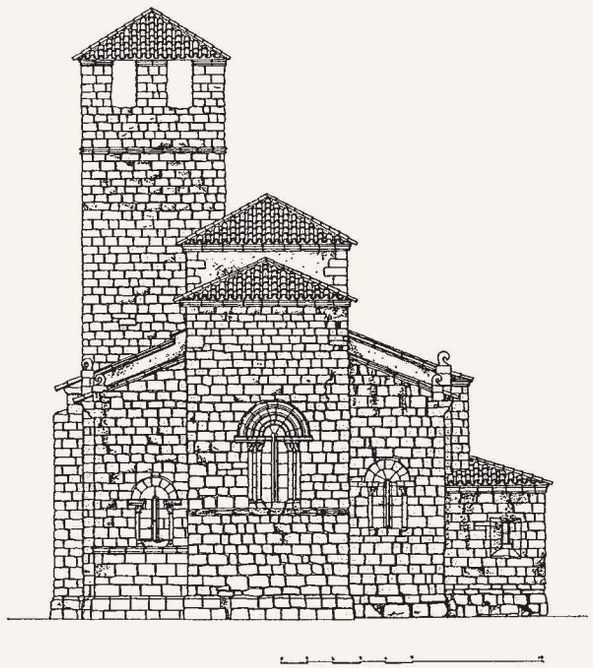
El de Santiago del Burgo es el templo zamorano de tres naves que mejor ha mantenido hasta nuestros días la

Fachada meridional de Santiago del Burgo

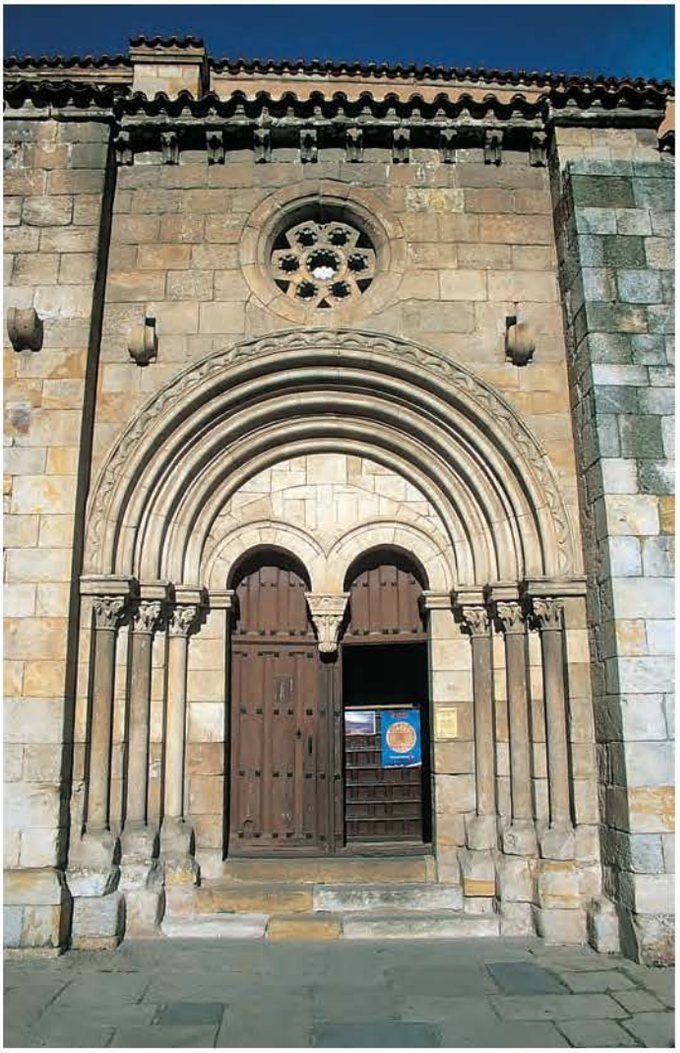


Planta

Alzado este



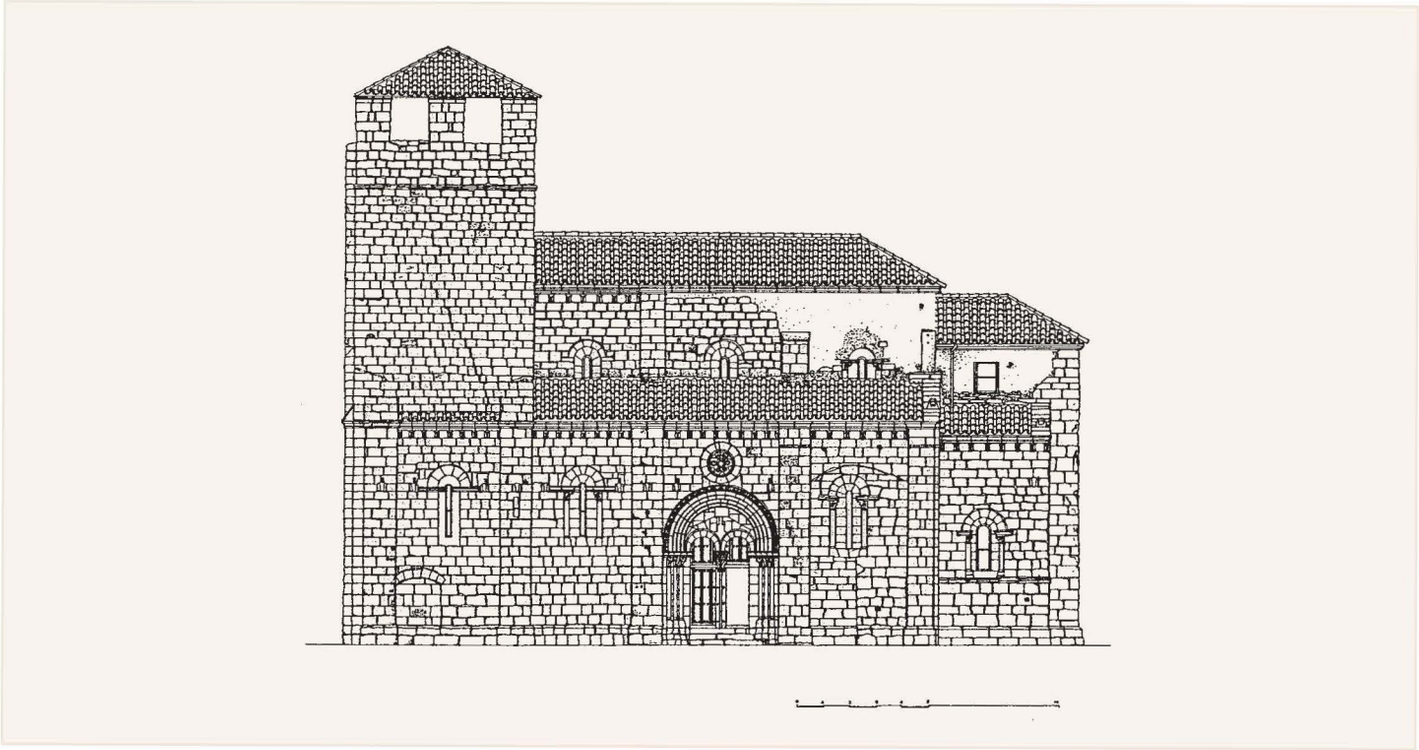
Exterior de la cabecera



Portada meridional

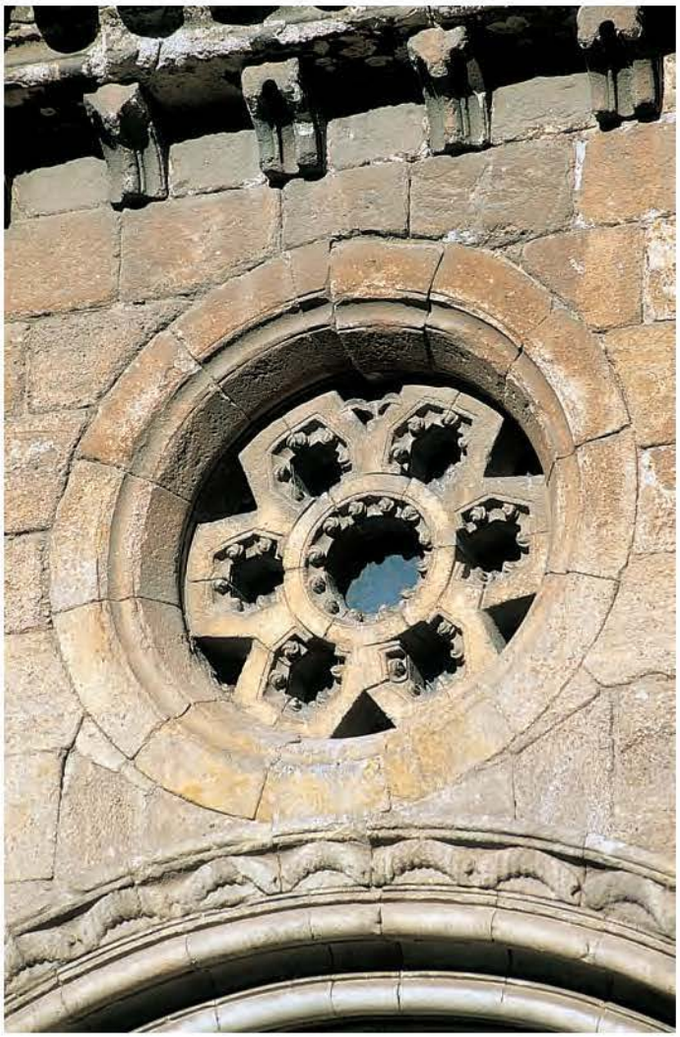
estructura original de finales del siglo XII, y ello pese a haber sufrido notables reformas y restauraciones, la más importante de estas últimas a principios del siglo XIX, cuando el sector de la cabecera sufrió un colapso que dio por tierra con el triunfal y bóvedas de la capilla mayor y bóvedas de la parte oriental de la nave.

De modestas dimensiones y levantado en buena sillería de conglomerado local, la iglesia presenta planta de tres naves desiguales, más ancha la central, delimitadas por pilares prismáticos con semicolumnas en sus frentes y cabecera triple de capillas con testeros planos, más ancha y levemente avanzada la central, al estilo de las de San Cipriano, Santo Tomé, San Esteban y San Juan de Puerta Nueva de la capital. Posee tres portadas, una en el hastial occidental, hoy inutilizada, y dos en los muros norte y sur del tercer tramo de las colaterales, así como torre cuadrada sobre el tramo más occidental de la nave de la epístola. Sus naves se distribuyen en cuatro tramos regulares, separándose por formeros doblados de medio punto y fajones apuntados e igualmente doblados. El mayor desarrollo también en altura de la nave central permitió su iluminación directa. Cubríase esta nave con una bóveda de cañón corrido con fajones, de la que sólo subsisten los dos tramos más occidentales, al haber sido sustituidas las cubiertas de los otros dos, hacia 1820, por las actuales bóvedas de crucería, iguales que la que cierra el ábside central. Las repisas de ángulo decoradas, colocadas en los responsiones del tercer tramo de la nave, parecen sugerir la presencia de nervios de una no conservada bóveda de crucería que destacaría este espacio. La colaterales, de las que la norte es algo más estrecha, reciben bóvedas de arista, algunas claramente rehechas, cuyos fajones recaen, respectivamente, en las semicolumnas de los pilares hacia la nave y en los responsiones semicruciformes lisos hacia los



Alzado sur

Alzado norte



Rosetón de la fachada sur

Portada oeste

muros. Se ilumina el cuerpo del templo mediante ventanas rasgadas de medio punto, una por muro y tramo, tanto de la nave como de las colaterales, además de dos vanos sobre la portada occidental y otro en el cierre de la nave del evangelio. Las ventanas son lisas, de arcos de medio punto doblado, o bien con columnas acodilladas de capiteles de pencas, hojas lanceoladas, lobuladas, perladas y volutas. Interiormente, la nave central se articula en tres niveles mediante impostas con la típica molduración zamorana de nacela, bisel y bocel, una a la altura de los cimacios de los capiteles de los formeros, otra bajo la línea de ventanas, y la superior marcando el arranque de la bóveda.

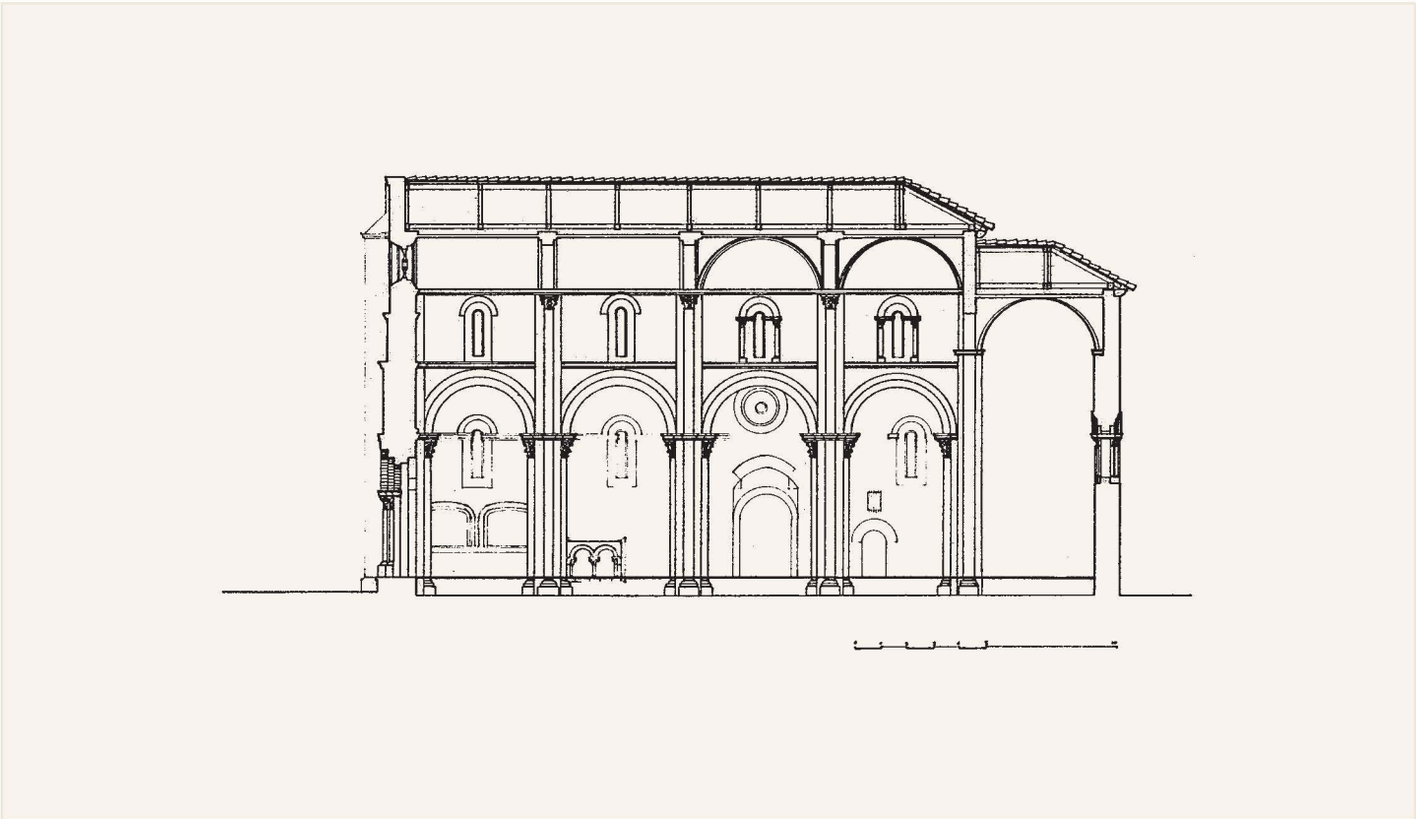
Los tramos más occidentales de las naves manifiestan una mayor complicación. El primero de la nave de la epístola es algo más corto debido al regruesamiento del muro para soportar la estructura de la torre y la escalera de acceso a su cuerpo alto, y en él se disponía una estancia abovedada con medio cañón, de planta rectangular (2,22 × 1,60 m) y parcialmente embutida en el hastial. Ignoramos su función, aunque pudo haber servido como archivo, tesoro o depósito de diezmos. Más o menos sobre ella se abre en el paramento interior del hastial un arco en esviaje –que conserva las quicialeras–, portada que daba servicio al husillo con la escalera de caracol y que obliga a pensar en escaleras sobre la mutilada estancia antes referida. Actualmente el acceso se realiza por un vano adintelado moderno. Por lo que respecta al tramo occidental de la nave del evangelio, fue cerrado con una artística reja y convertido a mediados del siglo XVI en capilla funeraria, realzada por una bóveda de terceletes y combados, disponiéndose entonces tres arcosolios en los muros norte y oeste. Se conservan los epitafios de Luis de Villarreal, fallecido en 1554 y de quien se dice que dotó la capilla, y su hija Antonia, muerta dos años antes. Hoy funciona como capilla bautismal, alojando la pila, ésta de copa semiesférica y gallonada, de 96 cm de diámetro y 63 cm de altura, sobre basamento moldurado; tiene cronología medieval aunque imprecisa, pudiendo bien corresponder a los primeros años del siglo XIII.

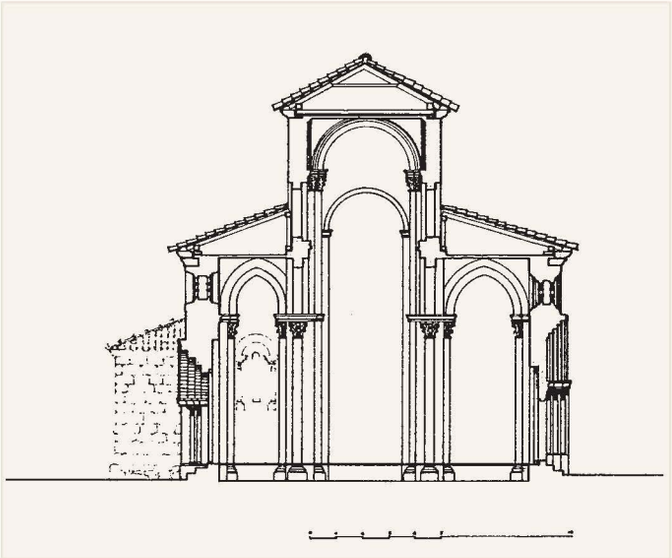
La capilla mayor, muy reformada, avanza ligeramente sobre las laterales, como arriba señalamos. En el eje se abre una ventana, interiormente oculta por el retablo. Al exterior, el vano rasgado se rodea de arco y dos arquivoltas molduradas con bocel entre mediascañas sobre impostas zamoranas, chambrana de nacela y dos pares de finas columnas acodilladas coronadas por deteriorados capiteles de pencas.

Al ábside del evangelio, cubierto con bóveda de cañón apuntado sobre imposta de típico perfil zamorano, le da paso desde la colateral un robusto arco toral liso, apuntado y doblado, que recae en responsiones prismáticos.

Alzado oeste

Sección longitudinal





Sección transversal

Fachada norte

En el testero se abre una ventana de vano rasgado y arco de medio punto sobre columnas acodilladas de basas de toro inferior muy aplastado sobre fino plinto y capiteles de tres niveles de pencas y volutas bajo ábaco de dados. Otra ventana igual, cuyo vano se amplió posteriormente, se abre en el muro norte del absidiolo, con capiteles de dos niveles de pencas. Bajo ella y en arcosolio de arco rebajado moldurado con bolas, se sitúa el sepulcro de Diego Osorio Laso de Castilla y Martel "teniente general de los ejércitos", fallecido en 1767. Bajo el retablo de principios del XVII que ocupa el muro meridional de esta capilla se restituyeron, en 1990, los vestigios conservados del primitivo altar románico (de 1,80 × 0,45 m), concretamente la parte alta del mismo. De idéntica decoración al de Santa María de la Horta, el frente presenta cuatro arcos de medio punto con bocel exornado con dientes de sierra, correspondiendo un arquillo a los laterales. El ábside de la epístola fue cegado y transformado en sacristía y, como en su gemelo, en fecha imprecisa se abrieron en sus muros interiores vanos de medio punto para comunicarlos con el central, hoy cegados.

La estructura original del templo es hoy perfectamente visible al exterior tras haberla liberado de los añadidos que la ceñían por el sur ("por un mal atrio y por la sacristía y casa del sacristán que, edificados posteriormente por necesidad, han desfigurado parte de las bellezas exteriores de este templo", escribía Ursicinio Álvarez en 1883) y por el norte (tenía adosado el monasterio dominico de la Victoria), cuyas huellas restan en las innumerables rozas y reparaciones de sus paramentos. Hoy sólo mantiene como añadido la antigua sacristía, adosada al cuarto tramo de la nave del evangelio.

La fachada meridional del templo es la que ofrece una más clara lectura del edificio y los avatares de su fábrica. La portada de este lado, ceñida como la norte entre dos contrafuertes prismáticos, consta de tres arquivoltas de arcos de medio punto levemente peraltados y moldurados con tres cuartos de bocel en esquina retraído y chambrana lobulada con decoración estriada, que apean en jambas escalonadas en las que se acodillan tres pares de columnas. Éstas, sobre basamento escalonado y basas muy desgastadas, se coronan con capiteles de dos niveles de hojas picudas y caulículos superiores, similares a los de la zona oriental del interior, bajo la imposta con el recurrente perfil de listel, nacela u bocel. La principal originalidad de esta portada radica en el cierre del vano con un tímpano liso que alberga un arco geminado recercado por chambrana de nacela y apeado por un capitel pinjante de hojas lisas con bayas y remate bulboso. Sus más cercanos referentes son los de las portadas de la catedral de Lugo y San Juan de Portomarín. Corona la fachada, sobre el acceso,

Interior de la nave central

Capitel de la nave

Capitel vegetal de la nave

un rosetón de doble tracería geométrica, con óculo circular central y seis hexagonales rodeándolo, ornados con botones de molinillos. Uno idéntico se abrió sobre la portada norte. En cada tramo de la colateral sur se abrió una ventanita de vano rasgado cobijado por arco liso de medio punto sobre columnas acodilladas y capiteles de hojas lisas y volutas y *crochets*. Los canes de la cornisa se decoran todos con mediacaña entre dos boceles o bocel entre mediascañas y bajo ellos, como en el muro norte, restan los canzorros de una estructura porticada. Tanto en el remate del hastial de la nave como en el del ábside de la epístola (a menor altura que aquélla) vemos los acroterios, a modo de hojas incurvadas, que coronaban el presbiterio de San Juan del Mercado de Benavente, San Esteban, San Isidoro de Zamora y la cabecera del Espíritu Santo (aunque estos últimos parecen rehechos).

La portada septentrional, que conserva vestigios de policromía, situada entre dos contrafuertes de la nave, se compone de arco y tres arquivoltas de medio punto con dovelas almohadilladas y chambrana de mediacaña y fino bocel. Apean en jambas escalonadas con dos pares de columnas en los codillos, sobre zócalo y muy desgastadas basas de toro inferior aplastado. Los capiteles, todos vegetales y del mismo tipo, presentan (Ávila de la Torre sospecha de su modernidad) hojas de geometrizados nervios y volutas. La curiosa decoración almohadillada de los arcos la encontramos en las iglesias de San Leonardo de Zamora, San Juan de Arroyo de la Encomienda (Valladolid) y La Asunción de Barcenilla (Palencia). El motivo, de exótica infrecuencia en nuestras tierras y de probable raigambre oriental –aparece en las arquivoltas de las puertas dobles y ventanas de la fachada del transepto "de los cruzados" de la basílica del Santo Sepulcro de Jerusalén–, es relativamente frecuente en el románico meridional italiano, estando presente en algunas iglesias poitevinas, más probable raíz de nuestro caso. Sobre la portada, y como en

la fachada meridional, se abrió un rosetón del mismo tipo que el allí visto, similar al del testero del Espíritu Santo y al norte de San Juan de Puerta Nueva.

En cuanto a la portada occidental de la iglesia, abierta entre dos contrafuertes del hastial, se compone de arco de medio punto y dos arquivoltas de lóbulos calados y recercados por una línea incisa, del mismo tipo que los vistos en la portada meridional de San Pedro y San Ildefonso y similares a los de la Puerta del Obispo de la seo –éstos dobles– y a la portada sur de la Horta. Los rodea una chambrana de bocel y mediacaña de aspecto restaurado, al igual que los cimacios, bajo los cuales vemos dos parejas de columnas acodilladas de capiteles idénticos a los de la portada septentrional, sobre plintos decorados con arquillos incisos, del mismo tipo que los visibles en la catedral, San Juan de Puerta Nueva, etc. Sobre esta portada dan luz a la nave dos ventanas rasgadas de profundo abocinamiento interior que al exterior muestran arcos doblados moldurados con boceles y mediascañas, así como un doble rosetón lobulado con ocho arcos y cruz calada central.

Lo fundamental de la escultura de este templo se emplaza en los capiteles de los formeros y fajones de las naves, así como en las ventanas. En toda la zona oriental del templo el tipo de cesta que domina es el capitel de dos niveles de pencas, grandes hojas lisas y picudas, hendidas y coronadas por caulículos bajo los salientes cuernos del ábaco. Este esquema se convierte en único en los capiteles de las ventanas de la cabecera y dos pilares más orientales de la nave. El resto manifiesta una mayor variedad, dominando los temas vegetales, de hojas lanceoladas lisas de puntas vueltas y rematadas en peltas y volutas, hojas muy ramificadas, acantos con granas en sus puntas, helechos, palmetas, hojas rizadas y avolutadas, tallos anillados y entrecruzados de los que penden hojitas, gruesos tallos incurvados y enredados, que surgen de cabecitas de felino, de los que penden hojas carnosas a modo lengüetas, etc.

Capitel y ménsula de la nave

Capitel figurado de la colateral

Sepulcro de la nave del evangelio

Alguna de estas composiciones, como la del capitel de hojas espinosas de la cara oeste del pilar central (nave del evangelio), parece sugerir una conexión con la escultura de la catedral de Ciudad Rodrigo. Encontramos además temas figurativos, como los cuatro personajes acuclillados que ornan las ménsulas del tercer tramo de la nave, uno desquijarando un león, otro rodilla en tierra en actitud orante y los otros dos, también arrodillados, blandiendo un hacha y una maza respectivamente. En los fajones y formeros de las naves vemos también animales fantásticos, como una cesta con cuatro arpías encapuchadas afrontadas, otra con dos parejas de dragones de cabezas perrunas y largos cuellos entrelazados, que mordisquean las hojitas de las que penden granas, en los ángulos. El capitel del formero inmediato a la portada meridional presenta el tema recurrente de las aves afrontadas de largos cuellos vueltos y picoteando granas que brotan de un cáliz vegetal en el centro del frente y en los laterales; en otro, éste del pilar meridional del tramo oeste, asistimos a la enigmática representación de dos leones que ocupan los laterales de la cesta, mientras, en el frente, un personaje ataviado con túnica corta, alza en su diestra una especie de maza con puntas, que blande contra una extraña gallinácea de cola erguida rematada en brote vegetal, pico de pato y largo cuello, que ase violentamente el personajillo. Ignoramos absolutamente la posible significación del asunto representado.

En los muros norte y sur del segundo tramo de las colaterales se conservan dos magníficos ejemplares de sepulcros tardorrománicos, ambos realizados en el espesor del muro. El dispuesto en la nave del evangelio y hoy día semienterrado al estar sobreelevado el suelo de la iglesia en casi 50 cm, presenta dos arcos de medio punto moldurados con bocel entre mediascañas, corridos a modo de bovedillas que reposan en haces de triples columnas, adosadas las laterales y exentas las del medio, rematadas por sumarios capiteles vegetales de hojas nervadas de puntas avolutadas. El arcosolio del muro sur, quizá algo más tardío y de mayores dimensiones, presenta similar disposición, aunque los arcos son apuntados y las columnas muy cortas respecto a su flecha, coronadas por aplastados capiteles corridos de hojas lanceoladas y puntas vueltas y sobre basas de perfil ático,

Altar románico

con lengüetas y sobre fino plinto. Ambos se enmarcan con alfices moldurados con listel, mediacaña y bocel y deben datar de la primera mitad del siglo XIII.

Un letrero conservado en el ábside de la epístola (actual sacristía) reza: "Se reedificó esta yglesia en el año de 1820 a expensas de su fabrica y del exmo e ylmo señor Dn Rafael Muzquiz y Aldunate, arzobispo de Santiago a quien pertenece", en alusión a las obras de reparación acometidas tras el desplome de la zona oriental del edificio en 1819. Aún hoy es bien patente el desplome del muro volado de la nave, que cedió por los empujes de sus bóvedas. Esta intervención moderna, a la que corresponden las bóvedas y ventanas orientales de la nave central, es la más significativa, junto a la de mediados del siglo XVI en el tramo occidental de la nave del evangelio.

Texto y fotos: JMRM - Planos: AMRZ

Bibliografía

ABRANTES BERNARDO, R., 1993-1994, pp. 19-29; ÁLVAREZ MARTÍNEZ, U., 1883e, pp. 345, 350-351; BANGO TORVISO, I. G., 1997, p. 311; CALVO MADROÑO, I., 1914, p. 168; CEDILLO, Conde de, 1915, pp. 354-359; CHUECA GOITIA, F., 1961 (2001), p. 225; CRUZ Y MARTÍN, Á., 1981, pp. 72-75; DIEGO BARRADO, L., 1999, pp. 89-90; ENRÍQUEZ DE SALAMANCA, C., 1998, pp. 57-59; FERNÁNDEZ-PRIETO, E., 1975, pp. 2794, 2797; GARNACHO, T. M.ª, 1878 (1979), pp. 149-158; GÓMEZ MARTÍNEZ, A., 1958, p. 19; GÓMEZ-MORENO, M., 1927 (1980), I, pp. 150-152 y II, láms. 152-157; GUDIOL RICART, J. y GAYA NUÑO, J. A., 1948, pp. 276-277; HERAS HERNÁNDEZ, D. de las, 1973, p. 263; LERA MAILLO, J. C. de, 1999, docs. 124, 714; MARTÍNEZ DE LA OSA, J. L., 1986, p. 63; MOMPLET MÍNGUEZ, A. E., 1995, pp. 103-104; MONTERO APARICIO, D., 1995, p. 774; PÉREZ, E. J., 1895, p. 16; RAMOS DE CASTRO, G., 1977, pp. 203-211, 499; REPRESA RODRÍGUEZ, A., 1972, pp. 536-538; RIVERA BLANCO, J. (coord.), 1995, pp. 991-992; RIVERA DE LAS HERAS, J. Á., 2001a, pp. 151-155; SÁINZ SÁIZ, J., 1999, pp. 31-35; SÁNCHEZ HERRERO, J., 2002, p. 30; SÁNCHEZ RODRÍGUEZ, M., 1985, doc. 189; VELASCO RODRÍGUEZ, V., 1962, p. 88; ZARATAÍN FERNÁNDEZ, M., 1898, pp. 7-8.

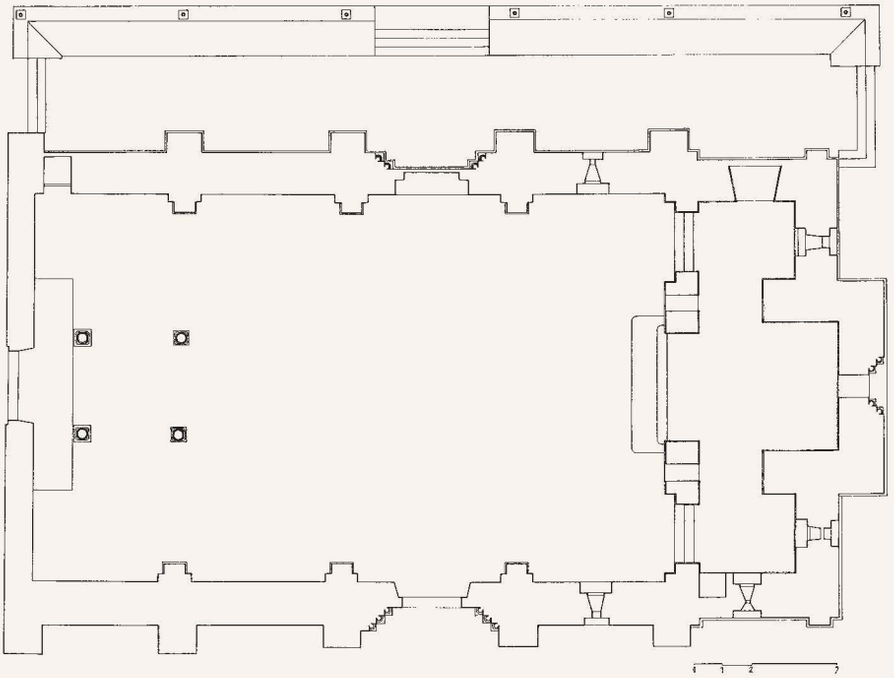
Iglesia de San Esteban

La iglesia de San Esteban está situada dentro de lo que fue el segundo recinto amurallado de la ciudad, entre las pueblas surgidas alrededor de Santiago del Burgo, San Torcuato y San Antolín. Al parecer formó parte de un antiguo monasterio que aparece documentado en 1186 cuando fue cedido con todos sus bienes por el obispo don Guillermo a fray García con la condición de que éste no vendiese nada y permaneciese allí toda su vida. Es posible que luego, aunque no sabemos cuándo, quedase convertida en una parroquia más de la ciudad. En 1253 Fernando Guillélmiz, maestrescuela de León, concedió al cabildo de Zamora dos partes de la tercia pontifical que recibía de la iglesia de San Esteban. Sin embargo, en 1373 se menciona a un tal fray Toribio perteneciente a la "Orden del monasterio de San Esteban".

En el siglo XVIII se reformó parte de ella –especialmente el interior y el hastial occidental– y poco tiempo después pasó a depender de la parroquia de San Antolín. Según José Ángel Rivera de las Heras, su mobiliario litúrgico –retablos principalmente– se repartió entre la capilla del cementerio, la iglesia de San Torcuato y el convento de las Marinas. En 1905 fue entregada a los padres claretianos que la mantuvieron abierta al culto hasta 1986. En 1997 se cedió al Excelentísimo Ayuntamiento de Zamora que instaló en ella el museo del escultor Baltasar Lobo.

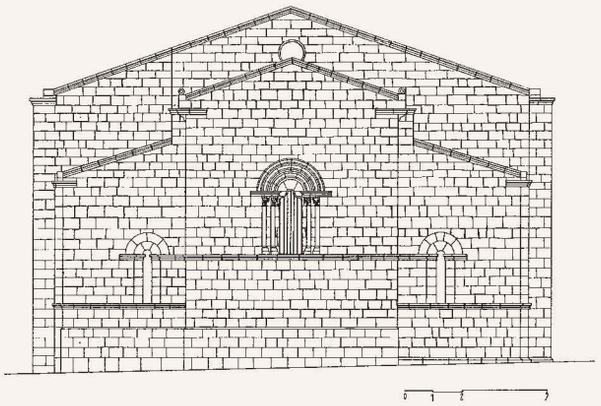
Desde el punto de vista arquitectónico guarda gran afinidad con la vecina iglesia de Santiago del Burgo que debe ser contemporánea de ella o ligeramente anterior. Se trata de una sólida construcción realizada en sillería de arenisca local con escasos elementos decorativos. Consta de una sola nave de gran amplitud rematada por una cabecera formada por tres capillas de testeros planos, más ancha y avanzada la central, como ocurre en las iglesias de San Cipriano, Santo Tomé, San Juan de Puerta Nueva y en la ya mencionada de Santiago del Burgo.

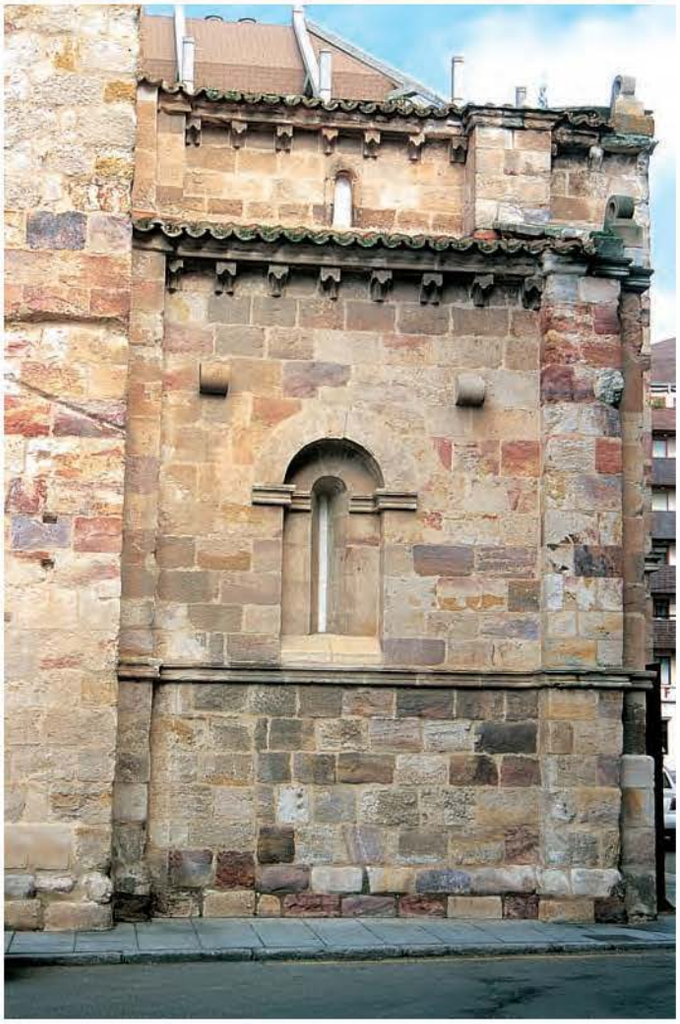
Fachada meridional



Planta

Alzado este





Capilla de la epístola

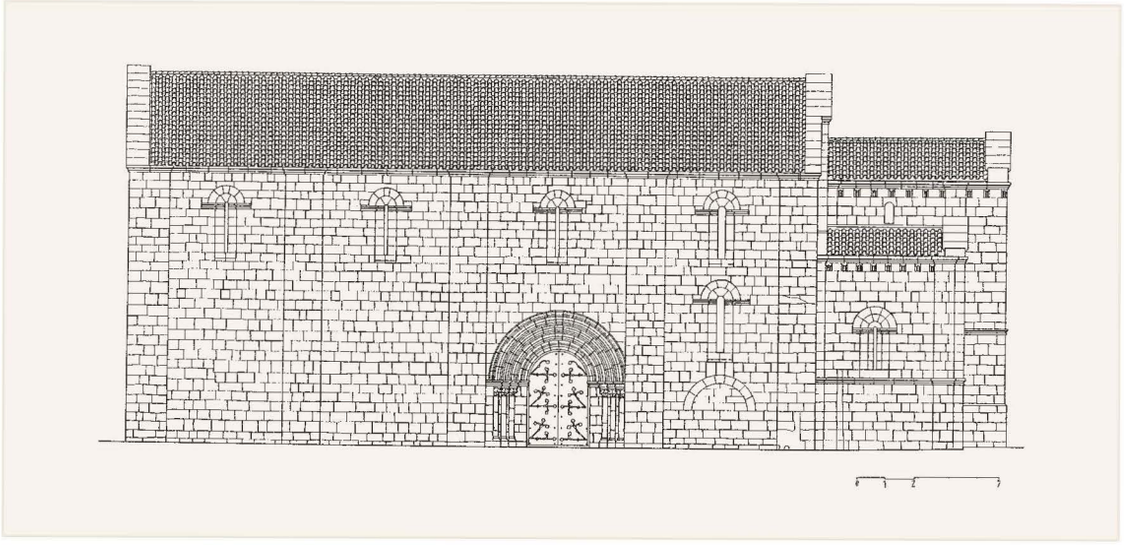
Cabecera

Los muros norte y sur de la nave se articulan en cuatro paños separados por potentes contrafuertes prismáticos que ocupan toda su altura. En cada paño se abre una estrecha aspillera enmarcada por un arco de medio punto, salvo en el tramo más próximo a la cabecera donde se disponen dos ventanas superpuestas. Coronando los muros corre una cornisa de escocia y bocel soportada por canecillos de gola.

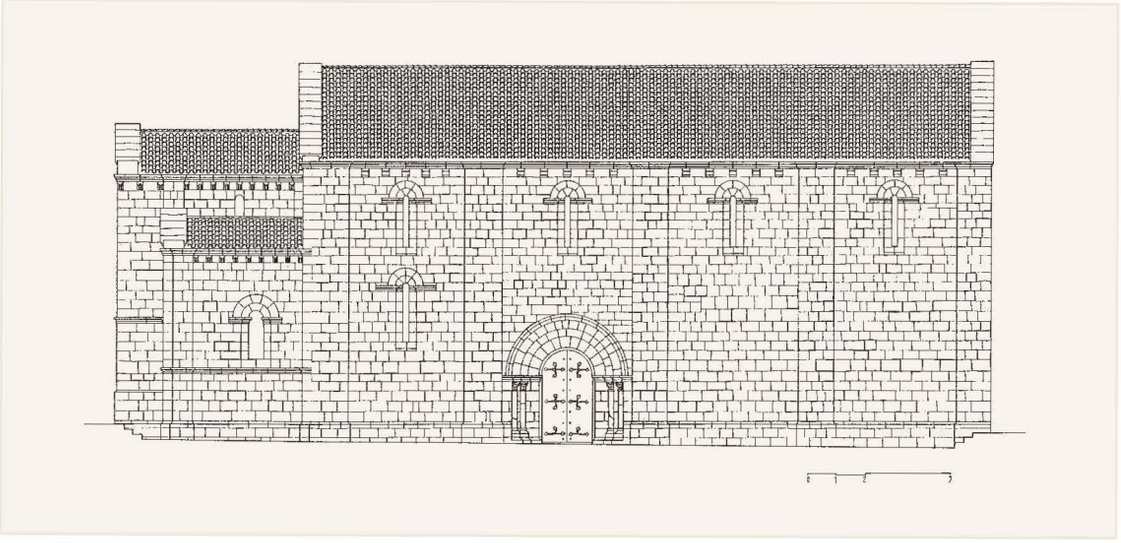
La portada meridional está formada por un arco de ingreso de medio punto, decorado con boceles y medias cañas, y tres arquivoltas con idéntica ornamentación que descansan sobre parejas de columnas con capiteles de tipo vegetal. Por encima de esta portada y a lo largo de toda la fachada sobresalen varios canzorros que sostuvieron la techumbre de un antiguo pórtico, o tal vez del primitivo claustro que se extendería en el espacio que ocupa hoy la plaza.

La portada septentrional ofrece un esquema compositivo similar, en este caso con arquivoltas lisas y capiteles de hojas planas rematadas en volutas.

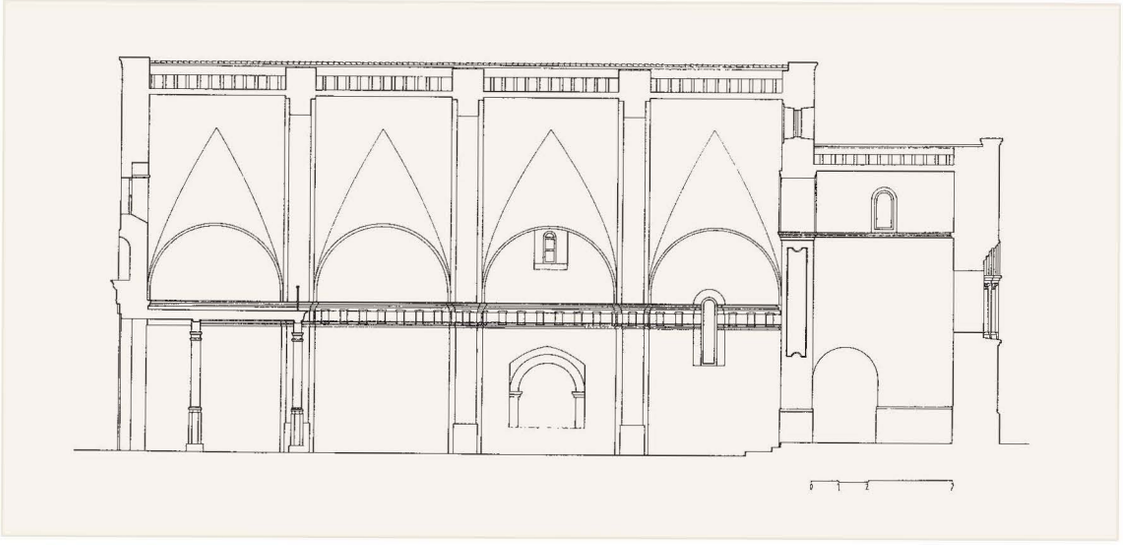
Los paramentos de la cabecera se articulan en dos cuerpos por medio de una imposta de tipo zamorano que marca el arranque de los vanos. En el testero de la capilla mayor se abre un ventanal de dos arquivoltas que apoyan sobre cuatro columnillas con capiteles de volutas correctamente tallados. En las capillas laterales se abren dos ventanas –una en cada muro– formadas por un arco de medio punto doblado con abocinamiento exterior e interior. Se rematan los muros con una cornisa soportada por una colección de canecillos en los que se combinan alternativamente boceles y mediascañas según una fórmula utilizada en otros templos zamoranos (Santiago del Burgo, Nuestra Señora de los Remedios y Espíritu Santo) y de Salamanca (San Marcos). Sobre los ángulos que generan las cornisas de los testeros van colocadas acróteras en forma de gancho cerrado u hoja vuelta, idénticas a las de Santiago del Burgo, San Isidoro y el Espíritu Santo, y que recuerdan bastante a las piezas que decoran



Alzado sur



Alzado norte



Sección longitudinal

Portada meridional

la cubierta de la Torre del Gallo de la Catedral Vieja de Salamanca. Por encima de la cabecera, coincidiendo con el arco triunfal, se levantó en 1905 una espadaña de ladrillo.

En el muro sur de la capilla de la epístola quedan restos de dos inscripciones epigráficas prácticamente ilegibles que parecen corresponder a los epitafios de dos damas. Su transcripción según la lectura de Gómez-Moreno es la siguiente:

"OBIIT FAMULA
D(e)I D(on)NA TARASIA
UXOR Q(u)ONDA(m) DO(mi)NI
HELIE I [...]
[...] CCC.

OBIIT FAMULA D(e)I DO(n)
NA STEPHANIA UXOR
Q(u)ONDA(m) DO(mi)NI LUPI VIII
[...] E(ra) M CC".

Capiteles de la portada meridional

Portada septentrional

El interior se encuentra totalmente transformado como consecuencia de la reforma barroca y del reciente acondicionamiento como museo. La nave está compartimentada en cuatro tramos delimitados por arcos fajones apuntados que apoyan sobre pilastras. Actualmente se cubre con bóvedas de lunetos que fueron construidas en 1768 según el proyecto del arquitecto Francisco Castellote. Para Guadalupe Ramos de Castro la iglesia tuvo originalmente tres naves, hipótesis poco probable por cuanto ello obligaría a la existencia de un desnivel entre las naves, como en Santiago del Burgo, para así poder abrir vanos que iluminaran la principal. La disposición que presentan actualmente las ventanas en la parte superior de los muros no parece que permita tal solución por lo que de haber tenido tres naves el interior hubiera resultado demasiado oscuro.

La capilla mayor se cubre con bóveda de cañón con lunetos y se abre a la nave a través de un arco triunfal de medio punto. Está comunicada mediante arcos con las capillas laterales, cubiertas éstas con bóvedas de cañón apuntado.

Texto y fotos: PLHH - Planos: MVPS

Bibliografía

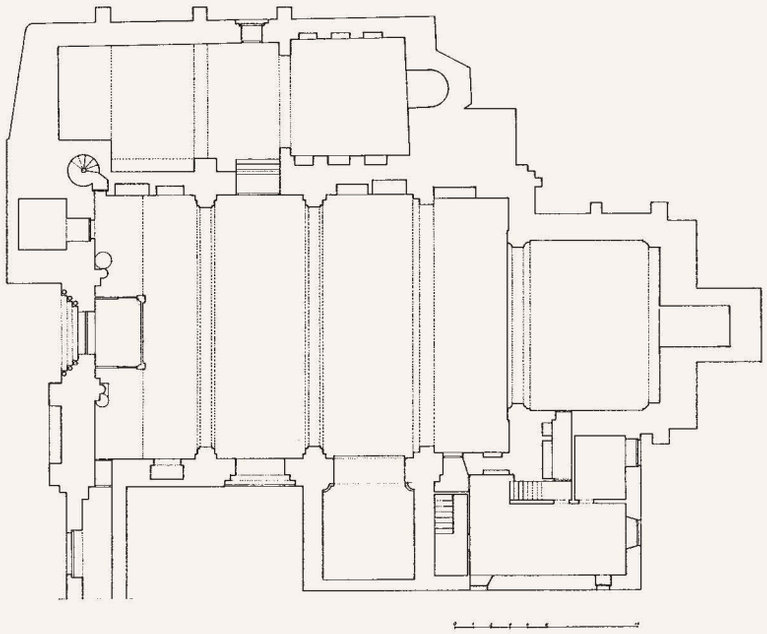
ÁLVAREZ MARTÍNEZ, U., 1883g; ÁVILA DE LA TORRE, Á., 2000, pp. 137-141; CRUZ Y MARTÍN, Á., 1981, p. 76; ENRÍQUEZ DE SALAMANCA, C., 1989, pp. 59-60; GÓMEZ MARTÍNEZ, A., 1958, p. 22; GÓMEZ-MORENO, M., 1927 (1980), p. 153; HERAS HERNÁNDEZ, D. de las, 1973, pp. 253-254; LERA MAILLO, J. C. de, 1999, docs. 142, 585-1228; MARTÍNEZ DE LA OSA, J. L., 1986, pp. 78-79; RAMOS DE CASTRO, G., 1977, p. 162; RIVERA DE LAS HERAS, J. Á., 2001, pp. 101-102; SÁNCHEZ HERRERO, J., 2002, p. 30; VELASCO RODRÍGUEZ, V., 1962, p. 71.

Iglesia de San Vicente

Se ubica la parroquia de San Vicente, una de las incluidas en el primer ensanche medieval de Zamora, en las inmediaciones de la Puerta Nueva, próxima a la Plaza Mayor y al Teatro Principal, con su estructura rodeada y prácticamente solapada por las edificaciones circundantes, resultando casi imposible obtener una imagen precisa de su exterior. Su necrópolis fue recientemente localizada durante las excavaciones realizadas en un solar inmediato a la Casa de los Momos.

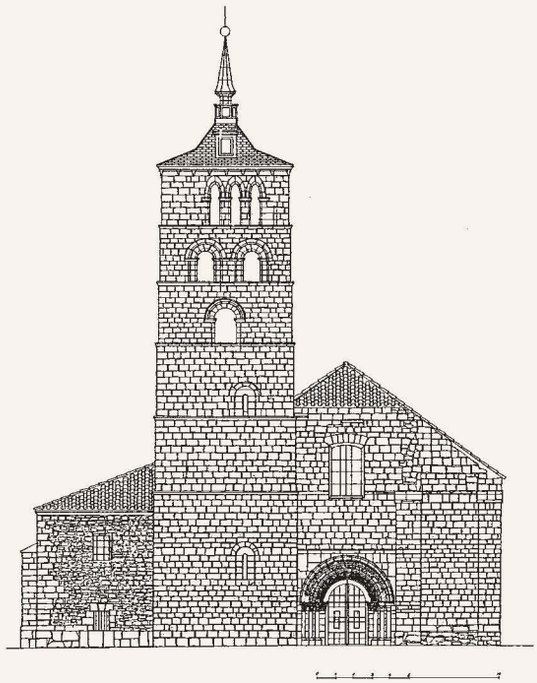
Las profundas reformas y añadidos que afectaron al templo románico nos permiten, no obstante, tener una meridiana imagen de su aspecto original. Ello es fundamentalmente posible gracias a las actuaciones de los años 70 del siglo XX, que sacaron a la luz los paramentos interiores de las colaterales. Era San Vicente un templo de tres naves, articuladas en tres tramos y separadas por pilares, con portadas al norte y sur del segundo tramo y en el hastial occidental, levantado en sillería utilizando el conglomerado

Hastial occidental de San Vicente



Planta

Alzado oeste



Interior

de aresnica local. Por las rozas apreciables en los muros interiores hemos de suponer una cubierta de bóvedas de arista en las colaterales, al estilo de Santiago del Burgo, templo con el que las concomitancias son más que evidentes. Como en la citada iglesia, en cada tramo de las naves laterales, salvo el de las portadas, se abre una sencilla ventana rasgada de arco de medio punto doblado, sólo animado con una imposta moldurada con el típico perfil zamorano de listel, nacela y junquillo (presente en la catedral, Santiago del Burgo, San Esteban, etc.). En el paramento interior del hastial occidental se mantienen los responsiones con semicolumnas que recibían los formeros de este tramo, lo que nos hace sospechar una estructura de pilares similar a la de la antes referida iglesia de Santiago. Remataba el cuerpo del templo una cabecera triple de ábsides rectangulares, de los que nos restan los muros laterales y parte de los testeros de las capillas laterales, de inferior altura que los muros de la nave. A los pies de la nave del evangelio se erigió una airosa torre de seis cuerpos, los tres superiores con apuntados vanos para campanas, a la que se accede desde el primer tramo de la primitiva colateral norte por una escalera de caracol comunicada con la nave mediante un estrecho vano adintelado con dos mochetas ornadas con un rollo. Tras un confesionario próximo se abre otra puerta del mismo tipo que da acceso a la cámara abovedada del primer piso de la torre, antiguamente utilizada como baptisterio.

En el siglo XVI se abrió al tercer tramo de la nave meridional una capilla cuadrada con contrafuertes esquinados y cubierta con bóveda de terceletes. Será, sin embargo, a finales del siglo XVII cuando la primitiva planta tripartita se transforme en la actual de nave única, estructurada en cuatro tramos cubiertos con bóvedas de lunetos con yeserías (realizadas en 1695), separados por perpiaños apuntados que recaen en responsiones que aprovechan parcialmente los primitivos románicos, aunque forrándolos. Estas mismas obras convirtieron la primitiva cabecera en una prolongación de la nave. En este momento –entre 1680 y 1698– se erigió la capilla de Nuestra Madre de las Angustias, adosada al costado septentrional del templo, y compuesta de tres tramos de bóvedas de lunetos con yeserías y capilla cupulada. Su construcción significó la supresión de la portada norte del templo románico, parcialmente solapada por la nueva fábrica y de las que los recientes acondicionamientos han dejado visibles los muy rasurados capiteles de pencas del lado derecho, además de un epitafio en la jamba. Entre 1779 y 1781 se procedió a la edificación de la actual cabecera, bajo la dirección del arquitecto Pedro Castellote. La capilla mayor de la iglesia, rectangular y cubierta con cúpula sobre pechinas, supuso la eliminación de la primitiva cabecera, que sería considerada angosta. Una inscripción en el exterior del testero nos da la fecha de erección de la actual en el año 1780.

Del edificio románico prácticamente sólo la torre y el hastial occidental son visibles al exterior. Este último, en

Sección longitudinal

el que se continúan las líneas de imposta que marcan los pisos de la torre, fue modificado en su remate con la apertura de un vano, probablemente contemporáneo de las nuevas cubiertas de la nave.

Entre el cuerpo de la torre y uno de los contrafuertes se abre una bella portada románica, lamentablemente muy erosionada. Se compone de arco de medio punto, rodeado por tres arquivoltas y chambrana, que apean en jambas escalonadas con tres parejas de columnas en los codillos. La decoración del arco y arquivoltas es vegetal: palmetas inscritas en casetones, una por marco en el centro del arco y por parejas en los laterales, hojas lobuladas y carnosas de puntas anilladas por lazo perlado en la primera arquivolta, palmetas de similar tratamiento y anilladas en su tallo en la central y friso de acantos carnosos en el muy deteriorado arco exterior. El relieve de la chambrana, si lo tuvo, ha desaparecido totalmente. Los capiteles son casi todos vegetales, con coronas de acantos de nervio central perlado y cogollos en las puntas, salvo el interior del lado izquierdo, figurado. Esta cesta muestra un piso inferior de palmetas y hojas entrecruzadas sobre las que se disponen dos arpías tocadas con caperuza, de cuerpo serpentiforme y largos cuellos entrecruzados, así como un león rampante de rugientes fauces y acaracolada melena frente a un trasgo de cuerpo de reptil alado y cabeza felina de puntiagudas orejas. Las jambas del arco se encapitelan con decoración vegetal de hojas nervadas entrecruzadas y dos niveles de acantos, mientras que los cimacios se decoran con palmetas. La seca decoración de esta portada recuerda estrechamente la de la meridional de Santa María Magdalena.

Poco podemos decir de las portadas meridional y septentrional. La primera fue cegada y transformada en capilla-hornacina. Tenía arco de medio punto y al menos dos arquivoltas, que apoyaban en jambas escalonadas con columnas acodilladas cuyos capiteles, bárbaramente rasurados, eran vegetales. De la portada norte se aprovechó el vano para dar acceso a la capilla de las Angustias, emparedando la estructura románica. Su parcial liberación en fecha reciente ha dejado ver la pareja de capiteles del lado derecho, ornado uno con dos pisos de hojas picudas y remate superior de caulículos, al estilo de los interiores de Santiago del Burgo, y el otro con incurvadas hojas lobuladas.

Los muros laterales de los ábsides norte y sur se integraron a modo de cuarto tramo del cuerpo de nave barroco, lo cual hizo pensar a Gómez-Moreno, Ramos de Castro y otros que esta zona correspondía a un cuarto tramo de la nave románica. Un detenido examen y el desencalado reciente (años 70 del siglo XX) despejan las dudas al

Ventana lateral del primitivo ábside de la epístola

respecto, máxime cuando aparecen dotados de ventanas abiertas a menor altura y distintas a las de los tramos de la nave, con columnillas acodilladas rematadas por capiteles vegetales de curiosa ornamentación a base de amplias hojas nervadas, espigas en los ángulos y caulículos superiores. Exteriormente hoy es visible el ángulo y parte del testero plano del ábside del evangelio.

Destaca de entre el agresivo entorno la airosa figura de su torre, la más esbelta y mejor conservada del románico zamorano después de la catedralicia. Su planta es aproximadamente cuadrada y se divide en seis pisos –separados por impostas de bocel, nacela y listel–, los tres inferiores lisos, salvo la ventana rasgada con alféizar en talud que daba luz a la sala abovedada antes referida. Los tres pisos superiores acogen los vanos, todos apuntados. En el cuarto piso se abre un amplio vano de arco abocelado y ro-deado por chambrana de aspecto restaurado; en el quinto piso se abren dos ventanas de profundos arcos doblados con bocel en la arista y, en el sexto y último, tres vanos aún más estrechos, de arcos alancetados sobre impostas del típico perfil zamorano. Tanto la cornisa de la torre como los canes triangulares que la sustentan son fruto de la restauración, siendo el chapitel obra de mediados del XVIII, reformada en 1815.

Es pues, el de San Vicente, un templo típico del segundo impulso románico en la capital, cuyas claras afinidades arquitectónicas y decorativas con los de Santiago del Burgo o San Esteban, y sólo ornamentales con La Magdalena, nos permiten datar su construcción en las últimas dos décadas del siglo XII y los años iniciales del XIII.

En las jambas de la portada se grabaron varios epitafios en letra gótica, de la segunda mitad del siglo XIII:

En la jamba izquierda, dividiéndose el texto entre las dos caras del sillar, se lee:

> OBIIT : FAM(ULUS)/ : D(E)I : DON(P)N(US) / IOH(AN)N(ES) : PR(E)SB(ITE)R / SUB E(RA) : M(ILLESIMA) : CC (DUCENTESIMA) : / XC (NONAGESIMA) : II (SECUNDA),

es decir,

> Murió el siervo de Dios, el presbítero don Juan en el año de la era de 1292 (año 1254).

Sobre ésta, en la cara interior:

> HI(C) : IACET : FRA(N)/CO YUANES / ET GERMANE / EI : MARIA : I/VANES,

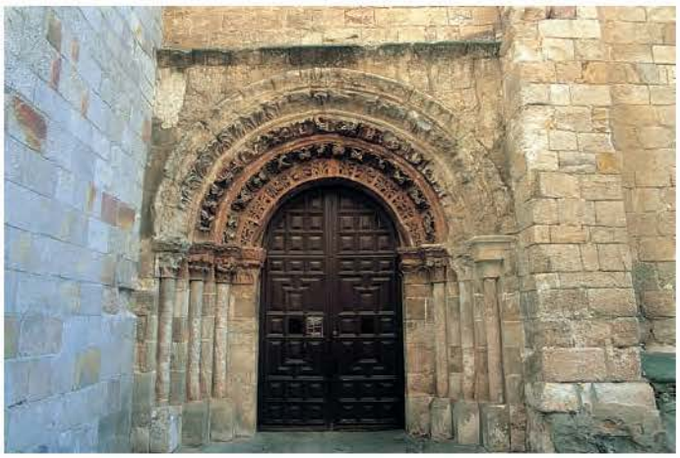
o sea,

> Aquí yace Francisco Juanes y su hermana María Juanes.

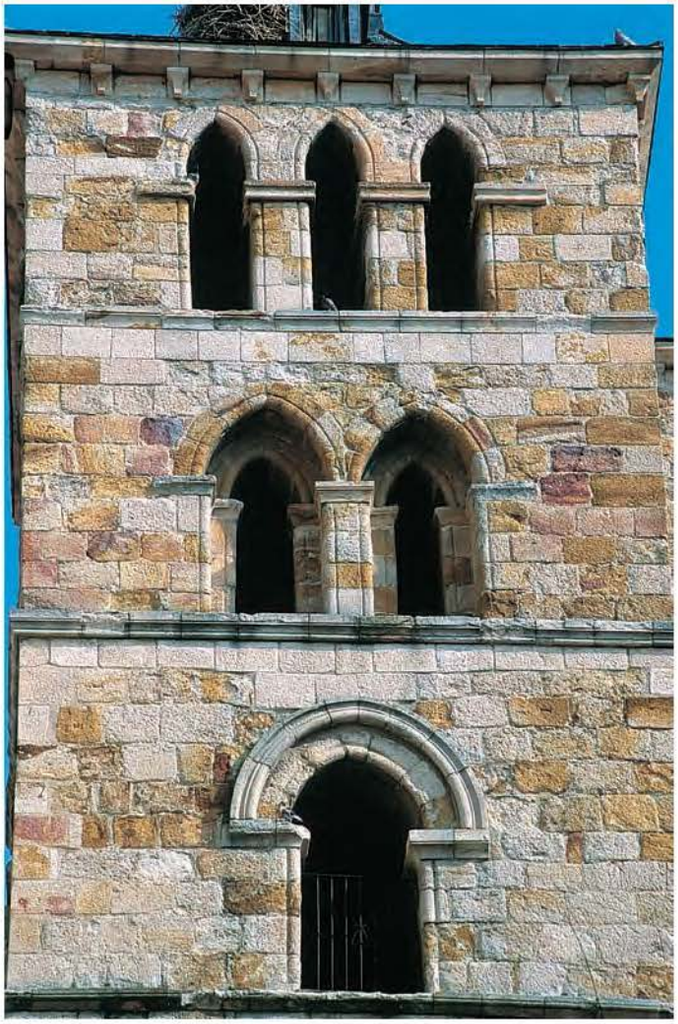
En la jamba derecha corre el siguiente epitafio:

> H(IC) : IACET : PE/TR(US) : SACCII : / (E)T FILIA EI(US) O(...) PET(RI),

Portada occidental



Columnas de la portada oeste



Detalle de la torre

es decir,

"Aquí yace Pedro Sancho y su hija O. Petri".

Capiteles de la primitiva portada norte

Texto y fotos: JMRM - Planos: MVPS

Bibliografía

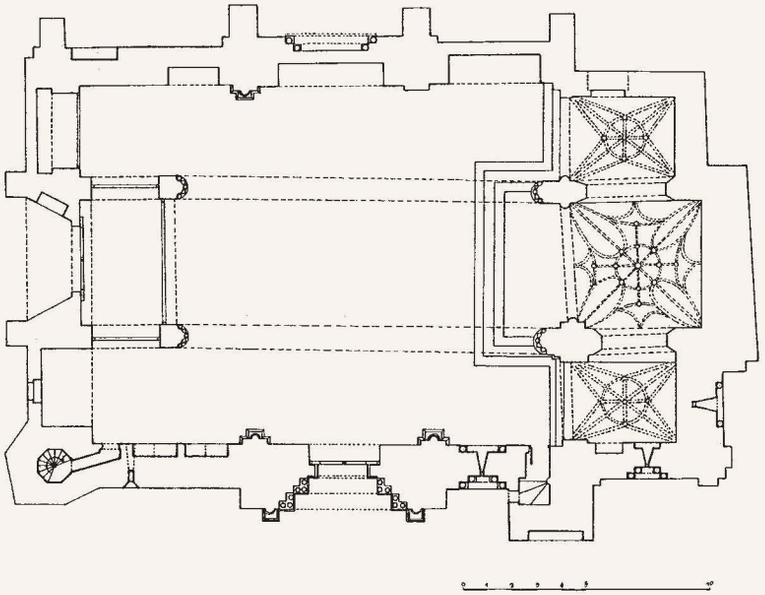
ÁVILA DE LA TORRE, Á., 2000, pp. 133-136; CRUZ Y MARTÍN, Á., 1981, pp. 70-71; ENRÍQUEZ DE SALAMANCA, C., 1998, pp. 60-61; GÓMEZ MARTÍNEZ, A., 1958, p. 28; GÓMEZ-MORENO, M., 1927 (1980), I, pp. 161-162; GUDIOL RICART, J. y GAYA NUÑO, J. A., 1948, p. 277; GUTIÉRREZ ÁLVAREZ, M., 1997, pp. 46-47, 65-66, 71; HERAS HERNÁNDEZ, D. de las, 1973, pp. 266-268; MOMPLET MÍNGUEZ, A. E., 1995, p. 106; RAMOS DE CASTRO, G., 1977, pp. 231-234; RIVERA BLANCO, J. (coord.), 1995, pp. 1016-1017; RIVERA DE LAS HERAS, J. Á., 2001a, pp. 135-138; SÁINZ SÁIZ, J., 1999, pp. 28-29; SÁNCHEZ HERRERO, J., 2002, p. 30; VELASCO RODRÍGUEZ, V., 1962, p. 95; ZARATAÍN FERNÁNDEZ, M., 1898, p. 24.

Iglesia de San Juan de Puerta Nueva

La iglesia de San Juan Bautista, más conocida como San Juan de Puerta Nueva por hallarse originalmente junto al acceso más oriental del primer recinto amurallado, se encuentra en la actual Plaza Mayor. Tradicionalmente fue, y lo sigue siendo, una de las principales parroquias de la ciudad.

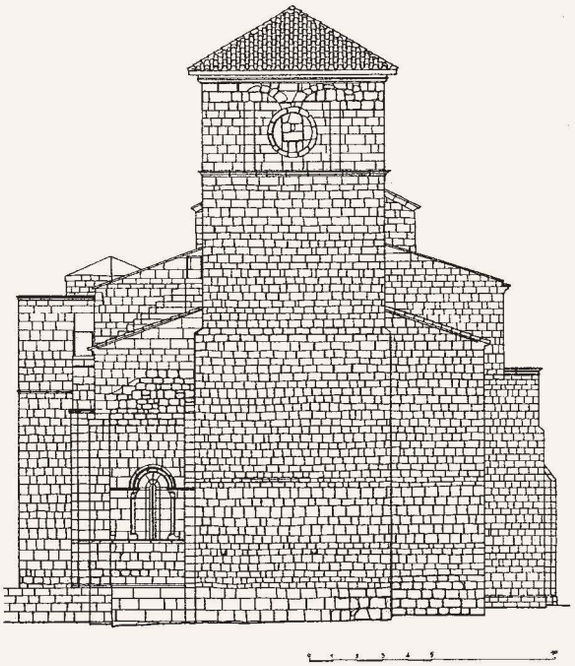
Se levantó intramuros y aunque en 1157 hay una mención al barrio de *Sancti Ioannis de Cortinal*, la primera referencia concreta de que disponemos es del año 1172, cuando aparece como confirmante en uno de los documentos de la catedral *don Tomé de Sancti Iobanis*. Poco después, en 1176, es uno de sus monaguillos quien figura como testigo en otra carta, *Petrus monazino de portanova*. Rápidamente fue quedando –hasta hoy mismo– en el mismo corazón de la ciudad, a medida que fue creciendo el casco urbano, de modo que fue uno de los edificios de referencia en la vida pública local e incluso de los territorios del entorno. Aparece de este modo frecuentemente en la documentación bajomedieval de la catedral zamorana por ser la iglesia ante la que se ubicaba la Audiencia pública, en una pequeña plaza que se abría ante su fachada meridional, un espacio en el que se hallaban también numerosos puestos de mercaderes. Aquí era donde se vendían alimentos como la caza y el sitio exclusivo donde se podía ofrecer el pescado, salvo los días de feria. También el gremio de los zapateros tenía en esta iglesia la sede de su Cofradía de San Crispín y San Crispiniano, e incluso la relación del templo con la actividad artesana y mercantil

Fachada sur



Planta

Alzado este



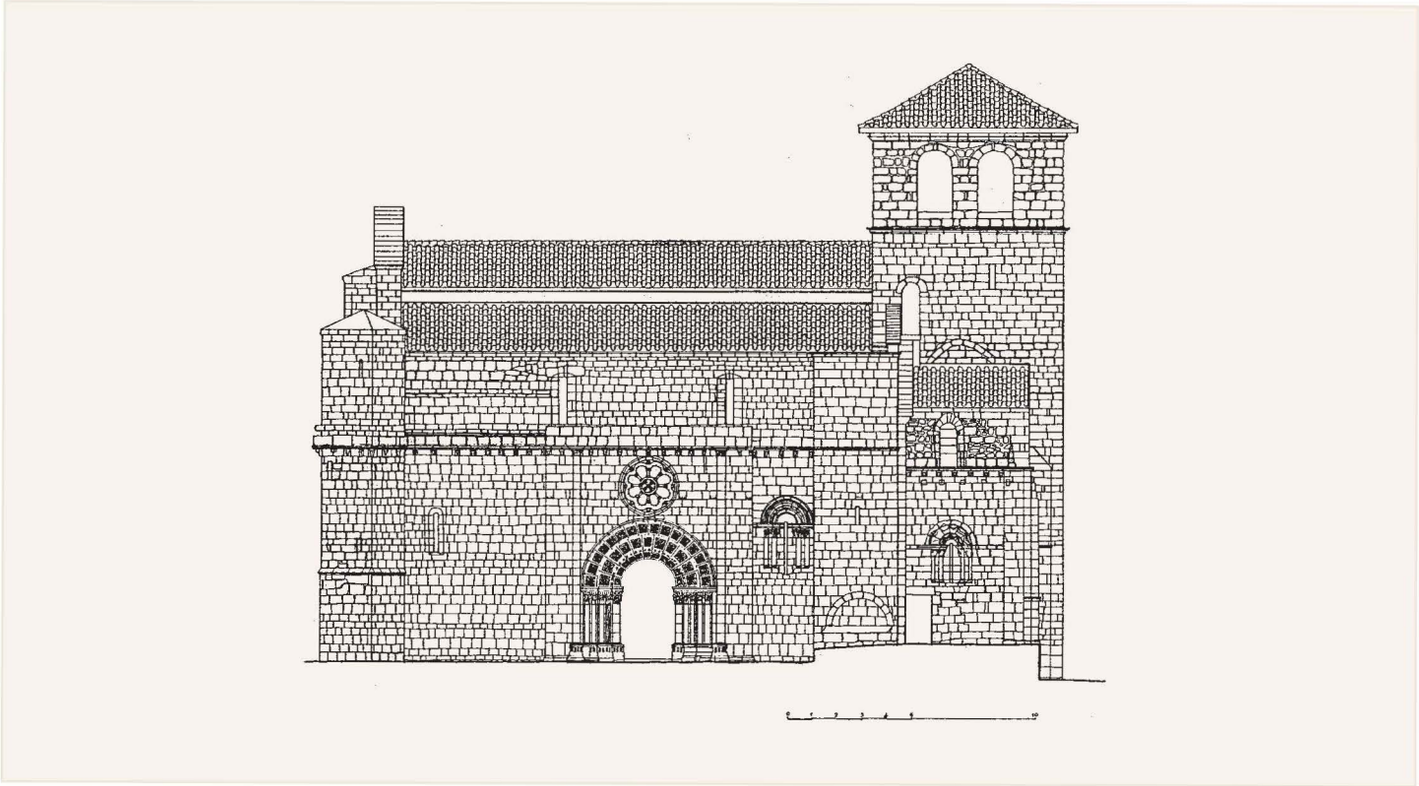
Cabecera

se pone de manifiesto en el hecho de que el reloj que ya desde la Edad Media se hallaba en su torre, marcaba durante todo el año el horario de apertura y cierre de las tiendas de la ciudad.

El edificio medieval quizá no es muy bien conocido en cuanto a su evolución constructiva, pero traspasada la Edad Media las reformas fueron numerosas y mucho mejor conocidas, dando lugar al complejo templo actual, un verdadero compendio de historia de la construcción y de la restauración, lo que en cierto modo genera incontables problemas a la hora de estudiar la etapa artística que nos interesa.

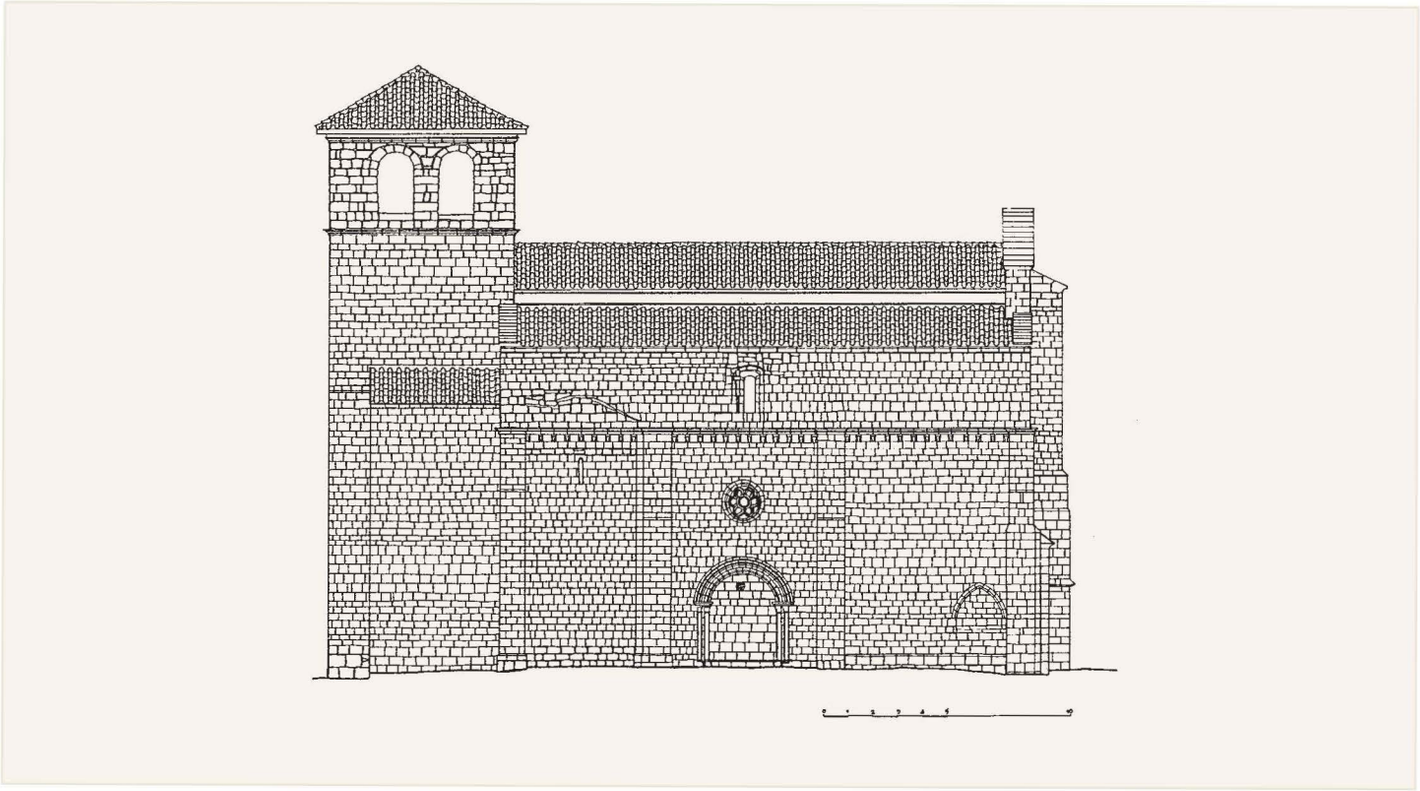
La primitiva fábrica románica sufrió las primeras reformas en época gótica pero ya desde comienzos del siglo XVI la torre principalmente, aunque también el resto del edificio, comenzaron a dar problemas pues en el año 1502 se pagan algunos reparos en "la atalaya", nombre sintomático de la funcionalidad de la pieza. Años después, en 1531 se llama a Rodrigo Gil de Hontañón para consolidar la torre y el templo, desarrollando su labor entre 1531 y 1533, que según el contrato consistió, en palabras de Vasallo Toranzo, quien ha estudiado esta intervención, en "reafirmar la torre y el pilar del lado de la epístola situado en la cabecera, para desde él lanzar el arco formero hasta los pies de la iglesia, y los arcos torales que sostendrían las bóvedas de la capilla mayor-torre y de la capilla de la epístola". La obra comportó también la construcción de una bóveda de terceletes en la capilla mayor, para soportar la torre, pero el resultado no debió ser todo lo satisfactorio que cabía esperar ya que el 13 de diciembre de 1559 la torre se vino abajo y arrastró con ella buena parte del lado del evangelio. La reconstrucción comenzó de inmediato –en 1564, según una inscripción conservada en el interior– y en el contrato de uno de los maestros, Diego Camarón, existe el compromiso de levantar "el arco grande [del evangelio] conforme está el otro que está hecho y quedó en pie ...con los elegimientos que están hechos y con los mesmos moldes que tiene el otro arco", e igualmente es ahora cuando se reconstruyen las bóvedas de la cabecera. A partir de entonces, según acuerdo suscrito ese mismo año, la torre pasó a propiedad del Ayuntamiento, en cuyo poder estuvo hasta 1899. Durante esas obras, se reconstruyó el artesonado de par y nudillo que se hizo a consecuencia de la intervención de Gil de Hontañón y tras ellas la torre siguió dando algunos problemas, con distintas intervenciones a lo largo de los años finales de ese siglo y del siguiente, hasta que en las obras llevadas a cabo por el arquitecto Pedro Vidal, entre 1898 y 1908 se eliminó definitivamente el chapitel. En 1642, en una de las reformas de ese chapitel de la torre, se colocó sobre él, a modo de veleta, un antiguo arnés conformando la figura de un guerrero, conocido popularmente como Pero Mato, conservado hoy en el Museo de Zamora y sustituido por una reproducción. En el siglo XVIII se transforma el interior, cubriéndose el artesonado con una serie de bóvedas de yeso, eliminadas también hacia 1980.

En 1759 se reconstruyó la fachada occidental, añadiéndose una portada, obra de José de Churriguera, que fue desmantelada durante las restauraciones que se acometieron en el edificio a lo largo del siglo XX. A finales del siglo XIX hubo un proyecto municipal para ampliar la plaza, que comportaba el derribo de la iglesia, lo que afortunadamente no se llegó a consumar, aunque no ocurrió lo mismo con el claustro que tenía adosado a la fachada septentrional que, tras expropiación forzosa, fue destruido en el año 1907. Durante todo el siglo XX, especialmente en la década de 1980, ha sido objeto igualmente de numerosas restauraciones, que fundamentalmente han eliminado elementos añadidos, algunas casas pero también dependencias o estructuras de la propia iglesia, que hoy queda totalmente



Alzado sur

Alzado norte



Ventana sur del ábside de la epístola

exenta, uniéndose la antigua plaza de San Juan de Puerta Nueva a la Mayor.

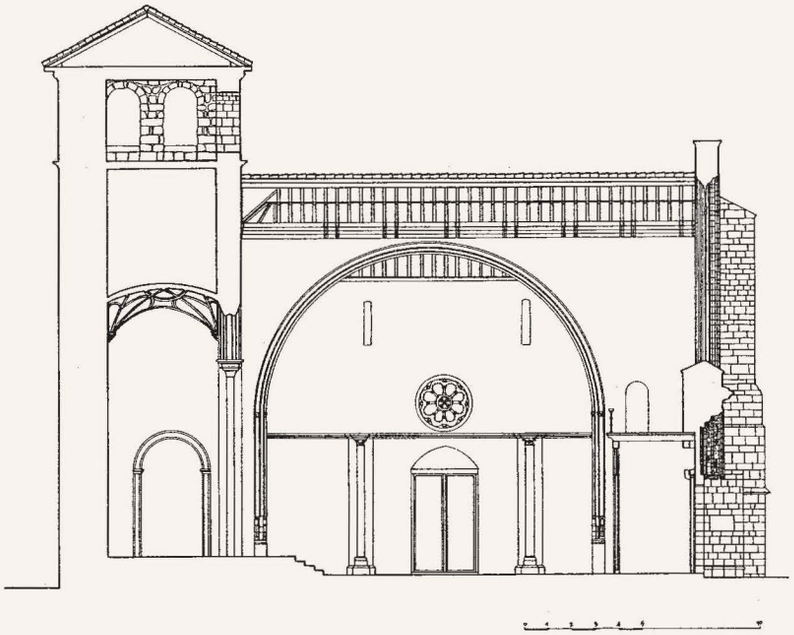
A título anecdótico cabe recordar que en esta iglesia fue bautizado Leopoldo Alas *Clarín* el 27 de abril de 1852.

El edificio actual está levantado en sillería arenisca local, un material que se ha empleado a lo largo de todas las etapas constructivas. Consta de triple cabecera de ábsides cuadrangulares y con tres naves separadas por los dos grandes arcos que se realizaron a partir de la reforma de Gil de Hontañón. La torre se levanta sobre la capilla mayor y a ella se accede a través de una escalera cuadrangular adosada a la nave de la epístola, separada de aquélla y comunicada a través de un tramo exterior de escalera. Las portadas son tres, una en el muro norte –cegada actualmente–, otra, la principal, en el sur, y la tercera a los pies.

No cabe duda de que la iglesia románica fue de unas dimensiones idénticas a las actuales, aunque quizás algo más baja. Constaba básicamente del mismo formato de triple cabecera cuadrangular, la central más desarrollada, con tres naves de tres tramos, con soportes de pilares con semicolumnas adosadas. Desconocemos el tipo de cubierta, aunque parece lógico pensar en abovedamientos similares a los de Santiago del Burgo, con la que guarda estrecho parentesco; tampoco sabemos cómo era la estructura de la torre, aunque dadas las reiteradas reformas acometidas en ella y las reconstrucciones miméticas llevadas a cabo en la parte de la cabecera, cabe suponer que ya desde el principio tuviera la misma ubicación actual y un formato similar, más aún dada la proximidad de la muralla en ese lado.

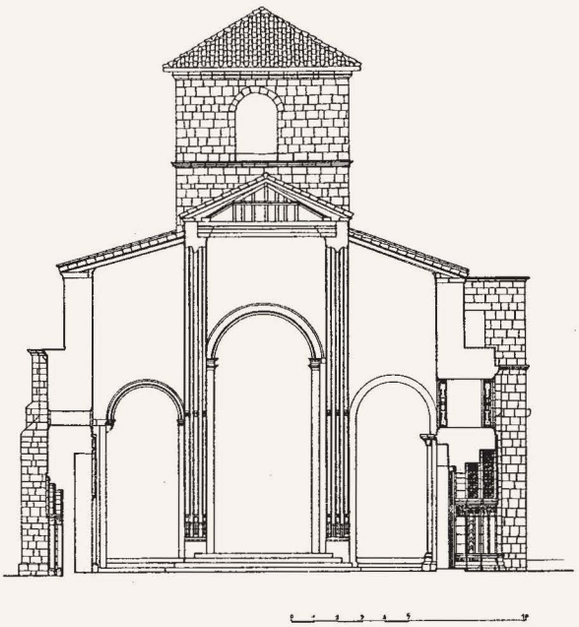
Las incontables intervenciones en la fábrica han acabado eliminando mucho de la estructura original y así, desde nuestro punto de vista y resumiendo una argumentación que sería demasiado extensa para exponer aquí, del templo románico quedan fundamentalmente las fachadas norte y sur. En la meridional se conserva prácticamente completo el absidiolo correspondiente, la escalera de caracol cuadrangular y el resto del paramento hasta el ángulo suroeste, incluyendo la torrecilla poligonal. En el muro norte se conservaría la portada y el paramento exterior del tercer tramo, aunque los contrafuertes son de recientes restauraciones, mientras que en el interior los muros románicos está muy destruidos por distintas reformas del siglo XVI y por la del siglo XVIII. De la cabecera creemos que original sólo queda el citado absidiolo sur, siendo el mayor –incluida la torre– y el septentrional reconstrucciones completas llevadas a cabo en la obra de 1564, aunque con la misma intención imitadora de lo anterior que también se asumió respecto a la intervención de Gil de Hontañón. Documentado está que en esas fechas se realiza el formero del lado del evangelio, a imagen del de la epístola, realizado algunas décadas antes por aquel arquitecto, aunque entre estas modificaciones sobrevive parte de lo que fue el primitivo arco triunfal de la capilla mayor románica y los lados vecinos de las menores. Finalmente el hastial original ha desaparecido por completo, tanto en el interior como en el exterior, primero por la construcción de la portada gótica, con el gran ventanal sobre ella y después por las modificaciones barrocas en los hastiales de las naves laterales. Aún así exteriormente los volúmenes son muy similares a los que tuvo el templo románico original. Sabido esto nos centraremos en el análisis de los restos supervivientes.

Comenzando por lo que queda del arco triunfal mayor, se aprecian las semicolumnas adosadas a pilares cuadrangulares, un esquema que seguían también los triunfales de los absidiolos, aunque en el de la epístola sólo queda el cuerpo del pilar norte y en el del evangelio el pilar y la semicolumna meridionales.



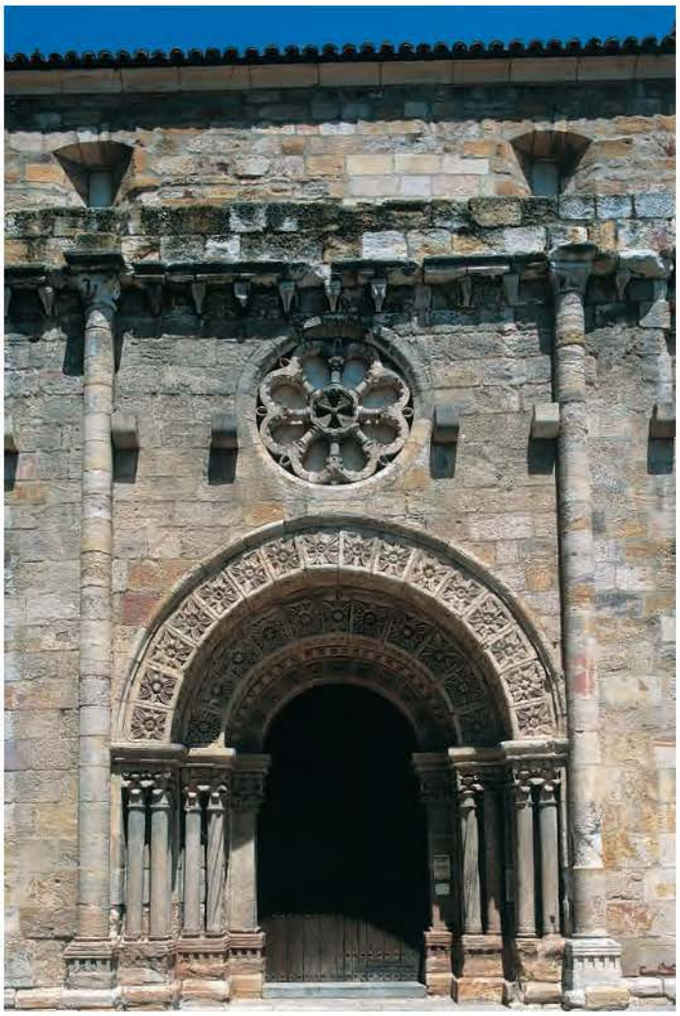
Sección longitudinal

Sección transversal



Detalle de los capiteles del ventanal sur de la nave

Portada sur



El absidiolo de la epístola conserva prácticamente toda su estructura románica, a excepción de la cubierta, que fue elevada y renovada. Exteriormente presenta someros contrafuertes en los extremos de los muros y en el testero se aprecia la primitiva altura con vertiente a un agua y un ventanal compuesto por saetera abocinada enmarcada por arco de grueso bocel entre mediascañas y chambrana de nacela, con dos columnillas que sostienen capiteles de acantos de fina y profusa labra, con cimacios también de acantos que se prolongan en imposta por el testero. La fina talla de estos elementos, muy superior a la que se puede ver en el resto del edificio nos recuerda al delicado trabajo escultórico de San Vicente y tal diferencia hizo dudar a Álvaro Ávila de la Torre de la autenticidad del ventanal, dado que además no aparecía en los planos de restauración de 1979. Sin embargo y a pesar de que parte de la ventana sí está reconstruida, los elementos decorados creemos que son auténticos –e incluso los cimacios están parcialmente rotos–, pues precisamente si algo no sorprende en la construcción románica es la presencia en un mismo edificio de escultores de muy distinta pericia y formación.

La fachada sur de este absidiolo muestra la piedra muy renovada ya que aquí hubo adosada una estancia de la que se conserva una esquina y una puerta cegada y que tuvo más o menos unas dimensiones similares al semisótano que hoy alberga la calefacción. La imposta que recorría el paramento fue mutilada y todo el pretendido alero románico es completamente nuevo, salvo el canecillo más occidental, muy mutilado pero que parece ser igual a las copias modernas, de forma troncopiramidal invertida, de lados curvados y con cuatro hojitas lanceoladas planas. En cuanto a la ventana, aunque muy restaurada, es también románica, con saetera (nueva por completo) y doble arco cuyas dovelas están recorridas por el mismo motivo de molduras en zigzag, formadas por nacela rellena de botones flanqueada por medios boceles, decoración que se repite tanto en el frente como en el intradós. La chambrana ha desaparecido y los dos capiteles derechos, muy erosionados, son de acantos, con fustes y basas nuevas, al igual que todo el conjunto de soportes del otro lado. Creemos que muy acertadamente Á. Ávila pone en relación la decoración de las dovelas con una jamba del castillo conservada en el Museo de Zamora, o con la que aparece en los ábside de la benaventana Santa María del Azogue, aunque en realidad la conexión deriva aún más hacia el norte, hasta la colegiata leonesa de Arbas del Puerto y de aquí a algunos templos asturianos como el de Santa Eulalia de Ujo.

En el interior este absidiolo está bastante más alterado, cubierto por bóveda de terceletes que probablemente sustituya a otra anterior de cañón de la que sólo quedan leves testimonios en el muro sur de una imposta que le serviría

Capiteles de la portada sur

Epitafio de Marina Fernández, en un cimacio de la portada sur

de base. Los paramentos e incluso la ventana de mediodía están también muy renovados.

El paso de la cabecera a la nave se hace en esta fachada meridional mediando un cuerpo cuadrangular en cuyo interior se dispone una escalera de caracol –de bastante menor tamaño– y la chimenea de la calefacción, trazada rompiendo el muro. No está muy clara su función, sí tenía utilidad en sí misma o si simplemente era una subida a la torre, como ocurre ahora, aunque en todo caso parece desmochada y el remate se hace con piedra nueva. Es muy maciza, con una pequeña saetera y con una imposta rompiendo la verticalidad, situada a la altura del alero y moldurada con listel, nacela y bocel. Conserva dos canzorros situados a la misma altura de los que aparecen en toda la fachada meridional, los que sin duda soportaban un pórtico de difícil precisión cronológica; en el lado sur tiene además un arcosolio funerario, de medio punto, muy restaurado, pero probablemente también contemporáneo de la construcción.

La fachada meridional del cuerpo de naves es lo mejor conservado del templo románico. En el interior aparece perfectamente dividida en tres tramos por semicolumnas adosadas a pilastras y dispuestas a un lado y otro de la portada, con basas sobre podium y plinto y con capiteles decorados con doble hilera de *crochets* bajo cimacios moldurados con listel, caveto y bocel –verdaderamente típico de las iglesias románicas de la capital–, prolongándose en impostas que recorren todo el muro. Sobre estos capiteles cabe decir que tienen un formato ancho y bajo, algo que será característico de estas piezas en época gótica, lo que quizá sea un dato a tener en cuenta.

En el primer tramo de la nave aparece una ventana, abocinada hacia el interior, donde está enmarcada por un arco de dovelas lisas sobre columnillas con capiteles vegetales, de hojas lisas y carnosas que se enrollan en la parte superior y con cimacios que enlazan con la imposta descrita. Exteriormente el enmarcamiento de la saetera se hace con arco doble y chambrana, de profusa molduración a base de boceles y mediascañas, con cuatro columnillas cuyos capiteles muestran hojas lanceoladas dispuestas en dos alturas, cuyos extremos se enrollan o simplemente vuelven, mostrando alguno de ellos labor de trépano, unas piezas que ya Á. Ávila relaciona con Santiago del Burgo o con San Esteban. Por su parte los cimacios, derramados hacia el exterior, son de la moldura habitual.

Toda esta fachada conserva el alero románico, con cornisa como las impostas descritas y con un conjunto de canecillos muy erosionados entre los que dominan inequívocamente los de cuatro hojitas lisas lanceoladas, junto a alguno de forma similar, aunque rematados en dos bolas, unos y otros repetidos hasta la saciedad en las iglesias de la capital. Por encima de esta cornisa hay dos hileras de sillares que nos parecen originales y que formarían un parapeto defensivo, una especie de adarve que uniría la escalera de caracol cuadrangular situada hacia el este, con la otra, de planta poligonal, situada en el extremo oeste y que seguramente confirieron a esta iglesia, ya desde su fundación, un carácter defensivo, más aún si tenemos en cuenta su proximidad a una de las puertas de la muralla y la mención de la "atalaya" en la documentación de comienzos del siglo XVI.

La portada se halla en el centro del muro, en un grueso cuerpo que se corresponde con el segundo tramo de la nave y que avanza sobre el primero y el tercero. Está flanqueada por dos semicolumnas, con podium de arquillos ciegos –o triglifos– como los que aparecen en San Ildefonso o en la catedralicia Puerta del Obispo. Los capiteles está muy erosionados, especialmente el occidental,

Portada norte

donde parecen reconocerse algunas formas ondulantes. El oriental tiene una especie de dos bandas cruzadas rematada en bolas.

La portada consta de tres arcos de medio punto, el interior decorado en el frente con casetones cuadrangulares rellenos de hojas dentadas en disposición perimetral, con roseta central, mientras que el paso hacia la segunda arquivolta se hace mediante un estrecho filete que recorre el ángulo y se decora con pequeñas cuatripétalas lanceoladas. Los dos potentes arcos exteriores se decoran a base de casetones cuadrangulares rellenos de una especie de flor de cardo, con ocho hojas y roseta central, un motivo casi más propio de época barroca que de la románica y que se dispone tanto en el frente como en el intradós. La chambrana es de listel y nacela y en cuanto a los apoyos, salvo el arco de ingreso, que lo hace sobre jambas simples, con basamento de arquillos o triglifos y capitel cuadrangular de pencas, con ábaco de tacos, los demás lo hacen sobre grupos de tres columnillas con el mismo tipo de podium e igualmente con capiteles de pencas y tacos, aunque los fustes ocasionalmente están recorridos por molduras helicoidales o por otras en zigzag horizontal, e incluso con algún pequeño detalle vegetal. Los cimacios repiten de nuevo el mismo esquema de listel, caveto y bocel y en el más occidental aparece una inscripción en dos renglones, hecha con letra carolina cuya cronología creemos que es del siglo XIII. Su lectura es la que sigue:

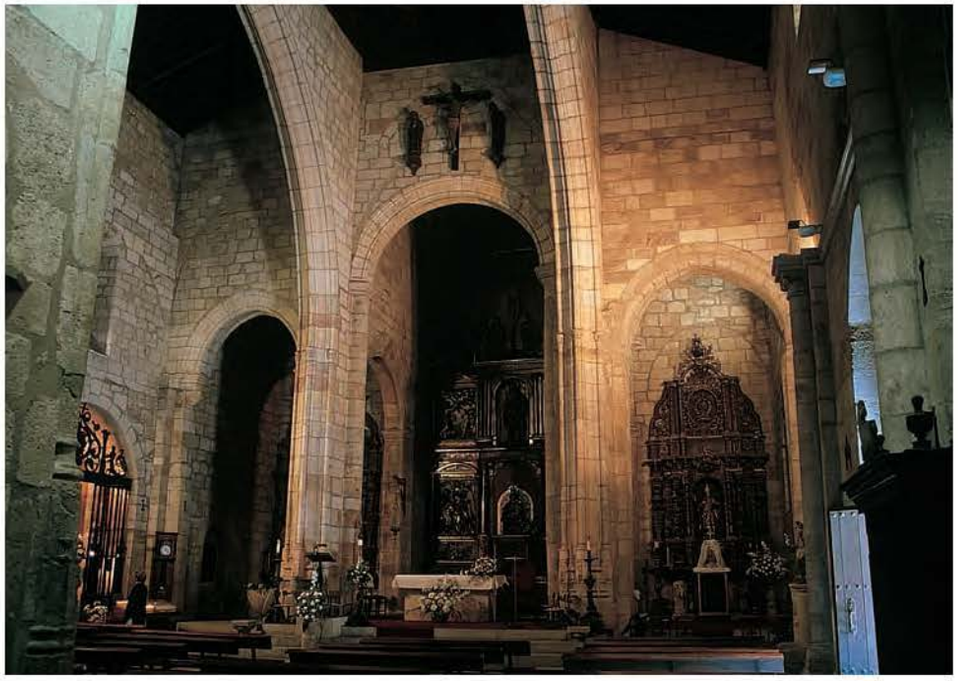
HIC EST MARINA FERNA(n)DI FILIA FERNA(n)DI CAPITIS ET
... DESEI(us) PAT(er) ET MAT(er) ET VIR EI(us)

Que interpretamos como: "Aquí está Marina Fernández, hija de Fernando Cabeza y ... La anhelan su padre, su madre y su esposo". No llegamos a leer el nombre de la madre, que figuraría sin el apellido, a juzgar por el espacio. En todo caso por algunos trazos pudiera ser el de *María*. Otra duda distinta se refiere al nombre del padre, sobre el que cabe preguntarse si no fuera quizás el Fernando Fernández que aparece como tenente en Zamora en el año 1205, el mismo que, titulado conde, junto con su esposa, llamada precisamente María, y con la condesa Estefanía, hacia 1201-1203, hacen una serie de donaciones al monasterio de Moreruela para la construcción de su iglesia. Tal hipótesis se fundamenta en la posibilidad de que el apellido *Capitis* pudiera ser más bien el atributo de un rango principal.

Sobre la portada se halla un rosetón –casi un cilindro, dado el espesor del muro–, idéntico en el interior y en el exterior, con tracería de ocho arquillos de medio punto dispuestos radialmente, con aristas perladas y columnillas rematadas en capiteles vegetales de variada composición: hojas lanceoladas, hojas enrolladas, vueltas y alguno de ellos con pencas similares a las de la portada. El centro lo ocupa una cruz patada decorada con hojas planas y nervadas.

El tercer tramo de la nave es macizo, con los paramentos muy renovados y con una sencilla saetera, también muy restaurada pero de traza original. En el interior de la iglesia aparecen dos arcosolios funerarios creemos que igualmente originales.

Esta fachada remata en su extremo occidental en un cuerpo poligonal en cuyo interior se aloja una escalera de caracol que sale al adarve que recorre toda la fachada. A partir de esta altura la torre continúa en alzado, aunque es ya más estrecha, con las últimas hiladas reconstruidas en las restauraciones últimas. El problema que plantea es su funcionalidad, aunque creemos que sin duda está relacionada con la función de fortaleza del templo que antes apuntábamos. Su forma y el enlace con la otra torrecilla así parecen confirmarlo y su cronología románica nos parece fuera de duda, aunque hemos de reconocer que la imposta central es



Vista general del interior

una reforma gótica, momento en que se deben alterar los paramentos inferiores, construyéndose quizá también entonces el arcosolio que se abre en su lado oeste.

El hastial fue muy transformado ya a finales del siglo XIII o incluso en el XIV, cuando se abrió –o sustituyó– la puerta occidental. Si algo original quedó de época románica desapareció al modificarse este sector en época barroca y más recientemente con las últimas restauraciones que eliminaron los añadidos del siglo XVIII.

El muro norte, como ya dijimos, conserva menos restos, que corresponden al machón noreste interior, el entorno de la portada y el paramento exterior del tercer tramo. En el primer tramo, salvo el citado machón, el interior fue destruido para abrir en 1597 la capilla de Nuestra Señora de la Soledad –ya desaparecida– y el exterior es un forro hecho durante las restauraciones, añadiéndose entonces también los tres primeros contrafuertes. En el segundo tramo se halla otra portada románica, alterada en el interior para abrir en 1585 la capilla de la Consolación, también desaparecida, con un cerramiento moderno. También en el interior esta portada aparece flanqueada por pilastras con semicolumnas, aunque la oriental ha sido mutilada, conservando la occidental el capitel decorado a base de hojas lisas, planas y estrechas, que se entrecruzan y acogen bolas en su parte superior.

En el exterior este segundo tramo avanza muy ligeramente sobre el paramento y la portada es mucho más simple que la principal, con arco de medio punto, doblado, decorado con molduras de boceles y mediascañas y trasdosado con chambrana de nacela. Los cuatro capiteles que decoran las columnas acodilladas son de cestas lisas rematadas en tacos, aunque uno de ellos es nuevo. En el centro se ha colocado una clave de bóveda con la representación de un *Agnus Dei* y junto a la jamba oriental se llegan a ver restos de una inscripción que presumimos funeraria, con parte de dos borrosas líneas, en la inferior de las cuales creemos leer algunas letras: ... [F]AMV[LVS] [D]EI, aunque también pudiera estar en femenino.

Otro óculo da luz al interior desde este lado, también sobre la portada, con círculo central a partir del que se forma una especie de estrella de seis brazos hexagonales. El círculo aparece decorado con hojitas y los brazos con rosetillas de tres gajos, dando lugar todo a un tipo prácticamente idéntico al que lucen las dos fachadas de Santiago del Burgo y muy especialmente al que porta el testero de la nave de Sancti Spiritus.

En cuanto al tercer tramo el paramento interior cuenta con una hornacina o arcosolio que creemos abierto en el siglo XVI y el resto corresponde a reformas barrocas y restauraciones. Al exterior se conserva en buena parte el paramento románico, incluyendo un arcosolio y el contrafuerte del extremo oeste, cuya existencia hace pensar en que los otros tres, aunque reconstrucciones modernas, ya existieran en época románica, como sucede en Santiago del Burgo. Finalmente se conserva también buena parte del alero antiguo, con canecillos generalmente de cuatro hojas lanceoladas, aunque también hay una cabecita monstruosa leonina.

Capitel que flanquea la portada sur en el interior del templo

En las distintas reformas llevadas a cabo en este templo han aparecido algunos elementos arquitectónicos o escultóricos medievales entre los que destaca una pieza con dos capitelillos con cestas casi lisas, con caulículos. Seguramente corresponda a un arcosolio funerario románico.

Otras dos inscripciones se conservan en el templo, ambas de época gótica, una fragmentada y descontextualizada, seguramente del siglo XIV, y otra funeraria, empotrada en el muro de la epístola y perteneciente a una doña Estefanía, fallecida en 1262 (era MCCC).

En conclusión podemos decir que, a pesar de lo mutilada que se conserva la iglesia románica de San Juan de Puerta Nueva, es un interesante y particular ejemplo del románico de la capital, respondiendo a un tipo de planta muy reproducida en Zamora y con numerosos parentescos con otros edificios capitalinos, manifestados a través de los típicos canecillos de hojas lanceoladas, las molduras de listel, nacela y bocel de las impostas y cimacios, o las de bocel entre medias cañas que aparecen en el dovelaje de la portada norte, además de por los rosetones o por los capiteles de pencas. Sin ser prolijos ni reiterativos recordaremos que veíamos conexiones con San Vicente en el ventanal del testero del absidiolo sur, con el castillo en la decoración del ventanal sur del mismo absiodiolo, pero también con la Puerta del Obispo de la catedral o con San Ildefonso en los capiteles de pencas o en los basamentos de la portada norte, una portada que si tiene algo auténticamente personal es su dovelaje. Pero sin duda la conexión más estrecha es con Sancti Spiritus, con San Esteban y sobre todo con Santiago del Burgo, tanto en lo que se refiere a planta como a alzados como a decoraciones, compartiendo a veces incluso un mismo modelo de óculo. Son todos éstos unos edificios levantados en los años finales del siglo XII, rozando o traspasando incluso la fecha de 1200, dentro de la euforia constructiva que inunda la capital. La particularidad de San Juan de Puerta Nueva es que en estos mismos momentos se le dota de unas cualidades de fortificación –quizá por su proximidad a la muralla– que en el resto de los templos no existe o al menos no es tan evidente.

Texto y fotos: JNG - Planos: JIGG

Bibliografía

ALDEA, Q., MARÍN, T. y VIVES, J., 1972-1975, p. 2794; ÁLVAREZ MARTÍNEZ, U., 1881b; ÁLVAREZ MARTÍNEZ, U., 1882d; ÁLVAREZ MARTÍNEZ, U., 1889 (1965), p. 130; ÁVILA DE LA TORRE, Á., 2000, pp. 126-132; BANCO TORVISO, I. C., 1997, p. 339; CRUZ Y MARTÍN, Á., 1981, pp. 68-69; DOMÍNGUEZ HERRERO, C., 1989; ENRÍQUEZ DE SALAMANCA, C., 1998, pp. 55-57; GÓMEZ MARTÍNEZ, A., 1958, p. 26; GÓMEZ-MORENO, M., 1927 (1980), pp. 159-161; GUDIOL RICART, J. y GAYA NUÑO, J. A., 1948, p. 277; GUTIÉRREZ ÁLVAREZ, M., 1997, p. 34; HERAS HERNÁNDEZ, D. de las, 1973, pp. 257-259; IRADIE, P., 1995, pp. 521-522; LARRÉN IZQUIERDO, H., 1987, p. 62; LARRÉN IZQUIERDO, H., 1999, p. 103; LERA MAILLO, J. C. de, 1999, docs. 910, 1064, 1168, 1220, 1242, 1256, 1272, 1290, 1376, 1390, 1398, 1454, 1480, 1517, 1583, 1602, 1653, 1671, 1693, 1695-1696, 1794, 1796, 1879, 1882, 1883-1885, 1906, 1911, 1913, 1914, 1982, 1989, 2041, 2145, 2250, 2278, 2289; LERA MAILLO, J. C. de *et alii*, 1998, docs. 157, 184; MARTÍN MARTÍN, J. L., 1974, doc. 238; MONTERO APARICIO, D., 1995, p. 774; MORETA VELAYOS, S., 1993, p. 46; QUADRADO, J. M.ª y PARCERISA, F. J., 1861 (1990), p. 69; RAMOS DE CASTRO, C., 1977, pp. 174-179, 498; REPRESA RODRÍGUEZ, A., 1972, pp. 532, 544; RIVERA BLANCO, J. (coord.), 1995, pp. 1018-1019; RIVERA DE LAS HERAS, J. Á., 2001a, pp. 119-127; RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ, J., 1990, p. 245; SÁINZ SÁIZ, J., 1999, pp. 25-27; VASALLO TORANZO, L., 1993a; VELASCO RODRÍGUEZ, V., 1962, p. 75; ZARATAÍN FERNÁNDEZ, M., 1898, p. 6.

Iglesia de San Isidoro

ESTÁ SITUADA EN TORNO AL PARQUE del castillo, muy cerca de la catedral y del Postigo Viejo o Portillo de la Traición.

Su existencia está documentada desde la segunda mitad del siglo XII, figurando su nombre como locativo de algunos personajes de la época. En1178 aparece como confirmante de una carta de vasallaje un tal *Petrus Franco de sancti Isidori* y algunos años después, en 1200, un testigo se hace llamar *Marcus Sancti Ysidori*.

Fernández Duro, sin citar la fuente, y otros eruditos que le siguieron después, afirmaron que esta iglesia había sido fundada por doña Sancha, hermana de Alfonso VII. La tradición dice que tal hecho había tenido lugar a raíz del traslado de las reliquias del santo sevillano a León y de su paso por la ciudad de Zamora. Esta creencia popular estaba tan arraigada que incluso se pensaba que el sepulcro románico custodiado en su interior, y del que luego trataremos, correspondía a tal dama.

El templo que hoy podemos contemplar es una construcción de sillería arenisca que consta de cabecera cuadrada y una nave rectangular de tres tramos con espadaña a los pies.

En cada lado de la cabecera se abren dos ventanas abocinadas con arcos de medio punto sustentados por columnillas de fuste liso y capiteles decorados con hojas rematadas en volutas y bolas. Las dos que se abrían en el testero se cegaron en 1791 cuando Martín de Barcía construyó el templete para el camarín de la Virgen del Carmen. Se remata el muro con una cornisa soportada por canecillos lisos de nacela y de proa de barco. El alero fue recrecido en 1620 cuando se hizo la bóveda de la capilla mayor.

Exterior

Portada meridional

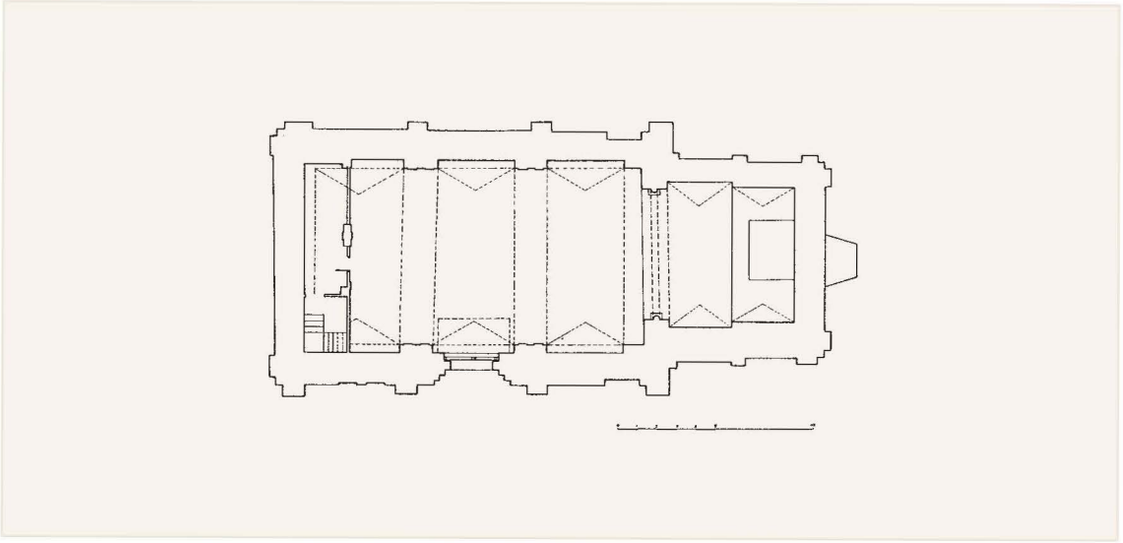
Escultura de la fachada meridional

Los muros de la nave se articulan en tres paños separados por contrafuertes prismáticos que llegan hasta la cornisa. En cada uno de estos sectores se abre una ventana formada por un arco de medio punto soportado por una pareja de columnillas con capiteles vegetales que adoptan distintas formas (hojas planas que se vuelven en el tercio superior, hojas acogiendo bolas, tallos entrelazados, etc.).

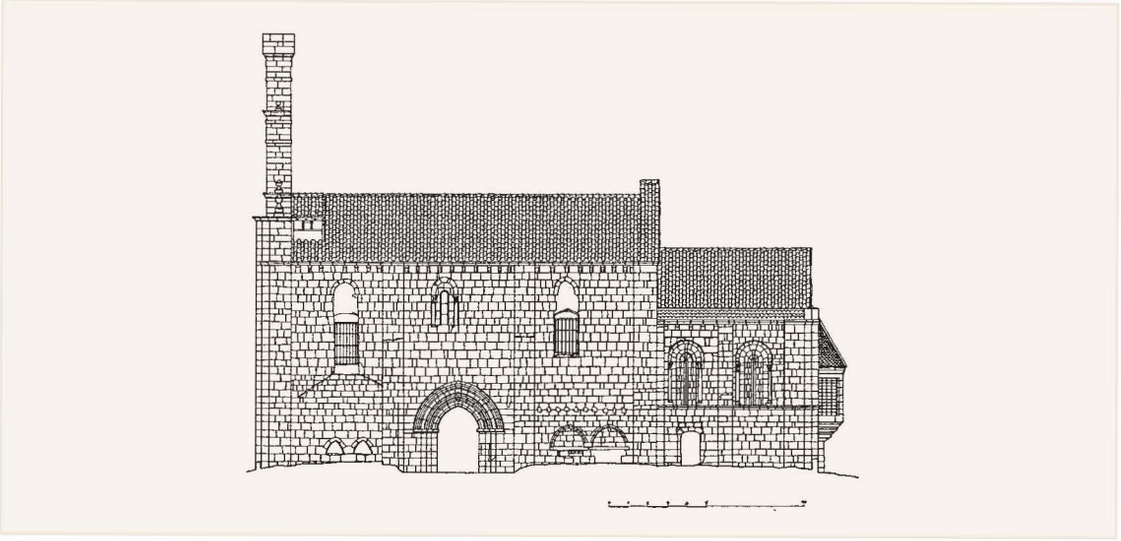
En el centro de la fachada meridional se abre la portada principal, formada por cuatro arquivoltas apuntadas con boceles y mediascañas que apoyan sobre una línea de imposta lisa. Por encima de la puerta y a lo largo de todo el muro se distribuyen los canzorros que soportaron la techumbre de un primitivo pórtico ya desaparecido que debió quedar inutilizado cuando se construyeron las dependencias que se adosaron después en este lado y que fueron desmontadas hace algunas décadas. Bajo uno de esos canzorros asoma el busto de un personaje que guarda cierta semejanza tipológica con el que aparece en la Portada del Obispo de la seo zamorana y con algunos ejemplares gallegos (transepto de la catedral de Orense) y portugueses (fachada occidental de la iglesia de San Salvador de Paço de Sousa en Penafiel-Porto). La cornisa en este lado está soportada por canecillos de nacela y otros troncopiramidales con hojas lanceoladas, de esquema típicamente zamorano (catedral, San Ildefonso, Santa María de la Horta, San Juan de Puerta Nueva, Santo Sepulcro, San Leonardo, etc.) y que vemos también en algunos monumentos sorianos, como San Juan de Duero y la ermita de la Virgen de Olmacedo en Valdenebro.

A ambos extremos de esta fachada meridional se abren dos parejas de arcosolios funerarios sin inscripción, salvo uno del lado más occidental en el que sólo acertamos a leer:

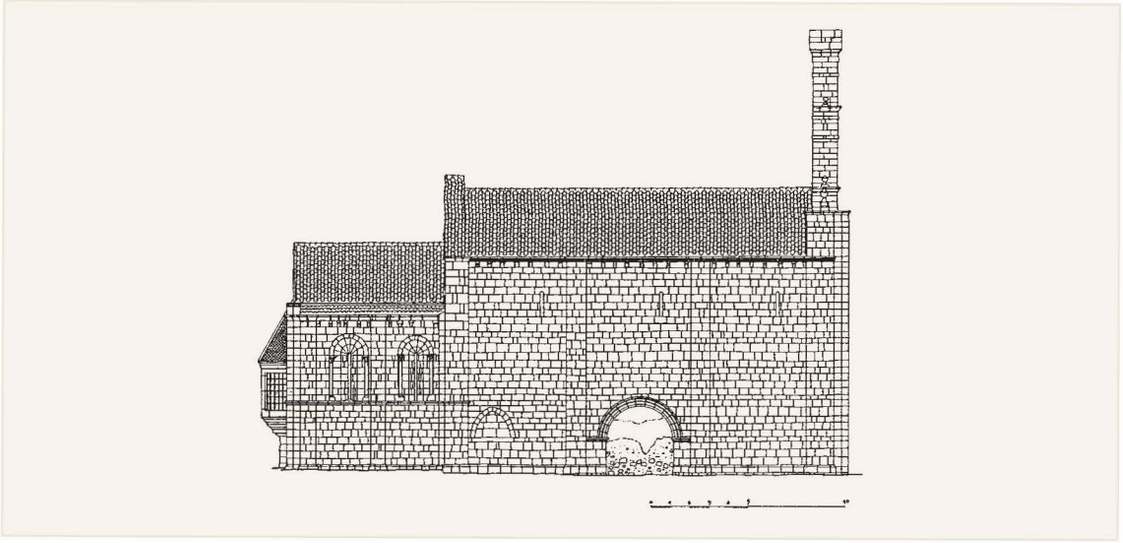
HIC IACET [...] MCCXXX [...].



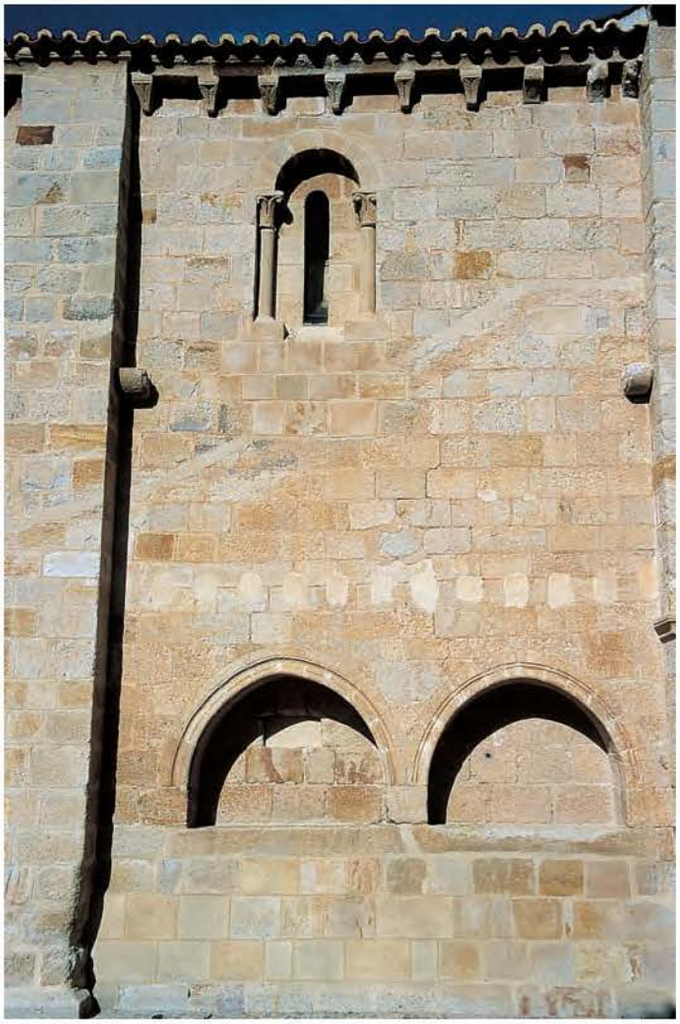
Planta



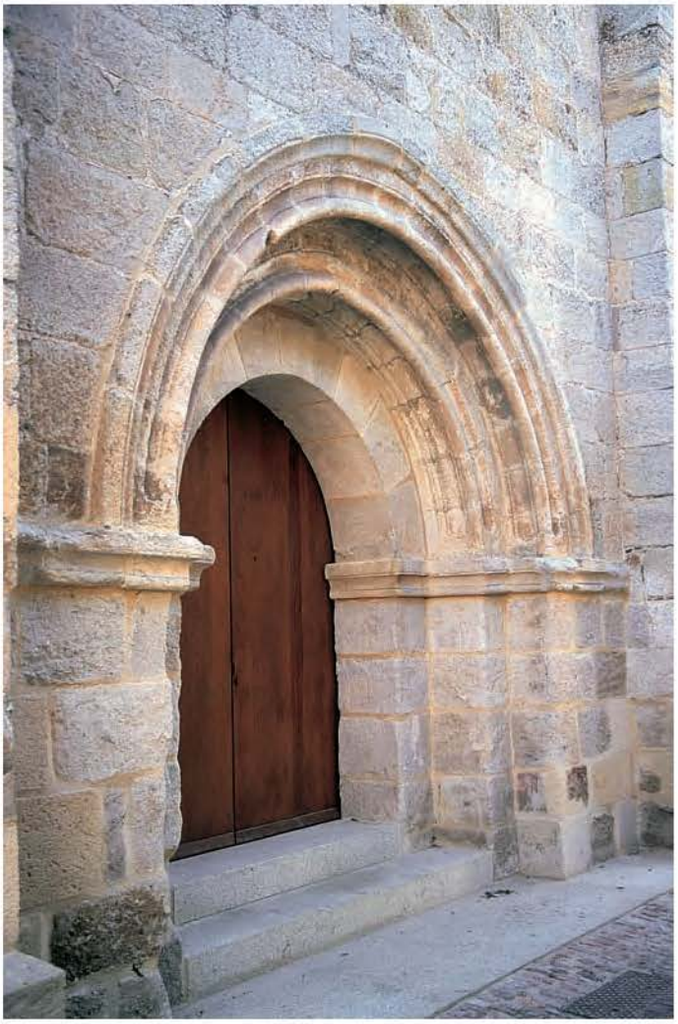
Alzado sur



Alzado norte



Arcosolios de la fachada meridional



Portada septentrional

La fachada septentrional ofrece un aspecto más sólido con sus muros perforados únicamente por estrechas saeteras. En el centro se abre también una portada, en este caso con un arco de ingreso de medio punto y dos arquivoltas de boceles entre mediascañas. A su izquierda hay otro arcosolio apuntado sin ninguna decoración. En el remate del muro se observa una clara diferencia respecto a la fachada sur que hace pensar en una dualidad de campañas constructivas o en la intervención de dos talleres con recursos estilísticos muy distintos. En efecto, coronando este muro se dispone una cornisa de tacos soportada por canecillos decorados con rollos, bolas, motivos geométricos, zoomorfos y algunos personajes en diferentes posturas (en cuclillas y con los brazos levantados, haciendo muecas, en actitud obscena, etc.) que nada tienen que ver con los descritos anteriormente. Éstos denotan un estilo más arcaico que recuerda los modelos de mediados del siglo XII, al igual que el trazado de la propia portada. Sin embargo, las soluciones empleadas en el lado sur parecen más propias de un taller más vanguardista que aprovecha los esquemas que se están llevando a cabo en las iglesias construidas en la ciudad a finales del siglo XII y principios del XIII.

El hastial de poniente está flanqueado por dos contrafuertes en las esquinas. Está perforado por un sencillo óculo y sobre él se eleva una espadaña construida en 1801 por el arquitecto Manuel Sipos.

El interior del templo fue objeto de una profunda reforma llevada a cabo en los siglos XVII y XVIII. A la cabecera se accede por un arco triunfal, apuntado y doblado, que apoya sobre columnas con capiteles almenados del mismo tipo que los de la catedral. Se cubre este espacio con una bóveda de yeserías realizada en 1620 por Diego Hermosilla. La nave también experimentó un cambio al construirse en 1775 las bóvedas de lunetos que la cubren.

Capitel del arco triunfal

Sepulcro del interior

En el presbiterio se descubrió hace algunos años una lápida sepulcral (50 × 35 cm) fechada en 1368 con la siguiente inscripción:

AQ(v)I : IAS(e) : FERNA(n) : GOM
EZ : (e)SCVDERO : FIJO : DE
: GOMEZ : FERNANDEZ
:CAVALLERO : Q(ue) : DIOS
PE(r)DONE : E : MORAVA : A : SAN :
YSIDRO : E : FINO : IVEVES : II :
DIAS : DEL : MES : DE : MARÇO :
E(ra) : DE : MIL : E : CCCC : E : VI : ANOS.

En el mismo presbiterio, pero en el lado del evangelio, hay un sepulcro formado por un dintel decorado con cuatro arcos tetralobulados bajo los que se disponen toscos relieves en los que se representa a dos ángeles turiferarios –de evidente significación funeraria–, dos aves afrontadas y dos leones en similar actitud. El dintel descansa sobre dos bloques prismáticos jalonados cada uno por cinco columnillas con capiteles vegetales de hojas muy esquemáticas y geometrizadas, de indudable sabor goticista.

El recuerdo del sepulcro de la Magdalena es evidente, sobre todo en la decoración del dintel, donde se repiten algunos de los motivos que aparecen en el dosel de aquél. A pesar de esta relación, hay que señalar que el lucillo de San Isidoro es obra de un taller más popular y con escasos recursos técnicos, cuyo estilo revela una cronología tardía que puede rondar el segundo cuarto del siglo XIII.

La tradición ha asignado este monumento funerario a doña Sancha a la que como ya hemos indicado se relaciona también con la fundación del templo. Sin embargo, hoy sabemos que los restos de la infanta reposan en el panteón de San Isidoro de León, por lo que tal atribución carece de sentido.

Texto y fotos: PLHH - Planos: JIGG

Bibliografía

ÁVILA DE LA TORRE, Á., 2000, pp. 83-85, 105-108; CRUZ Y MARTÍN, Á., 1981, p. 50; ENRÍQUEZ DE SALAMANCA, C., 1989, pp. 45-46; FERNÁNDEZ DURO, C., 1882-1883, I, pp. 319-320; GÓMEZ MARTÍNEZ, A., 1958, p. 22; GÓMEZ-MORENO, M., 1927 (1980), p. 154; HERAS HERNÁNDEZ, D. de las, 1973, pp. 256-257; LERA MAILLO, J. C. de, 1999, docs. 142, 585, 1228; PÉREZ, E. J., 1905, p. 22; RAMOS DE CASTRO, G., 1977, pp. 170-173; RIVERA DE LAS HERAS, J. Á., 1985, pp. 64, 66-69; RIVERA DE LAS HERAS, J. Á., 2001, pp. 116-117; VELASCO RODRÍGUEZ, V., 1962, p. 72.

Iglesia de Sancti Spíritus

ENTRE LOS ARRABALES SURGIDOS en el entorno de Zamora se encuentra el del Espíritu Santo, ubicado al oeste de la ciudad y presidido por la iglesia que le dio nombre.

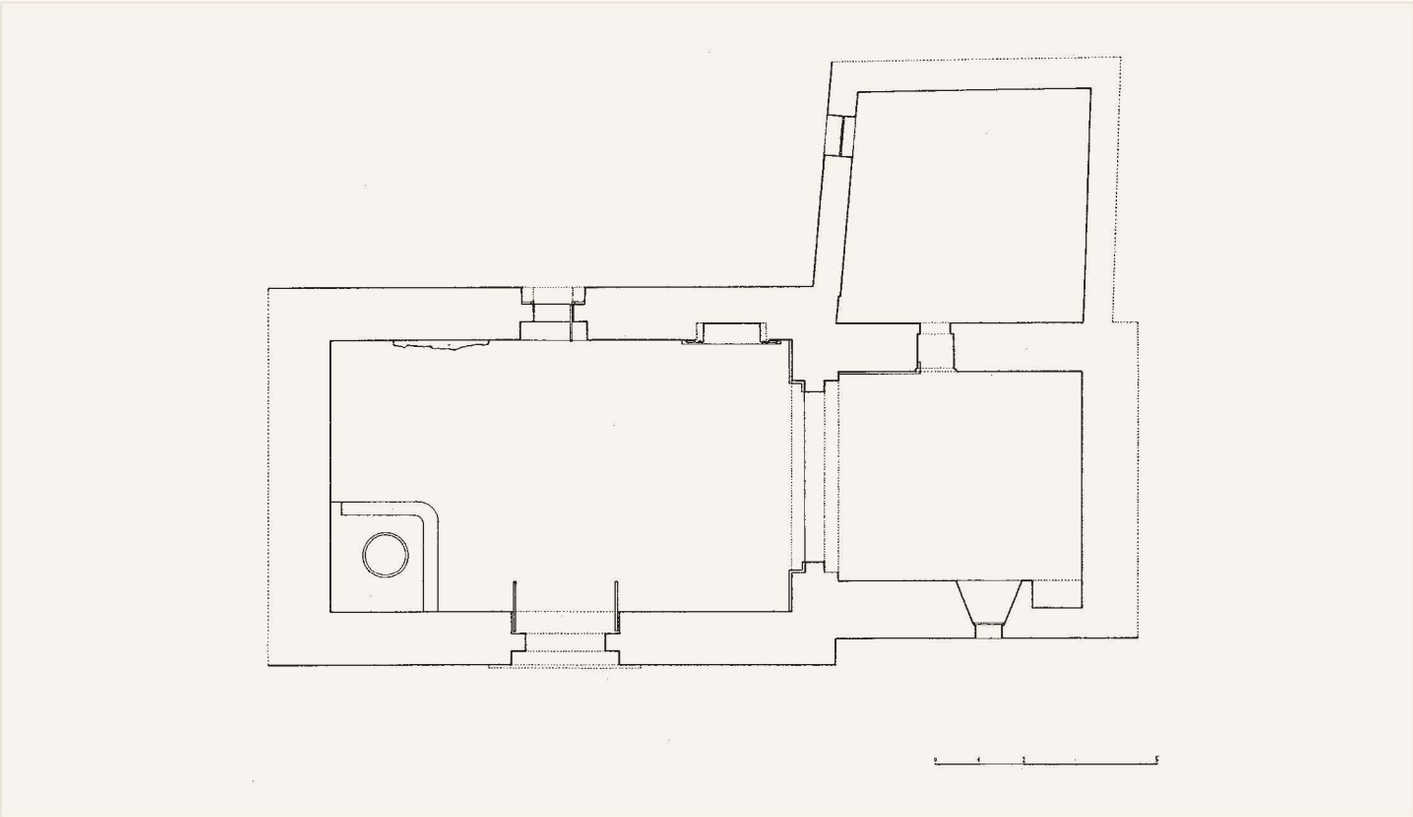
En los años sesenta del siglo pasado, mientras se hacían obras en su interior, apareció bajo el ara de su altar el acta de consagración del templo cuya transcripción recogemos en el apéndice documental de estos volúmenes. El autor del escrito fue Arnaldo, obispo de Coria, que en presencia de un obispo portugués y con el consentimiento del obispo de Zamora, Martín I, colocó en un cofre las reliquias de la leche de la Virgen, junto con las de varios apóstoles, santos y santas mártires. En el documento se hace constar la fecha del acontecimiento, el 12 de junio de 1211, y la localización del templo *in zemorensis suburbio*. Al año siguiente el propio Martín I concedió al maestro Esteban, canónigo de León, la iglesia con todas sus posesiones.

El 9 de julio de 1222, el rey Alfonso IX acogió bajo su protección a la iglesia y al hospital que se había instalado junto a ella, eximiendo de todo pecho regio a las gentes que acudieran a poblar el lugar. Posiblemente se formara entonces el barrio o puebla al que aluden las fuentes posteriores.

Desde su fundación debió tener el carácter abacial, con un número reducido de canónigos regulares presididos por un abad vinculado, a su vez, al obispo y a la catedral de Zamora.

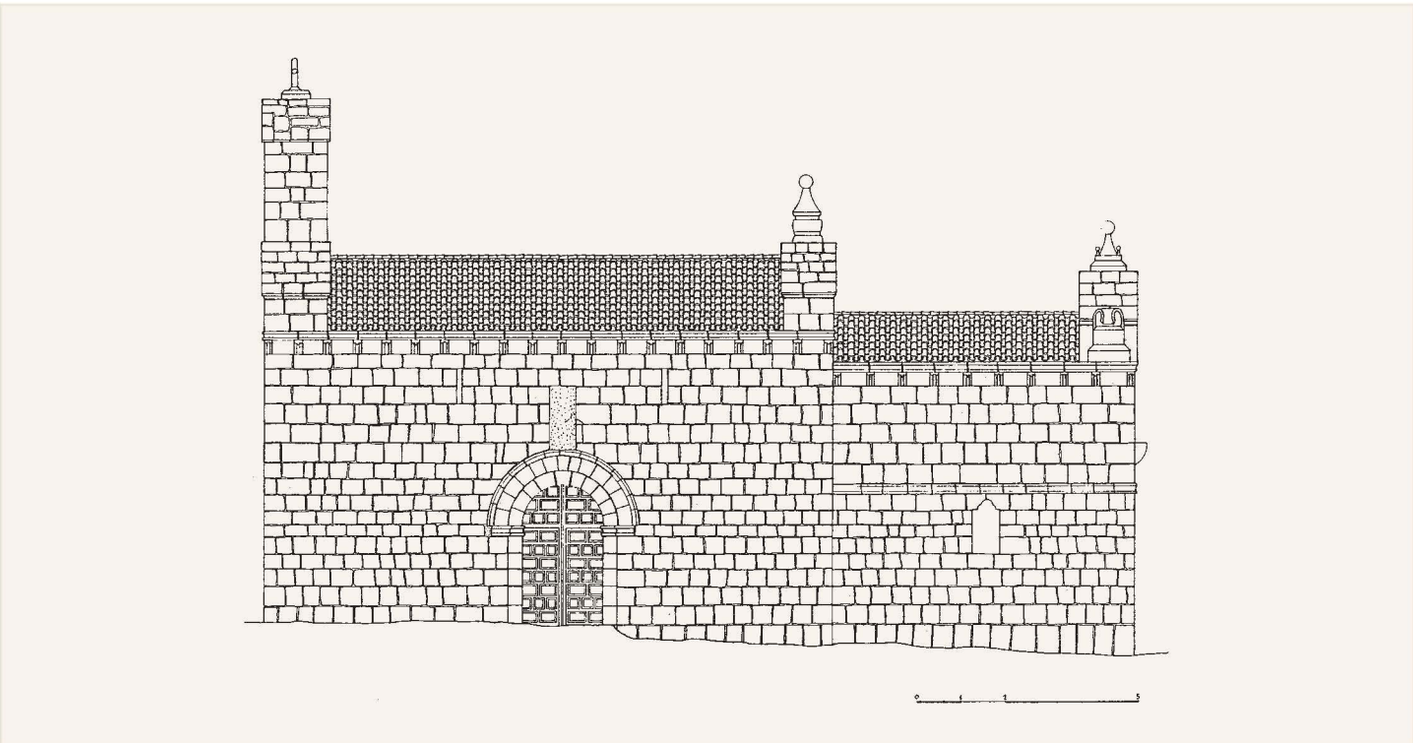
La iglesia del Espíritu Santo es un sencillo edificio románico formado por una nave rectangular rematada con una capilla mayor de testero recto. Como el resto de los templos zamoranos se construyó en arenisca local dispuesta en sillares regulares. Atendiendo a los valores puramente ornamentales hay que señalar que guarda gran parecido con las iglesias de Santiago del Burgo, San Juan

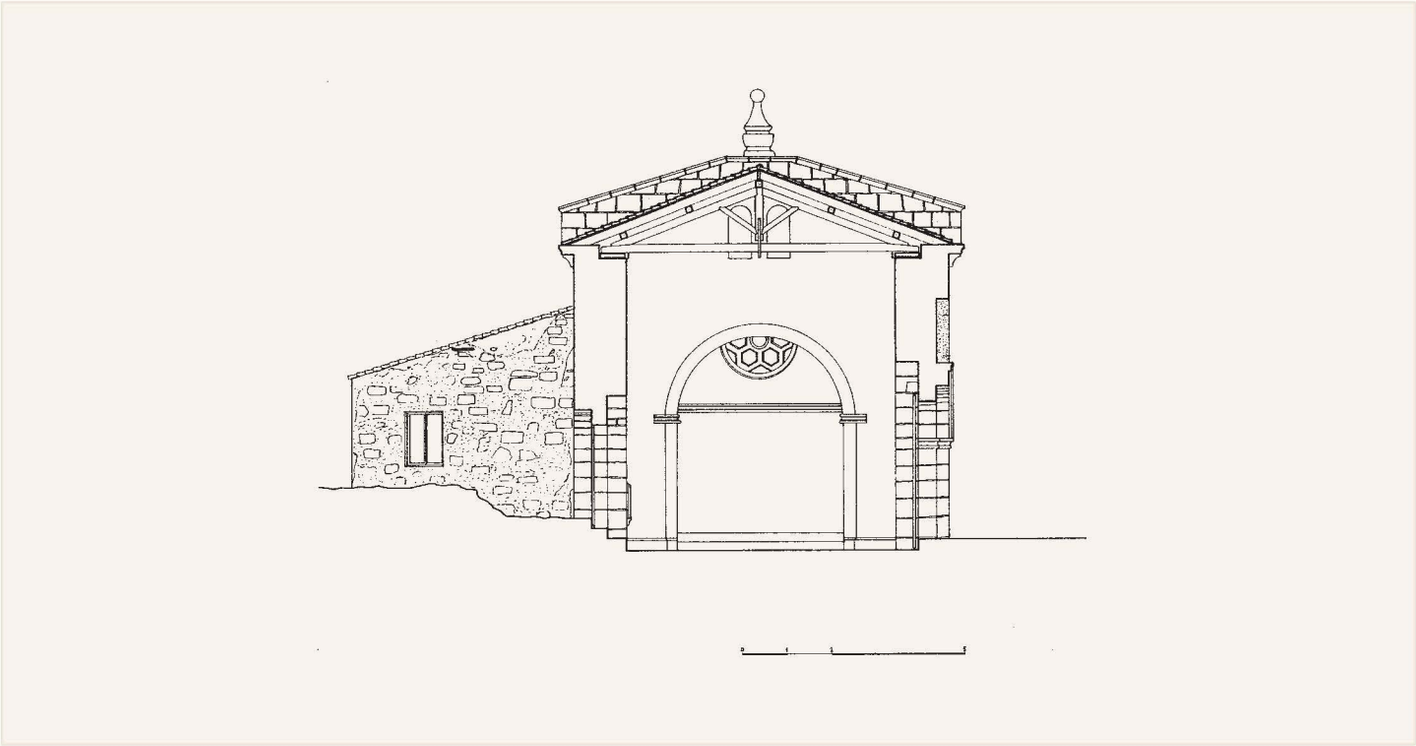
Exterior



Planta

Alzado sur





Sección transversal

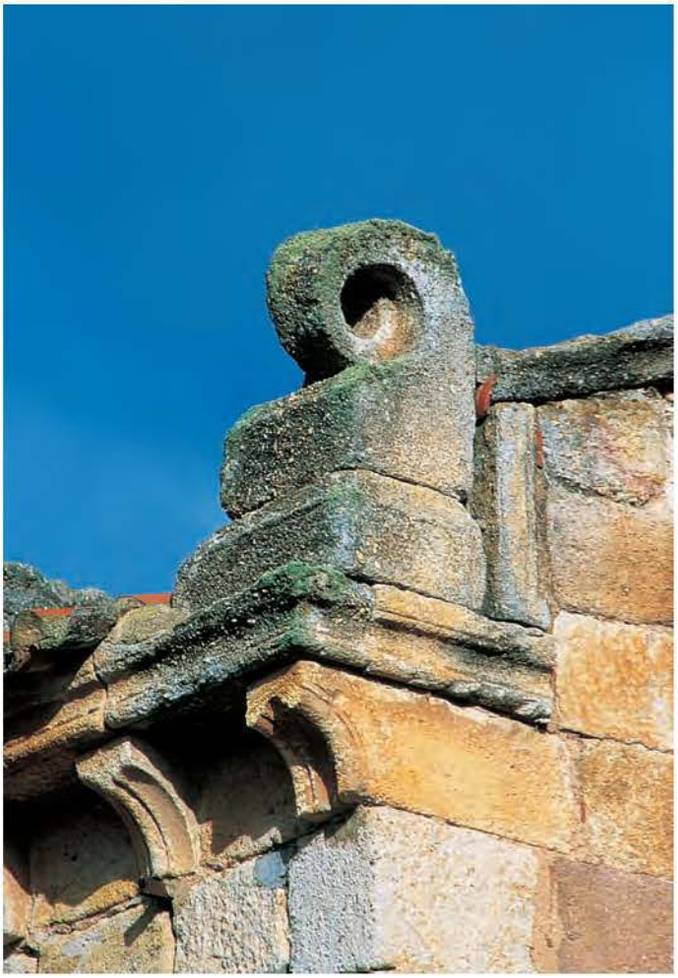
de Puerta Nueva, San Esteban y Nuestra Señora de los Remedios que debieron levantarse en el mismo momento y tal vez por el mismo taller. El tipo de imposta que recorre la cabecera, la cornisa y los canecillos que la sustentan, así como las acróteras que flanquean el piñón de la cabecera son elementos afines a todas ellas. A ello se une, además, el rosetón que perfora el testero de la capilla mayor, formado por seis hexágonos calados unidos a un círculo central, como los de Santiago del Burgo y San Juan de Puerta Nueva, lo que evidencia probablemente la mano de un mismo artista.

En la fachada meridional se abre la puerta de acceso formada por un arco de medio punto doblado guarnecido por un guardapolvo de nacela. Otra portada más sencilla se dispone en el muro norte. Ambas iban protegidas por un pórtico que daba la vuelta a todo el edificio, según se deduce de los canzorros conservados en tres de sus lados. Éste es un elemento que se repetía en otras iglesias románicas de la ciudad pero que fue desapareciendo tras reformas y añadidos posteriores, además de alguna que otra desafortunada restauración.

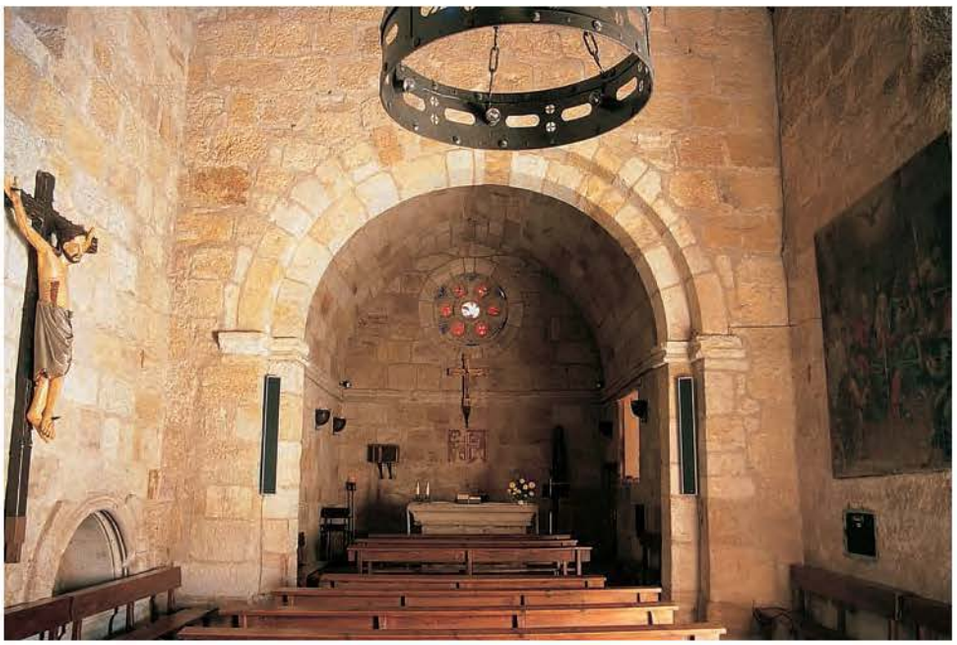
En el interior, la nave se cubre con una techumbre de madera a dos aguas que sustituyó a una armadura del siglo XV que Gómez-Moreno todavía llegó a ver. Un arco triunfal de medio punto doblado da paso a la capilla mayor cuyos muros se decoran con una imposta moldurada –idéntica a la del exterior– de la cual arranca la bóveda de cañón. En el muro norte del presbiterio se adosó en el siglo XVI la actual sacristía.

El edificio parece que estuvo enteramente cubierto de pinturas murales realizadas al temple, perdidas en gran parte por la imprudencia de los operarios que, capitaneados por el propio párroco, procedieron al picado de los encalados que las ocultaban durante la restauración de los años sesenta. Todavía se aprecian pequeños restos de pintura bajo la imposta y en aquellos puntos donde no pudo llegar el filo de la piqueta. Del desastre sólo se salvaron tres recuadros situados en el testero de la capilla mayor, en el hastial occidental y en el muro norte de la nave. En el primero (63 × 60 cm) destaca sobre un fondo siena una cruz de extremos flordelisados en torno a la que se disponen las figuras del Tetramorfos. En el muro de los pies aparece otra cruz más sencilla rodeada por las figuras de dos ángeles y dos personajes nimbados que parecen portar filacterias. El del muro norte muestra una cruz latina enmarcada dentro de un rombo y rodeada de flores de lis. Por su estilo parecen corresponder al primer tercio del siglo XIII y en consecuencia no estarían lejos de la fecha constructiva del templo, por lo que incluso pudieran tratarse de cruces de consagración.

Rosetón



Acrótera



Interior

Pinturas de la capilla mayor

En el lado septentrional se conservan también un arcosolio románico de medio punto decorado con bocel y mediacaña, así como la estatua yacente del abad Franco de Ribera fechada en 1350.

Desde el punto de vista devocional, aquí recibe culto un crucificado gótico de la segunda mitad del siglo XIV que apareció emparedado en un nicho del presbiterio en 1963. Recibe el nombre de "Cristo del Espíritu Santo" y es la imagen titular de una cofradía penitencial que desfila en la Semana Santa zamorana.

Texto y fotos: PLHH - Planos: RPB

Bibliografía

ÁLVAREZ MARTÍNEZ, U., 1883c; ÁVILA DE LA TORRE, Á., 2000, pp. 171-172; CASQUERO FERNÁNDEZ, J. A., 2000; FERNÁNDEZ DURO, C., 1882-1883, I, p. 394; CRUZ Y MARTÍN, Á., 1981, p. 78; ENRÍQUEZ DE SALAMANCA, C., 1989, pp. 76-77; GÓMEZ-MORENO, M., 1927 (1980), pp. 169-170; GRAU LOBO, L. A., 2001, p. 52; HERAS HERNÁNDEZ, D. de LAS, 1973, p. 246; LERA MAÍLLO, J. C. de, 1999, docs. 281, 349, 966, 2284; LERA MAÍLLO, J. C. de, 2001f; LÓPEZ MARTÍN, J., 1993, n.º 48, p. 132; NAVARRO TALEGÓN, J., 1988, p. 39; QUADRADO, J. M.ª y PARCERISA, F. J., 1861 (1990), pp. 58, 73; RAMOS DE CASTRO, G., 1977, pp. 218-221, 428; RIVERA BLANCO, J. (coord.), 1995, pp. 1005-1006; RIVERA DE LAS HERAS, J. Á., 2001, pp. 63-64; SÁNCHEZ HERRERO, J., 2002, p. 32; VELASCO RODRÍGUEZ, V., 1962, p. 71.

Iglesia de San Andrés

La iglesia de San Andrés se halla en el centro de la ciudad histórica, flanqueada por la calle que lleva su misma denominación y presidiendo la plazuela del Seminario, que recibe el nombre de esta institución, aneja al templo y que ocupa el antiguo colegio de jesuitas, edificado entre 1719 y 1722.

El templo se levantó originalmente extramuros de la ciudad, aunque quedó englobado dentro de la muralla al construirse el segundo recinto durante el siglo XIII, abriéndose una puerta a la vera de la iglesia, conocida como Puerta de San Andrés, reflejada en el plano de Van den Wyngaerde, del siglo XVI, y de la que se conservan algunos indicios junto al Seminario, en la parte alta de la Cuesta del Caño. Dentro de este recinto defensivo la propia iglesia debió tener un papel relevante, quizá como templo encastillado, ya que en un documento de 1299, mediante el que el cabildo de la catedral arrienda unas casas al notario público de la ciudad Alfonso Esteban, se habla de *la puerta del castiello de sant Andrés*, en el cantón de la rúa de Montfort, aunque es difícil saber la categoría de la construcción ya que no hay mayores referencias a tal "castillo".

Pero la historia de la iglesia de San Andrés se remonta a tiempos aun anteriores, concretamente al año 1093, cuando parece que se construyó su primera fábrica. La noticia está recogida en una lápida encastrada hoy en los muros de San Cipriano, pero dado que no se conoce en Zamora otra iglesia con la advocación andresina, cabe suponer, como ya apuntó A. Represa, que el epígrafe se refiera al templo que nos ocupa y que en algún momento pasara, junto con otras piedras, a formar parte de una de las reconstrucciones del edificio donde está ahora. Remitimos precisamente al estudio de la iglesia de San Cipriano, en esta misma obra, para conocer detalladamente las características de la lápida, aunque no nos resistimos a reproducir

La iglesia vista desde el noroeste

La torre románica vista desde el noroeste

la lectura de Maximino Gutiérrez Álvarez por el indudable interés histórico que tiene para nuestro templo: "En el nombre de Dios. En honor del apóstol San Andrés este lugar recibió los cimientos el día IIII de las nonas de febrero, en la era MCXXXI (2 de febrero del año 1093). En primer lugar el maestro de obra fue Sancho, con mano firme. (Siguió) Ildefonso, con la ayuda de todo el concejo, y puso la techumbre el maestro de obra Raimundo. Hermanos, orad por sus almas".

Otra inscripción más, igualmente empotrada en los muros de San Cipriano, hace de nuevo referencia a la misma construcción de San Andrés. En esta ocasión la pieza presenta un relieve con tres personajes, una mujer ricamente vestida entre otra fémina y un varón, con el epígrafe desarrollándose en su entorno, ésta vez con más complicada lectura y que, siguiendo la propuesta de Maximino Gutiérrez, diría: "[En el nombre de Dios. En honor] del apóstol San Andrés, en el día iii[¿?] de la era [MC]XXXII (año 1094), este lugar lo cimentó Ildefonso y se terminó con la ayuda del resto del concejo y con el mismo Sancho y con Raimundo, quien hizo esta (inscripción). Hermanos, orad por sus almas".

Desde ese momento el templo ocupó un lugar importante dentro de la población, pues a pesar de su situación extramuros, se hallaba junto a una de las principales vías que articulaban la expansión de la ciudad. Sin embargo nada o casi nada de aquella fábrica se ha conservado *in situ* pues el edificio medieval fue demolido en gran parte cuando a mediados del siglo XVI se lleva a cabo una profunda reforma, costeada en primera instancia por el capitán Antonio de Sotelo Cisneros, compañero de Hernán Cortés en la conquista de Méjico, y tras su muerte en 1548, por otros miembros de su familia.

El edificio actual es de sillería arenisca local, está formado por una amplia nave de tres tramos, cubiertos por un artesonado, con dos cabeceras parejas, de largos presbiterios y ábsides semicirculares, la de la epístola dedicada a los santos apóstoles y a panteón de los Sotelo, y la del evangelio conservando la advocación de san Andrés. La puerta se halla a poniente y al norte se adosa la torre, envuelta por la sacristía y por una serie de capillas que, como otras añadidas al muro sur, se fueron levantando desde el último cuarto del siglo XVI, a lo largo del XVII y en el XVIII. En 1716 la iglesia paso a dominio de los jesuitas y a partir de 1797, cuando se edifica el Seminario, toda su fachada meridional quedaría oculta.

La única pieza románica que se conserva es la torre, situada junto al primer tramo de la nave, dominando la calle de San Andrés. En planta es de reducidas dimensiones, cuadrada, pero en alzado se muestra robusta, a pesar de haber perdido el remate original, que fue demolido en 1733 para levantar el nuevo campanario, obra de Ventura Vicente finalizada en 1737. Esta hecha en sillería muy bien labrada y concertada, con los muros lisos, albergando en su base la capilla de San Francisco Javier, revocada y coronada por una cúpula barroca de yeso, datada en el segundo cuarto del siglo XVIII. En su muro oriental, formando parte de la misma fábrica, se aprecia otro cuerpo cuadrangular, más reducido, que en origen destacaría lateralmente pero que hoy ha quedado integrado dentro del conjunto por las construcciones posmedievales; es la caja que alberga el husillo, cuyo acceso se hace hoy a través de una puerta en su lado este –desde la sacristía–, pero que originalmente estaba en el lado contrario, es decir, en la propia base de la torre, dentro de la actual capilla de San Francisco Javier. Esta puerta primitiva es sencilla, con el dintel soportado por dos mochetas de nacela, pero con un umbral que en principio se hallaba a 1,70 m de altura respecto a la cota del pavimento que hoy tiene la iglesia. Aunque desconocemos

la situación del suelo románico no pudo ser inferior a la moderna, lo que daba lugar a un acceso verdaderamente difícil, sólo practicable mediante una escalera de madera, lo que sin duda es claro exponente de su implicación defensiva. Posteriormente fue rasgada, quedando aún su umbral setenta centímetros por encima del pavimento actual.

En todos sus paramentos la torre muestra numerosas marcas de cantero, entre las que destacan algunas esquematizaciones de llave, sin embargo, por carecer de cualquier elemento decorativo, es prácticamente imposible concretar más sobre su encuadre cronológico dentro de la época románica, pues aunque pudiera formar parte de la construcción de 1093-1094, también puede ser una pieza adosada con posterioridad al viejo edificio. En todo caso la torre ya debió tener en plena época medieval construcciones rodeando su base, al menos en el lado de poniente, pues en la capilla contigua, llamada de San Nicolás, se conservan pinturas murales fechadas por L. Grau en el paso de los siglos XIII al XIV.

Con tan escasos restos de aquella época, lo verdaderamente destacable de este templo –al margen del gótico Cristo de los Gitanos– es la rica ornamentación y mobiliario de los siglos XVI al XVIII, sobresaliendo entre otras piezas la sepultura de Antonio de Sotelo, la de los obispos Francisco y José Gabriel Zapata, o el retablo de los Sotelo.

Texto y fotos: JNG

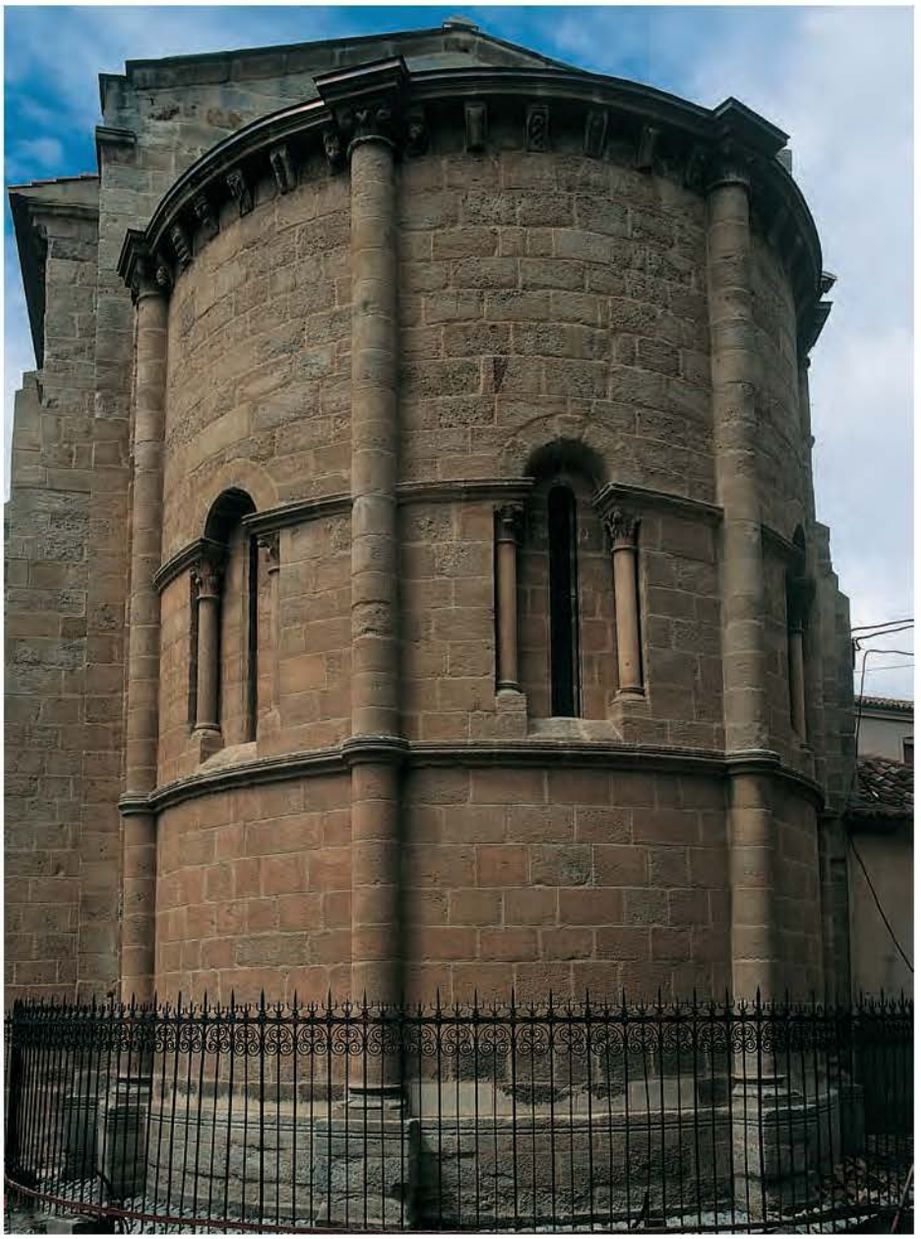
Bibliografía

ALDEA, Q.; MARÍN, T. y VIVES, J., 1972-1975, p. 2795; GÓMEZ-MORENO, M., 1927 (1980), pp. 94, 177-179; GRAU LOBO, L. A., 2001, p. 44; GUTIÉRREZ ÁLVAREZ, M., 1997, pp. 21-23; GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, J. A., 1990, pp. 29, 50; GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, J. A., 1993, p. 29; HERAS HERNÁNDEZ, D. de las, 1973, pp. 249-251; LERA MAÍLLO, J. C. de, 1999, docs. 1074, 1367, 1551, 2041; QUADRADO, J. M.ª y PARCERISA, F. J., 1861 (1990), pp. 70-71; REPRESA RODRÍGUEZ, A., 1972, pp. 536, 537, 545; RIVERA DE LAS HERAS, J. Á., 1995; RIVERA DE LAS HERAS, J. Á., 2001a, pp. 77-86; SÁINZ SÁIZ, J., 1999, p. 30.

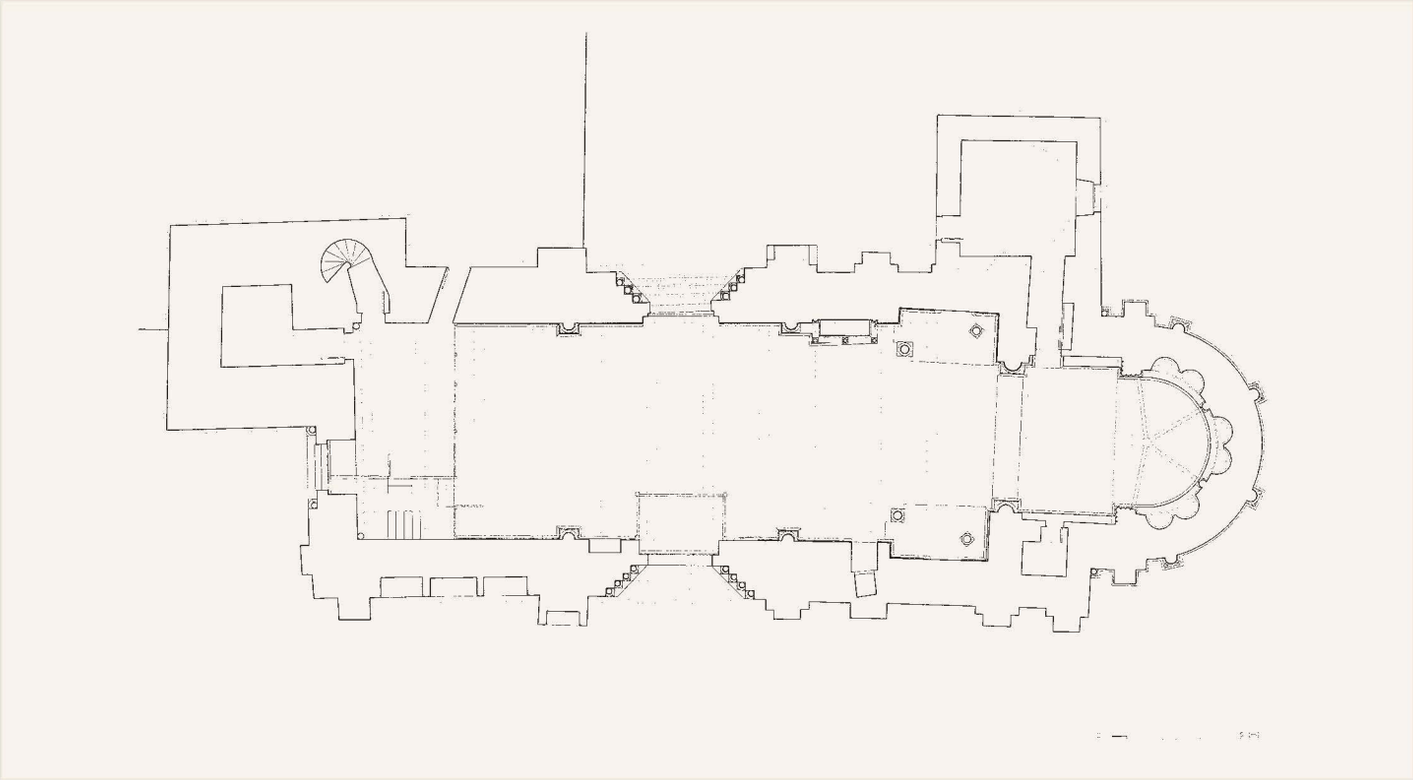
Iglesia de Santa María Magdalena

La iglesia de Santa María Magdalena de Zamora se sitúa al pie del "carral mayor", actual rúa de los Francos, la principal arteria del primer recinto murado de Zamora que enlazaba el núcleo del castillo y la catedral con la Puerta Nueva, a cuya vera se alzan también los templos de San Pedro y San Ildefonso y San Juan de Puerta Nueva.

En el documento de donación de 1157 otorgado por doña Sancha, hermana de Alfonso VII, a la catedral de Zamora, aparece citada una *corte in Sancta Maria Magdalena* entre las heredades de la iglesia de San Miguel de Mercadillo, que era el objeto de la cesión al cabildo zamorano. También se la cita en el fuero y en un testamento de 1217, que toma como referencia al templo *(propre ecclesia Sancta Maria Magdalenæ)*. El origen de Santa María Magdalena está envuelto en un fastidioso vacío documental, al que posiblemente no sea ajena la desgraciada suerte de los archivos hospitalarios de Santa María de la Horta y Consuegra. No contamos con testimonio cierto hasta bien entrado el siglo XIII, en el testamento de Giral Fuchel

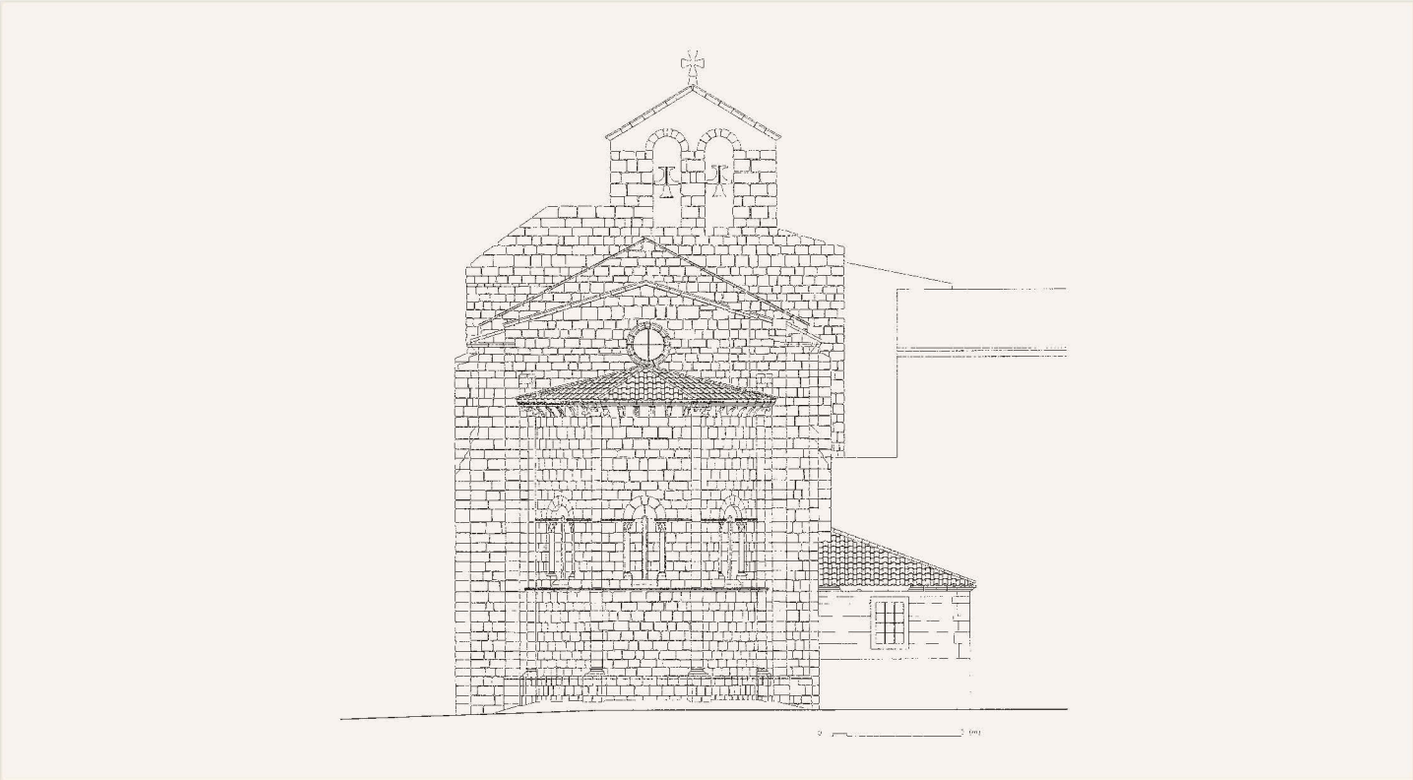


Exterior del ábside



Planta

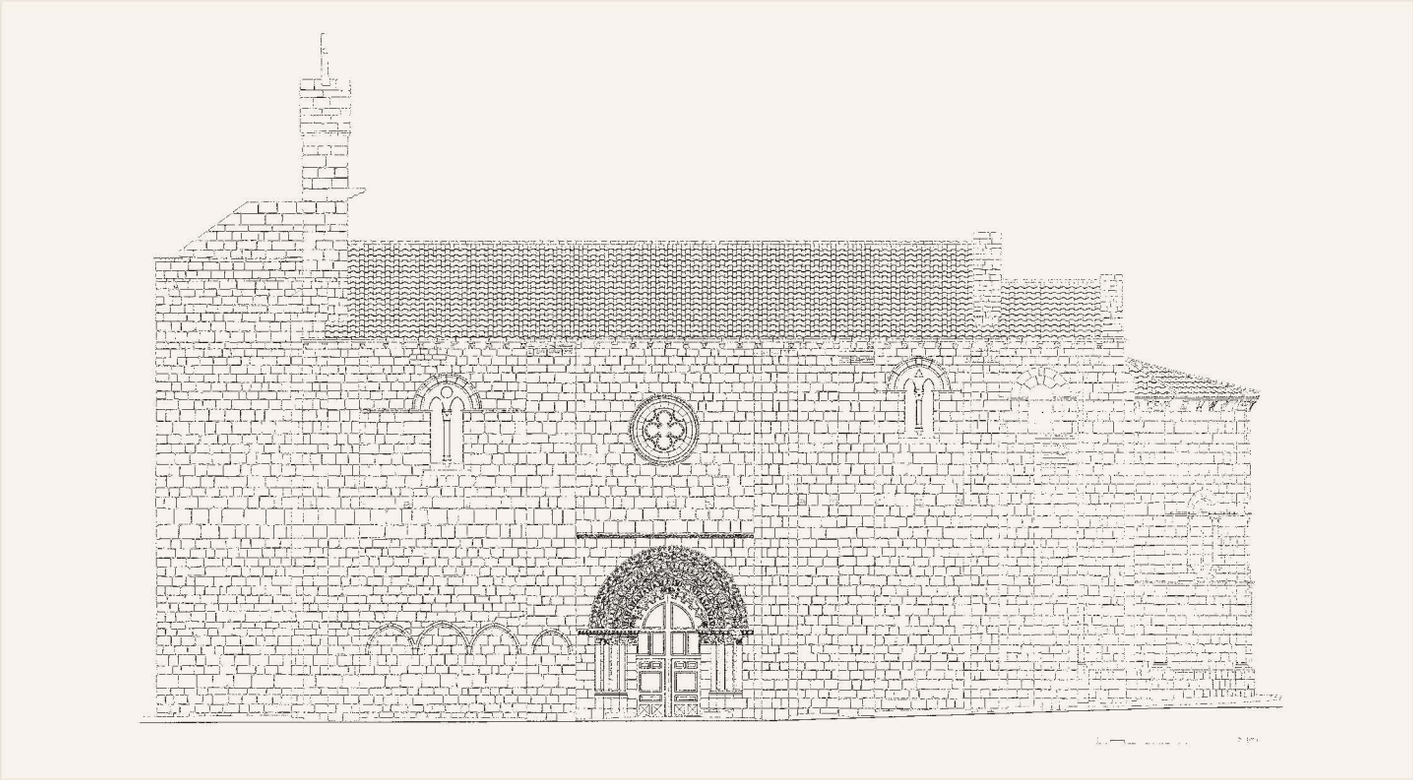
Alzado este



Ventana absidal

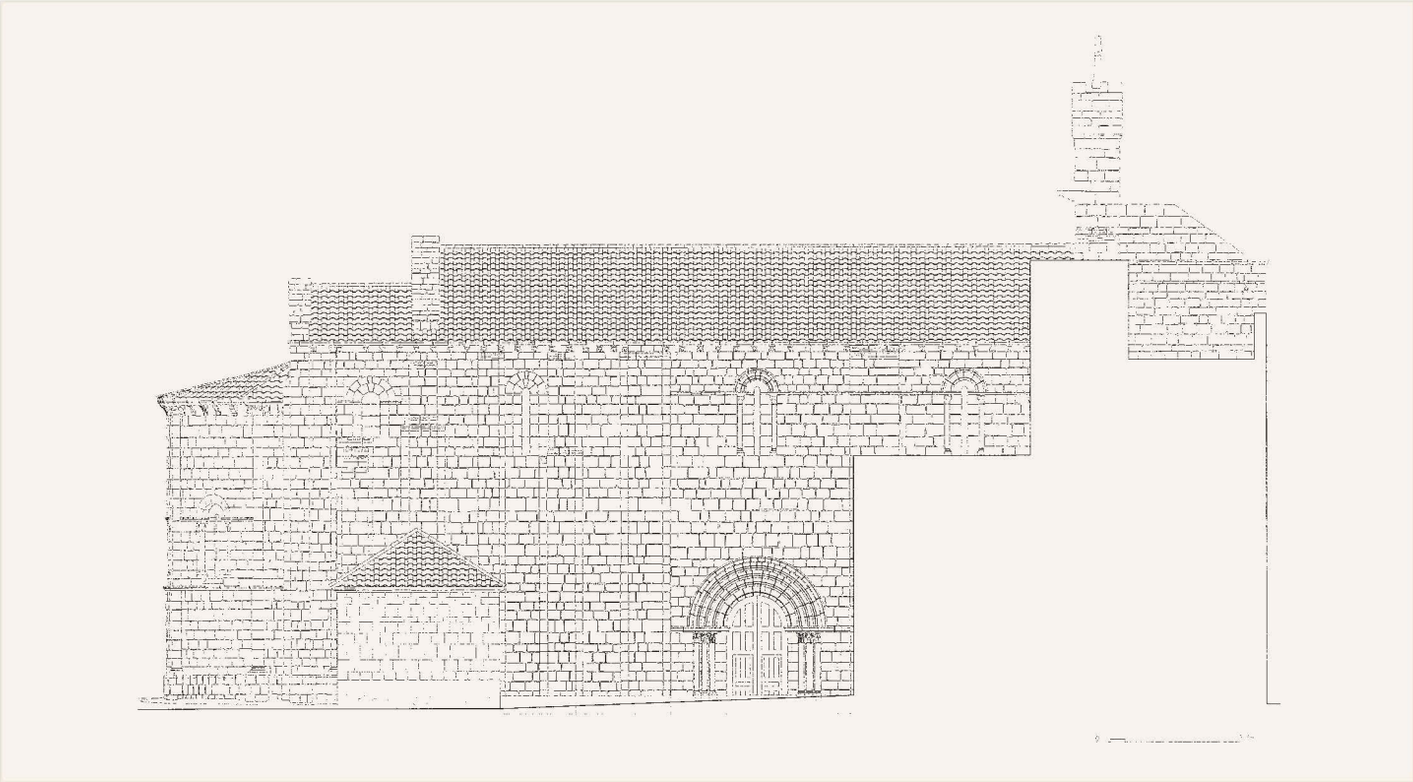
(*ca.* 1204-1218), quien destina una de sus mandas *a la obra de santa Maria Magdalena*, y las referencias no son explícitas sobre su pertenencia al Hospital hasta 1248, cuando en un documento de donación a la Orden de San Juan firmado en Benavente, aparece como presente un "don Diego, comendador de Sancta Maria Magddalena" (C. de Ayala Martínez (comp.), 1995, doc. 304). En 1263, es Pelayo Rodríguez, rector de la iglesia de Santa María Magdalena de Zamora, de la Orden del Hospital, quien ratifica con su firma sendas copias de 1210 y 1211 en las que Alfonso IX dona al obispo zamorano Martín la iglesia de Santa María y el castillo de Belver de los Montes. Frey Ruy Fernández aparece como comendador de Santa María Magdalena en otro documento de 1272. En 1282, el prior del Hospital en Castilla y León, fray Juan Yanes, acuerda con el obispo Suero sobre la provisión de rector para Santa María de la Horta, iglesia también sanjuanista, de un sacristán de misa y de un monaguillo. Fue presentado fray Juan Fernández para cura de almas de la misma, aceptado por el obispo e instituido por Pedro Anáez, arcediano de Zamora. Establecen la dotación de dicha iglesia, la congrua y la administración de sus propiedades. El documento fue expedido en Zamora a petición de Pedro Fernández, comendador de la bailía "de la Puente" y teniente del prior de la orden y en él se atestigua un uso parroquial para la iglesia de la Horta, uso del que parece careció La Magdalena. Unos años después, en 1293, el caballero Alfonso Móniz donó al deán Alfonso Pérez y al cabildo cuatro pares de casas en Santa Lucía, sitas en la calleja de Fernán Martínez, lindando con otras de la iglesia de Santa Lucía, y recibió a cambio tres pares de casas y un corral en Santa María Magdalena, sitas en la calleja de los caldereros, lindando con casas del caballero. En 1400, el Cabildo dio a censo a Esteban Rodríguez de Aspariegos unas casas en la colación de Santa María Magdalena, en la calle de Aruosa, cerca de la iglesia de San Pedro, lindantes con casas de las partes, por tres vidas con el cargo de 130 maravedís. Ya en 1508, Bernardo Rodríguez, canónigo y racionero, denuncia ante el cabildo a Juan Fernández, capellán del número y abad de la Cofradía de los Ciento, por su comportamiento soberbio y prepotente acaecido el sábado día 4 de marzo en la iglesia de La Magdalena cuando celebraba un aniversario y no permitió concelebrar con él a Alonso de la Carrera y Juan de Rozas, racioneros y miembros de dicha cofradía.

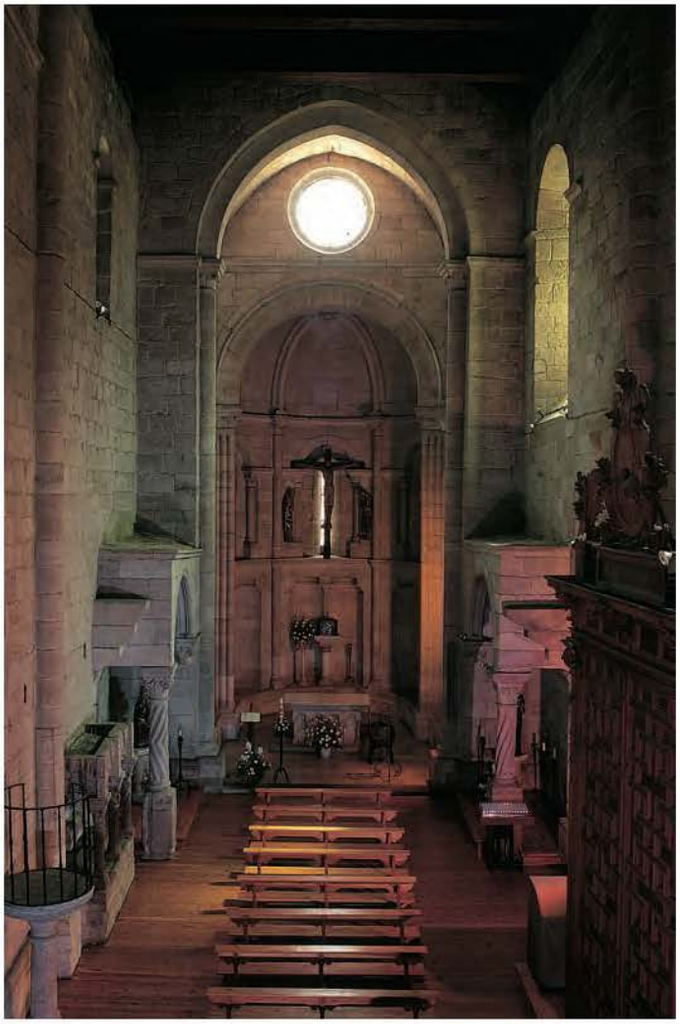
Pese a lo tangencial de estos datos, todo parece indicar una pertenencia de este templo, posiblemente desde su construcción, a la Orden de San Juan de Jerusalén, quizá con un eventual carácter de iglesia concejil, como señala Armando Represa. Aparece citada la iglesia en el texto del Fuero de Zamora, donde se dice que al hombre que hubiese sido herido por otro "le venga fazer derecho al tercer día a la hora de la tercia a Sancta María Magdalena, al portal de la carrera". En cualquier caso, bajo tutela de los sanjuanistas continuó hasta finales del siglo XIX, incluso tras la desamortización de 1835, como prueban las dos inscripciones de las recolocadas campanas. Una de ellas, datada en 1815, muestra la leyenda: HIZOSE SIENDO PRIOR FREI D(o)N JAZ(in)TO DE COLSA Y A ESPENSAS DE SU SAGRADA RELIG(ió)N DE S(a)N JUAN. La otra, dedicada a san Juan y datada en 1872, reza PRADANOS ME HIZO SIENDO PRIOR DON SERAPIO HERRERO. Tras la desamortización, los feligreses de La Magdalena se incorporaron a las parroquias próximas de San Cipriano y San Ildefonso, quedando cerrado el templo, que fue solicitado para diversos usos, tales como lugar de reunión de la Milicia Nacional o Museo Provincial de Antigüedades cristianas. Finalmente, con la supresión de los prioratos de jurisdicción de las órdenes militares, en 1874, los fieles y parroquias de éstos en Zamora pasaron bajo dependencia episcopal.



Alzado sur

Alzado norte





Interior

Ya en el siglo XX se produjo la instalación de la comunidad de Siervas de María que actualmente ocupa las dependencias anejas al templo y se encarga de su mantenimiento.

La iglesia de Santa María Magdalena es un soberbio edificio de planta basilical, de nave única dividida en tres tramos de igual longitud y coronada por cabecera compuesta de tramo recto presbiterial y ábside semicircular levemente prolongado al interior, con torre adosada hacia el ángulo noroeste del hastial occidental. Posee tres portadas, una en el citado hastial occidental y otras dos, de mayor desarrollo, abiertas en los muros meridional y septentrional del tramo central de la nave.

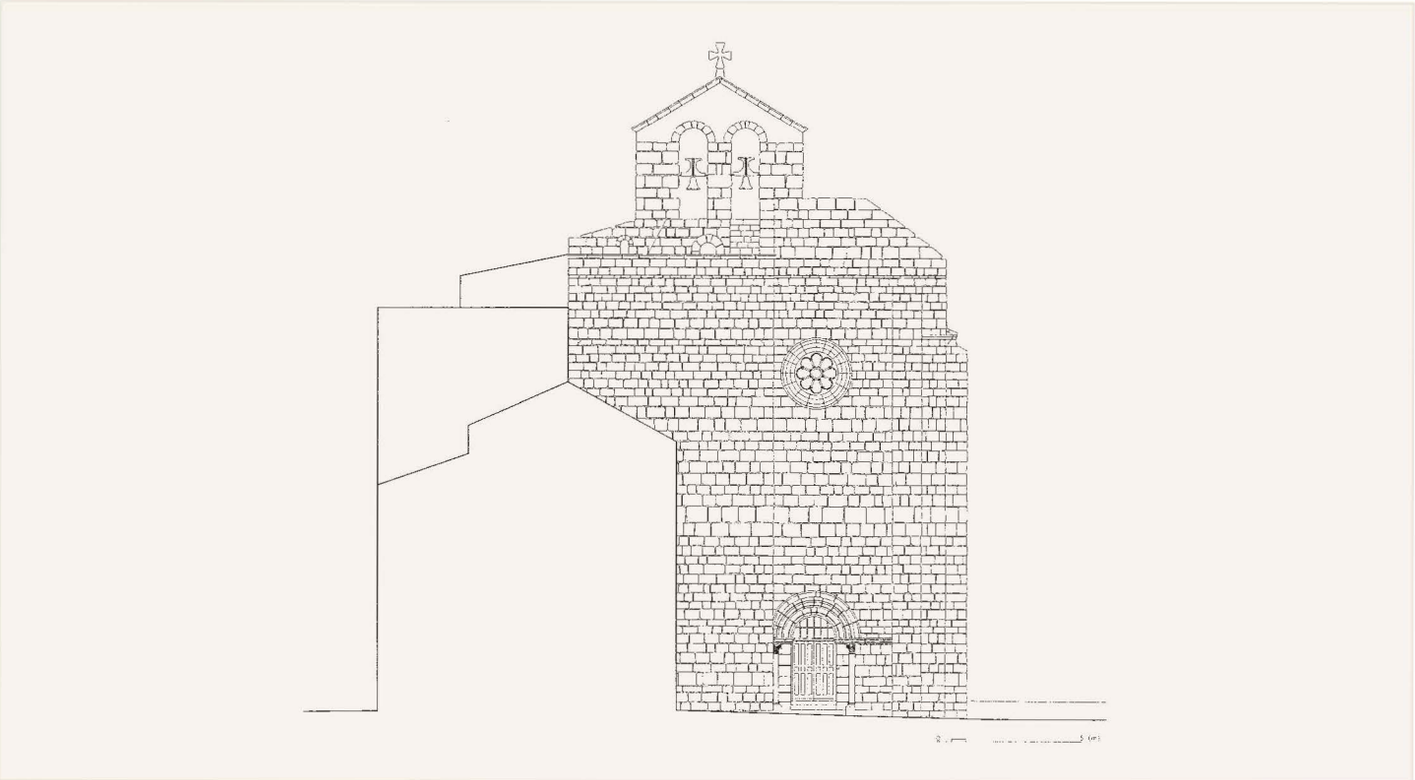
El conjunto se levantó en sillería con la característica arenisca local de la capital zamorana (impropiamente denominada pudinga zamorana), reservándose la piedra de mejor calidad para la cabecera, en la que son bien visibles las marcas de hacha de la labra, los signos lapidarios y las marcas de colocación, como inmediatamente veremos.

En un primer análisis, la arquitectura de este edificio sorprende tanto por la originalidad de algunos de sus recursos decorativos como por los riesgos que asume su traza, que llevaron a Gómez-Moreno a tildarla de torpe al compararla con la de Santa María de la Horta, iglesia con la que la parangona. El autor del *Catálogo Monumental* diferencia, no obstante, la "elegancia, sobriedad y buenas proporciones" de la cabecera, a la que considera obra de un maestro más arcaizante, de la concepción harto osada de la nave, fundamentalmente en cuanto a sus proporciones. Del análisis murario se desprende, no obstante, que el templo fue levantado en una sola campaña constructiva, posiblemente a caballo entre los siglos XII y XIII.

El esbelto ábside se eleva sobre un zócalo moldurado con un fino bocel, profundamente restaurado a juzgar por el grabado de Parcerisa y fotografías antiguas. El tambor aparece dividido verticalmente en tres paños por cuatro semicolumnas adosadas, sobre zócalos y finos plintos, cuyos capiteles alcanzan la cornisa. Otras finas columnillas se acodan en la unión del ábside con el presbiterio. Las basas de estas columnas presentan perfil ático de toro inferior aplastado y lengüetas, de fina ejecución aunque seguramente fruto de una moderna restauración. Horizontalmente, dos impostas molduradas con bocelillos y mediascañas dividen en tres pisos el tambor absidal. La primera corre bajo el cuerpo de ventanas, invadiendo las semicolumnas, mientras la superior, que prolonga los cimacios de aquéllas, se interrumpe en las semicolumnas, disposición que se repite en el interior del hemiciclo. En cada lienzo del ábside se dispusieron ventanas de arco de medio punto sobre columnas acodilladas, siendo ciegas y ornamentales las laterales y sólo albergando una saetera la del eje. Los capiteles de estas ventanas son vegetales, con dos pisos de hojas lisas de puntas vueltas, algunas de nervio central perlado y hojas superiores rematadas en volutas y *crochets*. El capitel del lado izquierdo de la ventana central se decora con dos niveles de hojas de acanto de bordes y puntas rizadas, muy similares a los interiores de la portada septentrional.

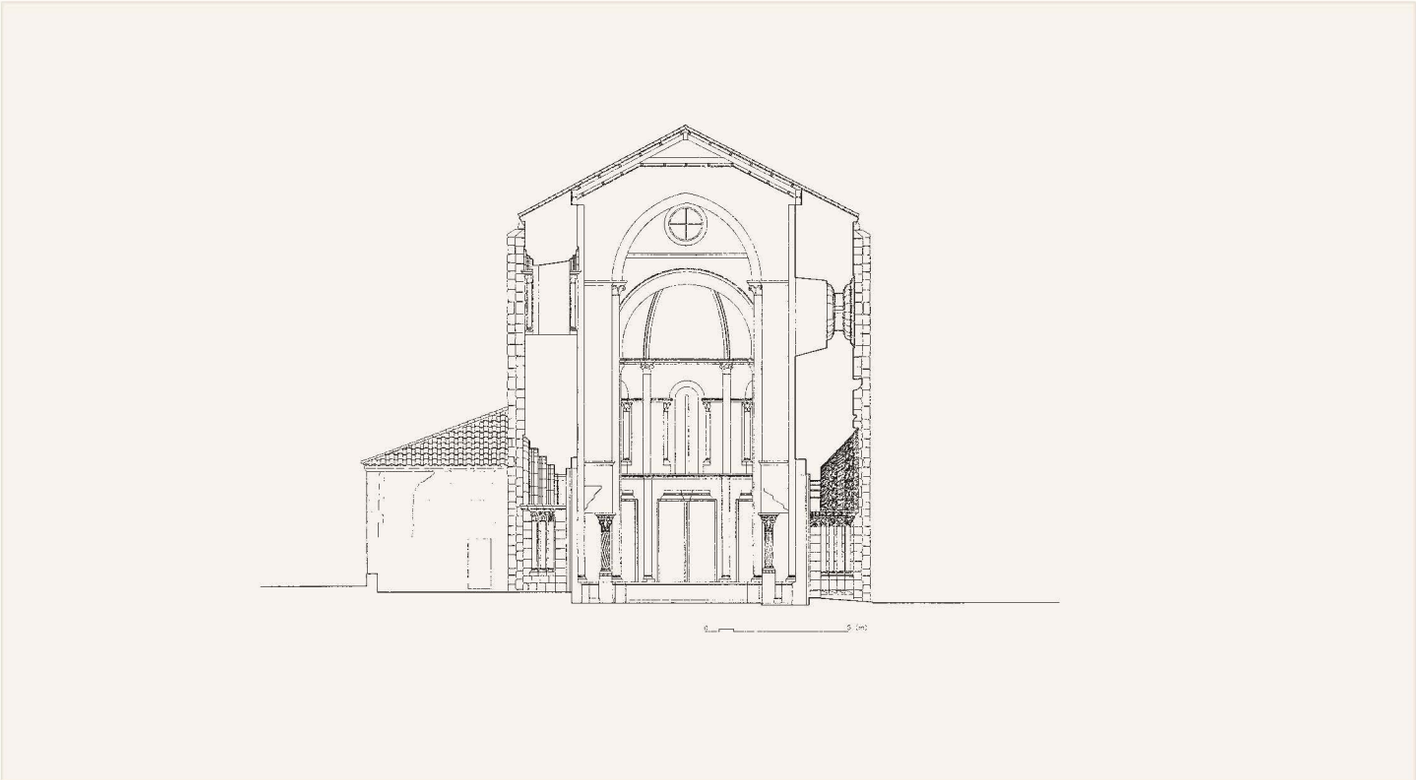
La cornisa del hemiciclo absidal, con perfil de bocelillo y nacela, es sustentada por la serie de canes, decorados con dos y cuatro rollos, motivos vegetales de *crochets*, entrelazos y prótomos de felinos. Los canes del sector septentrional del hemiciclo son de simple nacela. Igualmente soportan la cornisa los cuatro capiteles de las semicolumnas, todos vegetales con hojas y *crochets*.

La articulación del paramento interno del ábside repite el esquema exterior, con los dos niveles de imposta, las semicolumnas que determinan tres calles y las ventanas, decorativas y ciegas las laterales y con vano rasgado la central, fuertemente abocinada hacia el interior. Sin embargo,



Alzado oeste

Sección longitudinal



Sección transversal

el piso inferior, sobre el banco corrido moldurado con un grueso bocel, se articula con tres series de dos hornacinas cóncavas que aligeran el potente muro del hemiciclo, dando lugar a un paramento polilobulado. Estas exedras adinteladas constituyen otra de las peculiaridades del templo, copiada en la iglesia portuguesa de São Pedro de Ferreira y quizá relacionables con las de los ábsides de Santa María de Arbas del Puerto (León) o San Juan de Amandi, en Asturias.

Como pudo atestiguarse durante una reciente restauración, la cubierta externa del ábside fue originalmente de lajas de piedra, sustituida en época imprecisa por la actual de teja curva. El hemiciclo se cubre con una bóveda de horno reforzada por cuatro gruesos nervios que confluyen en una interesante clave, situada junto al arco toral y decorada con un florón. La corona vegetal de hojas nervadas y carnosas de puntas vueltas y saliente botón central de esta clave es relacionada por Henri Pradalier con las de las colaterales de la catedral de Salamanca, dando el autor francés anterioridad a la obra zamorana. Otra de las peculiaridades del ábside de La Magdalena radica en la planta interior del hemiciclo, de semicírculo levemente prolongado que en altura da la sensación de ultrapasada que en cierta manera impone la disposición de los nervios del cascarón absidal. La escultura de los capiteles de las semicolumnas interiores y las ventanas del ábside repite los esquemas vegetales visto en el exterior

El arco triunfal que da paso a la capilla, de trazado también levemente ultrasemicircular, está doblado hacia la nave por otro moldurado con un bocel entre mediascañas que recae en dos capiteles-ménsula lisos. El arco en sí reposa en un responsión fasciculado con seis finos fustes y sendas columnas acodilladas que recogen los nervios laterales del cascarón absidal, con capiteles de hojas lisas con volutas en las puntas y finas hojas nervadas entrecruzadas. Una inscripción en caracteres góticos, hoy desaparecida, recorría la rosca de este arco triunfal, flanqueada por las armas de los Acuña, con un escudo cuartelado con leones y castillos y otro con una banda cruzada. Fue recogida por Quadrado (J. M.ª Quadrado y F. J. Parcerisa, 1861 (1990), p. 68), quien la transcribe como: "Esta capilla es del noble cavallero don Juan de Acuña que Dios aya e de la señora doña Marina Enriques su muger e los que dellos descendieren, la qual dotó dicha señora e despues del señor morió último dia de marzo de mil CCCCLXXX". También la recoge Francisco Antón, quien además publica una fotografía en la que es aún visible (F. Antón y Casaseca, 1910).

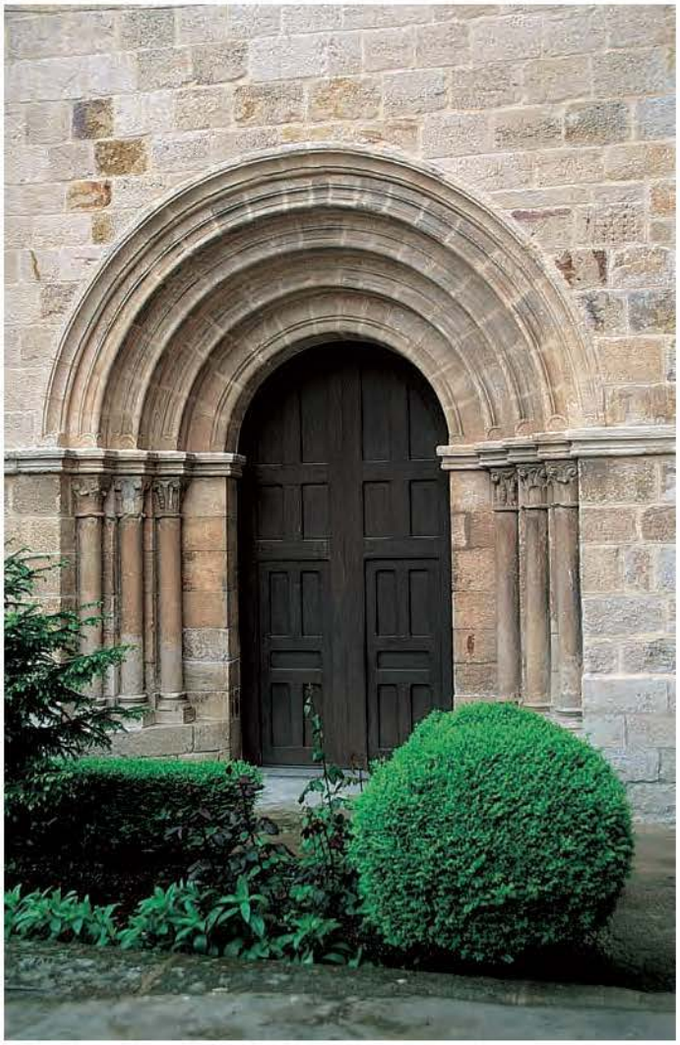
Bóveda del ábside

Clave del ábside

El tramo recto presbiterial se cubre con bóveda de cañón apuntado, a notable mayor altura que el ábside, lo que permitió abrir en el testero de aquél un óculo que da luz a la nave. Dos ventanas de arco de medio punto doblado se abren en los muros norte y sur del presbiterio, invadiendo parcialmente los riñones de la bóveda. Da paso al presbiterio un robusto arco apuntado y doblado que reposa en potentes semicolumnas sobre basamento, cuyas basas presentan perfil ático de toro inferior achaflanado y con lengüetas, sobre fino plinto. Sus capiteles son vegetales, decorados con hojas lisas de puntas vueltas rematadas en volutas y nervio central perlado. En los paramentos meridional y septentrional del presbiterio se abren, en el extraordinario grosor del muro, dos estancias cerradas con bóvedas de cañón de eje paralelo al del templo, de las que sólo la meridional se conserva intacta. Se accede a ellas por angostos vanos cerrados con dinteles soportados por mochetas con perfil de nacela. Sus reducidas dimensiones (1,70 × 1,50 m la meridional y 1,70 × 1,07 la septentrional) y la presencia de piedras en saledizo como soporte de algún armario de madera nos hacen pensar en su función como archivo o tesoro. La cámara septentrional aparece desfigurada al habilitarse como acceso a la sacristía, moderna y cubierta con cúpula sobre pechinas, que se adosó al norte del presbiterio.

El análisis de la nave nos evidencia los riesgos que asumió el arquitecto al realizar la traza. Su idea de plantear un edificio escalonado en altura le llevó a concebir un desmesurado desarrollo para la nave, sin duda fundamentado en el extraordinario grosor de los muros (2,20 m) y en los numerosos y potentes contrafuertes escalonados que los ciñen. Aun así, su planteamiento de cubrirla con una altísima bóveda –suponemos que de cañón apuntado– reforzada por fajones que apean en semicolumnas adosadas, determinando así tres tramos, no resistió el exceso de altura, lo que motivó su ruina y su sustitución por una cubierta de madera a dos aguas, la actual de época reciente. El empuje de la primitiva estructura y su desplome dejaron sus huellas en el edificio en forma de muros desalineados y evidencias de remonte de las partes altas, bajo la línea de la cornisa. Plausiblemente, en este momento se sustituyó la tipología de las ventanas originales, conservadas sólo en el muro norte, por la visible en los dos vanos que flanquean el rosetón en la fachada meridional. Estas dos ventanas son geminadas, de arcos apuntados con parteluz poligonal con molduraciones góticas y pequeños óculos circular y triangular, el conjunto rodeado por un arco de medio punto ornado con un grueso bocel. Hacia el interior estas ventanas manifiestan el profundo abocinamiento en su umbral en talud. El resto de las ventanas presentan una tipología típicamente románica, con saeteras rodeadas de arcos doblados de medio punto y columnas acodilladas interior y exteriormente, salvo la del tramo más oriental de la nave, que carece de ellas. Sus capiteles presentan hojas lisas lanceoladas rematadas en brotes lobulados y hojas de acusado nervio central perlado con cogollos. Recorre interiormente los dos primeros tramos del muro norte una imposta con perfil de nacela que prolonga los cimacios de la ventana más occidental, interrumpiéndose en el tramo más próximo a la cabecera y no apareciendo en el interior del hastial y muro sur.

En la actualidad rodean al edificio por el costado norte las dependencias del convento de las siervas de María, aunque en lo fundamental podemos observar en esta fachada que, salvo las bien visibles reparaciones, su aspecto se presenta menos alterado que el muro meridional. La portada de este lado, que daba al antiguo paseo de San Martín, estuvo antiguamente tapiada, tal como señala

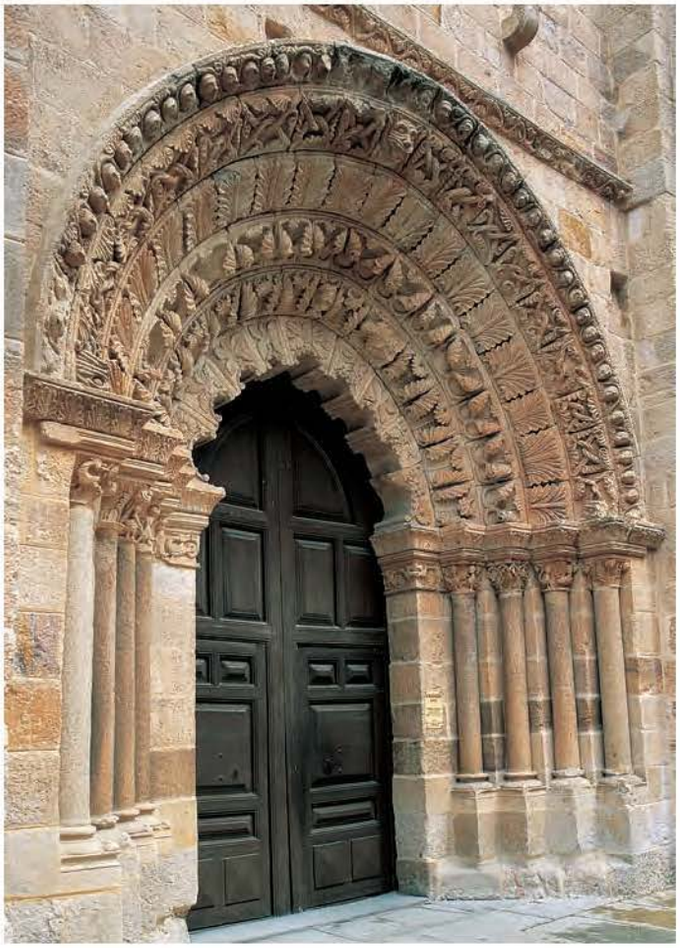


Portada norte

Capiteles de la portada septentrional

Quadrado y se comprueba en la obra de Antón, apareciendo ya abierta a principios del siglo XX. El análisis de su ornamentación nos la pone en relación con la escultura de la cabecera y baldaquinos. Se sitúa enfrentada a la meridional, alzándose sobre un basamento corrido, y consta de arco de medio punto y tres arquivoltas, todas molduradas con bocel entre mediascañas y chambrana de nacela y junquillo. Apean en tres parejas de columnas acodilladas en jambas escalonadas de basas restauradas, fustes monolíticos y cimacios moldurados con el típico perfil zamorano de listel, mediacaña y bocel. Sus capiteles vegetales, simétricamente colocados, reciben pencas, alargadas y carnosas hojas de acanto de nervio perlado, puntas vueltas y rizadas que acogen cogollos, hojas lanceoladas acogolladas y otras con volutas. Su factura relaciona estas cestas vegetales, sobre todo las interiores, con las de las ventanas del ábside, y recuerda ejemplos zamoranos tales los visibles en la portada norte de la colegiata de Toro, portada meridional de San Juan del Mercado de Benavente, portada sur de la catedral de Ciudad Rodrigo o algunos fondos vegetales de los capiteles del claustro de la catedral de Salamanca. La referencia del modelo, a nuestro juicio, hay que buscarla en la plástica gallega del último tercio del siglo XII y así, encontramos el esquema en algunos capiteles de la cripta, tramo más occidental y Pórtico de Santiago de Compostela, y en sus derivaciones en la portada occidental de San Esteban de Ribas de Miño, la septentrional de San Juan de Portomarín, etc. Sobre la portada se abre una ventana de vano rasgado con arco de medio punto con dos boceles entre mediascañas y chambrana de nacela sobre columnas acodilladas de capiteles vegetales de hojas acogiendo bolas. En la cornisa de esta fachada observamos los típicos canes troncopiramidales con hojitas, junto a otros con cabecitas, motivos geométricos, dos boceles entre mediacaña, entrelazos, etc.

En el hastial occidental, y notablemente descentrados debido a la presencia de la torre que ocupa la mitad de dicho frente, se abrió una portada y sobre ella un rosetón de ocho arcos que al interior se manifiesta como un gran arco de medio punto de alféizar con pronunciado talud, quizá rehecho. La portada, la más sencilla de las tres que posee el templo, se abre entre el cuerpo de la torre y el contrafuerte del ángulo suroccidental, y consta de arco de medio punto ornado con bocel y arquivolta de dos finos bocelillos entre mediascañas, rodeado con chambrana de perfil de nacela y listel. Apean los arcos en jambas lisas con dos columnas acodilladas de basas restauradas, fustes monolíticos y capiteles vegetales decorados, el derecho con dos filas de hojas lanceoladas de puntas vueltas y marcado nervio central perlado, y lisas lanceoladas el derecho, ambos coronados con volutas. Sus cimacios presentan perfil de filete, mediacaña y bocel.

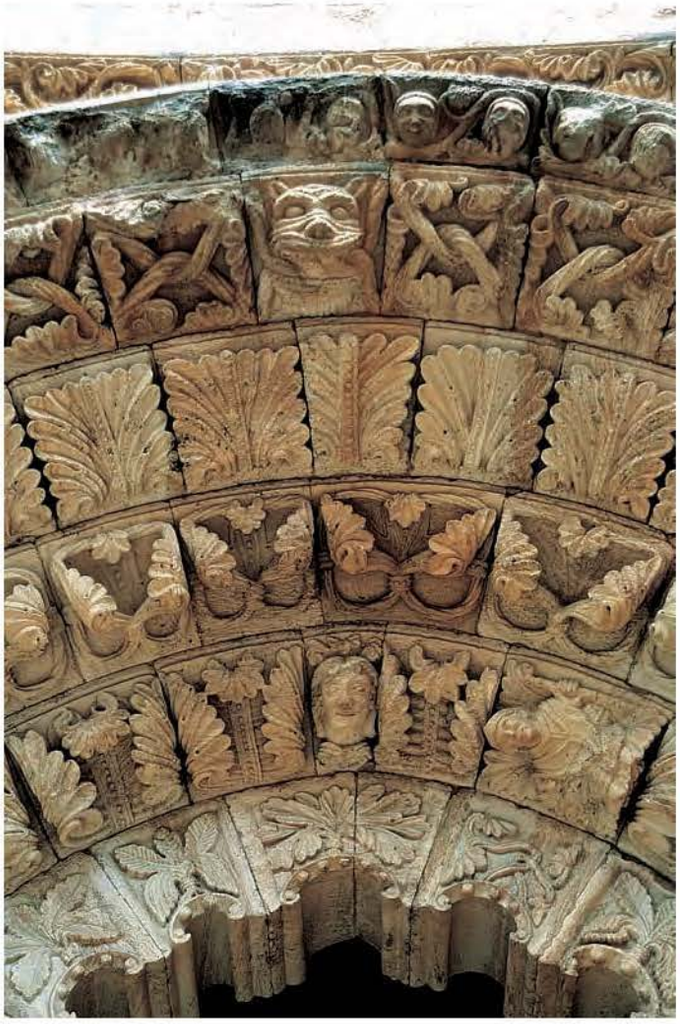


Portada sur

La fachada meridional, principal por dar al *carral maior*, presenta síntomas de refección en época gótica, principalmente el alzado, y mantiene los canzorros de un primitivo pórtico de madera hoy desaparecido. En el tramo central de la nave y enmarcada ente dos contrafuertes se abre la portada, que horada el potente muro, sobre ella una imposta ornada con un tallo ondulante del que brotan hojitas lobuladas, vomitado por dos cabecitas de felino en los extremos, y un rosetón circular exornado por puntas de clavo y tracería tetralobulada de intradoses decorados con puntas de diamante. La portada presenta arco levemente apuntado y polilobulado con perlas en la arista y rosca decorada con florones, hojas y tallos entrecruzados, remedo quizás del arco de la portada norte de la colegiata de Toro –éste, de neto sabor compostelano y orensano– o la norte de Ciudad Rodrigo, aunque a un similar diseño se corresponde aquí un más seco tratamiento. Rodean el arco cuatro arquivoltas y guardapolvos, apoyando el conjunto en jambas escalonadas con cuatro parejas de columnas acodilladas sobre altos plintos y basamento, éstos rehechos. La primera arquivolta se orna con hojas de bordes lobulados y vueltos y grueso nervio central perlado, salvo la clave, que muestra un sonriente rostro sobre fondo vegetal y una dovela cercana, figurada con una representación de un abad u obispo con casulla y mitra, empuñando el báculo en su mano izquierda, colocado en el sentido longitudinal del arco. En el resto de arquivoltas se suceden tallos anillados por banda perlada de los que brotan hojas avolutadas –de idéntico diseño a otros de la primitiva portada exterior del Pórtico de la Gloria de Santiago, hoy en el Museo de la catedral compostelana–, un friso de secos acantos de nervio central perlado y un mascarón monstruoso de rasgos felinos que vomita los tallos trenzados y entrecruzados acogiendo hojitas lobuladas que ocupan toda la arquivolta externa. Rodea el conjunto una chambrana ornada con una serie de cabecitas sonrientes entre tallo de ondas del que brotan hojitas y pámpanos. La inspiración en la última fase románica de Santiago de Compostela que manifiesta esta portada, creemos que meridiana, se encuentra pues tamizada por la distancia geográfica, las etapas intermedias y la parquedad de recursos del estilo de nuestro escultor.

El arco recae en jambas coronadas por relieves en los que dos parejas de dragones se afrontan comiendo el fruto de una hoja de palma, a la derecha, y dos dragones opuestos que se enfrentan a las cabezas monstruosas que rematan las enredadas colas de su oponente. En los capiteles de las columnas acodilladas que recogen las arquivoltas se suceden los dragones afrontados, las arpías con capirote, las masculinas barbadas de cola rematada en brote vegetal o las de larga cola terminada en cabecita monstruosa sobre fondo de hojas lisas con *crochets*, junto a los vegetales de tallos perlados entrelazados y anillados y los acantos de seca talla, con cogollos anillados en sus puntas y nervios decorados con zigzag, éstos en todo similares a los de la ventana norte del tramo occidental de la nave. El tratamiento de los relieves de esta portada meridional es, pese a la profusión decorativa que manifiesta, el más rudo y seco del templo, con una factura casi gotizante que nos hace pensar en un equipo de tallistas distinto al que ejecuta las esculturas de la cabecera, creemos que en una fecha algo más tardía, por lo que no podemos compartir la pretendida anterioridad que creía ver aquí Gómez-Moreno (*op. cit.*, pp. 166-167). Los cimacios, por último, se decoran con friso de hojitas lobuladas y palmetas entre ellas.

Más tardías aún, plenamente góticas, son las dos ventanas que dan luz a la nave en su muro meridional, ambas de arco de medio punto remontado, de vano geminado con dos arcos apuntados y parteluz de sección poligonal



Arquivoltas de la portada sur. Detalle

coronado por capitel de hojas rematadas en volutas, sobre el que se calan dos oculillos. En el tramo occidental de la nave se abrieron tres lucillos sepulcrales de arcosolios apuntados y abocelados, aparentemente contemporáneos de la construcción a tenor de las marcas de cantero, aunque sin inscripciones identificativas.

En el hastial occidental, al norte, se adosó una torre de planta rectangular, a cuyo cuerpo alto da acceso, mediante una puerta abierta en el ángulo noroeste de la nave, una escalera de caracol. La estructura está actualmente desmochada, siendo su remate fruto de una reciente restauración que habilitó una espadaña en la que se aprovecharon varias dovelas de las primitivas troneras, decoradas con un grueso bocel y banda inferior de zigzag. Mayor interés revisten las dos estancias abovedadas que se suceden en el cuerpo bajo y medio de la torre, los únicos conservados. A la primera se accede por un vano adintelado sobre dos mochetas con *crochets* y a la segunda desde el coro alto por una puerta de arco de medio punto doblado (ésta recibe luz de una saetera abocinada al interior). Ambas se abovedan con medio cañón de eje paralelo al del templo, mostrando abundantes marcas de cantero. Son similares a las de la torre de Santa María de la Horta.

Otra interesante peculiaridad de Santa María Magdalena de Zamora radica en la presencia de dos baldaquinos de remate adintelado en el tramo de nave inmediato a la cabecera. Están parcialmente embutidos en el muro de la nave, al que adelgazan, dando lugar a las erróneas lecturas de la planta que interpretan este rebaje como un falso transepto no manifestado al exterior (Antón, Ramos de Castro, etc.). La mera contemplación del alzado de la nave despeja cualquier duda al respecto. Se cubren los baldaquinos con breves bóvedas de cañón ceñidas por robustos arcos de medio punto; los interiores, lisos, recaen en capiteles pinjantes encastrados en el muro y los que se abren a la nave, moldurados con una mediacaña entre dos boceles, reposan en un capitel pinjante y una gruesa columna sobre alto basamento. Hacia el oeste, los laterales presentan remate adintelado, siendo los empujes de la bóveda contrarrestados mediante aparatosos machones de perfil decreciente en talud y embutidos en el muro, solución sin duda más efectiva que estética. Son bien perceptibles las rozas dejadas en el muro por las mesas de altar que se adosaron al mismo en origen y que interrumpen el banco corrido moldurado que recorre todo el edificio interiormente. Los capiteles pinjantes son en ambas estructuras bastante someros, bien lisos, bien decorados con sencillos *crochets* y con un florón en la base de la cesta. Mayor riqueza manifiestan las columnas exentas, alzadas sobre altos basamentos prismáticos. Presentan basas de fino toro superior, escocia y toro inferior aplastado con lengüetas, sobre plinto moldurado con una mediacaña ornada con bolas; los fustes son torsos, el del lado de la epístola en zigzag y los coronan bellos capiteles vegetales, ambos de estrechas hojas lanceoladas de nervio central, dobladas las de los ángulos y rematadas por voluminosos caulículos en el baldaquino norte y por un tallo ondulante con brotes de hojitas rizadas en el meridional. Los cimacios reciben palmetas inscritas en clípeos anillados y un friso de acantos entre hojitas lanceoladas.

No son infrecuentes estos altares laterales bajo ciborio o baldaquino en el románico soriano, burgalés y catalán, con ejemplos tan próximos al nuestro como los de Nuestra Señora del Valle de Monasterio de Rodilla (Burgos), la ermita de los Mártires de Garray, la de San Mamés de Montenegro de Cameros, Ólvega o San Juan de Duero, en Soria, etc. Su función, creemos, está ligada a la multiplicación de altares impuesta por los usos litúrgicos, la misma que explica los altares laterales de los absidiolos de San

Baldaquino y sepulcro

Capitel del baldaquino del evangelio

Martín de Castañeda. Junto al baldaquino del lado de la epístola encontramos, además, un pozo abovedado abierto a la nave mediante un arco de medio punto, contemporáneo a la construcción del templo.

Sobre un regruesamiento del zócalo del muro norte de la nave, aparentemente contemporáneo de su construcción, se alza un magnífico monumento funerario, el más notable de Castilla y León junto al cenotafio de San Vicente de Ávila. Mide 2,21 m de longitud por 0,8 m de anchura y 1,74 de altura desde el banco corrido. Se compone de una lauda sepulcral de 1,81 × 0,53 m a doble vertiente, ornada con un fino bocel en el borde y una gran cruz de tipo procesional, patada y perlada, en el centro. En torno y sobre el sepulcro se construyó un soberbio baldaquino arquitrabado sobre cinco columnas, en el fondo del cual se encastraron tres placas esculpidas en altorrelieve que, junto al capitel que recoge el arquitrabe, componen una escenificación del tránsito del alma de la difunta. Ésta aparece representada en el lecho mortuorio, cama de madera de la que penden las sábanas, apoyando la cabeza en dos cojines y sus pies en otro y cubriéndose con un cobertor de gruesos pliegues acostados. Viste la dama toca con barboquejo, calzado puntiagudo, brial de mangas fruncidas y sobreveste, mostrándose con los brazos extendidos y las palmas hacia abajo. Flanquean a la figura yacente dos ángeles turiferarios de acaracolada cabellera, descalzos, ataviados con túnicas y nimbados, que utilizan sus incensarios mientras señalan con sus índices extendidos a la representación de la ascensión del alma que se figura, desbordándolo, en el capitel-ménsula que recoge el dintel central del baldaquino. Vemos aquí el alma de la difunta en forma de personajillo desnudo, mostrando las palmas pegadas ante su pecho, que es elevado en un lienzo por dos ángeles nimbados que surgen de un fondo de ondas en la parte alta del relieve, al estilo de las composiciones del tímpano de San Vicente y un capitel de la girola de la seo de Ávila o la Coronación de María del claustro burgalés de Silos. Aquí ambos alzan sus brazos interiores, reafirmando el sentido ascensional de la escena.

Por lo que respecta a la estructura arquitectónica del ciborio, éste se compone de un arquitrabe y crestería con representaciones arquitectónicas que apoyan en la zona media en un dintel, a su vez encastrado en el muro y apeado por el capitel-ménsula y la columna central del frente exterior. También recoge dicho dintel los dos plafones que cierran interiormente el baldaquino, ornados con casetones gallonados de botón central, el izquierdo con una alcachofa y el otro con una grana. Los referentes inmediatos de esta decoración de gallones se encuentran en la Puerta del Obispo de la catedral y en el coro pétreo de Santiago de Compostela, como luego veremos. Sobre el arquitrabe, el coronamiento del monumento se compone de cuatro placas esculpidas, dos en los laterales y dos en el frente, ornadas con arquitecturas figuradas del tipo de las visibles en el citado coro mateano, en el sepulcro de San Vicente de Ávila o, con variantes, en los frisos palentinos de Carrión de los Condes y Moarves de Ojeda, etc., amén de numerosos referentes miniados y del primer gótico de Île-de-France, modelo también toscamente copiado en el sepulcro, ya gótico, de San Isidoro de Zamora. Se trata de formas acastilladas de remate escamoso, con ventanitas rasgadas de medio punto, que cobijan arcos trilobulados de arista con mediacaña y bolas, cuyos timpanillos se decoran con motivos del Bestiario. Vemos así, en el que mira a los pies del templo, dos dragones de rasgos caninos, alas replegadas y cola de remate vegetal, afrontados entrelazando sus cuellos y mordiéndose

El sepulcro

Relieve del sepulcro. Ascensión del alma

mutuamente las patas, sobre un fondo vegetal. En los plafones del frente se figuran, respectivamente, dos dragones afrontados de largos cuellos entrelazados, que alzan sus patas en una espléndida y muy lineal composición; sus cabezas son felinas y rugientes, y vomitan tallos y hojarasca, que igualmente remata sus colas. En el otro relieve son dos arpías con extraños capirotes ribeteados con puntos de trépano y colas de gallinácea las que se afrontan y entrelazan sus cuellos. En el tímpano que mira al altar encontramos sin duda la más lograda composición, con dos leones pasantes de rizada melena, afrontados en torno a un tallo vegetal con hojas incurvadas, cuyo aire orientalizante ha sido frecuentemente referido.

Los relieves arriba descritos apoyan en cinco columnas, tres exentas en el frente y dos adosadas y acodilladas al interior. Las primeras se alzan sobre plintos y presentan basas respectivamente de sección cuadrada, octogonal y circular, variando también la decoración de sus fustes: estriado y torso con hojitas lobuladas y acorazonadas de nervio central perlado el izquierdo, acanalado de sección octogonal el central y torso el derecho. Las columnas adosadas animan sus fustes con entorchado y acanalado en zigzag. Sus magníficos capiteles se decoran con animales fantásticos (de interior a exterior y de izquierda a derecha): dos aves que picotean los caulículos que rematan las dos coronas de pencas del fondo; dos arpías encapuchadas de alas explayadas, opuestas y con su cola de reptil anudada, una masculina con barba de puntas rizadas y la otra femenina, sobre fondo de hojas lisas y puntas avolutadas y anilladas; cuatro arpías-aves de alas recogidas y enredadas en un tallo del que brotan hojitas sobre un fondo de hojas lisas rematadas en caulículos; el excelente relieve del capitel derecho del frente presenta dos filas de hojas lisas de puntas incurvadas hacia el sepulcro y dos trasgos afrontados que entrelazan sus largos cuellos y sus colas, cuyos cuerpos son de ave, con garras de rapaz que asen el astrágalo y alas replegadas, y sus cabezas de felino, con puntiagudas orejas, abultados ojos y fauces rugientes, conservando aún esta cesta vestigios de policromía, de tonos ocres y azules. Finalmente, el capitel acodillado hacia el este se decora con dos híbridos afrontados compartiendo el pecho, con cuerpo de ave de alas alternativamente recogidas y explayadas, pezuñas de cabra, larga cola escamosa de reptil y largos cuellos anillados por una banda perlada rematados por cabezas felinas de orejas puntiagudas que muerden el ala extendida. Los cimacios presentan variedad de motivos vegetales de cuidado tratamiento, desde las simples palmetas, tallos ondulados con brotes, acantos de nervio central perlado, hojas lanceoladas y otras perladas, de puntas vueltas y lobuladas.

Estilísticamente muy cuidados en acabado y composición, ciertos rasgos como la caracterización fisionómica de las figuras, de rostros mofletudos, ojos globulosos y cabellos acaracolados, el detallismo en la resolución de los híbridos, recurrentemente pareados y enredados y la profusión decorativa nos ponen en relación esta pieza con la mejor plástica de finales del siglo XII. Principalmente, las fuentes de inspiración del artista parecen proceden de Galicia, teniendo como punto de referencia el magnífico coro pétreo atribuido al maestro Mateo de la catedral de Santiago de Compostela, disgregado a principios del siglo XVII y ejemplarmente reconstruido en fechas recientes (R. Yzquierdo Perrín, 1999). Las referencias compostelanas de ésta y otras creaciones zamoranas ya fueron señaladas por Filgueira Valverde y Ramón Fernández, y desarrolladas por Pita Andrade, quien con buen criterio consideraba la catedral

Cresteria del sepulcro

románica de Orense como un jalón intermedio de su expansión hacia León y Castilla. Pradalier veía una "casi total identidad" entre las figuras humanas del sepulcro zamorano y ciertas claves de bóveda de la nave decoradas con ángeles y dos capiteles de la zona occidental de la catedral de Salamanca, que no duda en atribuir al mismo escultor (H. Pradalier, 1978, I, pp. 225-226). Margarita Ruiz, aun reconociendo la innegable proximidad estilística, se muestra más cauta a la hora de establecer una misma identidad para ambos escultores (M. Ruiz Maldonado, 1988, p. 45).

La identidad de la yacente sigue siendo una incógnita, pues no existe inscripción ni signo alguno sobre el monumento, pese a la intuición de ilegibles restos epigráficos en uno de los cojines de la dama que creyó ver Guadalupe Ramos, y que Margarita Ruiz considera al menos dudosos. Descartadas las peregrinas interpretaciones de Francisco Antón o Tomás María Garnacho, y dado el carácter de los constructores del templo, hay que pensar que nuestra dama sería una noble benefactora de la orden y muy probablemente de la propia obra de Santa María Magdalena, pues la construcción de la tumba parece contemporánea de la erección de la nave. La ausencia de testimonios documentales nos deja así nuevamente en el terreno de las hipótesis. Entre las últimas formuladas destaca la de Ávila de la Torre, quien cree que la enterrada es la reina Urraca, hija del portugués Alfonso Enriques y primera esposa de Fernando II de León. De ella consta tanto su vinculación a Zamora como que tras su separación, en 1175, ingresó como freira de la Orden de San Juan. En cualquier caso, esta excepcional pieza del arte funerario del románico hispano, considerada por Pradalier, no sin razón, como "un jalón esencial entre Santiago de Compostela y Salamanca", añade a su innegable valor estético, en lo estilístico, el hecho de recoger de modo cercano las maneras del famoso Coro del taller de Mateo para la seo compostelana.

En resumen, la iglesia de La Magdalena, por sus peculiaridades arquitectónicas y riqueza decorativa, resulta uno de los ejemplares más interesantes del románico zamorano, aceptablemente conservado y en el que se entrecruzan los aires atlánticos –sobre todo galaicos– con las conexiones con las grandes fábricas catedralicias de Zamora, Ciudad Rodrigo y Salamanca. La cronología tardía de esta iglesia se desprende tanto del análisis estilístico de sus soluciones arquitectónicas como de las evidentes relaciones con obras gallegas, zamoranas y salmantinas, pudiendo fijarse un arco temporal aproximado para su edificación entre 1190 y 1215.

Texto: JMRM - Planos: MMB - Fotos: JNC/JMRM

Bibliografía

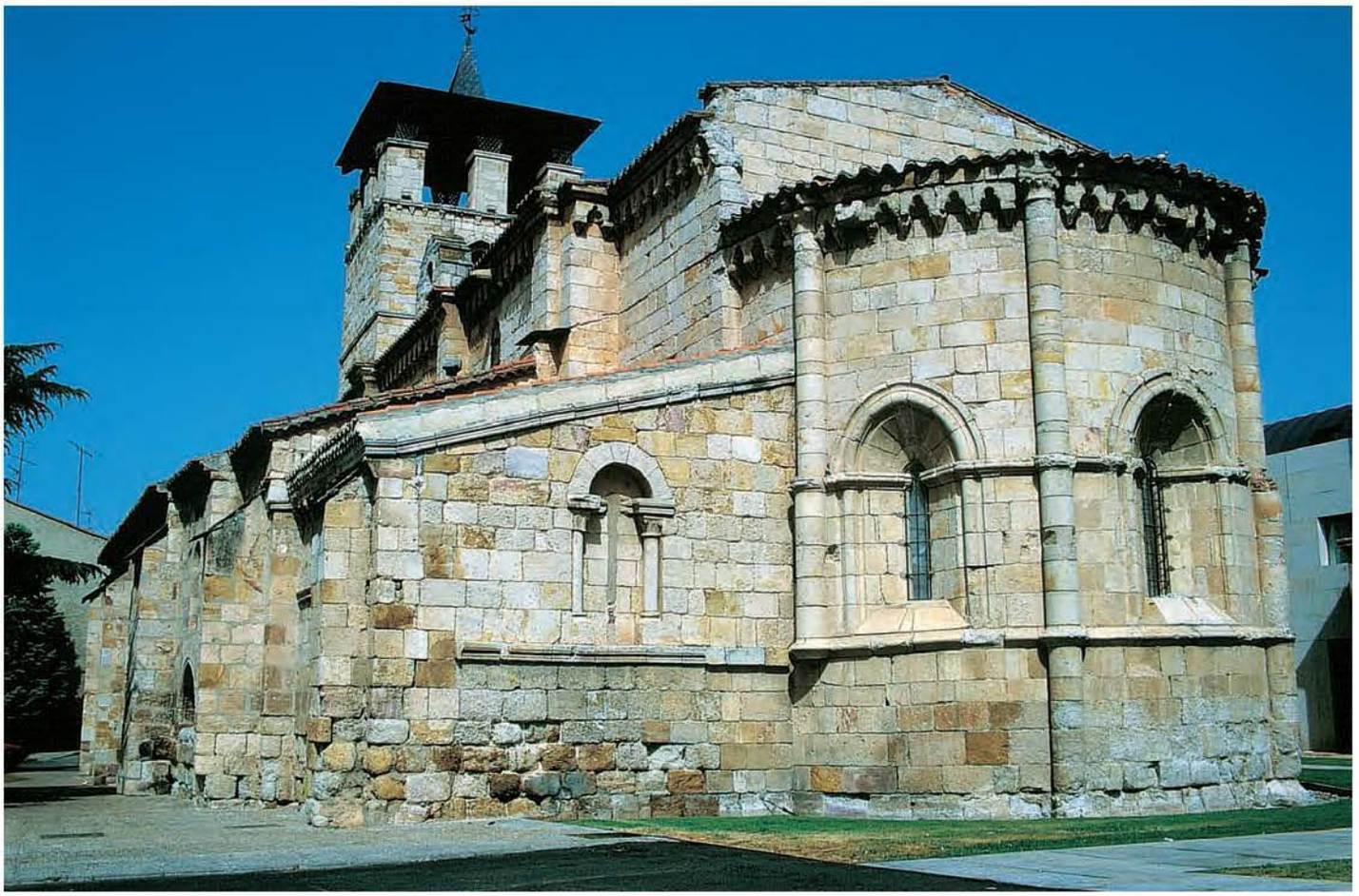
AA.VV., 1990, pp. 234-235; AA.VV., 1993, p. 131; ALONSO ARRIBAS, C. J., 2001, pp. 46-52; ANTÓN Y CASASECA, F., 1910; ARBÓS, F., 1910, pp. 93-96; ÁVILA DE LA TORRE, Á., 2000, pp. 151-168; AYALA MARTÍNEZ, C. de (comp.), 1995, docs. 304, 347; BARQUERO GOÑI, C., 1997, pp. 386-387, 478; BERTAUX, É., 1906, p. 242; BUENO DOMÍNGUEZ, M.ª L., 1991a, pp. 121-122; CALVO MADROÑO, I., 1914, pp. 167-168; CASTÁN LANASPA, J., 1983, p. 61; CHUECA GOITIA, F., 1961 (2001), p. 225; CRUZ Y MARTÍN, Á., 1981, pp. 56-61; ENRÍQUEZ DE SALAMANCA, C., 1998, pp. 46-50; FERNÁNDEZ PRIETO, E., 1975, p. 2794; FERRERO FERRERO, F., 1993b, n.° 47, p. 131; FILGUEIRA VARVERDE, J. y RAMÓN FERNÁNDEZ OXEA, J., 1930 (1987), pp. 17-19; GARCÍA CALLES, M.ª L., 1972, doc. 47; GARNACHO, T. M.ª, 1862, pp. 197-201; GARNACHO, T. M.ª, 1878 (1979), p. 159; GÓMEZ MARTÍNEZ, A., 1958, p. 30; GÓMEZ-MORENO, M., 1927 (1980), I, pp. 166-168 y II, láms. 186-194; GUDIOL RICART, J. y GAYA NUÑO, J. A., 1948, pp. 277, 279; GUTIÉRREZ ÁLVAREZ, M., 1997, p. 97; HERAS HERNÁNDEZ, D. de las, 1973, pp. 247-248; HERNANDO GARRIDO, J. L., 1998-1999, pp. 59-75; HERSEY, C. K., 1937, p. 103; LECLERCQ-MARX, J., 1997, p. 165; LERA MAÍLLO, J. C. de, 1999, docs. 258, 275, 944, 1062, 1354, 2235; LOJENDIO, L. M.ª de, RODRÍGUEZ, A. y VIÑAYO, A., 1996, pp. 132-133; LUELMO ALONSO, R., 1951; MAJADA NEILA, J., 1983, p. 21; MARTÍN MARTÍN, J. L., 1982, p. 17; MÉLIDA, J. R., 1910, pp. 101-106; MOMPLET MÍNGUEZ, A. E., 1995, p. 103; MONTERO APARICIO, D., 1995, pp. 773, 791-793; MUÑOZ MIÑAMBRES, J., 1996, pp. 282-284; PALOL, P. de, y HIRMER, M., 1967, p. 120 e ils. 179, 189; PITA ANDRADE, J. M., 1953, pp. 215-221; PITA ANDRADE, J. M., 1955, pp. 375-377; PRADALIER, H., 1978, I, pp. 222-228 y II, láms. CXXXV-CXXXVIII; QUADRADO, J. M.ª, pp. 596-598; QUADRADO, J. M.ª y PARCERISA, F. J., 1861 (1990), pp. 67-69; RAMOS DE CASTRO, G., 1977, pp. 122-137, 499 y docs. 7, 22; REPRESA RODRÍGUEZ, A., 1972, pp. 532-533; RICHERT, G., 1943, p. 55; RIVERA BLANCO, J. (coord.), 1995, pp. 989-990; RIVERA DE LAS HERAS, J. Á., 2001a, pp. 65-69; RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ, J., 1990, p. 251; RUIZ MALDONADO, M., 1988, pp. 33-59; SÁINZ SÁIZ, J., 1999, pp. 15-18; SÁNCHEZ HERRERO, J., 2002, pp. 29-30; VELASCO RODRÍGUEZ, V., 1960, p. 78; VIÑAYO GONZÁLEZ, A., 1982, p. 454; YZQUIERDO PERRÍN, R., 1999.

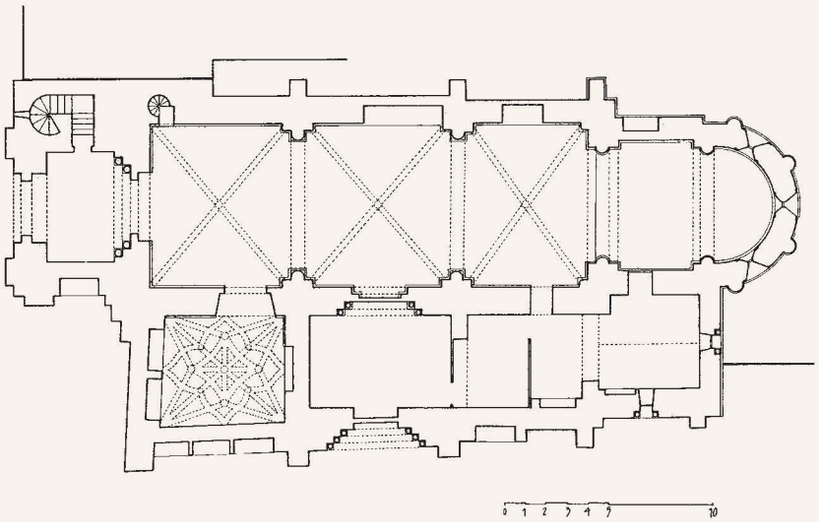
Iglesia de Santa María de la Horta

SANTA MARÍA DE LA HORTA se sitúa en la Puebla del Valle, prolongación de la trama urbana hacia el este siguiendo la línea del Duero, documentada a fines del siglo XI y arrabal de la ciudad al menos desde la centuria anterior. Su desarrollo se producirá en la segunda mitad del siglo XII, cuando a los contingentes hispanos que la poblaban se sumen otros de origen franco, así como los numerosos comerciantes y artesanos atraídos por el mercado y las tiendas instaladas en torno a la calle Balborraz.

Los orígenes de Santa María de la Horta se encuentran envueltos en una nebulosa, aunque lo que parece claro es que su construcción responde a la consolidación del entramado urbano de la Puebla a fines del siglo XII en torno, en este caso, a un templo erigido por la Orden de San Juan del Hospital, quien hizo de ella su casa matriz. Descartada por muy dudosa y nulamente documentada la pertenencia inicial al Temple del edificio (Quadrado, Antón, etc.), debemos pensar que su construcción fue obra de la firmemente asentada en territorio zamorano Orden de San Juan, que poseía en la ciudad, además de la Horta, los templos de La Magdalena y San Gil. El propio Quadrado copió un epitafio de la desaparecida sala capitular que rezaba: HIC IACET DOMINICUS PETRI ALUMPNUS HOSPITALIS PRESBITER... ERA MCCLXXXIIII, certificando el carácter sanjuanista de la encomienda. Aunque sea probable que su presencia date de 1163 (Barquero Goñi, 1997, p. 479), ésta se constata de modo más fiable en 1212, cuando *Sanctio Fernandi, comendatore de Sancta Maria de Çamora* confirma el fuero concedido por la Orden a la villa de Portomarín. En 1232, en el documento de acuerdo de límites entre el concejo de Toro y la orden de San Juan aparece como representante de esta última "García Rodríguez, comendador de Santa María de la Orta". Tal dignidad la ocupaba, en 1248, Pedro Pérez; los traslados de 1263 de sendas donaciones

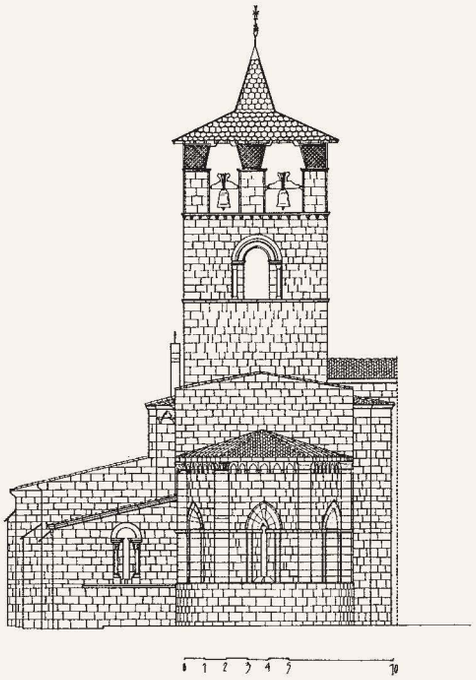
Exterior de Santa María de la Horta

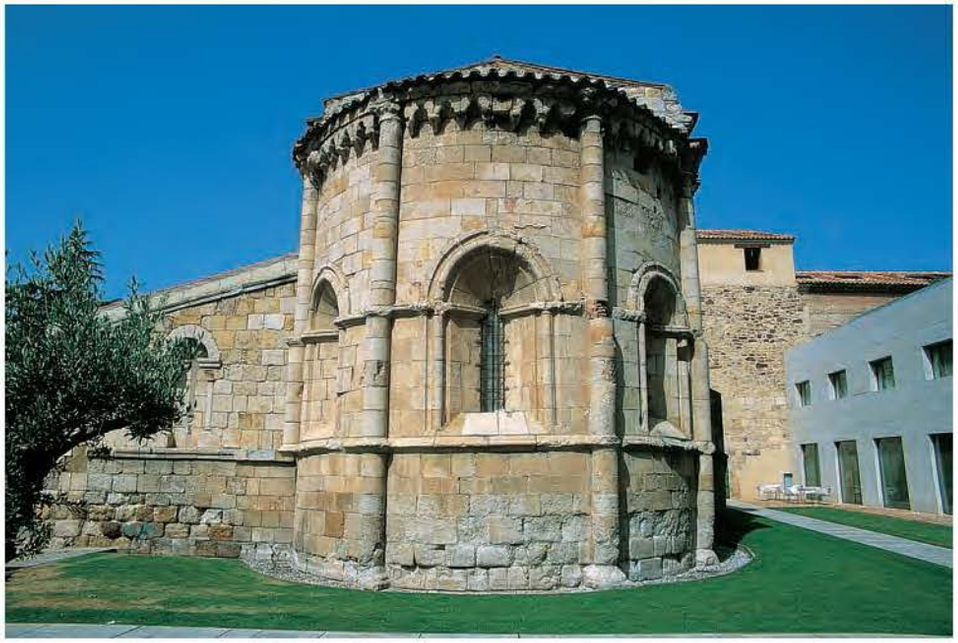




Planta

Alzado este





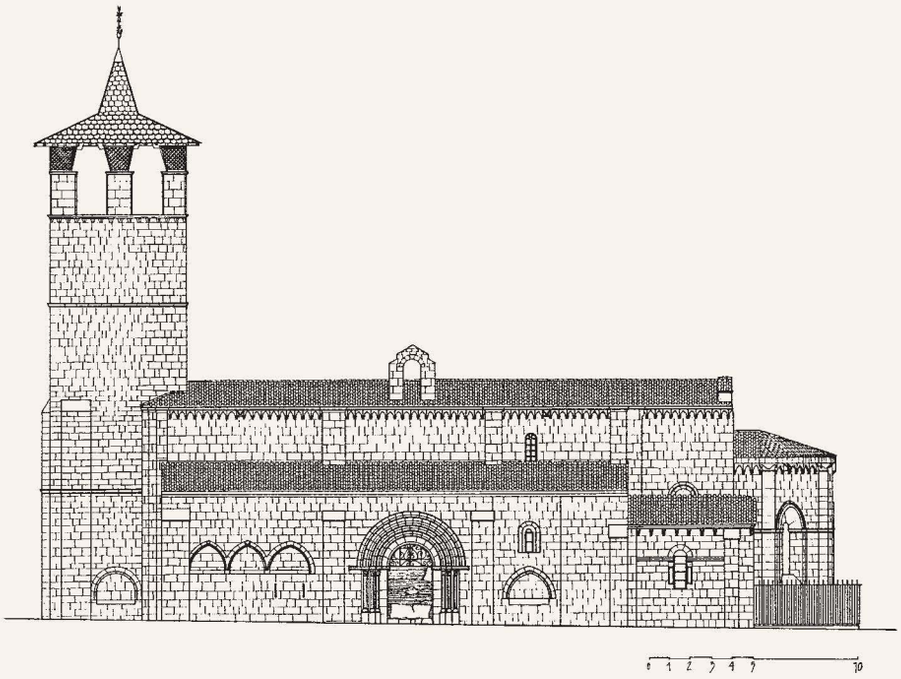
Cabecera

de Alfonso IX al obispo Martín, realizadas en 1210 y 1211, los firma autorizándolos un "fray Fernando, rector de la iglesia de Santa María de la Horta"; en 1277 encontramos a "frey Alfonso Perez Orisco"; en enero de 1282 fray Juan Yanes, prior del Hospital en Castilla y León, acordó con el obispo Suero sobre la provisión del rector de Santa María de la Horta, iglesia de la orden; fray Pedro Arias figura como "comendador de la bailía de Santa Maria de la Orta" en 1286. En 1300, varios vecinos "que moran en la puebla de Santa Maria de la Orta" actúan como testigos en un acta de donación a los sanjuanistas de un heredamiento en San Pedro del Arroyo (Ávila). Los caballeros hospitalarios se mantuvieron en la encomienda hasta el traslado a ella, en 1535, de las monjas de la orden procedentes del convento de Fuentelapeña, permaneciendo las dueñas hasta su exclaustración en 1837. En su torre se custodió el archivo del priorato de Castilla y León hasta su lamentable disgregación –con pérdidas incluidas– y traslado al Archivo de Alcalá y luego al Histórico Nacional a finales del siglo XIX.

Rodean la iglesia de Santa María, por el sur la plaza de la Horta, por el oeste la calle del mismo nombre y por el norte la de San Juan de las Monjas, tras la cual se alza San Leonardo. Su silueta aparece ya asociada en el perfil urbano de Zamora a la inmediata chimenea de ladrillo que la dobla en altura, vestigio último de la licorera que acogió el inmueble hasta fechas recientes. Apenas quedan restos de la encomienda sanjuanista adosada al templo, junto a la que hoy se ha construido un moderno hotel. Quadrado, que alcanzó a ver su claustro y sala capitular, describe el primero como "sombrío (...), cuyos gruesos arcos oprimen cortas columnas pareadas en línea transversal, y penetran en una estancia contigua rodeada de tumbas, destinada sin duda á sala de capítulo". Los actuales vestigios corresponden al siglo XVI, con las armas del duque de Alba campeando en su portada.

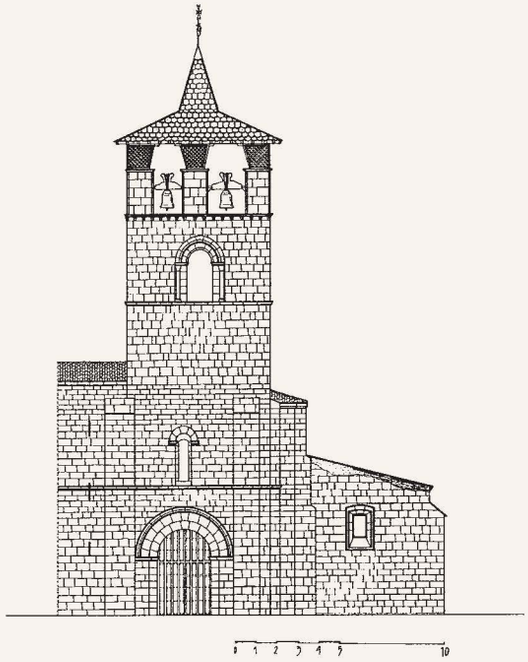
El templo original constaba de nave única dividida en tres tramos iguales, con portadas abiertas al norte –a la encomienda–, sur y oeste, donde se remató con una torre cuadrada, levantada ya en el siglo XIII. El conjunto se construyó en el conglomerado de arenisca local de mediana calidad impropiamente denominado pudinga zamorana, materia prima de prácticamente todo el románico de la capital.

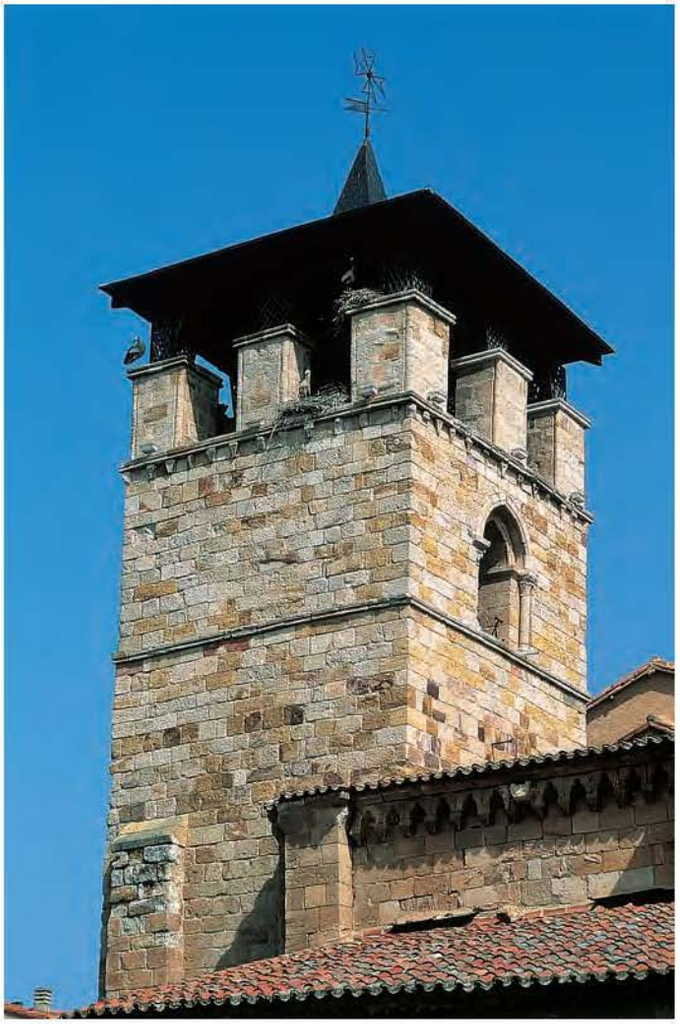
La cabecera se compone de ábside semicircular, elevado sobre un breve zócalo y cubierto con bóveda de horno generada por un arco doblado levemente apuntado, encima del cual se abrió, en el hastial del presbiterio, un óculo polilobulado. Este arco apea en semicolumnas que no alcanzan el suelo, rematándose bajo la imposta del piso bajo en sendos *cul-de-lampe*, cuya molduración nos hace dudar de su carácter originario. El capitel del lado de la epístola es vegetal, decorado con acantos, y el del lado del evangelio recibe una pareja de arpías afrontadas y un dragón atacando a una arpía. Al tramo recto que antecede al hemiciclo, cerrado con una bóveda de medio cañón peraltada, le da paso desde la nave un arco triunfal de medio punto doblado, netamente peraltado y deformado, que apea en gruesas semicolumnas también mutiladas –bajo la imposta inferior– en época moderna y rematadas en capiteles vegetales de grandes y carnosas hojas de



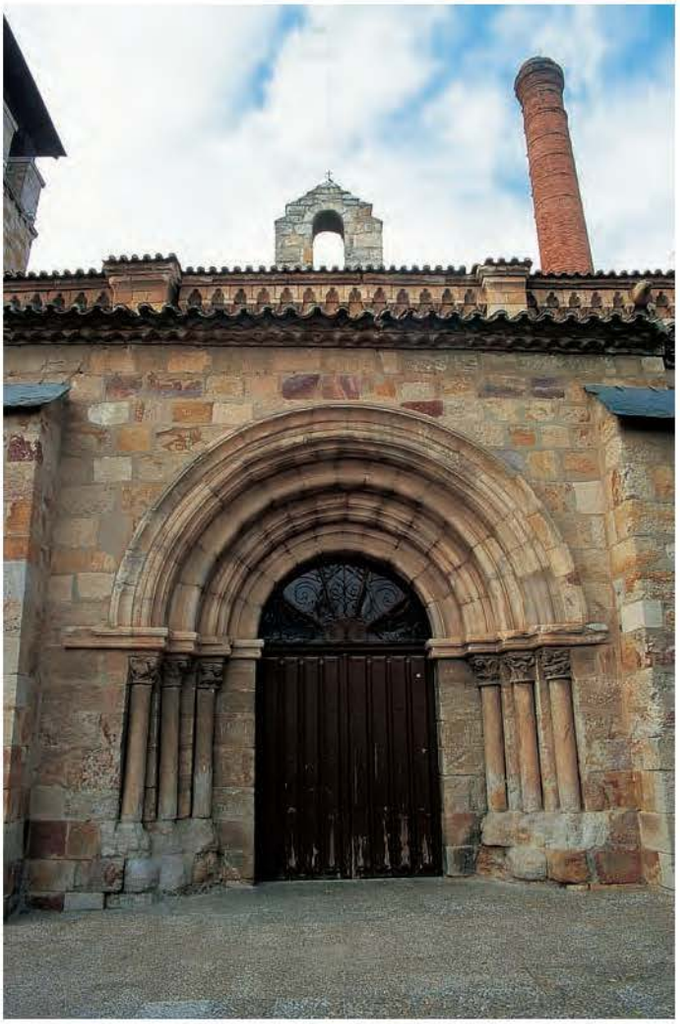
Alzado sur

Alzado oeste





Torre



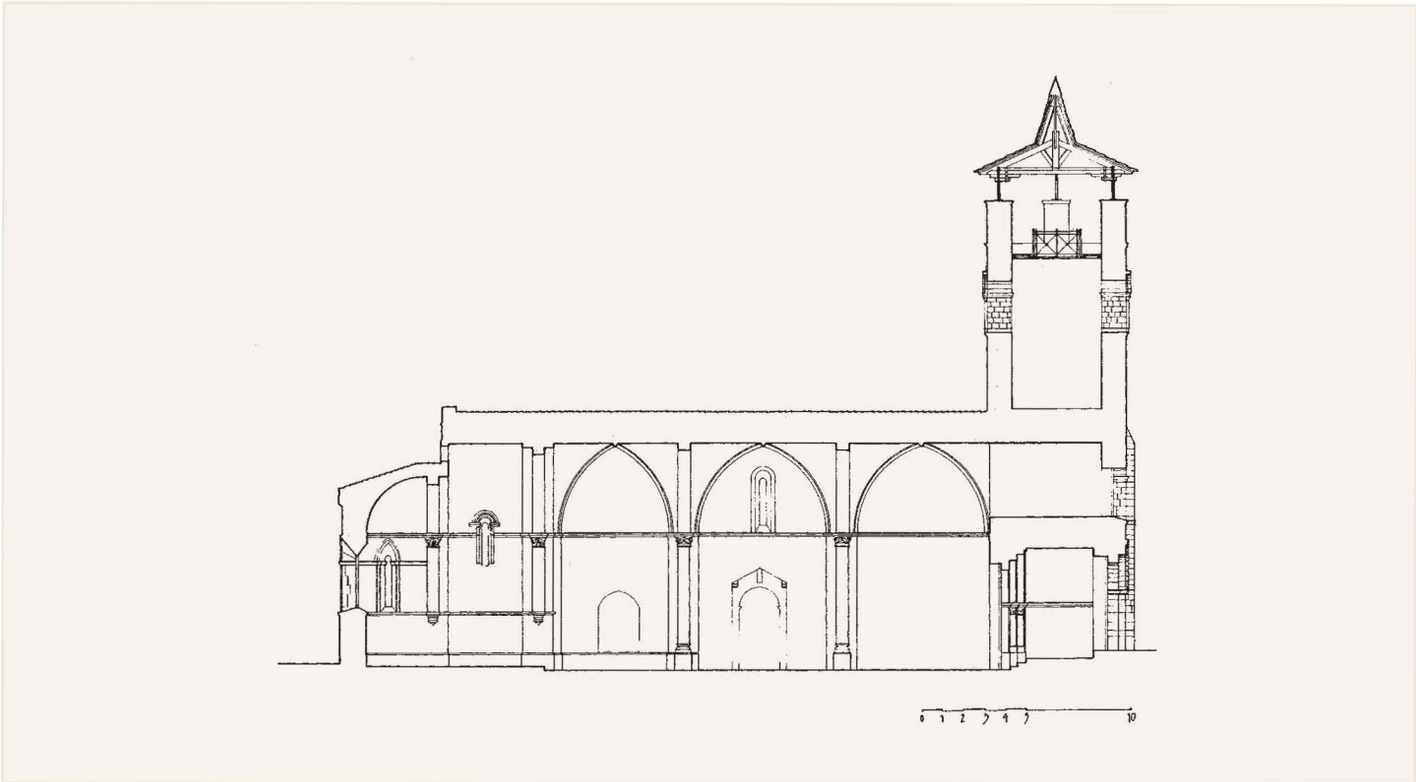
Portada meridional de la colateral

acanto con piñas y bayas en sus puntas. Ambas bóvedas de la cabecera parten de sendas impostas molduradas con bocel y nacela.

Exteriormente, el ábside aparece dividido en cinco tramos por cuatro semicolumnas adosadas que parten del zócalo, cuyos capiteles vegetales –ornados con palmetas, acantos y hojas lisas con pomas– se integran e interrumpen la cornisa. El tambor absidal presenta tres niveles, delimitados por sendas impostas: de bocel entre cavetos bajo el cuerpo de ventanas (ésta se continúa por el presbiterio), y de caveto, bocel y listel continuando al nivel del arranque de los arcos de éstas. Curiosamente, el muro se adelgaza a partir de esta última imposta, retranqueándose el paramento exterior. En cada una de las calles centrales se abren vanos rasgados que dan luz a la capilla, rodeados por ventanas aboceladas de exagerado abocinamiento exterior e interior, similares a las absidales de San Juan del Mercado de Benavente.

El tramo recto aparece iluminado por dos ventanas compuestas por estrechas saeteras de perfil abocelado y arcos de medio punto ornados con bocel, chambranas con perfil de nacela y cimacios "zamoranos", todo sobre una pareja de columnas acodilladas rematadas por capiteles vegetales de hojas lisas y picudas en la meridional y acantos y una tosca representación de Daniel en el foso de los leones en la norte, ventana ésta que, al exterior, muestra un arco de medio punto peraltado ornado con un grueso bocel que apea en semicolumnas con capiteles vegetales. Interiormente, a la altura de los capiteles, ambas ventanas invaden los riñones de la bóveda.

La nave se articula en tres tramos iguales –delimitados por anchos responsiones prismáticos con semicolumnas adosadas para recoger los fajones levemente apuntados–, cubiertos con bóvedas de crucería sencilla, de nervios moldurados con haces de tres boceles. Los capiteles de estas semicolumnas son vegetales, de grandes hojas apalmetadas



Sección longitudinal

Sección transversal

Capiteles de la portada de la colateral

Capitel de la portada de la colateral

rematadas en volutas, acantos acogollados, tallos entrelazados con brotes, hojas anilladas y avolutadas, etc., y las basas de perfil ático con fino toro superior. Cuatro columnas se acodillaban en los ángulos interiores de la caja de muros de la nave para recoger los nervios cruceros de los tramos extremos, de las cuales las dos más occidentales fueron eliminadas. Se iluminaba esta nave con ventanas de arcos doblados de medio punto en cada tramo salvo el oriental, siendo los vanos estrechas saeteras abocinadas al interior. Sobre la portada del hastial occidental se abrió una ventana de notable desarrollo, con dos arcos abocelados de medio punto sobre dos parejas de altas columnillas.

Frente a la puerta sur, hoy descentrada, hay un gran arco que acoge un bello retablo, aunque hacia el oeste aún se observa el arco cegado de la primitiva portada septentrional, que al exterior conserva un epitafio ilegible. En fecha imprecisa se abrió en el muro norte una portada de arco apuntado, hoy cegada y usada como hornacina para la imagen de la "Virgen de la Salud", de la que aún se advierten las quicialeras. En el muro norte del tramo occidental de la nave se abre un acceso –vano adintelado con dos mochetas triangulares de sumaria decoración de hojitas– a una escalera de caracol que hoy sube al tejado y probablemente en origen comunicase con la inmediata encomienda. El paramento externo del muro norte de la nave muestra las numerosas cicatrices provocadas por el uso industrial del edificio. Se refuerza con contrafuertes prismáticos y aparece coronado por una cornisa de arquillos trilobulados sobre canes piramidales.

La portada meridional, hoy protegida por la colateral adosada a principios del siglo XIII, consta de arco apuntado y liso, rodeado por dos arquivoltas y chambrana de nacela. La arquivolta interior se decora con *chevrons*, mientras que la exterior recibe lóbulos y oculillos calados, especie de tosco remedo de la Puerta del Obispo de la catedral. Apean los arcos en una imposta de listel, bocel y nacela y

jambas escalonadas en las que se acodillan dos pares de columnas. Su capiteles interiores presentan hojas lisas con cogollos y los extremos se ornan con sendas parejas de grifos atacando a híbridos de cabeza humana, cuerpo serpentiforme y patas de cabra, motivo luego remedado en la portada exterior de la colateral y que encontramos en un capitel de ventana de San Juan de Benavente.

Como ya intuyó Gómez-Moreno, la torre-pórtico corresponde a un momento posterior, aunque dentro de la primera mitad del siglo XIII, y frente al influjo foráneo que veía el autor granadino en la iglesia, considera a los autores de esta estructura plenamente inmersos en la tradición constructiva zamorana, como demuestran las ventanas de la cara occidental y la típica molduración zamorana de sus impostas. Levantada en similar sillería a la de la nave, su planta es cuadrada, de ángulos ceñidos por contrafuertes, y le da servicio una escalera de caracol con acceso desde el atrio cerrado del piso inferior. A este pórtico se accede a través de una sencilla portada de arco doblado de medio punto sobre jambas lisas y chambrana. En la cara meridional de este piso inferior –donde se adosó una estancia actualmente eliminada– se abrió un arcosolio de medio punto. Sobre este piso y separado por una imposta del recurrente perfil, se alza otro liso con una sencilla ventana de arco de medio punto sin columnas, en cuya sala abovedada se albergaba el Archivo General de la Lengua de Castilla de la orden hospitalaria. Los contrafuertes que refuerzan los ángulos de la torre se rematan en talud a la altura de la cornisa de la nave y aproximadamente dos tercios de este nivel. Una nueva imposta de perfil zamorano le separa del piso siguiente, más breve, en cuyos lienzos este y oeste se abren sendas ventanas de arcos abocelados, apuntados y doblados, con columnas en los codillos y erosionados capiteles. Remata la estructura el arruinado cuerpo de campanas, sobre cornisa sustentada por los típicos canecillos piramidales, con dos vanos por cara que han perdido sus arcos, coronándose con un al menos curioso remate con chapitel fruto de una reciente restauración.

La portada del hastial occidental, cobijada bajo el cuerpo de la torre, es un trasunto de la meridional de la nave, y consta de arco de medio punto liso que, como las jambas, mata su arista con una mediacaña ornada de botones vegetales. Se rodea de dos arquivoltas –la interior decorada con *chevrons* y la exterior lisa– y chambrana con puntas de clavo, que apean en columnas acodilladas sobre zócalo escalonado, de basas áticas con desarrollado y aplastado toro inferior. Los capiteles manifiestan su carácter tardío, destacando entre los vegetales de hojas lisas con caulículos y dos niveles de pencas el interior del lado derecho, con un híbrido de cuerpo serpentiforme, patas de cabra y rostro humano, similar a otra cesta de la portada de la colateral.

También de la primera mitad del siglo XIII y de similar progenie que la torre parece datar la colateral añadida al costado meridional de la nave, hoy muy compartimentada al transformarse sus tramos en capillas. La cabecera de esta colateral, situada al sur del presbiterio, presenta testero plano y manifiesta unas características constructivas y decorativas que entroncan con el resto del románico inercial zamorano de las dos primeras décadas del siglo XIII.

Portada occidental

Portada meridional de la nave

Cabecera. Interior

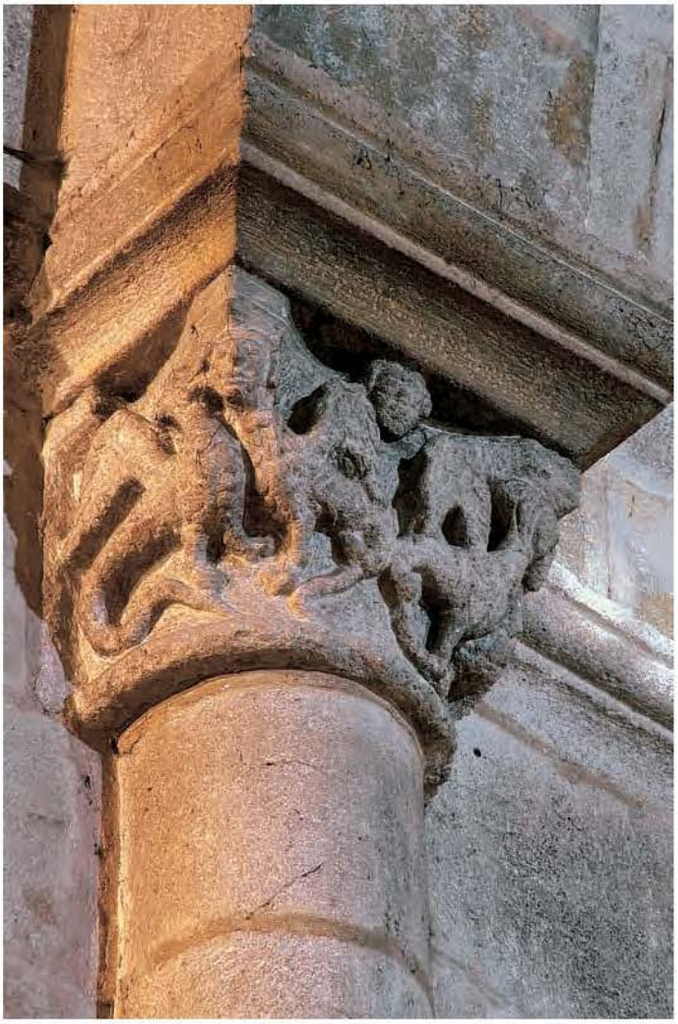
Sus muros se rematan con una cornisa de bocel, nacela y listel, sobre canes piramidales decorados con hojitas. En el testero y muro meridional se abrieron sendas ventanas de arco de medio punto liso, sobre impostas de perfil zamorano y capiteles decorados con secos acantos con nervio central perlado y cogollos, de espinoso tratamiento y otros de hojas lisas con volutas.

La portada meridional de esta nave, hoy con función de pórtico, consta de arco de medio punto ornado con bocel entre mediascañas y tres arquivoltas de similar molduración, el conjunto rodeado por chambrana de nacela. Apean estos arcos en jambas escalonadas con tres parejas de columnas acodilladas y sobre ellas cimacio corrido con perfil de bocel, mediacaña y listel. Los capiteles del lado izquierdo se decoran, los extremos con sendas parejas de híbridos –cuadrúpedos de cuerpo serpentiforme, que muerden la cabeza de personajes masculinos con peinado a cerquillo– y la cesta central es vegetal, con dos coronas de acantos de tratamiento espinoso. En los del lado derecho, el interior presenta dos niveles de hojas nervadas y lobuladas, el medio tallos entrelazados con brotes y el extremo una extraña arpía de largo y retorcido cuello enredada en tallo vegetal, que nos recuerda a otra del exterior del ábside del evangelio de San Juan de Benavente. En el interior de la jamba izquierda de la portada se grabó un epitafio, hoy prácticamente ilegible, del que apenas discernimos: HIC IACET / DEI FAMULO...

Hacia el oeste de esta portada, en el muro exterior de la capilla de Juan de Vega, se abrieron tres arcosolios levemente apuntados y ornados con boceles, de aspecto reformado. En el intradós del arco del más oriental se grabó la inscripción: HIC IACET (famu)LV... / (D)EI O...

La referida capilla, adosada al mediodía y ocupando el ancho del primer tramo de la nave del templo, recibió una bóveda de crucería estrellada a finales del siglo XV, cuando se transformó en capilla por el patronazgo de

Capitel de la nave



Capitel del triunfal

Juan de la Vega. En los lucillos que contiene se lee el epitafio: "(aquí yace) el onrado juan de Vega, criado del rey don fernando y de la reyna doña ysabel y su maçero mayor, e su muger ... los quales edificaron esta capilla a servicio de dios e de nra. señora la virgen maria en el año de mill e cccc e xc e v años" (1495). Procedentes de Santo Tomé, hoy se custodian en esta capilla las reliquias de san Cucufate.

Por último, señalar que en el ábside de Santa María de la Horta se conserva uno de los escasos ejemplares de mesa de altar románica, bloque paralelepípedo de fábrica de 1,75 m de longitud, 0,85 m de altura y 0,79 m de profundidad. De bella factura, decora su frente y laterales con una arquería ciega de arcos de medio punto o levísimamente apuntados –cuatro en el frente y dos en cada lateral– ornados con bocel y dientes de sierra. Apean los arcos en capiteles de hojas lisas con *crochets*, uno con dos aves afrontadas y enredadas en follaje picoteando una hojita, otro vegetal, de idéntico diseño a uno de la nave, con palmetas colgantes, de helechos, etc. Restos de un altar similar se conservan en la iglesia de Santiago del Burgo.

Para Gómez-Moreno, en este edificio "se alía la tradición románica de la Catedral con un gótico primitivo que acaso recibió su inspiración en Ávila [...] donde es de notar lo gótico forastero precediendo en su construcción a las influencias locales, que apenas atañen sino a los cuerpos accesorios" (*op. cit.*, pp. 162-163). Ciertamente, el estilo de la decoración escultórica de esta iglesia se desmarca de la corriente general de la capital, excepto en los añadidos –torre y nave sur– más tardíos, donde volvemos a encontrar los ecos de los talleres más arcaizantes de inicios del siglo XIII. Arquitectónicamente, la primera campaña constructiva de Santa María de la Horta responde a preceptos similares a los aplicados en la cabecera de otra iglesia sanjuanista, la de San Juan del Mercado de Benavente,

Altar

obra con la que comparte algunas soluciones decorativas como la cornisa de arquillos-nicho trilobulados, los *chevrons*, similares diseños de motivos vegetales y animalísticos en sus capiteles, etc., hasta el punto de poderlas considerar, al menos, obras hermanas en concepciones constructivas y estéticas. En función de la datación comúnmente aceptada para la cabecera benaventana –*ca.* 1188–, podemos precisar la construcción de nuestro templo dentro de las dos últimas décadas del siglo XII.

Texto y fotos: JMRM - Planos: RPB

Bibliografía

ANTÓN Y CASASECA, F., 1910, pp. 8-12; ÁVILA DE LA TORRE, Á., 2000, pp. 143-150; AYALA MARTÍNEZ, C. de (comp.), 1995, docs. 208, 222, 260, 304, 347, 357, 380, 411; AYALA MARTÍNEZ, C. de, 1999, pp. 26, 36; BARQUERO GOÑI, C., 1997, pp. 307-308, 384-385, 415, 426, 478-479 y doc. 46; CALVO MADROÑO, I., 1914, p. 168; CRUZ Y MARTÍN, Á., 1981, pp. 94-97; ENRÍQUEZ DE SALAMANCA, C., 1998, pp. 65-67; FERNÁNDEZ DURO, C., 1882-1883, I, p. 418; FERNÁNDEZ-PRIETO DOMÍNGUEZ, E., 1975, pp. 2794, 2797; FERNÁNDEZ-PRIETO DOMÍNGUEZ, E., 1989, pp. 289-290; GÓMEZ MARTÍNEZ, A., 1958, p. 28; GÓMEZ-MORENO, M., 1927 (1980), I, pp. 162-166 y II, láms. 179-185; GUDIOL RICART, J. y GAYA NUÑO, J. A., 1948, p. 277; GUTIÉRREZ ÁLVAREZ, M., 1997, pp. 42-43, 53, 80-81, 100-101; HERAS HERNÁNDEZ, D. de las, 1973, pp. 260-261; LUELMO ALONSO, R., 1957; MARTÍN CARBAJO, M. Á. *et alii*, 1999, pp. 73-93; MARTÍN RODRÍGUEZ, J. L., 1991, p. 25; MOMPLET MÍNGUEZ, A. E., 1995, p. 104; MONTERO APARICIO, D., 1995, p. 773; PÉREZ, E. J., 1895, p. 20; PUÑAL FERNÁNDEZ, T., 1991, pp. 693-700; QUADRADO, J. M.ª, 1885, pp. 601-602; QUADRADO, J. M.ª y PARCERISA, F. J., 1861 (1990), pp. 71-72; RAMOS DE CASTRO, C., 1977, pp. 190-197, 499 y doc. 23; REPRESA RODRÍGUEZ, A., 1972, pp. 535-536; RIVERA BLANCO, J. (coord.), 1995, pp. 995-996; RIVERA DE LAS HERAS, J. Á., 2001a, pp. 141-145; SÁINZ SÁIZ, J., 1999, pp. 39-41; SÁNCHEZ HERRERO, J., 2002, p. 31; VELASCO RODRÍGUEZ, V., 1962, p. 83; VIÑÉ ESCARTÍN, A. I. y SALVADOR VELASCO, M., 2000, pp. 113-120; VIÑAYO GONZÁLEZ, A., 1982, p. 452.

Iglesia del Santo Sepulcro

ESTÁ SITUADA EN LA MARGEN IZQUIERDA del río Duero, cerca del llamado Puente Nuevo y del actual cementerio de San Atilano. Es el único resto que queda de un convento fundado en el siglo XII bajo la advocación del Santo Sepulcro, en torno al cual se formó poco tiempo después la puebla del mismo nombre.

Según Gonzalo Martínez Díez era una de las tres iglesias de la diócesis zamorana que se incorporaron, antes de 1128, al patrimonio de la Orden del Santo Sepulcro. Sin embargo, la primera referencia documental que hemos encontrado data del 29 de abril de 1167, fecha en la que el obispo don Estaban autorizó a Pedro Díaz y a otros mercaderes de la ciudad edificar una iglesia dedicada a San Julián en una alberguería de pobres construida cerca del Puente Nuevo, con la condición de que no perjudicase las rentas de otras iglesias ni interfiriera en la jurisdicción de la del Santo Sepulcro.

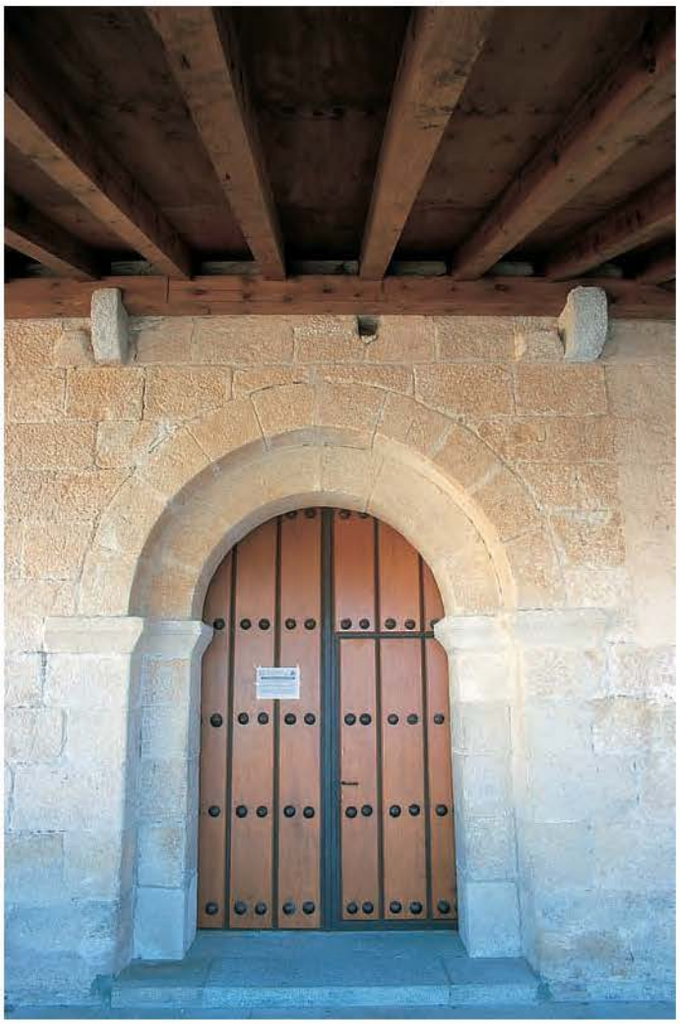
En las primeras décadas del siglo XIII se procedió a la renovación del edificio. Manuel Gómez-Moreno afirmaba que se hacían obras allí en 1215 y Guadalupe Ramos de Castro corroboraba en parte esta teoría apoyándose en el testamento de don Giral Fruchel, fechado antes de 1238, que dejó una manda para dicha obra. En base a ello es fácil deducir que existió una primitiva construcción levantada en la primera mitad del siglo XII que fue totalmente reformada a lo largo de la primera mitad de la centuria siguiente, momento al que debe corresponder la mayor parte del edificio conservado.

En 1489, al suprimirse la Orden del Santo Sepulcro, pasó a depender de la de San Juan de Jerusalén, a cuya Sacra Asamblea pertenecieron sus priores hasta 1894, en que fue agregada a la parroquia de San Frontis, condición que se mantiene hoy día.

Exterior

Ábside

Portada septentrional



La iglesia se encuentra en la parte alta de una ligera pendiente, adosada por su costado occidental a algunas casas del barrio y rodeada en el lado sur por las tapias de un corral particular. Consta de una nave rectangular, con capilla mayor de testero recto y torre a los pies. Está construida por entero en arenisca local aparejada en sillares más o menos regulares, muy desgastados por la erosión y con algunas marcas de cantero.

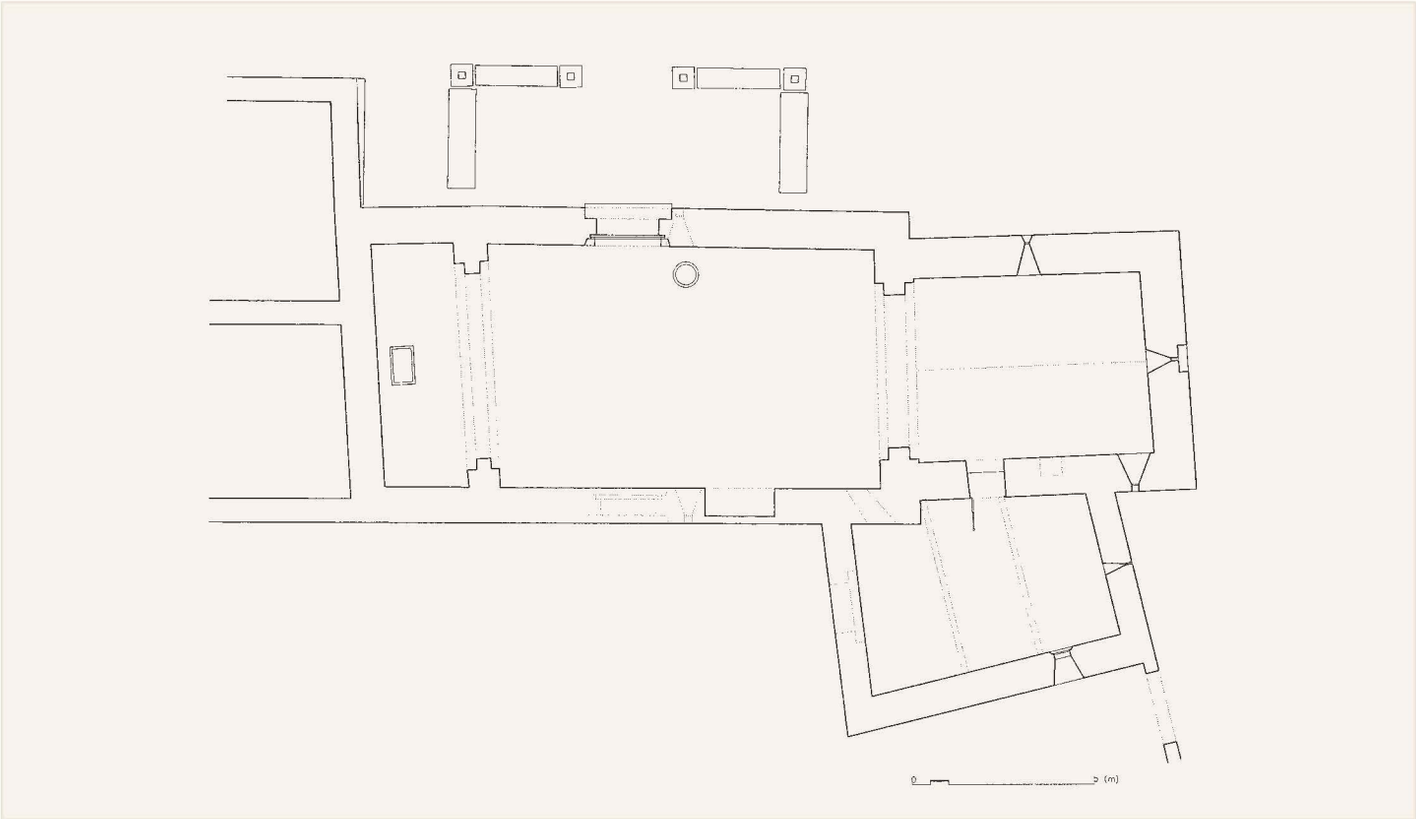
En el exterior destaca la cabecera, con una ventana abierta en el muro oriental formada por un arco de medio punto de arista nacelada que cobija una estrecha aspillera sobre la que aparece grabada y pintada una cruz de doble travesaño, en clara referencia a los antiguos propietarios del templo. Otras ventanas más sencillas se disponen en los costados norte y sur. Sus muros, al igual que los de la nave, se coronan por medio de una cornisa soportada por canecillos troncopiramidales decorados con hojas lanceoladas, similares a los de otras iglesias zamoranas. En época más moderna se recreció el alero, disminuyendo de esta manera el pronunciado desnivel que originalmente existía entre el ábside y la nave.

En el muro septentrional de la nave se abre la portada de acceso, formada por un arco de medio punto doblado que descansa sobre una línea de imposta cortada a bisel. La puerta de madera conserva los clavos decorados con cruces de doble travesaño incisas a buril, que algunos han interpretado como restos del antiguo herraje medieval.

A lo largo de toda esta fachada se conservan varios canzorros que soportaron la techumbre de un espacio cubierto que abarcaba hasta el testero de la capilla mayor. Al parecer se trataba de un viejo pórtico que fue utilizado también como lugar de enterramiento y osario. Cuando en 1999 se procedió al derribo de algunas dependencias allí adosadas, se descubrieron los restos de unas pinturas murales del siglo XIV que decoraron las paredes del propio pórtico o de alguna capilla construida en esos momentos.

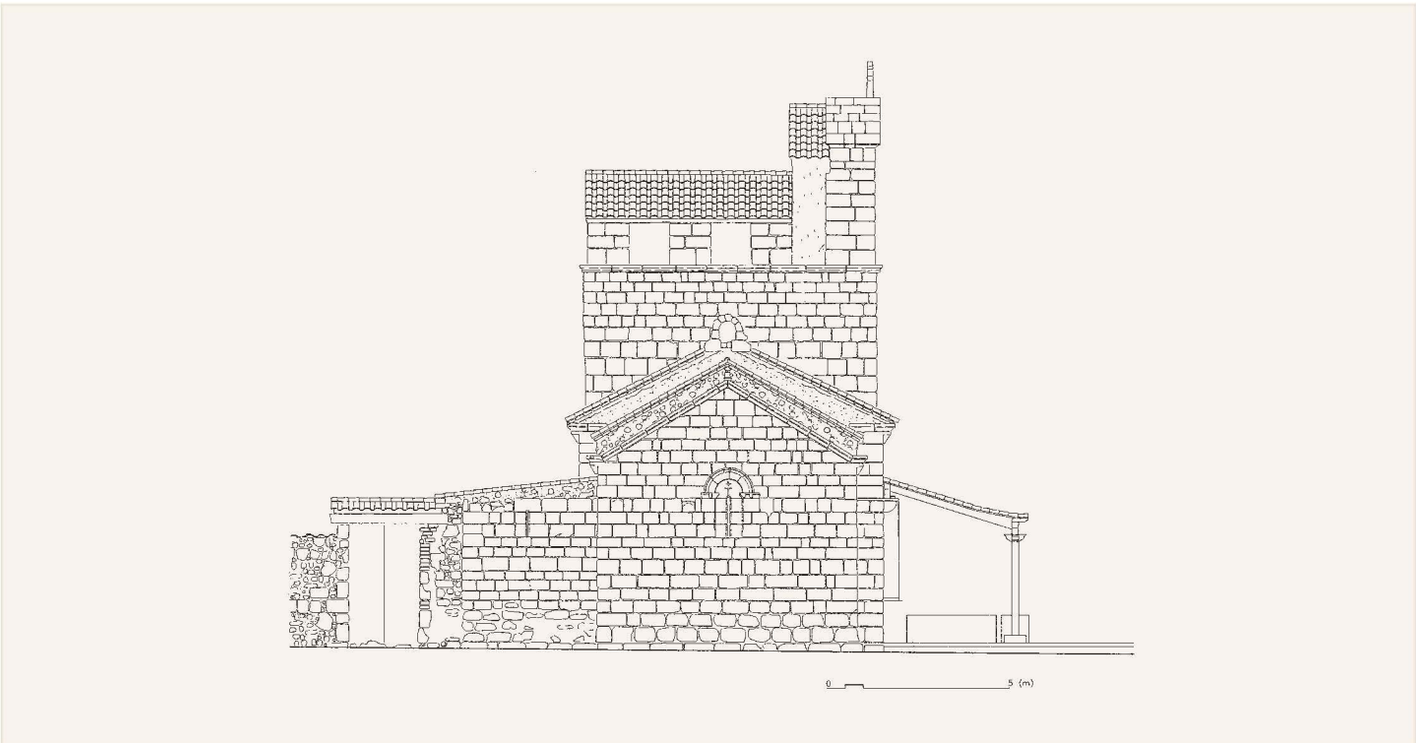
En el lado sur se halla la sacristía y una portada, hoy cegada, que comunicaba con las antiguas dependencias claustrales, de las que hay constancia todavía en la primera mitad del siglo XVII. Según José Ángel Rivera de las Heras, en la visita pastoral de 1639 se hacía referencia al mal estado en que se encontraban "las paredes del claustro de la dicha yglesia", que al parecer nunca se llegaron a reparar, pues poco tiempo después se ordenó cegar la puerta que comunicaba con el interior del templo.

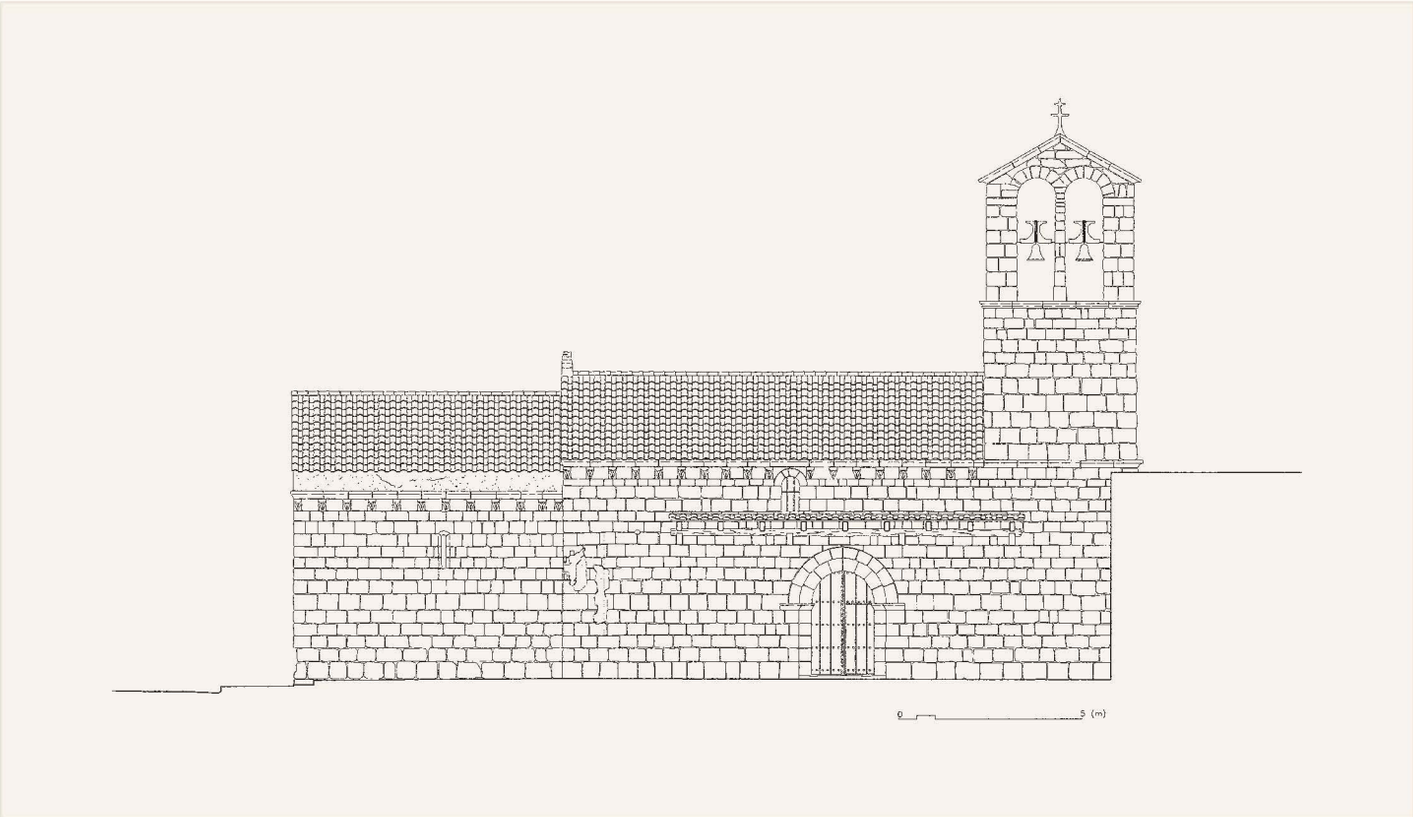
A los pies de la nave se levanta una torre de planta rectangular compuesta por dos cuerpos separados por una imposta lisa. El primer cuerpo tiene un arco de medio punto cegado en el lado sur, mientras que el segundo sólo conserva una espadaña con dos huecos para las campanas en la cara norte. Para Guadalupe Ramos de Castro esta torre



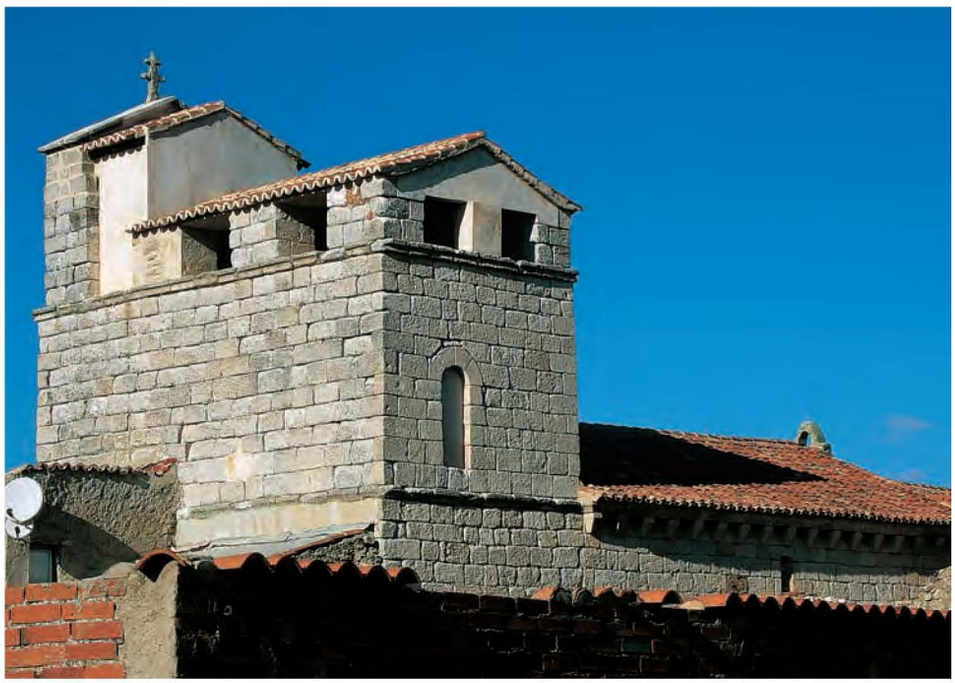
Planta

Alzado este

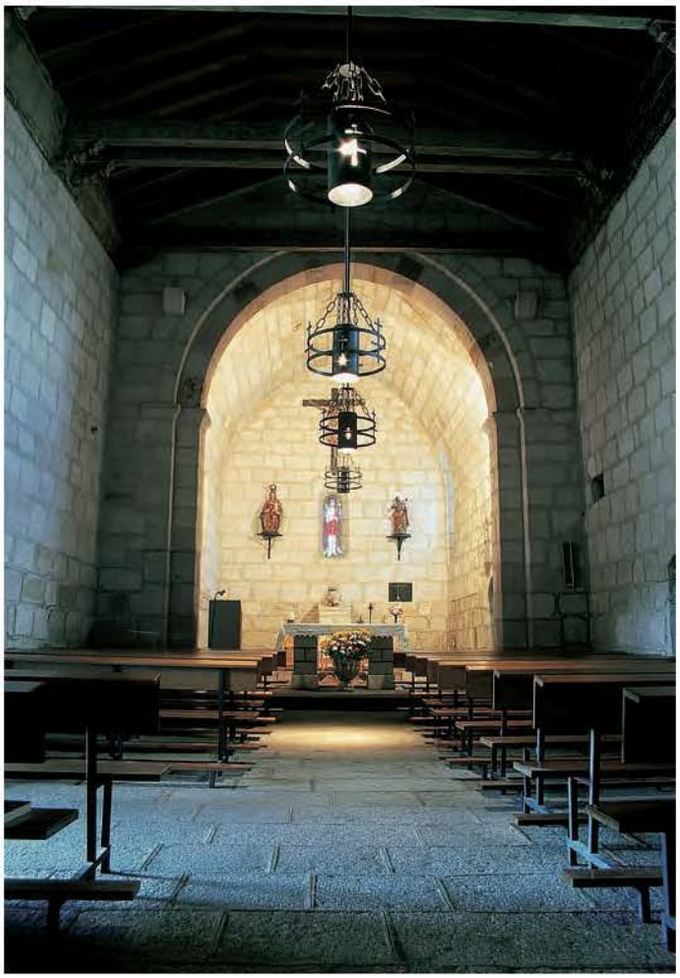




Alzado norte



Torre



Interior

correspondería a la fase más antigua del templo, erigida probablemente en la primera mitad del siglo XII. Es evidente que su construcción obedece a una campaña diferente a la del resto del edificio, pero creemos que no hay elementos suficientes para argumentar una mayor antigüedad.

En el interior, la cabecera se cubre con una bóveda de cañón apuntado que debió ser reformada en época más moderna, lo que obligó al recrecimiento de los muros como hemos visto en el exterior. Se abre a la nave a través de un arco triunfal apuntado y doblado que descansa sobre impostas de bisel. En el muro sur de la capilla se abre un arco de medio punto que comunica con una antigua dependencia –hoy sacristía– iluminada por una saetera dispuesta en su muro oriental. A través de este cuarto se accedía directamente al claustro por medio de una portada dispuesta en su lado oeste, actualmente tapiada.

La nave se techa con una armadura del siglo XV muy reformada, de la que se conservan el arrocabe, los canes y los dobles tirantes originales. A los pies se dispone otro arco, de traza muy parecida al triunfal, que da paso a un tramo cubierto de cielo raso sobre el que se eleva la torre.

En la restauración de 1969 se descubrieron bajo el solado de la capilla dos estelas discoideas decoradas con cruces patadas y una piedra cuadrangular con un hueco en el centro que parece corresponder a una antigua mesa de altar.

Texto: PLHH - Fotos: JMRM - Planos: MMB

Bibliografía

ÁVILA DE LA TORRE, Á., 2000, p. 173; CRUZ Y MARTÍN, Á., 1981, p. 88; ENRÍQUEZ DE SALAMANCA, C., 1989, p. 70; GÓMEZ MARTÍNEZ, A., 1958, p. 34; GÓMEZ-MORENO, M., 1927 (1980), p. 169; GRAU LOBO, L. A., 2001, p. 59; HERAS HERNÁNDEZ, D. de las, 1973, pp. 265-266; LARRÉN IZQUIERDO, H., 2001b; MARTÍNEZ DÍEZ, G., 1995, pp. 113, 131, 154, 160; PÉREZ, E. J., 1895, p. 31; PÉREZ MONZÓN, O., 1996; RAMOS DE CASTRO, G., 1977, pp. 235-238; RIVERA BLANCO, J. (coord.), 1995, pp. 1007-1008; RIVERA DE LAS HERAS, J. Á., 1983; RIVERA DE LAS HERAS, J. Á., 1999, pp. 5-7; RIVERA DE LAS HERAS, J. Á., 2001, pp. 159-161; VELASCO RODRÍGUEZ, V., 1962, p. 71.

Iglesia de Santa Lucía

ESTA ANTIGUA PARROQUIA, convertida hoy en almacenes del contiguo Museo de Zamora (ubicado en el palacio de Puñoenrostro), se halla en la zona sur de la ciudad, muy cerca del Puente de Piedra, presidiendo la plaza que lleva su nombre.

Durante la Edad Media el sector de la ciudad donde se ubica, conocido como la Puebla del Valle, muy cercano al río Duero, fue lugar donde desarrollaban su labor numerosos gremios artesanos, cuya actividad se ha perpetuado en el nombre de las calles circundantes. Originalmente estuvo extramuros, al pie del primer recinto amurallado –del que todavía se conservan restos a sus espaldas–, muy cerca de San Cipriano, pero no quedará dentro de las murallas hasta que en el siglo XIV, durante el reinado de Alfonso XI, se levante el tercer recinto.

No obstante su origen debió estar en la expansión que experimenta este sector de la ciudad de Zamora a partir de los años finales del siglo XI y especialmente durante el XII. En este sentido se ha querido identificar la Puebla del Valle con el lugar llamado también *Valle* al que en el año1094 Raimundo de Borgoña y su esposa Urraca Alfónsiz otorgan fuero, aunque voces discrepantes consideran que se trata más bien de una aldea que con ese nombre existió cerca de Gema, no lejos tampoco de la capital. Sea como fuere lo cierto es que es en esos momentos cuando se produce el desarrollo urbano que afecta a esta zona cercana al río y que originó la creación de nuevas parroquias, como la de Santo Tomé y Santa María de Horta, además de la que nos ocupa.

Aparece citada por primera vez en un documento sin fecha pero que Lera Maíllo sitúa entre 1197 y 1210. En él aparecen Pelayo Serrani y su esposa, moradores en la colación de Santa Lucía, como vendedores de una viña al chantre de la catedral don Egas. A partir de ese

Santa Lucía. Detrás la muralla y al fondo la torre de San Cipriano

Restos románicos en el muro norte

momento el barrio es nombrado en numerosos documentos, aunque casi siempre en contratos de compra venta de casas o bodegas. En alguno de ellos se menciona también la existencia de carnicerías y otras tiendas en esa plaza.

El edificio actual está levantado fundamentalmente a base de sillería arenisca local y se compone de gran cabecera cuadrangular flanqueada por dos sacristías y ancha nave de tres cortos tramos, separados por grandes arcos diafragma apuntados, con portada a mediodía y espadaña sobre el hastial. Todo ello es el resultado de profundas modificaciones que han dejado muy poco del primitivo edificio románico. Hacia el siglo XIV se debió renovar todo el interior, construyéndose los grandes arcos de la nave, al posterior de los cuales se adosó en 1522 la capilla de la Soledad. A fines del siglo XVII se hizo la cabecera, con el camarín que preside el testero, y a este momento debe corresponder también la portada. En el siglo siguiente se abovedó con yeso el interior –unas bóvedas ya eliminadas– y se levantó la espadaña. En definitiva, de época románica apenas si ha sobrevivido el lienzo norte exterior de la nave y posiblemente la mitad septentrional del hastial, donde se halla una antigua portada cegada.

Ese muro septentrional románico está hecho en sillería y es liso, sólo interrumpido por dos pequeñas saeteras cegadas, ambas con arco doblado de medio punto sobre pilastras. El alero se conserva completo, con 23 canecillos, varios de ellos mutilados. Entre el resto predominan los de forma troncopiramidal invertida, unas veces lisos, a veces con incisiones que dan lugar a hojas lanceoladas, en otras ocasiones tales hojas están en somero relieve, e incluso a veces hay una tercera hoja central. Hay igualmente ejemplares a modo de pequeños capitelillos pinjantes, de cestas lisas, rematadas en bolas, cuya imagen parece vagamente una cabeza de bóvido.

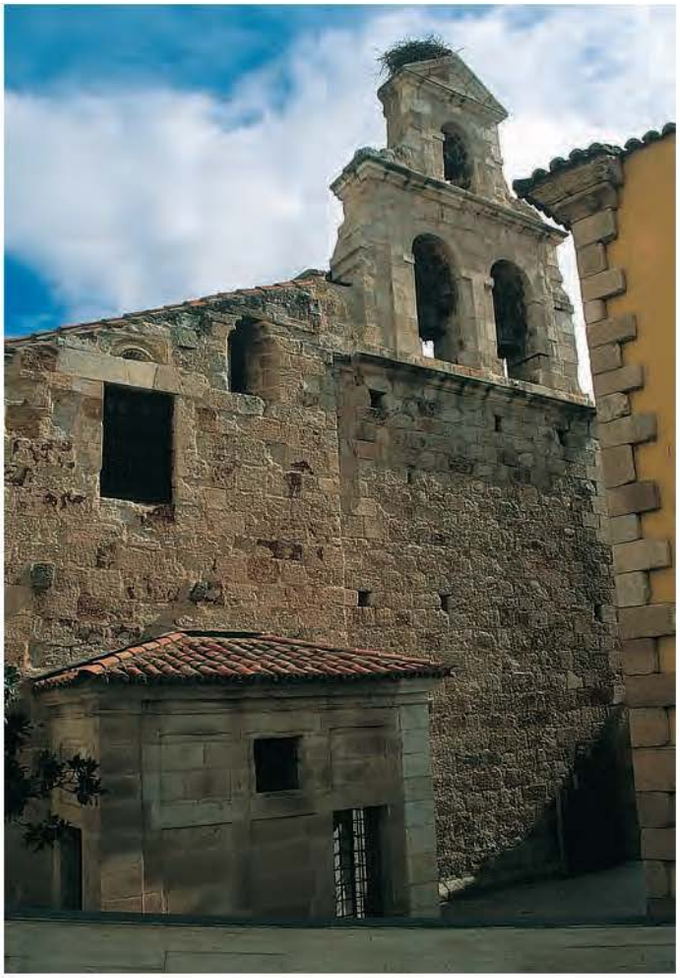
En cuanto al hastial, está dividido verticalmente por la mitad, con dos planos, avanzando la norte apenas 10 cm sobre la otra. En esa mitad septentrional se adosó en siglos modernos una especie de habitáculo angosto cerrado con reja, pero en su interior se llega a ver una portada con arco apuntado y doblado, sobre pilastras, aunque sin impostas, que tal vez hayan sido mutiladas. Las aristas de la arquivolta exterior y de su correspondiente pilastra son achaflanadas.

En la parte alta de este muro hay dos ventanas, una cuadrangular, sobre cuyo dintel se aprecian restos de una venera de ventana anterior, en todo caso ambas posmedievales y en una cota superior otra de arco lobulado, cuya cronología es difícil de calibrar, aunque pudiera ser incluso contemporánea de la primera fábrica, a pesar de que dudamos que en tal caso esté en su primera ubicación.

Los pocos autores que han hecho algún tipo de consideración artística de este templo suelen coincidir en la idea de que la primitiva iglesia románica tuvo tres naves, suponiendo implícitamente que su anchura era la misma que la actual. No obstante el único elemento indudable que nos queda de tal época es el muro norte y en todo caso la mitad del hastial, en cuyo caso y si consideramos que la portada cegada es contemporánea y ocuparía el centro del muro, la idea de las tres naves se hace más insostenible.

Al margen de tales hipótesis lo que resulta evidente es la relación de este templo con muchos de los que se levantan en la ciudad en el entorno del año 1200, compartiendo todos unos canecillos que tuvieron notable éxito, localizados también en la catedral, en San Isidoro, en San Ildefonso, en San Juan de Puerta Nueva, en Santa María de

Canecillos



Hastial de poniente

la Horta o en el Santo Sepulcro, entre otras construcciones. Curiosamente los dos tipos de canes que vemos en Santa Lucía son también los que aparecen en los escasos locales comerciales de esa época de los que nos ha llegado algún resto y que están repartidos, además, en calles muy cercanas a esta antigua parroquia.

Texto y fotos: JNG

Bibliografía

ALFONSO ANTÓN, M.ª I., 1993, p. 39; ÁVILA DE LA TORRE, Á., 2000, p. 142; BUENO DOMÍNGUEZ, M.ª L., 1988, p. 45; ENRÍQUEZ DE SALAMANCA, C., 1998, p. 55; FERRERO FERRERO, F., 1993c; HERAS HERNÁNDEZ, D. de las, 1973, p. 260; LARREN IZQUIERDO, H., 1999, p. 103; LERA MAILLO, J. C. de, 1999, docs. 272, 1062, 1203, 1285, 1286, 1338, 1340, 1342, 1448, 1449, 1450, 1459, 1460, 1462-1463, 1517, 1521, 1608-1610, 1614, 1615, 1653, 1828, 2001; LERA MAILLO, J. C. de *et alii*, 1998, docs. 151 y 168; REPRESA RODRÍGUEZ, A., 1972, pp. 535, 536; RIVERA DE LAS HERAS, J. Á., 2001a, p. 140; RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ, J., 1990, pp. 43-44 y doc. 4; SÁINZ SÁIZ, J., 1999, p. 38; SÁNCHEZ HERRERO, J., 2002, p. 30; VELASCO RODRÍGUEZ, V., 1962, p. 78; ZARATAIN FERNÁNDEZ, M., 1898, p. 25.

Ermita de Nuestra Señora de los Remedios

La ermita de Nuestra Señora de los Remedios se sitúa extramuros de la ciudad, en la Puebla de la Vega. Cerca de allí se levantaba el convento de predicadores y el cementerio judío. Guadalupe Ramos de Castro llegó a identificarla erróneamente con la ermita de Santa María de la Vega que se encontraba también en sus proximidades y de la que aún se conservan algunos restos.

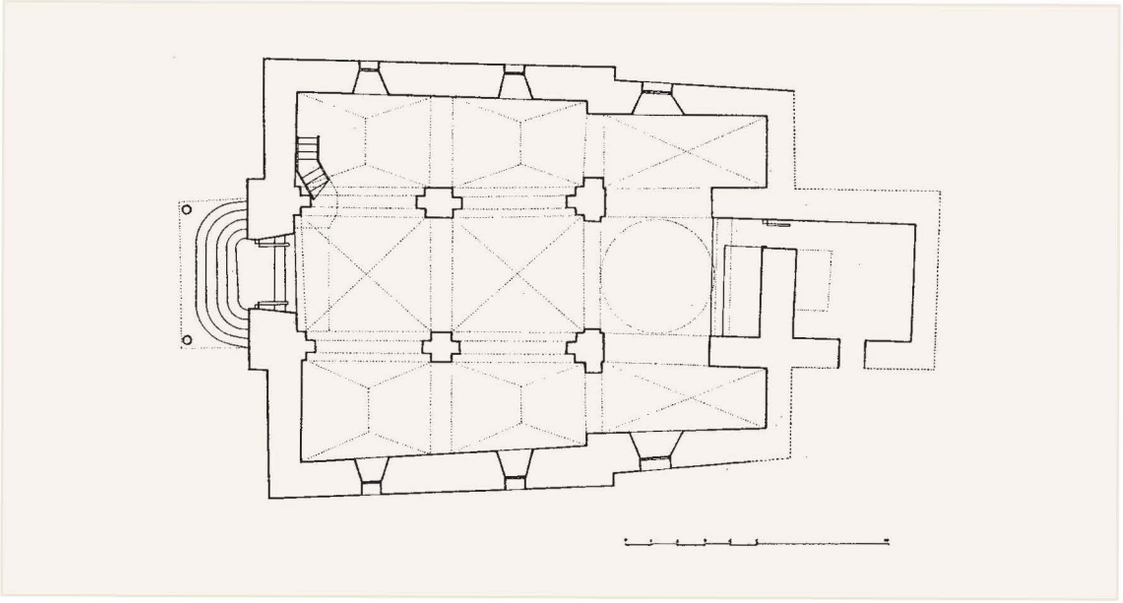
La tradición señala que la advocación actual deriva del milagro que tenía lugar todas las semanas en la ermita de Nuestra Señora de los Olleros, donde acudía a rezar santo Domingo de Guzmán en el tiempo que duraron las obras de su convento. Tras la celebración de la misa hallaba sobre el altar la cantidad de dinero suficiente como para pagar los gastos que iban generando los trabajos. Desde entonces la ermita cambió su nombre por el actual.

A mediados del siglo XIX estaba agregada a la parroquia de Santa Lucía y según Madoz era "propia" de la cofradía de su nombre. Actualmente está al cuidado de las hijas de la Caridad que regentan desde 1904 el colegio anejo de San Vicente de Paúl.

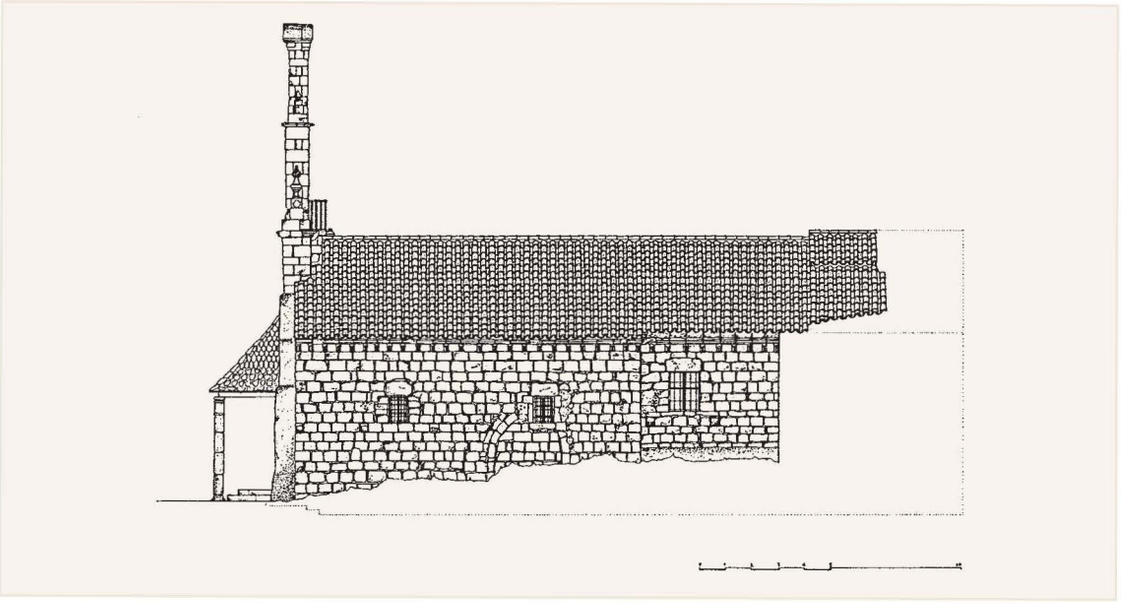
Es una construcción de principios del siglo XIII realizada en sillería de arenisca local. La parte mejor conservada es la correspondiente al muro sur, en el cual se encontraba la primitiva portada románica formada por un arco de medio punto doblado. En el siglo XVIII se cegó y en su lugar se abrió un ventanal rectangular. Se conservan también cuatro canzorros que soportaron la cubierta de un primitivo pórtico, ya desaparecido, que ocupaba toda la longitud del muro.

La cornisa presenta el típico perfil de bocel y escocia, mientras que en los canecillos se advierte la alternancia de pequeños baquetones y medias cañas, tal como aparecen en las iglesias del Espíritu Santo, San Esteban y Santiago del Burgo. Sólo uno de ellos se decora con un barril.

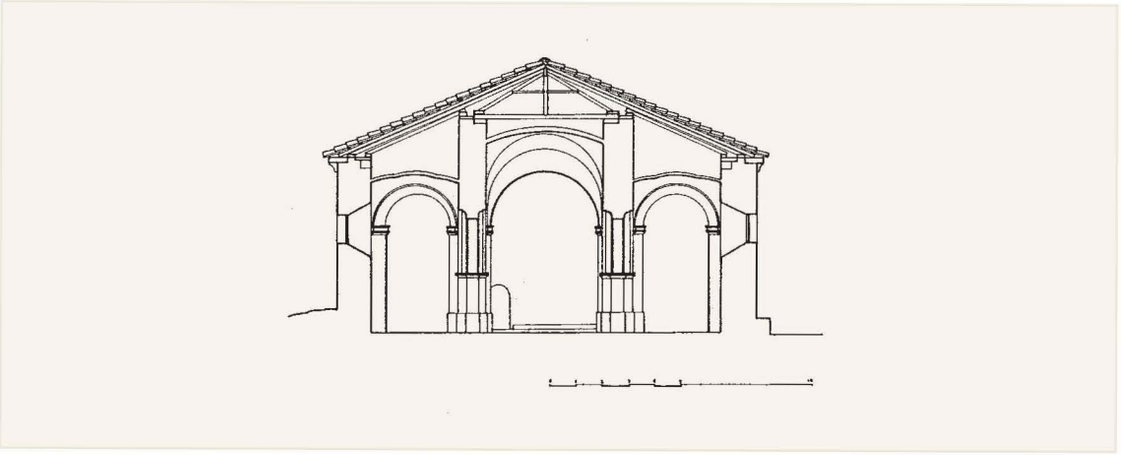
Muro sur



Planta



Alzado sur



Sección transversal

Canecillos

El muro septentrional –que se halla dentro del patio del colegio– fue recrecido en el siglo XVIII, eliminándose la primitiva línea de cornisa y abriéndose nuevos ventanales. En el hastial de poniente se levantó en 1858 una espadaña, obra de Manuel Antonio Pascual según traza y condiciones del arquitecto Saturnino García. A ella se adosó un pequeño porche que cobija un acceso también moderno.

En el interior presenta tres naves separadas por pilares cruciformes sobre los que apoyan arcos formeros de medio punto doblados que fueron enmascarados por enlucidos y yeserías barrocas. En el segundo tercio del siglo XVIII el edificio fue objeto de una profunda reforma que alteró considerablemente su aspecto original. En ese momento se construyeron las bóvedas de las naves y la cúpula sobre el primer tramo de la nave central.

La cabecera también se vio profundamente transformada por estas obras. El diseño original obedecía al tipo clásico zamorano, es decir, una capilla mayor de testero plano flanqueada por otras dos de las mismas características pero de menores dimensiones. La reforma barroca alteró este plan al construirse en el espacio de la central un camarín para la Virgen.

Así pues, todo apunta a que nos hallamos ante un templo levantado en los primeros años del siglo XIII que sigue las mismas pautas constructivas que otros edificios románicos de la ciudad aunque con menores pretensiones. Santiago del Burgo y San Esteban parecen los precedentes más cercanos.

Texto y fotos: PLHH - Planos: AMRZ

Bibliografía

ÁVILA DE LA TORRE, Á., 2000, p. 141; ENRÍQUEZ DE SALAMANCA, C., 1989, p. 77; GÓMEZ-MORENO, M., 1927 (1980), p. 171; MADOZ, P., 1845-1850 (1984), p. 202; PÉREZ, E. J., 1895, p. 33; RAMOS DE CASTRO, C., 1977, pp. 138-140; RIVERA DE LAS HERAS, J. Á., 2001, pp. 75-76; SÁNCHEZ HERRERO, J., 2002, p. 32.

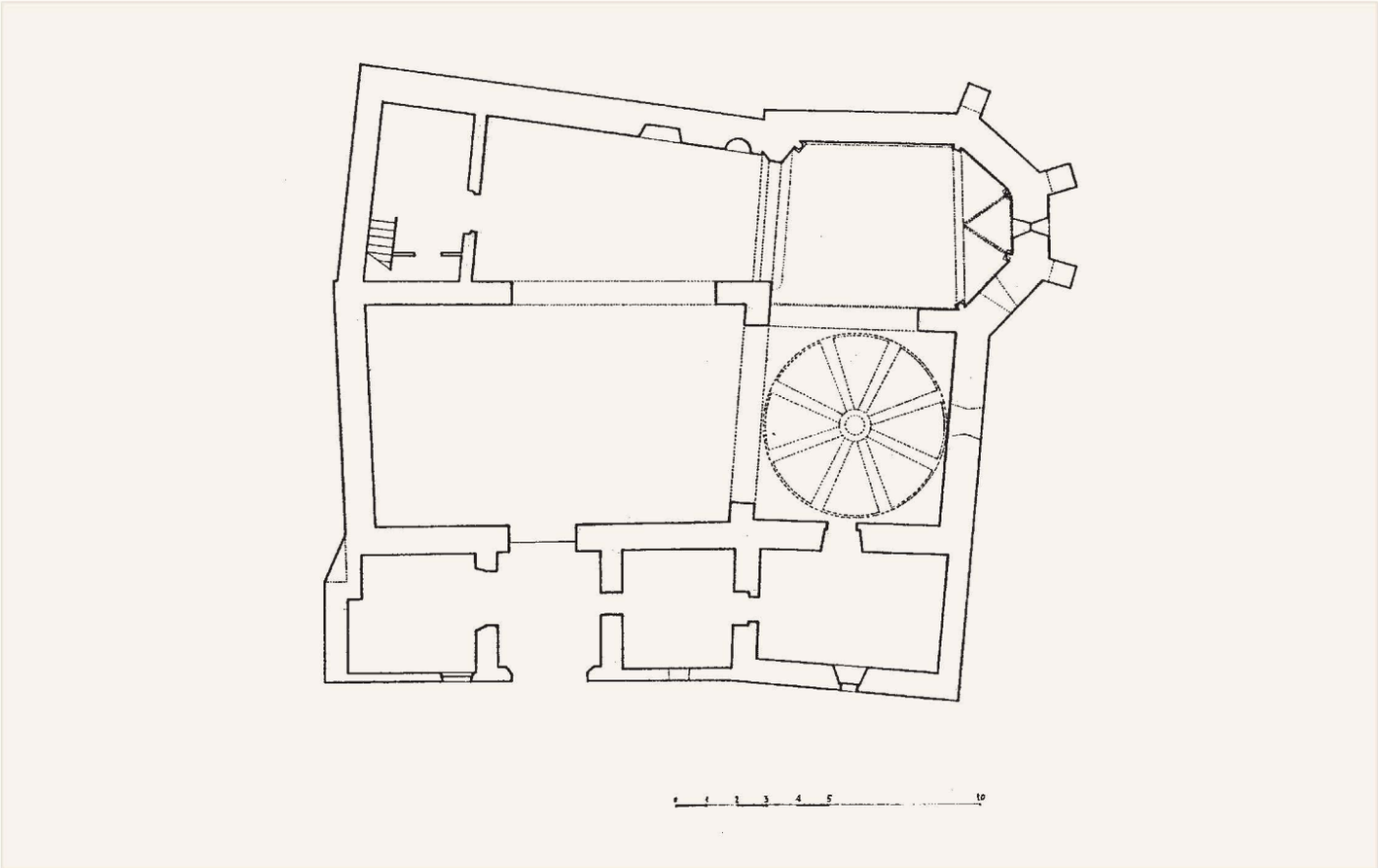
Interior

Iglesia de San Frontis

PRESIDE ESTA IGLESIA DE SAN FRONTIS la plaza y arrabal de su nombre, situado *extra pontem*, en las inmediaciones del Puente Viejo y sobre la margen izquierda del Duero.

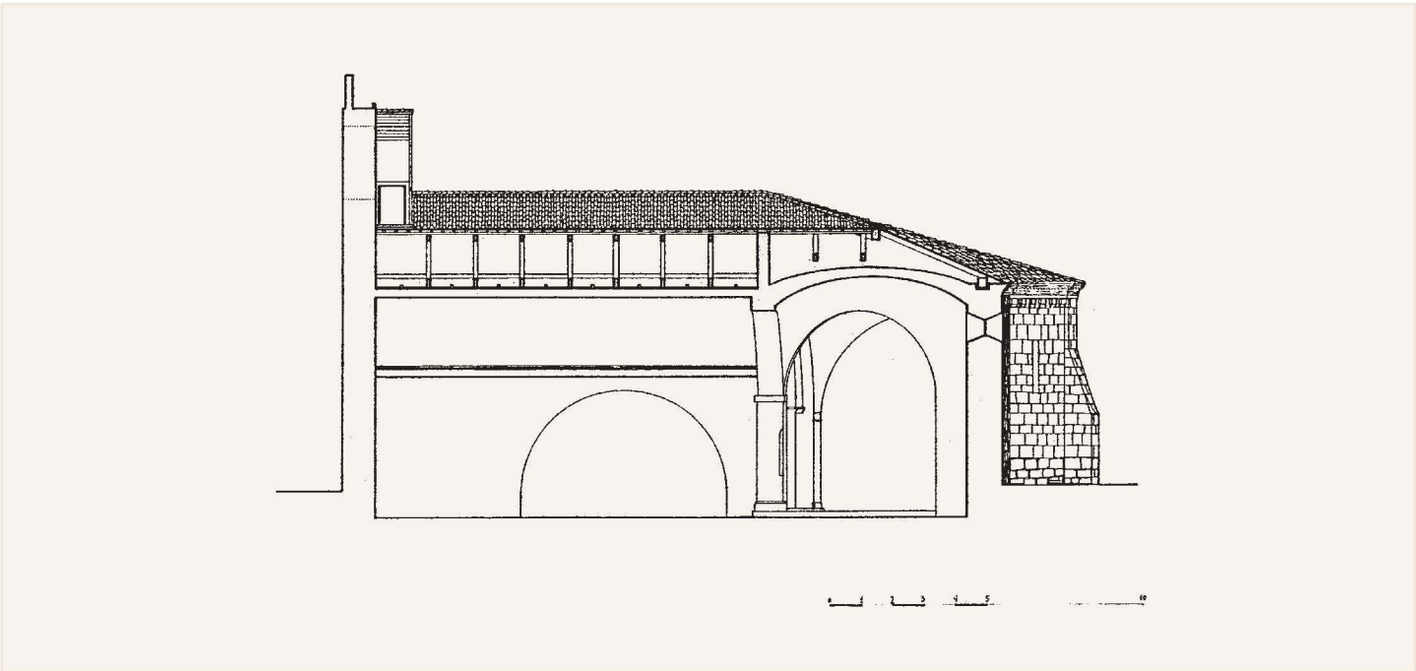
El templo fue fundado, en los años primeros del siglo XIII, por un canónigo de origen franco, Aldovino de Périgord, cuyo epitafio se conserva en el muro de la actual nave meridional y cuya transcripción, según Gutiérrez Álvarez, es la siguiente: P(ER) Q(U)E(M) FUNDAT(US) LOC(US) E(ST) / IACET HIC TVMVLAT(VS) PE/T(RO)GORIS NAT(VS) ALDOVIN(VS)Q(UE) / VOCAT(VS), MORIB(VS) ORNAT(VS) FA/MA VITAQ(VE) P(RO)BAT(VS) Q(V)I OBIIT / VLTIMA DIE IUNII E(RA) M CC / L III, es decir, "Aquí yace enterrado quien fundó este lugar, nacido en el Périgord y llamado Aldovino, alabado por sus cualidades, apreciado por su buena fama y por su vida, que murió en el último día del mes de junio del año de la era de 1253 (año 1215)". La procedencia aquitana del fundador explica la advocación a san Frontis, patrono de Périgueux, y refrenda la importancia del contingente del sudoeste de Francia en la repoblación

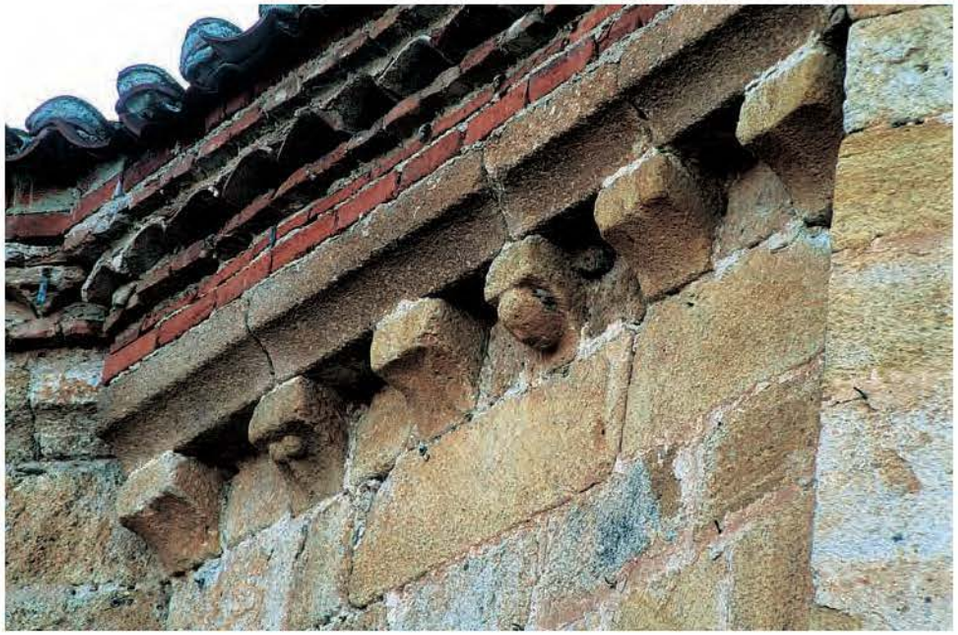
Cabecera



Planta

Sección longitudinal





Canecillos del ábside

de Zamora, como señala Represa. Aldovino aparece en la documentación de la catedral de Zamora desde 1182 y parece que junto al templo mandó construir una alberguería, pues en un documento de 1242 se hace alusión a ella.

Exteriormente la imagen del templo, muy alterada por reformas y añadidos modernos, deja ver parcialmente su ábside poligonal levantado en sillería de piedra local y reforzado con contrafuertes en los ángulos que alcanzan hasta media altura, rematándose en pronunciado talud. En el paño central se abre una ventana rasgada con doble derrame y en el meridional otra saetera, a diferente altura y menos desarrollada. Soporta la recrecida cornisa de nacela una hilera de canes del mismo perfil, junto a otros lisos, de proa de nave y decorados. Entre estos últimos destacan dos con sendos falos, y otros con máscaras humanas y prótomos de animales, de somera y poco cuidada talla.

Interiormente, el templo consta hoy día de dos naves, siendo la principal la meridional, levantada en mampostería, de nave cerrada con bóveda de cañón rebajado y rematada por una cabecera cuadrada cupulada. Esta nave, a la que se añadieron por el sur diversas estancias, es obra de principios del siglo XVII y recupera la portada primitiva, de arco apuntado.

A la obra tardorrománica corresponde exclusivamente la cabecera de planta poligonal, con presbiterio y ábside semihexagonal, en cuyos ángulos se adosaron cuatro semicolumnas de capiteles lisos que recogerían los nervios

Interior

Epitafio de Aldovino

de la primitiva bóveda, de traza gótica como todo el conjunto, aunque la actual es obra del siglo XIX. Las basas de estas columnas se molduran con dos toros, sin escocia, que apoyan en un breve plinto poligonal. El amplio tramo recto de esta capilla se marca con una semicolumna adosada al muro norte, cuyo capitel presenta somera decoración de reticulado y cimacio de nacela y filete. Da paso a la cabecera un arco apuntado y doblado de aristas achaflanadas y aspecto netamente gótico, como gótica es la pila bautismal de copa decorada con gallones tumbados y florones en la embocadura, sobre basa de toro con lengüetas. La nave norte, cubierta con un cielo raso moderno, parece obra rehecha en mampostería, de cronología imprecisa y notablemente descentrada respecto a la cabecera.

Aunque no podemos compartir la opinión de Gómez-Moreno, quien consideraba la nave de la epístola como la parte más antigua, "con capilla y nave sencillísimas" y agregada la norte, resultaría más propio considerar las estructuras conservadas como obra de un gótico temprano, que sólo mantiene una cierta tradición anterior en la decoración de los canecillos.

Por su interés, reproducimos a continuación, y aunque excede el marco cronológico de este trabajo, el texto de una lápida que se situó en el interior del templo de San Frontis, junto al epitafio del fundador:

EN LA NOCHE DEL 29 AL 30 DE DICIEMBRE DE 1860 CRECIÓ / EL DUERO HASTA EL PUNTO QUE SEÑALA ESTA LÁPIDA. JAMÁS / SE HABÍA CONOCIDO IGUAL AVENIDA; ESCEDIÓ VARA Y MEDIA / EN ALTURA A LAS QUE HABÍA MEMORIA EN 1592, Y 1739. / QUEDÓ INUNDADA TODA LA PARTE BAJA DE ZAMORA Y / LOS ARRABALES. EL PRIMERO DE ENERO DE 1861 SE CON/TABAN 704 CASAS ARRUINADAS: EN OLIVARES 115, EN S^TO^. / TOMÁS 150 : EN S^N^ LEONARDO Y LA ORTA 170 : EN S^TA^ LUCÍA / 121 : EN LOS CAVAÑALES 65 : EN PINILLA 21 : EN S^N^ FRONTIS / 32 : ACEÑAS Y HUERTAS 30. QUEDÓ IGUALMENTE INUN/DADO EL CONVENTO DE LAS DUEÑAS, ARRUINADAS LAS / CERCAS, Y LAS RELIGIOSAS SE VIERON OBLIGADAS A / SALIR A ESTE ARRABAL. PERO ENTRE TANTA / DESOLACIÓN, A DIOS GRACIAS, NO OCURRIÓ NINGUNA / DESGRACIA PERSONAL. S^N^ FRONTIS 20 DE ENERO / DE 1861.

Texto: JMRM - Planos: RPB - Fotos: JNG/JMRM

Bibliografía

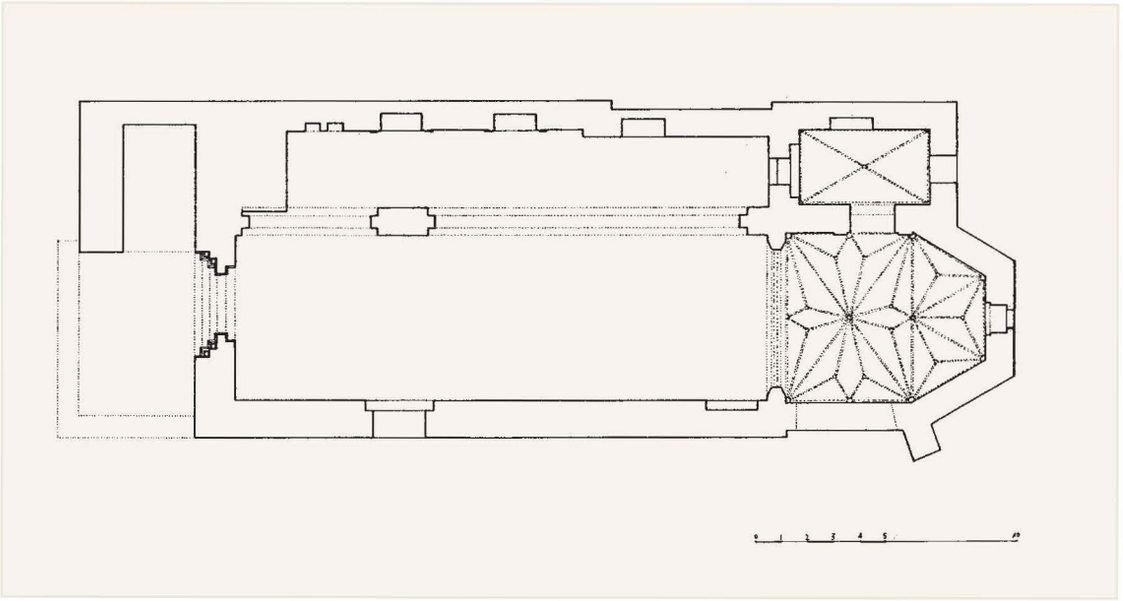
ÁVILA DE LA TORRE, Á., 2000, pp. 174-175; ENRÍQUEZ DE SALAMANCA, C., 1998, pp. 70-71; FERNÁNDEZ DURO, C., 1882-1883, I, p. 188; GÓMEZ-MORENO, M., 1927 (1980), pp. 171-172; GUTIÉRREZ ÁLVAREZ, M., 1997, pp. 38-39; LOJENDIO, L. M.ª de; RODRÍGUEZ, A. y VIÑAYO, A., 1996, p. 129; QUADRADO, J. M.ª y PARCERISA, F. J., 1861 (1990), p. 73; RAMOS DE CASTRO, C., 1977, pp. 166-169, 498; REPRESA RODRÍGUEZ, A., 1972, p. 541; RIVERA DE LAS HERAS, J. Á., 1984, pp. 99-128; RIVERA DE LAS HERAS, J. Á., 2001a, pp. 103-106; SÁINZ SÁIZ, J., 1999, p. 46; SÁNCHEZ HERRERO, J., 2002, p. 31.

Iglesia de San Leonardo

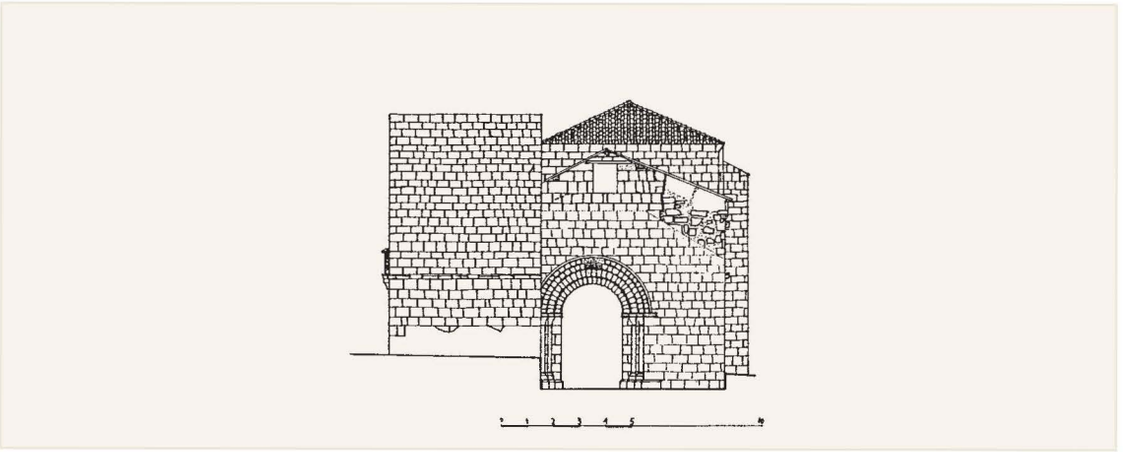
ENTRE EL PASAJE Y LA PLAZA de su nombre y en las inmediaciones de la calle Balborraz se alzan los vergonzantes restos de una de las iglesias románicas de la zamorana Puebla del Valle. Poco sabemos de su primitiva historia, aunque la presencia de sus rectores confirmando documentos a principios del siglo XIII nos prueba su construcción durante la anterior centuria. Ya en 1223 se data la sentencia del pleito entablado entre un presbítero de San Leonardo y los habitantes de la Puebla, disputa motivada por el pago de cierta pensión. Los propios epitafios grabados en su portada occidental, recogidos por Gómez-Moreno, proporcionan datas de 1239, 1240 y 1251.

El templo, levantado en sillería de conglomerado de arenisca, ha sufrido notables transformaciones, siendo ya obra del siglo XVI su cabecera poligonal con cornisa de nacela, transparente en el lienzo central, contrafuertes de esquina y capilla de testero plano como cabecera de la colateral. La cabecera se cubre con dos tramos de bóvedas de crucería, cuyo desplome peligra por el estado de la techumbre. Su planta es ciertamente desconcertante en su actual configuración interior de dos naves, aunque creemos que era única en origen, pues los dos formeros –de medio punto uno y levemente apuntado el más occidental, ambos doblados– son de muy desigual compostura. Reafirma esta idea el carácter románico de las zonas bajas del muro septentrional de la actual colateral, rematado con una cornisa achaflanada sobre canes troncopiramidales con cuatro hojitas, al más puro estilo del románico tardío zamorano e idénticos a los del muro meridional de la nave, en el que se abría una portada hoy cegada, observándose sólo un gran arco de medio punto con una muy rasurada chambrana moldurada con bocel, nacela y filete. Esta fachada meridional se protegía con un pórtico, del que restan los canzorros. Sobre la portada se abrió posteriormente una hornacina de ladrillo.

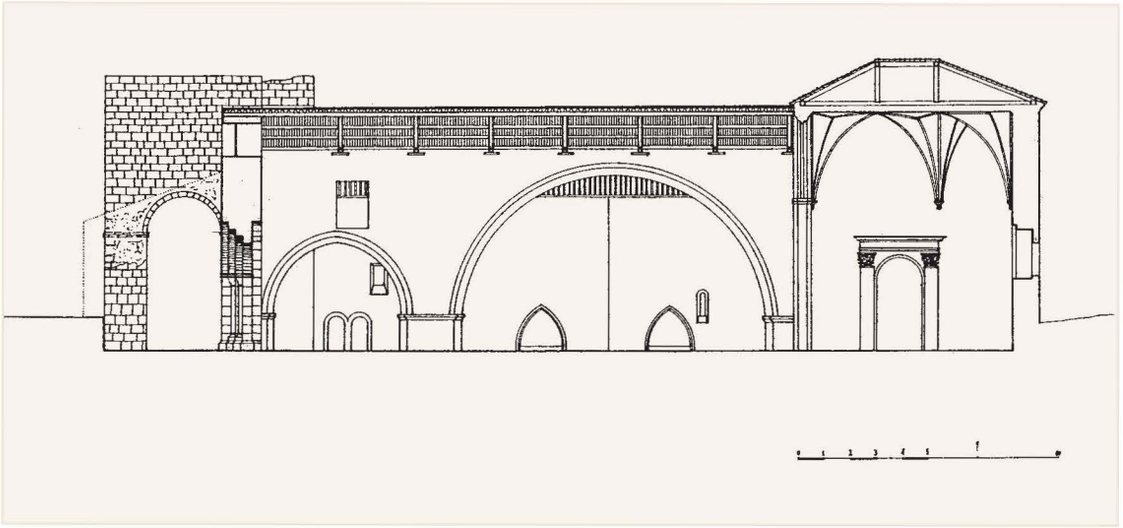
Entorno de San Leonardo y cabecera



Planta



Alzado oeste



Sección longitudinal

Costado septentrional del edificio

Arco cegado del pasaje de la torre y muro norte de la nave

El muro meridional de la nave presenta un acusado desplome, causa de la ruina del esquinal sudoccidental y de la refección parcial del hastial, rematado a piñón. En éste se abre la hoy oculta portada occidental del templo, de arco de medio punto y tres arquivoltas almohadilladas, al estilo de la puerta norte de Santiago del Burgo, que apean en jambas escalonadas con dos parejas de columnas en los codillos, rematadas con capiteles vegetales de pencas e imposta con el típico perfil zamorano. En esta fachada se conservan los únicos vestigios de policromía arquitectónica románica de la provincia, aparte los de la catedral, y ha sufrido en el pasado siglo el expolio de los dos altorrelieves que la flanqueaban, a modo de baldaquinos, descritos por Gómez-Moreno del modo siguiente:

> "A los lados de la puerta del hastial, en alto y sobre amplias repisas con cabezas y bustos humanos pulsando laúd y salterio, posan figuras de una leona, guardando quizá su cría, ante edificio con doseletes y arcos, y un león, teniendo enroscada una serpiente a sus patas; las cobijan guardapolvos con arcos redondos y flores. Obra del siglo XIII, en piedra".

Uno de estos relieves ha desaparecido, conservándose el otro en el Metropolitan Museum of Art de Nueva York (n.º 16.142). Bajo una especie de dosel con tres arquillos y rematado por tres apuntadas cúpulas perladas se dispone, en la zona inferior, un león –casi de bulto redondo– aplastando a un dragón. Tras él se disponen varias figuras de menor tamaño, divididas en dos escenas. En la parte izquierda vemos una sintética representación de la

Canecillos del lienzo norte de la torre

Anunciación y Coronación de la Virgen, con María sedente en el centro, juntando sus manos sobre su pecho y recibiendo la corona de la descabezada figura de Cristo –también entronizado–, mientras por su derecha transmite su mensaje el arcángel, portador de una filacteria. Las figuras de la parte derecha del relieve se han asociado al ciclo del patrón del edificio, san Leonardo, que aparece liberando a dos cautivos encadenados sobre la representación de una torre decorada con dos arpías. El relieve conserva policromía original de tonos rojos, azules y verdes. David Simon relaciona su estilo con el de la portada meridional de la catedral de Ciudad Rodrigo y con el sepulcro de La Magdalena de Zamora y lo data en los años finales del siglo XII o iniciales del XIII.

En el ángulo noroeste del templo se dispone una torre de planta cuadrada, con pasadizo abovedado en cañón como la de San Cipriano, del cual es observable el arco exterior, hoy cegado, netamente apuntado y sobre impostas de bocel, nacela y listel. El acceso al desaparecido cuerpo de campanas de la desmochada torre se realiza a través de una escalera de caracol con entrada desde la nave, siendo añadido –aunque casi contemporáneo– el cuerpo cúbico que la acoge.

La iglesia fue adquirida hace unos años por una cantidad irrisoria para destinarla a un uso hostelero que a fecha de hoy no se ha materializado. La contemplación exterior, única posible, de este templo resulta desoladora: acosado por los vehículos en su fachada meridional, a la que también se adosa una abandonada carbonería, rodeada de unas ruinas impropias de un núcleo urbano por el norte, sus cubiertas en inminente trance de desplomarse por falta de cuidado, su último e inapropiado uso como vivienda, que terminó en incendio, etc., se alzan como insultantes argumentos que nos empujan a replantearnos los límites que somos capaces de asumir para la tan cacareada noción de patrimonio cultural.

Texto y fotos: JMRM - Planos: RPB

Bibliografía

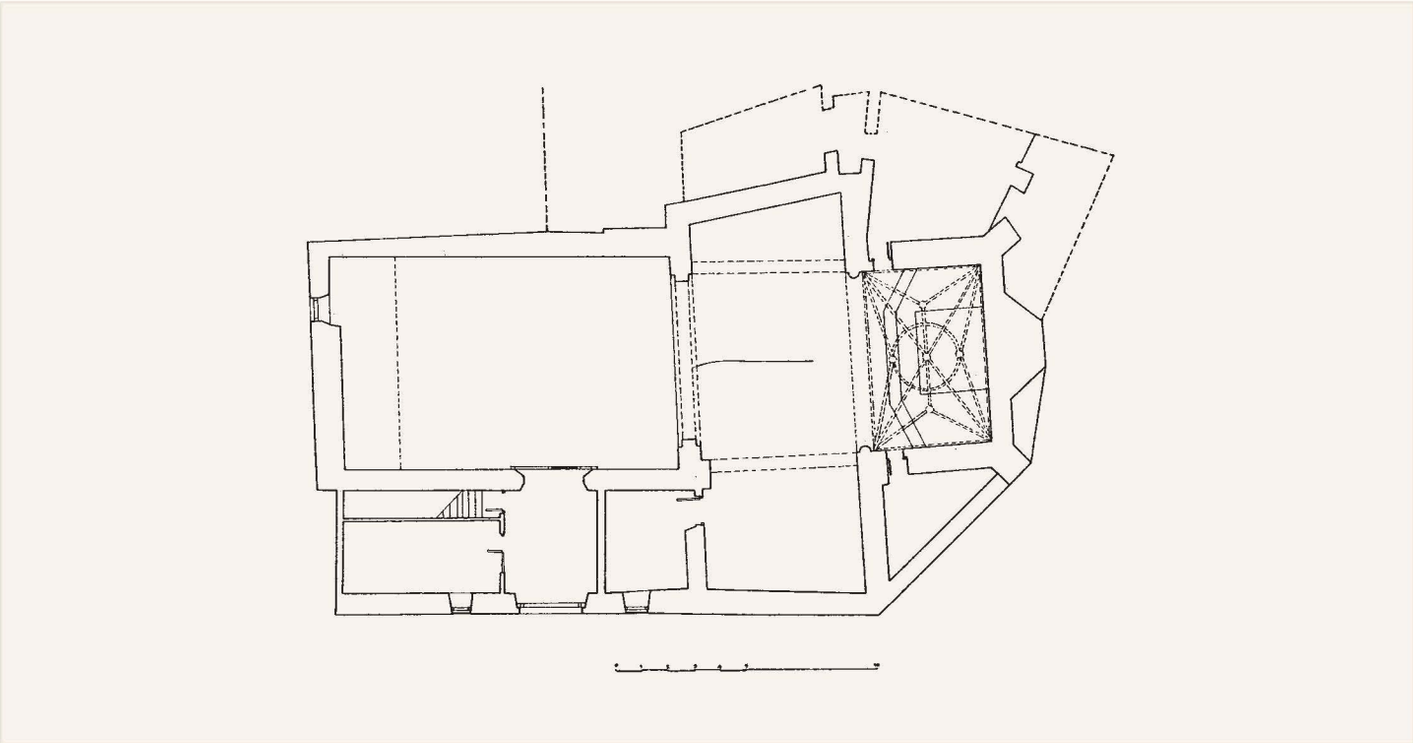
ÁVILA DE LA TORRE, Á., 2000, pp. 169-170; FERNÁNDEZ DURO, C., 1882-1883, I, p. 327; FRIENDLY, D., 1917, pp. 29-32; GAYA NUÑO, J. A., 1961, p. 147; GÓMEZ-MORENO, M., 1927 (1980), I, pp. 154-155; LERA MAILLO, J. C. de, 1999, docs. 355, 1185, 1253, 1269, 1518, 1669, 1671, 1954, 2041; RAMOS DE CASTRO, G., 1977, pp. 180-184, 498; RORIMER, J. J., 1963, pp. 41-42; SÁINZ SÁIZ, J., 1999, p. 44; SÁNCHEZ HERRERO, J., 2002, p. 31; SIMON, D. L., 1984, pp. 149-151.

Iglesia de San Antolín

SE SITÚA LA IGLESIA DE SAN ANTOLÍN en el Barrio de la Lana de la Puebla de San Torcuato, junto a la calle de su nombre. Su origen aparece vinculado a repobladores palentinos, que portarían con ellos la Virgen de la Concha, patrona de Zamora, así como la advocación del mártir de Pamiers.

Relatos legendarios aparte, del origen románico del templo apenas nos restan escasos vestigios dentro de su actual fábrica, de planta de cruz latina formada por su nave única cubierta por artesonado, dos capillas laterales –la meridional datada en 1757– y la cabecera cuadrada, cubierta con una bóveda estrellada y con contrafuertes angulares, obra de fines del siglo XVI. La espadaña fue rehecha en 1596 y tardogótica es la portada meridional, de arco de medio punto con alfiz, protegida hoy por un moderno pórtico.

Muro románico de San Antolín



Planta

Canecillos

La compleja lectura de sus muros, en los que se alterna la mampostería (nave) con la sillería (cabecera y espadaña), nos permite sólo reconocer como parte de la obra antigua un retazo del muro meridional de la nave, inmediato al hastial occidental. Se levanta en la típica sillería de conglomerado de arenisca local y conserva seis mutilados canecillos, decorados con rollos, nacela y formas geométricas. Quizá también la zona baja del hastial, bajo la espadaña renacentista, responda a este momento, quedando vestigios de una imposta con perfil de nacela en el esquinal noroccidental.

Poco puede decirse a tenor de lo conservado, salvo que parece corresponder a un edificio tardío, probablemente de fines del siglo XII o inicios del XIII.

Texto y fotos: JMRM - Plano: JIGG

Bibliografía

LERA MAÍLLO, J. C. de, 1999, docs. 1677, 1678; HERAS HERNÁNDEZ, D. de las, 1973, p. 248; RIVERA DE LAS HERAS, J. Á., 2001a, pp. 87-89; SÁINZ SÁIZ, J., 1999, p. 38.

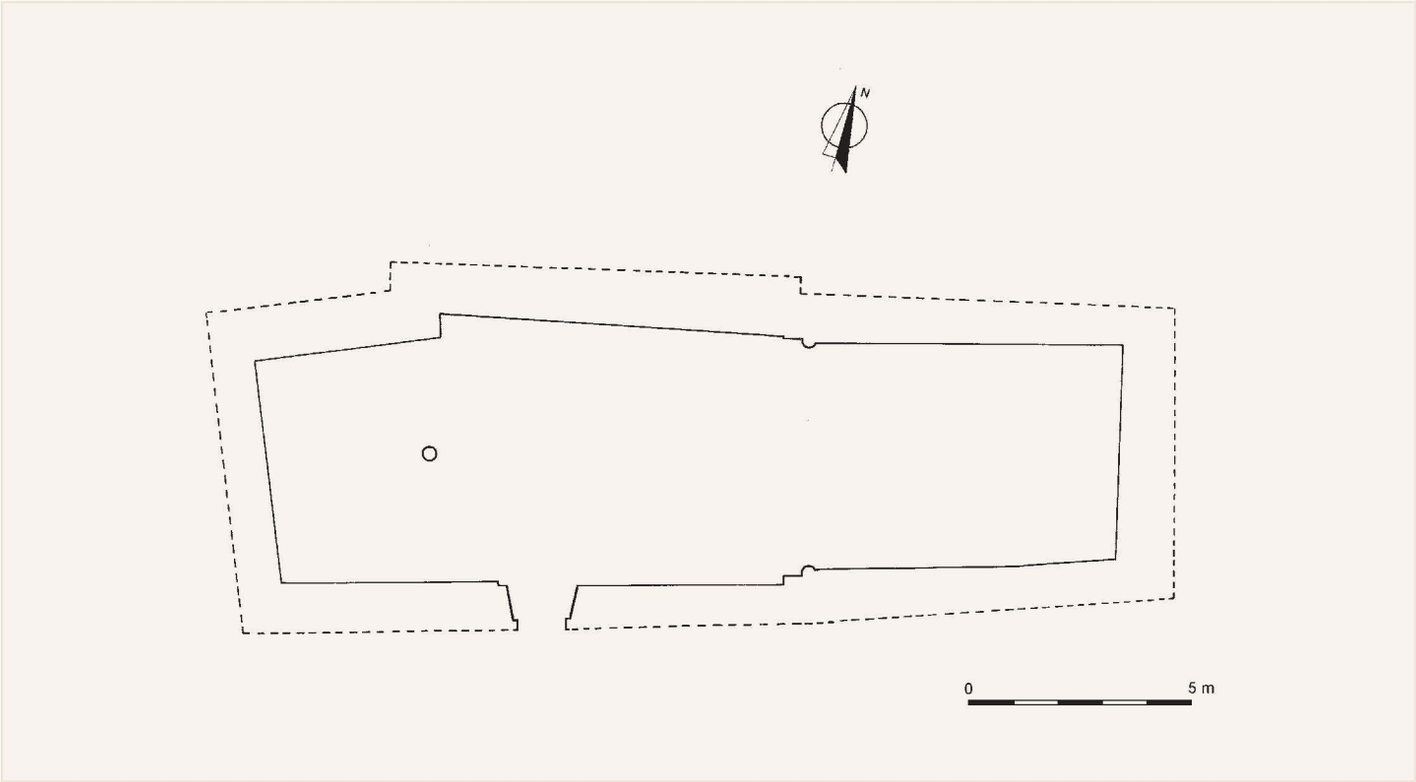
Iglesia de Santa María de la Vega

A MEDIDA QUE LA CIUDAD va creciendo y poblándose surgen extramuros, a partir de época altomedieval, nuevos núcleos de población, pequeños arrabales de carácter agrario y artesanal que se caracterizan por su ruralidad y donde la iglesia se erige como centro, articulándose en su entorno las viviendas, eras, huertos y viñas. Es en este ambiente donde surge la iglesia de La Vega, ubicada en la puebla homónima, la cual se extiende frente a la Puerta del Mercadillo, es decir, al norte del primer recinto amurallado de la ciudad, si bien, esta puebla parece adquirir mayor densidad demográfica en el siglo XIII, pasando, así, de "iglesia circundada por viñas y tierras a núcleo periférico con calles e, incluso, con el barrio de Olleros", en palabras de Ángel Vaca.

Respecto a la documentación existente sobre la iglesia de Santa María de la Vega, son pocas las referencias con las que contamos, remontándose la más antigua e importante al 10 de abril de 1151, cuando la infanta doña Sancha la entrega, con toda su heredad, a la catedral de San Salvador y a su obispo Esteban. Su vida como templo perdurará hasta fines del siglo XVIII, concretamente hasta los años 1781 y 1782, fechas que corresponden respectivamente a la declaración de su estado de ruina y aprobación del expediente para demolerla, y a la compra del edificio por un particular, según consta en la documentación del Archivo Histórico Diocesano de Zamora (AP 281.14/12).

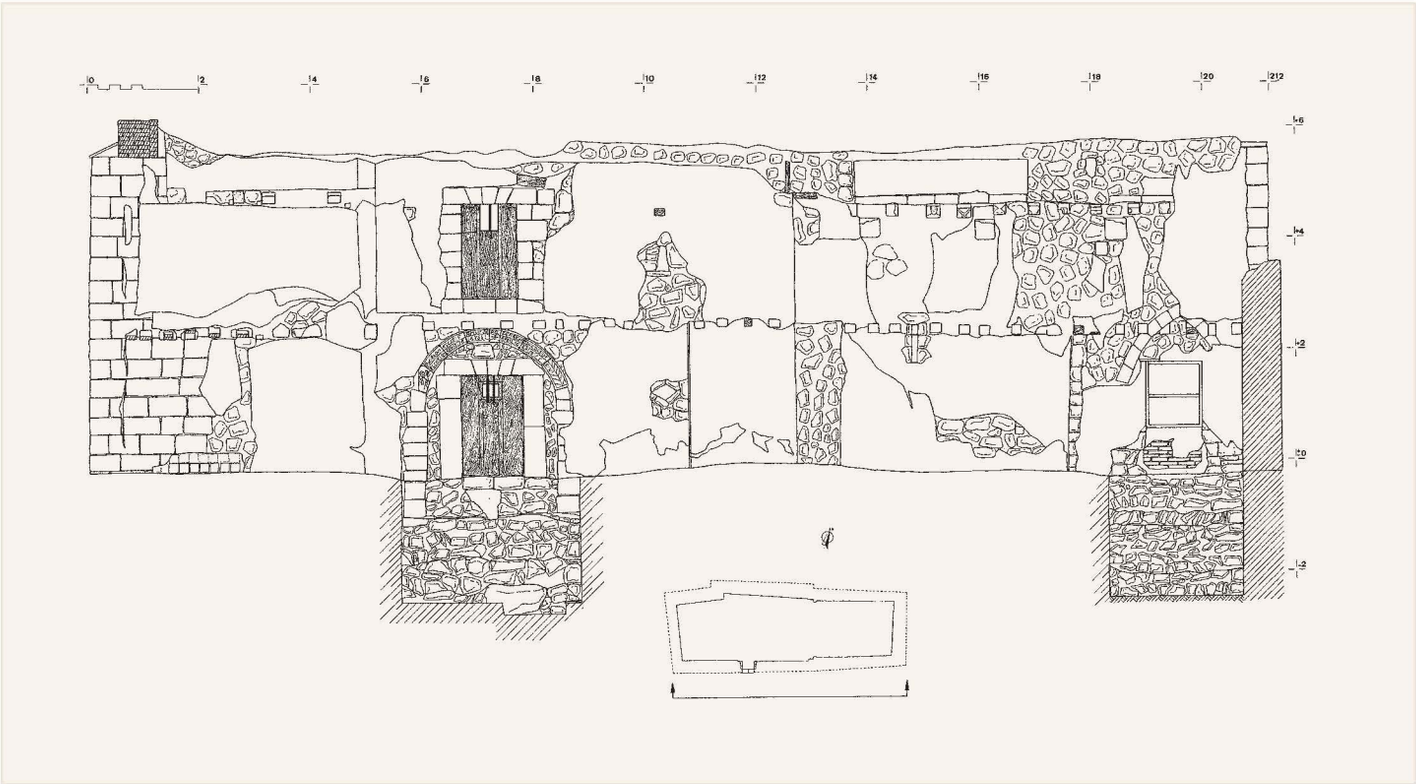
Al margen de esta documentación, la información más amplia es la que relaciona la Puebla de la Vega con el mundo judío: con su aljama, cementerio y especialmente, su iglesia, con la última sinagoga de la ciudad, ya que, según diferentes referencias fundamentadas en la tradición, ésta pasó de ser sinagoga a ser ermita tras la expulsión de los judíos. Sin embargo, hoy día, ésta es una idea totalmente obsoleta, ya que no está respaldada ni por apoyos documentales –recordemos que la primera referencia es de mediados del siglo XII y que aparece como iglesia– ni arqueológicos.

Fachada norte



Planta

Alzado sur



Canecillos

Portada con el epitafio del clérigo Pedro

Como hemos visto, nos encontramos ante un templo de origen románico, si bien de este momento constructivo, al margen de otros pequeños restos estructurales, algunos claramente reutilizados, tan sólo ha llegado hasta nosotros el hastial; sin embargo su construcción, aunque típicamente románica, sillares de conglomerado en seco y núcleo de mampostería trabada con argamasa de cal y arena, también se ha visto afectada por las remodelaciones y reformas posteriores.

Respecto a los restos estructurales aludidos hay que destacar en primer lugar los nueve canecillos decorados con figuras geométricas vegetales y antropomorfas, existentes en el tramo superior oriental de la fachada sur que, aunque claramente románicos, han sido reubicados durante la reconstrucción, casi total, del edificio realizada en el siglo XIII.

Las demás estructuras adscribibles a este momento son las exhumadas en la reciente excavación efectuada tanto en el interior como al exterior de la iglesia y que podemos resumir, en el interior, en un pequeño sector de solado de baldosas de barro cocido asentado sobre el substrato geológico, y en dos cortos tramos de alzado norte y sur –abriéndose en este último un vano de reducidas dimensiones–, sobre los que se documentaron restos de unas planchas de pintura de color rojo. Así mismo, en las catas arqueológicas realizadas junto a la fachada sur, se puso de relieve parte de la cimentación románica.

En el resto de alzados se observa claramente cómo el edificio ha sufrido sucesivas remodelaciones que van desde el siglo XIII hasta época contemporánea, ya que tras su pérdida de culto, a finales del siglo XVIII, y pasar a manos de particulares, éstos aprovechan toda la estructura para su reutilización como vivienda y/o almacén.

Sin embargo, y como ya se ha apuntado anteriormente, parece ser el siglo XIII el momento constructivo más relevante y en el que además de reaprovechar elementos puramente románicos, como son los modillones cuadrangulares, se añaden otros nuevos en un intento de mantener la dinámica románica.

Uno de los elementos más sobresalientes de la iglesia correspondiente a este momento, es la inscripción de tipo funerario existente en el arco de medio punto, conformado por diez dovelas, que configura la portada principal del edificio. Dicha inscripción parece haber sido tallada con posterioridad a la colocación del arco, adaptándose al espacio existente:

HIC : REQVIESCIT : FAMVL(us) : D(e)I PETR(us) : ASCENSSII : CL(er)IC(us) : ISTE

ECCL(es)IE : Q(u)I : OBIIT : IX : K(a)L(en)D(a)S : + APRIL(is) : ERA : M(illesima) : CCC : V :

Esta inscripción se encuentra flanqueada, por un lado, por una rudimentaria figura humana alada y, por otro, por una especie de espiga que conserva restos de pintura de color rojo en sus incisiones y su traducción sería: "Aquí descansa el siervo de Dios Pedro, clérigo de ascenso de esta iglesia, que murió el 9 de las kalendas de abril de la era milésima tricentésima quinta", una fecha que corresponde al 24 de marzo del año 1267.

Texto, fotos y planos: MSV/AVE

Bibliografía

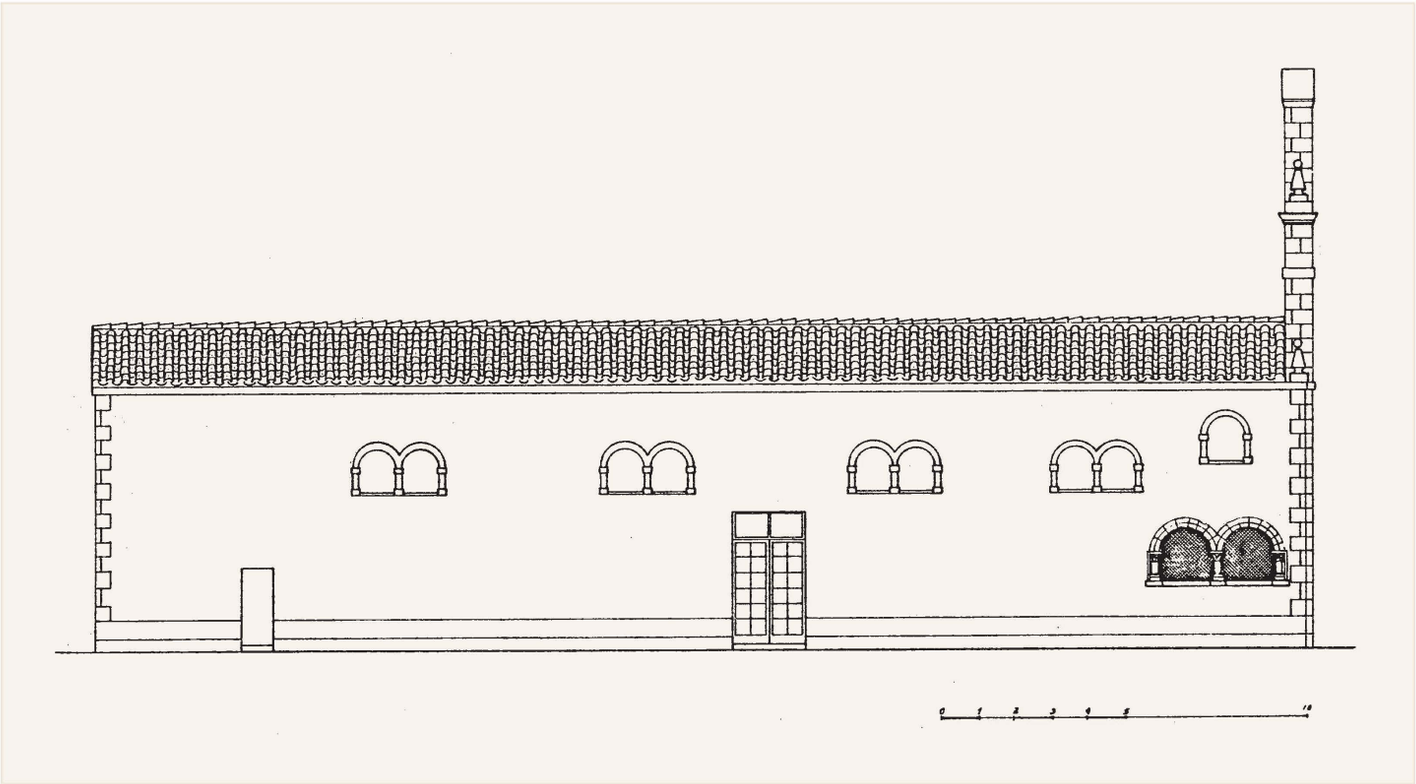
FERNÁNDEZ DURO, C., 1882-1883, t. II, p. 148, t. III, p. 87; GARCÍA CASAR, M.ª F., 1992, pp. 47, 69-71, 79, 80, 86; GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, J. A., 1993, p. 30; LERA MAILLO, J. C. de, 1999, docs. 46, 1211, 1212, 1497; PIÑUELA XIMÉNEZ, A., 1987, p. 193; RAMOS DE CASTRO, G., 1988, pp. 171, 180; REPRESA RODRÍGUEZ, A., 1972, pp. 539, 542; SALVADOR VELASCO, M. y VIÑÉ ESCARTÍN, A., 2002; VACA LORENZO, Á., 1995, p. 457.

Ermita de la Virgen del Carmen del Camino

ESTA RECONSTRUIDA ERMITA se encuentra actualmente entre las construcciones de la moderna Zamora, ante la plaza de Alemania, extramuros del tercer recinto de la ciudad. La antigua ermita se hallaba hasta la década de 1960 algunos metros más hacia el suroeste, más cerca de la antigua Puerta de San Torcuato, aunque fue derribada para construir un bloque de viviendas en su solar, levantándose la actual en 1967, con empleo de algunos elementos de la antigua fábrica románica.

Gómez-Moreno, que llegó a ver el viejo edificio, lo describe escuetamente como compuesta por "una pequeña capilla en su testero y otra lateral con arcos agudos, techos

Fachada actual



Planta

y tejaroces de modillones a base de nacela", mientras que J. Á. Rivera nos cuenta que era de una nave, con cabecera dotada de camarín, con una capilla adosada al norte, dedicada al Cristo del Camino, y con otras dependencias al sur, fachada en la que se hallaban dos portadas.

El moderno edificio es una alargada construcción en la que se han incorporado algunos elementos del antiguo, que en lo que se refiere a los de época medieval se concretan en algunos canecillos, un lucillo y una inscripción.

Son cinco los canes que parecen originales, ubicados en la fachada, bajo la espadaña, de los que uno presenta perfil de nacela con nervio central, otro tres rollos, y los tres restantes tienen forma piramidal, uno de ellos liso y los otros dos con hojitas lisas lanceoladas, siguiendo el modelo tan repetido en el tardorrománico zamorano, con buenos ejemplares en la propia capital, desde la misma catedral, hasta Santiago del Burgo, pasando por San Pedro y San Ildefonso, La Magdalena, San Juan de Puerta Nueva, entre otros.

El lucillo funerario, convertido ahora en un ventanal lateral, es doble, compuesto por dos pequeños arcos de medio punto que apoyan en tres pequeñas columnillas a cada lado, siendo las laterales adosadas y las centrales exentas. Los arcos presentan aristas de grueso bocel, flanqueado por mediascañas en el frente y en el intradós; cada uno de los tres grupos de columnillas o semicolumnillas se asienta sobre pequeño plinto, con basas de doble toro y escocia, fustes monolíticos y pequeños capiteles que repiten un mismo motivo decorativo: cestas con sencillas hojas carnosas, lisas, con los extremos enrollados a modo de volutas, en algunos casos mutiladas.

Por lo que se refiere a la inscripción, fue colocada en el porche de entrada y en su traslado se debieron perder algunas partes pues presenta pérdidas en la parte inferior, mientras que Gómez-Moreno parece que la vio completa. Es una placa de piedra arenisca –como toda la que componía el antiguo edificio–, de 46 cm de anchura, con el epígrafe distribuido en seis renglones interlineados, escrito en letra pregótica, cuyo texto, utilizando como complemento la lectura de Gómez-Moreno, dice:

OBIIT : FAMVL(us)
DEI : MENEN
DVS : VERMV
[D]II : IIII : N(o)N(a)S : AV
[G]VSTI : SUB
[E](era) M CC [LXXII].

Lucillo reconvertido en ventana

Epitafio de Menendo Bermúdez

Es decir: "Murió el siervo de Dios Menendo Bermúdez el día cuatro de las nonas de agosto, en la era milésima ducentésima septuagésima segunda", fecha que corresponde al 2 de agosto de 1234. En el primer renglón la palabra *famulus* parece acabar en una pequeña "o", pero si fuera así habría un problema de concordancias. Gómez-Moreno escribe directamente *famulus*, aunque Maximino Gutiérrez, creemos que más acertadamente, interpreta ese trazo como la habitual vírgula que representa una abreviatura de la terminación en *-us*.

En el mismo porche se conserva una enorme serpiente disecada, de unos 4 m de longitud, de la que se cuenta que en tiempos asoló la región, hasta que fue muerta por un condenado o por un pastor, pero estamos con J. Á. Rivera en que debe tratarse más bien del exótico exvoto de algún indiano.

La fecha que puede atribuirse al edificio original, en función de los restos conservados, rondaría el año 1200, el mismo momento en que se está produciendo un intenso proceso constructivo de edificios religiosos dentro de la ciudad y en los barrios extramuros junto al Duero.

Texto y fotos: JNG - Plano: MVPS

Bibliografía

ENRÍQUEZ DE SALAMANCA, C., 1998, p. 77; GÓMEZ-MORENO, M., 1927 (1980), pp. 170-171; GUTIÉRREZ ÁLVAREZ, M., 1997, p. 41; HERAS HERNÁNDEZ, D. de las, 1973, pp. 216-217; RAMOS DE CASTRO, C., 1977, p. 238; RIVERA DE LAS HERAS, J. Á., 2001a, pp. 166-167; SÁINZ SÁIZ, J., 1999, p. 53; SÁNCHEZ HERRERO, J., 2002, p. 32.

Casa del Cid

EL ANTIGUO PALACIO CONOCIDO popularmente como Casa del Cid –atribuido también al personaje zamorano Arias Gonzalo–, se halla en el extremo suroeste de la ciudad histórica, frente a la cabecera de la catedral y al palacio episcopal, formando parte del primer recinto amurallado. Es una estructura rectangular de la que en realidad sólo subsisten los cuatro muros perimetrales, mirando el occidental, el que corresponde a la fachada principal, hacia la plaza de la catedral, el septentrional a la calle Corral de Campanas, el oriental a los edificios contiguos por esa misma calle y siendo el meridional el que se identifica con la muralla, en el tramo que va de la Puerta del Obispo hacia las Peñas de Santa Marta, dominando desde aquí el río Duero en su paso más primitivo, donde estuvo el Puente Viejo.

Este muro perimetral conforma un potente paramento de sillería que se ha visto alterado a lo largo de los siglos, albergando en su interior un espacioso jardín y una casa, ubicada en el extremo suroeste y que ha sido objeto de continuas renovaciones desde la Edad Media, la más reciente llevada a cabo en el momento en que se redactan estas líneas, la única que por otro lado ha sido acompañada de una excavación arqueológica y un estudio de los antiguos muros, realizados ambos por Strato S. L. Otro análisis de muros –aunque en este caso sólo del que coincide con la muralla– lo realizó Miguel Ángel Muñoz García en 1998, dentro del *Plan Director de las Murallas de Zamora*, con conclusiones un tanto distintas a las otras.

En realidad es un edificio muy complejo de estudiar, no sólo por las transformaciones históricas sino por las distintas restauraciones que con criterio historicista se llevaron a cabo en 1956, 1959, 1962 y 1966. Tampoco han aclarado mucho las recientes excavaciones arqueológicas, que aunque han documentado en el solar restos que se

La Casa del Cid antes de la última reforma

Fachada occidental

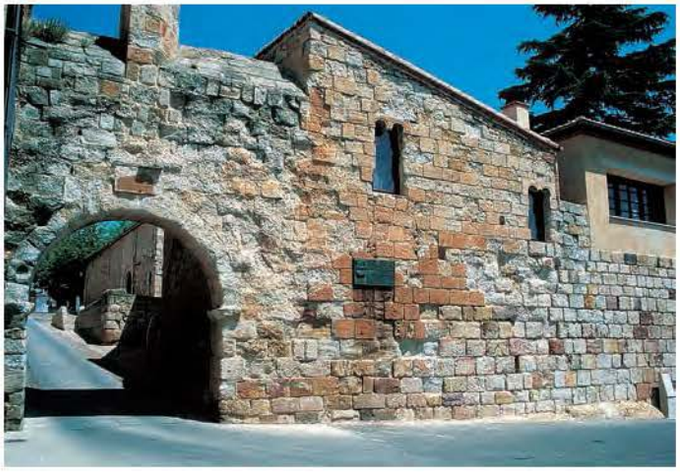
remontan hasta el final de la Edad del Bronce, a la hora de analizar la época que a nosotros nos interesa, los resultados no parecen haber sido muy precisos, estando mejor documentados los suelos y muros de etapas posteriores a la Edad Media. Por lo que se refiere a la interpretación de la fachada meridional, la de mayor interés y complejidad, nuestas opiniones, como iremos comentando, difieren sustancialmente de las aportadas en estos dos recientes estudios.

Del muro norte, el que mira a la calle Corral de Campanas, poco se puede decir. Construido con grandes bloques de arenisca local es la parte más simple del conjunto, que bien puede remontarse a la época original, aunque con algunas reformas, como la apertura de un portón adintelado, ya amortizado, cercano a un punto donde el muro se convierte en mampuesto y donde parece intuirse el arranque de otra puerta más antigua, en arco. Menos aún se puede decir del cierre oriental, del que incluso resulta difícil precisar su trazado original, dados los cambios que ha sufrido la distribución de la manzana.

La fachada oriental fue la principal y posiblemente tuvo mayor altura que la que hoy presenta. Es un muro liso, sencillo, de sillería, con tres pequeñas saeteras rectangulares y una portada en el centro. Esta puerta sigue el esquema típico de época románica y aunque hoy se nos muestra como un simple arco de medio punto, sobre simples jambas, cabe la posibilidad de que en origen fuera doblado. Las dovelas presentan un bocel recorriendo la arista, flanqueado en el frente y en el intradós por sendas escocias rellenas de pequeñas rosetas de diferentes diseños; los salmeres apoyan en pequeñas y deterioradas impostas molduradas con listel, nacela y bocel, el mismo perfil que muestra la chambrana que protege el arco, aunque en ella la nacela aparece cargada con medias bolas. Por encima de la cota del arco el muro es recorrido por restos de seis canzorros que debieron servir para soportar un pórtico o tal vez para servir de apoyo a una estructura superior, volada.

La fachada meridional es la que ha concitado la atención de los estudiosos y la que se ha visto sometida a más variadas interpretaciones. Lo que hoy vemos es un complejo muro formado por varios paramentos, con reformas, recrecimientos, vanos abiertos y cerrados, adosamientos, todo ello contiguo a la Puerta del Obispo o de Olivares, la antigua Puerta Óptima del primer recinto amurallado, reconstruida en 1230, según la inscripción que se dispone sobre ella. La estructura que corresponde a la antigua casa está formada en realidad por dos lienzos, ambos de sillería: el occidental parte de la propia Puerta del Obispo –junto a la que se puede ver la línea de adosamiento de hiladas–, conservando dos ventanas con dintel ajimezado y mostrando numerosas alteraciones en su extremo este, donde se ha renovado prácticamente toda la piedra y se ha construido un pequeño pabellón moderno sobre el muro; el paramento oriental queda ligeramente retranqueado, también con dos ventanas con ajimeces, y en el ángulo que forma con el anterior se ha dispuesto un machón de muros inclinados, hecho en mampostería, a modo de contrafuerte.

Esta fachada aparece además en numerosas vistas de la ciudad, tanto en dibujos o en pinturas como en fotografías. La imagen más antigua probablemente sea la que figura en el dibujo de Antón Van den Wyngaerde, de mediados del siglo XVI, donde muestra un balcón de madera, volado, sostenido por unos jabalcones, que en algún momento se ha interpretado como posible cadalso relacionado con el sistema defensivo de la muralla, pero que en realidad no es sino una especie de solana de la casa. Las distintas imágenes posteriores del edificio han dado pie a numerosas y dispares interpretaciones sobre la evolución del mismo, hasta los más recientes estudios con metodología arqueológica arriba citados. Ya desde Gómez-Moreno se ha sostenido que esta fachada se remontaba al siglo XI, en función de los cuatro dinteles de doble arco de herradura, con bocelillo recorriendo los arquillos y la arista inferior del dintel –que habrían perdido en todos los casos el mainel– y que Luis Caballero equipara a uno de la iglesia de San Ginés de Toledo, fechado en la segunda mitad del siglo IX, mientras que tanto para Miguel Ángel Muñoz, como para Strato S. L., siguiendo ambos la idea que apunta Cooper, existe una posibilidad de cronología bajomedieval para estos ajimeces, partiendo de la idea de un pretendido paralelismo con los de algunos castillos de esta época.



Fachada sur junto a la Puerta del Obispo

Muñoz y Strato son los únicos que, al margen de las ventanas, han dedicado un estudio más concienzudo al conjunto de la fachada, aunque llegando a conclusiones muy distintas. M. Á. Muñoz establece como restos más antiguos las cuatro hiladas inferiores, que equipara con el momento de construcción de la Puerta del Obispo, hacia 1230; el resto del paramento –donde están las ventanas– lo data en época bajomedieval, con multitud de reformas llevadas a cabo en siglos posteriores. Strato S. L. suponen que la parte más antigua son las siete hiladas inferiores de la casa, que también consideran contemporáneas de la Puerta del Obispo, pero dando una fecha de finales del siglo XI, a partir de las conclusiones de Gómez-Moreno, sin atender a la inscripción que fecha la puerta en 1230; el resto del muro lo datan en una reforma llevada a cabo en "un período comprendido entre 1570 y 1756", momento en el que se realizarían las ventanas con los ajimeces, piezas éstas que, en consecuencia, estaría descontextualizadas.

Por nuestra parte creemos que buena parte de lo que se conserva en esta fachada se remonta a su edificación original, como también lo es el sector del muro más oriental, hoy un tanto descuidado pero que conserva igualmente otros dos ajimeces. No es fácil sin embargo aportar una fecha incuestionable para ese momento fundacional, que en todo caso sería anterior a 1230 pues resulta evidente que la actual Puerta de Olivares o del Obispo se adosa a la casa, a pesar de la dificultad en seguir la línea de unión de ambas estructuras, dada la degradación de los sillares. Los ajimeces sin duda son un elemento muy antiguo pero probablemente ya fueron concebidos para colocarse en el lugar donde hoy siguen; en este sentido Luis Caballero, apoyándose en las opiniones del portugués M. J. Barroca, sugiere que nos hallaríamos quizá ante los restos del palacio real del siglo X, aunque quizá sea más ajustado pensar en que la construcción puede coincidir con los tiempos en que Fernando I (1037-1065) y Alfonso VI (1065-1109) revitalizan la ciudad y parece ser que renuevan sus defensas, un momento quizá más apropiado para la erección de un gran palacio, acorde con el importante papel que iba adquiriendo la ciudad. Es cierto que el arcaismo de tales dinteles puede remontarse hasta época visigótica, pero ello no es óbice para una larga permanencia del tipo a lo largo de los siglos altomedievales, especialmente en los territorios norteños de Galicia, Asturias, León, Burgos y País Vasco, donde también aparecen en algunos edificios que cronológicamente se acercan o adentran ya en el siglo XI, aunque teniendo siempre en cuenta las resbaladizas hipótesis que se enuncian sobre una época tan desconocida y poco documentada, tanto histórica como artísticamente.

Lo cierto es que en ese momento fundacional se plantea la construcción de un gran palacio, al que corresponde tanto el lienzo occidental –la propiamente dicha Casa del Cid– como el lienzo oriental retranqueado, donde sobreviven las otras dos ventanas iguales y donde los paramentos no parecen haberse reformado, de ahí la degradación que presentan los sillares. Entre los dos grupos de ventanas ajimezadas, dentro del lienzo occidental, se llegan a ver restos de dos huecos más, cegados, a los que les falta el dintel y sobre los que no sería descabellado pensar que fueron los que primitivamente tuvieron como coronamiento los otros dos ajimeces que hoy se hallan en la torrecita del interior de la casa, una obra historicista levantada *ex novo* hacia mediados del siglo XX y en la que se reutilizaron aquellas dos piezas antiguas. Es evidente que entonces nos hallaríamos ante un gran palacio, sin duda digno de la realeza, que bien pudo tener hacia su extremo occidental una especie de torre que dominara la Puerta del Obispo, ya que en ese lado la altura conservada es algo mayor y parece apuntar en ese sentido.

La primera modificación del palacio creemos que coincidiría más o menos con la reconstrucción de la puerta de la muralla, fechada en 1230. A este momento puede corresponder la fachada occidental, con su portada, una obra que aunque sigue dentro de una tradición románica, sin duda es muy tardía.

Si las transformaciones en un edificio religioso, siempre con un uso más puntual y sistematizado, son frecuentes, en uno civil prácticamente son continuas y esto es lo que ha debido ocurrir con la Casa del Cid a lo largo de su historia; algunas de esas alteraciones es posible rastrearlas, otras seguramente no han dejado rastro que permita identificarlas. Conocemos la imagen del edificio a mediados del siglo XVI a través del dibujo de Van den Wyngaerde, con una destacada solana que aunque no sabemos cuándo

Una de las ventanas ajimezadas

Vista general de la fachada meridional

se construyó, creemos que fue el motivo que obligó a romper la venta ajimezada más occidental para convertirla en puerta. De esta construcción, que nada tendría que ver con las defensas de la ciudad, creemos que se conservan también los huecos de algunos mechinales que sostendrían el piso volado de madera.

A partir de entonces seguramente las modificaciones son más frecuentes aún, comenzando por la desaparición de la solana, pero la imagen de la fachada meridional no sufre sustanciales cambios hasta que en pleno siglo XX comienzan las restauraciones historicistas. En alguna de éstas se renuevan buena parte de los erosionados sillares, que en algunas parte estarían más o menos como hoy se ven en el lienzo oriental, totalmente degradados. No resulta complicado ver cómo la mitad oriental de la casa tiene hoy prácticamente todo el paramento renovado, algo más difícil de seguir en la zona más próxima a la Puerta del Obispo, donde incluso se llegaron a utilizar sillares viejos. Un detenido recorrido visual por los muros nos da un indicio de qué piezas son originales y cuáles han sido repuestas y la diferencia radica en la argamasa empleada para recibir los sillares, cal en el caso de las piezas antiguas y mortero de hormigón en las renovadas. Así resulta más sencillo comprobar cómo las cuatro hiladas inferiores de todo el conjunto, aquellas que tanto Muñoz García como Strato S. L. consideran como la única parte fundacional superviviente, son en realidad un forro moderno, tras el cual sin duda se hallan los degradados sillares originales, que ya debieron erosionarse hace siglos. De este modo, si nos fijamos en una fotografía tomada por Laurent a principios del siglo XX, veremos que ese zócalo estaba entonces rehecho y reforzado con mampuesto, algo que a los restauradores modernos les debió parecer impropio de tan digno edificio y que no dudaron en reemplazar por nobles sillares, induciendo una vez más a los errores de interpretación del monumento que tan frecuentemente se producen y de los que nosotros, lógicamente, tampoco estamos exentos.

Texto y fotos: JNG

Bibliografía

ENRÍQUEZ DE SALAMANCA, C., 1998, p. 35; CABALLERO ZOREDA, L., 1988, pp. 415-416; GARCÍA RUBIO, J. M., 1984, foto 50; GÓMEZ-MORENO, M., 1927 (1980), p. 86; GUDIOL RICART, J. y GAYA NUÑO, J. A., 1948, p. 260; MUÑOZ GARCÍA, M. Á., 1998; QUADRADO, J. M.ª y PARCERISA, F. J., 1861 (1990), p. 31; RIVERA BLANCO, J. (coord.), 1995, pp. 982-983; SÁINZ SÁIZ, J., 1999, pp. 55-56; STRATO, S. L., 2001-2002.

Otros edificios civiles de la ciudad

DENTRO DEL CASCO URBANO medieval o en los arrabales de la ciudad se localizan algunas piezas decorando las puertas de ciertas casas cuya tipología y motivos nos llevan hasta la época románica. Son siempre mochetas que sostienen los dinteles o cargaderos de madera de los accesos a la planta baja y que hemos podido documentar en la rúa de los Francos y en la calle de los Herreros, dentro del primer recinto amurallado; en la calle de Balborraz, dentro de la parte de la misma que quedó englobada en el segundo recinto; en las calles de la Plata y de los Baños, en la antigua Puebla del Valle que se encerraría dentro del tercer recinto; e igualmente en el arrabal de San Frontis.

Alguna de estas piezas han desaparecido recientemente al demolerse los edificios o los muros en que se hallaban inscritas, otras han permanecido en su sitio original, e incluso se han descubierto al restaurarse las fachadas, pero en todos los casos creemos que responden a una misma pauta: son antiguas casas comerciales, dotadas de amplias portadas adinteladas donde quizá se compartía acceso al interior del edificio con rudimentarios muestrarios o "escaparates" de los que sin embargo no tenemos evidencia. La decoración de estas mochetas suele presentar apenas dos variantes, pero, como podremos observar, con la suficiente representación en los canecillos de iglesias tardorrománicas de la ciudad y de la provincia como para asignarles una cronología similar a la de los templos, situada en los años postreros del siglo XII o en los primeros del XIII. Quizá alguna de las piezas pudiera haberse reutilizado, pero creemos que en la mayoría de los casos, a pesar de transformaciones ulteriores de las fachadas, permanecen en su ubicación original; también cabe la posibilidad de que algún elemento de las mismas características, de los guardados en los almacenes del Museo de Zamora, tuviera la misma función. En todo caso, a pesar de conformar un nutrido grupo –al que quizá puedan sumarse nuevos ejemplares en años sucesivos, cuando se renueven otros edificios–, han pasado hasta ahora completamente desapercibidos en los estudios y guías que han abordado el arte románico de la ciudad.

RÚA DE LOS FRANCOS, N.º 2

La actual rúa de los Francos, junto con la de los Notarios, conforman el eje principal de la más antigua ciudad, el carral mayor, que unía la catedral con la Puerta Nueva, aunque no será hasta época bajomedieval cuando pase a ser citada con su actual denominación. Así ocurre en 1330, cuando aparece como lugar de residencia de Miguel Martín, notario público de Zamora, figurando a partir de entonces de forma reiterada en la documentación, vinculada a destacados miembros de la comunidad, a artesanos, a la Cofradía de la Misericordia o al cabildo

Rúa de los Francos, 2: planta baja

Rúa de los Francos, 2: detalle de dos de las mochetas

de la catedral. Y es que al menos durante el siglo XV buena parte de las casas situadas en esta calle estaban en manos del cabildo, según se puede deducir de las numerosas ocasiones en que aparecen arrendando casas a distintos personajes: tal sucede en 1446 con el sastre Juan Gallego, especificándose que las casas que se arriendan están cercanas a la iglesia de San Juan; en 1488 el arrendatario es otro miembro del mismo gremio, Juan de Burgos, y las casas se sitúan, junto al horno del conde de Monterrey; y en 1489 lo será el zapatero Francisco de Benavente. En todos estos casos son oficios artesanos, de quienes cabe suponer que establecerían algún tipo de taller y/o tienda, dando lugar a una de las principales calles mercantiles de la ciudad.

El edificio objeto de nuestra atención se ubica junto a la plaza de Viriato, hacia el sector central de la rúa. Es una construcción notable, de planta baja y dos alturas, aquélla levantada con sillares de arenisca y éstas con entramado de madera y plementería de ladrillo, aunque buena parte del edificio responde a múltiples reformas, acaecidas seguramente ya desde época gótica.

Nuestra atención se centra en la planta baja, donde se abren tres grandes portones –hoy escaparates– separados por pilares, y sobre los que se dispone un gran cargadero corrido de madera, con molduraciones que nos hacen pensar que es una pieza de época gótica, incluso de comienzos del siglo XVI. Sin embargo los elementos de piedra son mucho más antiguos, aunque han sufrido alguna reintegración reciente. Se trata de cuatro altos machones o pilares rectangulares, sencillos, con las aristas cortadas en nacela o formadas por estrechos bocelillos y rematados en la parte superior con las mochetas decoradas, enmarcando los tres grandes vanos. El más occidental de estos vanos o portones está flanqueado en la parte izquierda por la jamba quizá más alterada pues prácticamente toda ella está reconstruida, mientras que la mocheta carece de decoración; la jamba de la derecha es también sencilla y tiene igualmente muchos de los sillares renovados, rematando en una mocheta que tuvo un capitelillo pinjante, de cesta redondeada, con hojas planas que en la parte superior se vuelven para acoger bolas o formar volutas, un modelo que aunque en esta ocasión se conserva sólo en parte, repite el modelo que veremos más adelante. El portón central queda flanqueado por dos jambas iguales, con las aristas cortadas en nacela, nacela que también se prolonga, curvándose, en las mochetas, que esta vez se decoran con hojas palmeadas enrolladas, aunque la pieza del lado izquierdo es una reconstrucción moderna. El tercer portón presenta ambas jambas recorridas por delgados bocelillos angulares con las mochetas decoradas con sendos capitelillos pinjantes de cestas redondeadas y hojas lisas, vueltas en los extremos externos para acoger bolas y enrolladas en los internos formando volutas; la pieza del lado izquierdo muestra además restos de pigmentación rojiza. Finalmente el machón más oriental muestra en su lado derecho otra jamba –enmascarada hasta hace poco por las reformas posteriores– de características muy similares a estas últimas, por lo que cabe sospechar que pudo haber algún otro vano en esa dirección o que al menos el esquinal de la casa presentaba alguna estructura más compleja que la actual.

Calle de los Herreros, n.º 10

Quedó esta estrecha calle englobada también dentro del primer amurallamiento de la ciudad, ascendiendo por la vertiente meridional de la meseta en que se asentó Zamora y comunicando la Puerta Nueva con los arrabales situados junto al río. Cuando el casco urbano siguió aumentando se convirtió en una de las vías que ponían rápidamente en contacto la Puebla del Valle con la plaza de San Juan, donde se hallaba el centro administrativo de la ciudad bajomedieval y moderna. En su parte más baja se ubicó la iglesia de San Simón y el nombre que recibe muy probablemente provenga de su actividad dominante en los tiempos medievales.

En el tercio superior se abre un callejón sin salida y aquí, en el edificio que hace esquina con la calle, se halla otro de los edificios civiles que han conservado restos medievales. En este caso es mucho más simple que el de la rúa de los Francos pues sólo está formado por un vano, en obras en el momento en que se redactan estas líneas. El edificio está construido a base de mampostería, con esquinales de sillería y la parte inferior corresponde también a

Calle de los Herreros: 10, portada

Calle de los Herreros, 10: detalle de una de las mochetas

un amplio vano, de sencillas jambas rematadas en dos mochetas con capitelillos pinjantes de hojas vueltas acogiendo bolas. En este caso el capitel izquierdo mira hacia el frente mientras que el derecho lo hace hacia el intradós de la puerta, aunque en ambos casos parecen conservar su posición original, por lo que no sería extraño que, tratando de buscar una simetría, hubiera algún otro vano similar hacia el callejón, oculto durante nuestras visitas o quizás ya destruido. El cargadero de la puerta es una sencilla pero robusta viga de madera.

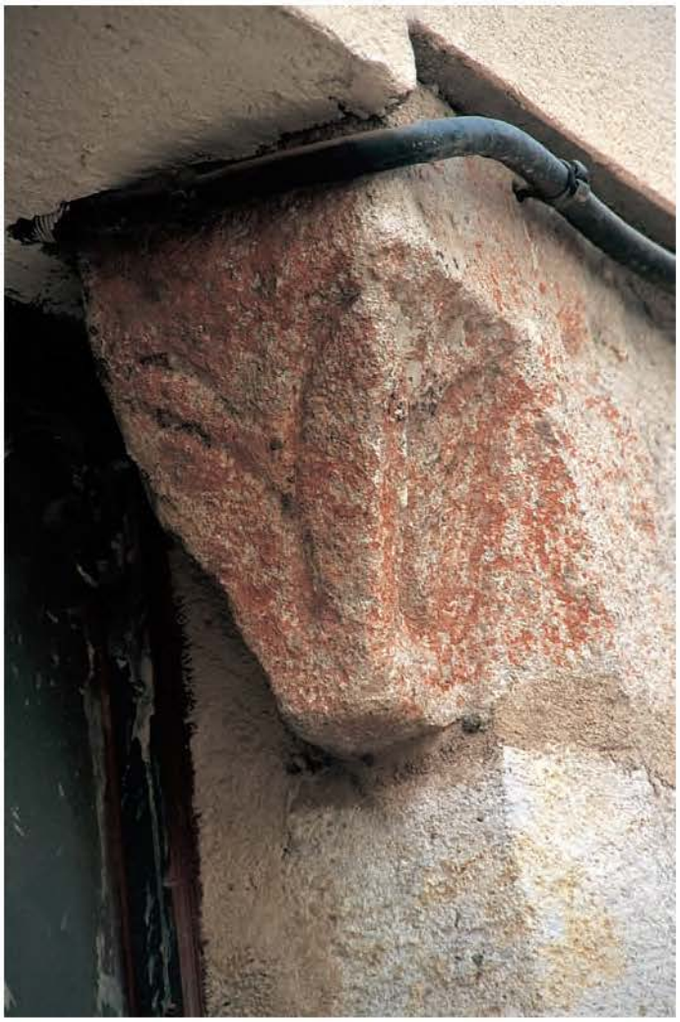
Algunos metros más abajo, en el n.º 26 de la misma calle, un edificio en ruinas, del que sólo queda la fachada de la planta baja, nos muestra una jamba con arista recorrida por un bocelillo, idéntica a la que mostraban los pilares de la casa de la rúa de los Francos n.º 2. Por este motivo, y aunque ahora no aparecen las mochetas, cabe suponer que sean restos de una entrada de la misma época.

Calle de Balborraz, n.º 44

El extraño nombre de esta calle se ha explicado a través de la lengua árabe como la *Puerta del Cabezudo*, en virtud de la leyenda que asegura que en la entrada de la muralla que había aquí el rey Alfonso III clavó la cabeza del caudillo musulmán Ahmed ben Muawiya, corriendo el año 883. Pero al margen de fabulosas noticias esta calle fue tradicionalmente una de las principales arterias comerciales de la ciudad, una función que sin embargo ha perdido en los tiempos modernos. Según Amando Represa ya existía en el siglo X y aunque en principio quedó casi como camino de ronda del primer recinto de murallas, su desarrollo fue inmediato, sobre todo desde que a mediados del siglo XII surge el mercado que desde esta calle se prolonga hacia el río, buscando el paso del Puente Nuevo. Balborraz se llena entonces de tiendas y de pequeños talleres, y entre sus vecinos se documentan nombres francos, como don

Balborraz, 44: portón

Balborraz, 44: mocheta



"Arnalt de Valboraz, tondedor", quien con "don Michael, rapador", confirman una venta de propiedades a la Orden de Santiago, realizada en el año 1232 "enna tienda de Geralt de Montpesler". Por estas épocas la calle reunía también la actividad de plateros y herreros, artesanos que entonces quedaban tanto dentro del segundo recinto amurallado como fuera del mismo. Y es que esta arteria quedó dividida por dicho recinto, englobándose la parte alta dentro de él y permaneciendo la baja extramuros, hasta que en la primera mitad del siglo XIV el tercer recinto la acoja por completo; la comunicación sin embargo permaneció abierta pues consta la existencia de un Arco de Balborraz, derribado en 1555 por su estado ruinoso, aunque caben sospechas sobre su ubicación, ya que en un documento de 1478 se habla de unas casas que arrienda el cabildo y que se sitúan en la plaza de San Juan de Puerta Nueva, junto a la Puerta de la calle de Balborraz. En la Baja Edad Media aparece frecuentemente en la documentación escrita y a través de ella se constata un vecindario compuesto también de odreros, alfayates, zapateros, retalladores, igualmente de notarios y capellanes, y con presencia incluso de algún extranjero, como Juan Borgoñón.

El n.º 44 se ubica en la parte alta de la calle, en la mano occidental, la que poco a poco se fue adosando al primer recinto amurallado y quedaría luego englobada en el segundo recinto. Es un edificio de planta baja y dos alturas, descansando el conjunto en dos machones laterales, con aristas achaflanadas, que enmarcan un amplio vano, cuyas jambas de sillería, como en los casos anteriores, rematan en sendas mochetas decoradas. Ahora aparecen dos capitelillos pinjantes, de forma más o menos troncopiramidal alargada, de perfiles nacelados y con incisiones que representan hojitas lanceoladas planas ocupando las esquinas, conservando restos de color rojo.

No lejos de aquí, una excavación arqueológica realizada en 1994 en el solar n.º 40, también adosado a la muralla del primer recinto, descubrió restos constructivos de una casa que los arqueólogos fecharon a finales del siglo XII o comienzos del XIII, con un muro de mampuesto que se asentaba sobre la roca y que separaba la zona de vivienda –con suelo de argamasa de cal y canto– de un pequeño patio interior contiguo a la muralla y pavimentado con cantos rodados trabados con cal. Seguramente fue ésta una organización similar a la que compartieron la mayoría de las casas de la zona en aquellos momentos, aunque cabe pensar también que en origen el patio trasero pudo ser un estrecho paso, transitable, longitudinal a la muralla y después parcelado y repartido entre las distintas viviendas.

Balborraz, 52: portón

Calle de Balborraz, n.º 52

Este solar se halla más hacia el centro de la calle, en la misma mano que el edificio anterior y aunque es una construcción reformada recientemente, sigue manteniendo en la planta baja la estructura original, idéntica a la del n.º 44, es decir, un amplio portón flanqueado por dos machones laterales de sillería rematados en mochetas. La del lado norte está mutilada y la jamba presenta su arista cortada en cuarto de caña; la del sur, con el ángulo de la jamba en chaflán, conserva en el remate un deteriorado capitelillo pinjante, similar a los del n.º 44, con la particularidad de que en esta ocasión las hojitas están perfiladas con cintas segmentadas.

Calle de la Plata, n.º 16

Actualmente esta calle es una prolongación de la de Balborraz, aunque en la Edad Media también ella debía ser conocida por este último nombre. Formaba parte de la Puebla del Valle, en el sector conocido como del Mercadillo, junto a la iglesia de San Julián y su denominación sin duda obedece a la principal actividad de sus vecinos. No aparece por tanto como calle con nombre propio, aunque cabe sospechar que a la misma se refiere un documento de Moreruela que habla de las casas de la calle Balborraz "do venden la plata", una de tantas como poseyó este monasterio aquí durante los siglos XII y XIII.

Balborraz, 52: mocheta

Calle de la Plata, 16: mocheta

El n.º 16 se halla en la parte más baja, cerca de la plaza de San Julián de Mercado, en la mano de poniente. Es una casa con planta baja y dos pisos, aunque la fachada inferior ha sido dividida en dos puertas y se halla todo revocado. Aun así se ve la típica estructura compuesta por un amplio portón adintelado, con jambas rematadas en mochetas, la septentrional con un capitelillo pinjante de cesta con hojas planas acogiendo bolas, del tipo de los vistos en la rúa de los Francos o en la calle de los Herreros, y el meridional con el otro modelo que venimos describiendo, el formado por una pieza prismática con simples hojas lanceoladas. Sería por tanto el único caso donde no se da una simetría.

Es posible que tanto en esta calle como en la de Balborraz haya unos cuantos edificios más que conserven el mismo tipo de puertas, ocultas hoy por revocos y tabiques. Muchas de las fachadas mantienen aún los amplios portones y los cargaderos de madera y en alguna, como en el n.º 2 de la calle de la Plata, parece intuirse una mocheta bajo el enlucido, rematando un machón de sillería perfectamente visible.

Calle de los Baños, n.º 12

Nada tiene que ver el nombre de esta calle con la actividad artesanal que fue la nota dominante de todo el sector de la ciudad en que se encuentra, el del mercado ubicado en la Puebla del Valle. Es una estrecha calle paralela a la de la Plata, situada al oeste de la misma, entre la de la Zapatería y el Duero y quizá su origen haya que buscarlo en un establecimiento de baños, tal vez aquellos que en el año 906 el rey Alfonso III, con su esposa Jimena y sus hijos García, Ordoño, Gonzalo, Fruela y Ramiro, dona a la Iglesia de Oviedo. Si atendemos a la cita textual –*Concedimus, intra ciutatem Zamoram, balnea que construximus ibi*– podemos pensar que se ubicaban dentro de la ciudad de entonces, más o menos en el entorno de la catedral y del castillo, pero teniendo en cuenta que este documento es considerado como un falso, escrito a mediados del siglo XIII, quizás no sea tan descaminado pensar que al menos entonces había unos baños en esta calle, aunque no fueran de origen tan antiguo. Mucho después, en 1439, Beatriz Rodríguez Garavita, entrega a Gómez González de Jerez, notario y procurador del cabildo de la catedral, las casas, huerta y noria que tenía en esta calle, que encuadra en la colación de Santa Lucía.

El edificio que nos ocupa se encuentra en la parte inferior de la calle, al final de su sector más estrecho, y es una casa con planta baja y dos alturas, con la fachada revocada y muy transformada, que muestra en la jamba norte de la puerta una mocheta con capitelillo pinjante de hojas lisas con bolas colgantes de su parte superior. Dado el actual estado del edificio no es posible saber si conserva la jamba contraria.

Calle de los Baños, 12

Arrabal de San Frontis. Callejón de Fermoselle

La iglesia de San Frontis, según consta en una lápida allí conservada fue fundada por el canónigo Aldovino de Périgord, fallecido en 1215 pero vecino de Zamora al menos desde 1182. En origen debió ser una alberguería en torno a la cual se fue formando un arrabal, aunque es posible que ya antes existiera alguna población, pues el lugar es propicio, ya que se halla junto al puente viejo, en el camino que comunicaba la zona más antigua de la ciudad

Mocheta en una casa del callejón de Fermoselle, en arrabal de San Frontis (Foto: JARH)

con las tierras de Sayago, de Ledesma y de Salamanca. La documentación relativa a la Baja Edad Media registra la presencia en el barrio de gente más bien humilde –carniceros, conejeros, zurradores (curtidores de pieles)– pero junto a ellos hay numerosos clérigos y canónigos de la catedral, institución que contaba aquí con la propiedad de numerosas casas.

El actual callejón de Fermoselle se llamó tradicionalmente y hasta hace no mucho callejina de San Antón, por una ermita dedicada a la advocación de este santo, patrón de las actividades ganaderas, tan importantes en el entorno. Aquí, en una casa de fachada recientemente reformada, afloran dos mochetas embadurnadas por el revoco, aunque se puede apreciar en ambos casos la forma de capitelillos pinjantes piramidales, decorados en los ángulos con hojas lanceoladas, en un caso parece que en somero relieve y en el otro formadas por incisiones.

Arrabal de San Frontis. Calle de San Roque

Hasta fecha muy reciente existieron en esta calle restos de la pared de una antigua casa que presentaba una vez más la articulación que venimos viendo, de jambas rematadas en mochetas que sostenían un cargadero de madera, si bien en este caso la anchura de vano era más reducido que los que hemos visto en Balborraz, en la Rúa de los Francos o en la calle de los Herreros, quizá porque ya se transformó todo en tiempos, o tal vez porque era ésta una casa más modesta, propia de una puebla más humilde.

Ambas piezas se veían sólo parcialmente y mientras una de las mochetas mostraba el habitual motivo prismático con hojas lanceoladas –muy toscas y erosionadas–, con un dentado en la parte superior, la otra estaba muy deteriorada, aunque parecía reproducir una forma muy similar.

En conclusión puede decirse que nos hallamos ante una serie de edificios civiles de la Zamora medieval, cuya función más que probable fue la de establecimientos comerciales, a la cual sin duda se sumaría la de vivienda, que bien podría situarse en la planta primera. Su estructura, con una fachada tan abierta, es la misma que ha perdurado durante siglos para este tipo de locales. Por lo que se refiere a su cronología no tenemos duda de que coincide con la construcción de muchas de las iglesias románicas de la capital, con aquellas que se están levantando en los últimos años del siglo XII y en los iniciales del siglo XIII, pues la decoración que presentan las mochetas es idéntica a la que encontramos en los canecillos de esos templos. Así, las piezas de forma piramidal, con hojas planas lanceoladas en los ángulos, son elementos muy comunes en los aleros del tardorrománico de la provincia y ciudad, que podemos encontrar en la propia catedral o en las iglesias capitalinas de San Pedro y San Ildefonso, San Juan de Puerta Nueva, Santa Lucía, Santo Sepulcro, La Magdalena, ermita del Carmen del Camino, San Isidoro, Santa María de la Horta, San Leonardo y en una pieza en los fondos del Museo, procedente de la calle San Andrés, n.º 5, que posiblemente sea otra mocheta; en la provincia aparecen en las iglesias de Villamor de la Ladre, en el oratorio de la Dehesa de La Albañeza, en Sobradillo de Palomares, Fuentelcarnero, Peleas de Abajo, La Hiniesta, Benegiles, San Martín de Castañeda y en las benaventanas de San Juan del Mercado y Santa María del Azogue. En cuanto a las piezas con capitelillos pinjantes de forma redondeada con hojas de las que penden bolas, se encuentran también en Santa Lucía, en los fondos del museo –procedente de las excavaciones en el palacio del Cordón–, en San Juan de Puerta Nueva e incluso alguno de los canecillos de La Magdalena presenta tipos muy cercanos, aunque mucho más sofisticados; el motivo sin embargo es frecuentísimo, con múltiples

Restos de una casa en calle San Roque, del arrabal de San Frontis, ya desaparecidos (Foto: JARH)

variantes, en muchos capiteles del último románico en otras provincias. En consecuencia, y a tenor de tales paralelos, creemos estar en condiciones de asegurar que nos hallamos ante algunos de los pocos restos que han sobrevivido de la arquitectura civil no palaciega del entorno de 1200, posiblemente el momento de mayor desarrollo de la ciudad de Zamora, y a ellos, sin duda, podrán incorporarse nuevos hallazgos en los próximos años.

Texto y fotos: JNG

Bibliografía

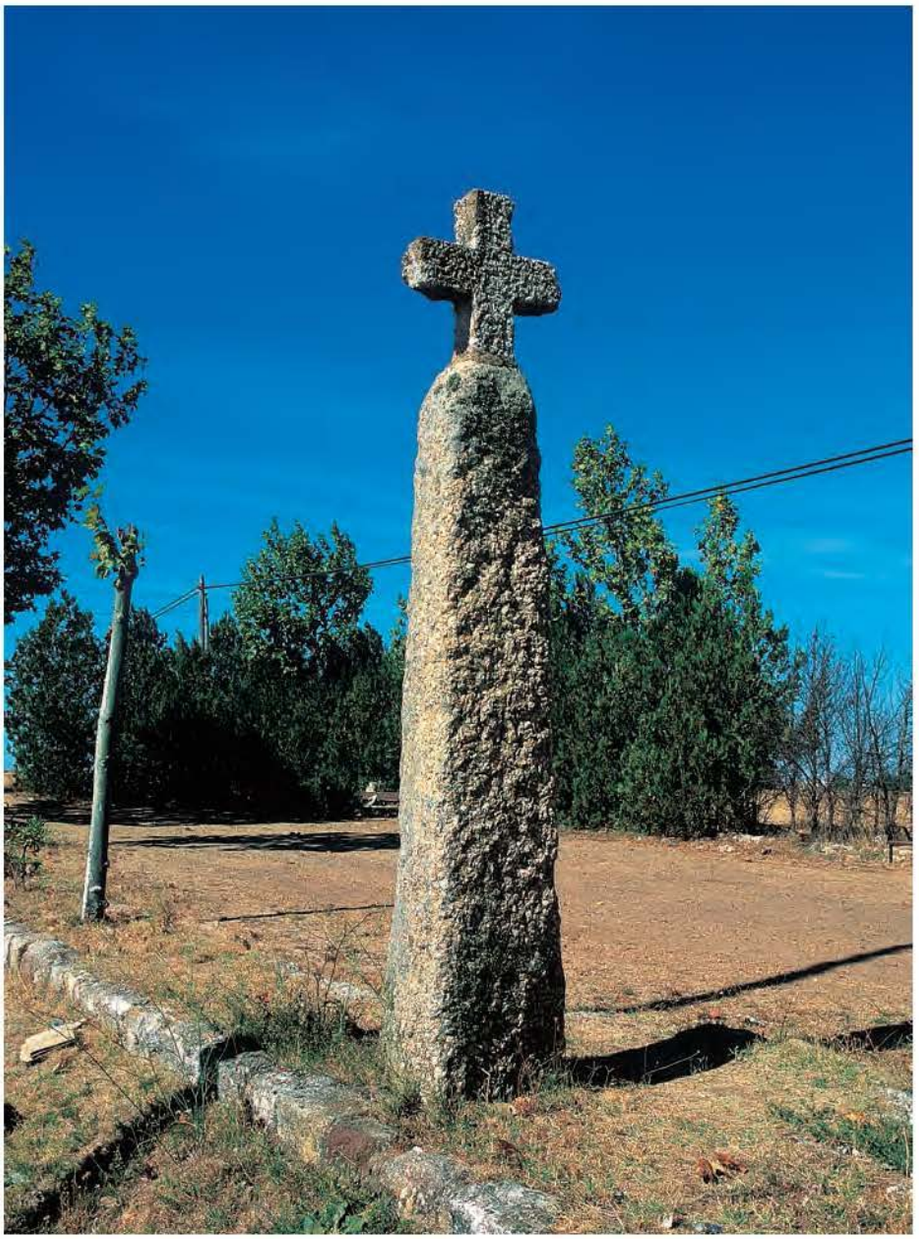
ÁLVAREZ MARTÍNEZ, U., 1889 (1965), pp. 98, 130; GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, J. A., 1990, pp. 29, 49; GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, J. A., 1993, p. 29; IRADIEL, P., 1995, pp. 509, 511, 515; LERA MAÍLLO, J. C. de, 1999, docs. 1116, 1185, 1203, 1256, 1348, 1459, 1480-1481, 1491, 1513-1514, 1522, 1669, 1671, 1897, 1915, 1922, 1936, 1957, 1963; LERA MAÍLLO, J. C. de *et alii*, 1998, doc. 110; MORETA VELAYOS, S., 1993, p. 46; REPRESA RODRÍGUEZ, A., 1972, pp. 528, 529, 534, 535 y 537; SÁEZ, E., 1987, doc. 20; VIÑÉ ESCARTÍN, A. I. *et alii*, 1994.

Cruz del rey don Sancho

MUCHO HA CAMBIADO el paisaje desde que Gómez-Moreno fotografíó esta cruz, situada entonces en pleno campo. Hoy queda junto a la carretera de La Hiniesta, en una zona un tanto degradada de los suburbios industriales, al noreste de la ciudad, junto a un cruce de carreteras.

Tradicionalmente se ha relacionado con el *sitio de Zamora* llevado a cabo por el rey Sancho II de Castilla en 1072, y la tradición apunta que pudo ser el lugar donde se asentó su campamento, levantándose la cruz en memoria de la muerte del rey, en el mismo sitio donde esto ocurrió. Gómez-Moreno recoge la costumbre, ya desaparecida en su tiempo, de que en el entorno de este monumento los caminantes depositaban una piedra, en señal de haber dicho una oración por el alma de don Sancho.

Se trata de un monolito labrado en dura pudinga, en forma de paralelepípedo de sección rectangular que se va estrechando hacia la parte superior, donde remata en una sencilla cruz griega, que según el autor del *Catálogo Monumental de la provincia de Zamora* es posterior al monolito y



Cruz del rey don Sancho

sustituida además por otra en los tiempos en que él la visitó. La altura total es de 288 cm, de los que 226 cm corresponden a la base, que tiene una anchura máxima de 54 cm y un espesor de 32 cm. En la cara que mira hacia el norte, donde presenta un grano más fino, se intuyen algunas borrosas letras, entre las que creemos ver una A, capital cuadrada, sin duda moderna.

Desde luego este monumento no es una pieza que pueda tener el más mínimo rasgo para considerarla como una producción artística de época románica. Si su cronología se remonta hasta aquel período o no es prácticamente imposible de saber, aunque algunos autores lo dan por supuesto. En todo caso hemos considerado oportuno incluirlo dentro de este trabajo porque al menos, en la tradición zamorana, rememora un acontecimiento que ha dejado fuerte impronta en la historia de la ciudad y en la literatura medieval y que tuvo lugar cuando se estaba fraguando en los Reinos de Castilla y de León el arte románico. Por su ubicación, dominando la ciudad, no es tampoco descabellado pensar que fuera el lugar donde se dispuso el real del ejército castellano, a pesar de la total ausencia de documentación histórica.

Texto y foto: JNG

Bibliografía

ÁLVAREZ MARTÍNEZ, U., 1889 (1965), p. 152; ENRÍQUEZ DE SALAMANCA, C., 1998, p. 77; GÓMEZ-MORENO, M., 1927 (1980), pp. 87, 88 y fot. 44; QUADRADO, J. M.ª y PARCERISA, F. J., 1861 (1990), pp. 31-32; SÁNCHEZ HERRERO, J., 2002, pp. 32-33.

Museo de Zamora

ENTRE LOS FONDOS ACTUALES del Museo de Zamora, bien en sus instalaciones del antiguo Palacio del Cordón o Palacio de Puñoenrostro, bien en sus almacenes de la contigua iglesia de Santa Lucía, se hallan depositadas numerosas piezas que se remontan a época románica. Son elementos de muy diversa índole, aparecidos en excavaciones arqueológicas, procedentes del desmantelamiento de algún edificio o simplemente llegados sin un contexto claro, dotados de una relevancia artística o histórica un tanto desigual. Aquí nos limitaremos a dejar constancia de su existencia, resumiendo sus datos en breves fichas.

1. MATRIZ DEL SELLO DE PEDRO, OBISPO DE OSMA
Pizarra
6,5 × 4 × 2,1 cm
Procedente del monasterio de Moreruela
Inv°. 96/5-12

De forma almendrada, presenta en una de las caras la inscripción: + SIGILLVM PETRI OXOMENSIS EPISCO(pi), dispuesta perimetralmente, con caracteres un tanto arcaicos; por la otra aparece la imagen del obispo, con mitra y báculo, muy simple. La pieza, tanto por su forma como por su grafía, puede fecharse en el siglo XIII, momento en que hubo en Osma dos obispos de nombre Pedro, uno de apellido Ramírez (1225-1231) –luego obispo de Pamplona– y el otro llamado Pedro de Peñafiel (1241-1246), que debió ser enterrado en la propia catedral de El Burgo de Osma, de modo que desconocemos la relación de tales personajes con aquel monasterio zamorano. Se ha apuntado sin embargo que pudo pertenecer al cardenal Pedro González de Mendoza, obispo administrador de Osma entre 1478 y 1483, y también abad comendatario de Moreruela en 1478 a 1494 –cargo éste que por cierto había ocupado también su predecesor en la mitra oxomense, Francisco de Santillana–, aunque a juicio nuestro la pieza se ajusta más a aquella otra cronología.

2. PLACA DORATIVA
Bronce dorado
5,2 × 4,3 × 0,2 cm
Procedente de Pobladura de Valderaduey
Inv°. 85/48/1-1

La pieza es rectangular, con una serie de perforaciones perimetrales, para sujetarla con clavos, mostrando un grifo en relieve, con la cabeza vuelta, alas abiertas y cola acabada en flor de lis. Se trata de una placa decorativa, quizá de un mueble, y su cronología podemos situarla a fines del XII o en la primera mitad del XIII.

1. *Matriz del sello de Pedro, reverso*

2. *Placa decorativa*

3. PLACA DE UN CORREAJE DE ESPUELA
Bronce
2 × 1,2 × 1,5 cm
Procedente de la iglesia de San Pedro sobre el Río, Toro
Inv°. 95/9-45

Es una pieza rectangular, con sencillo reborde perimetral, decorada con un tallo sinuoso, entre el que aparece un agujero para un clavo. Sin duda forma parte de una pieza más compleja y, a juzgar por el motivo que presenta, muy habitual en época románica, podemos llevarla hasta esa cronología. No obstante elementos prácticamente idénticos forman parte de la sujeción de espuelas fechadas ya en las postrimerías del siglo XIII o comienzos del XIV, por lo que el abanico cronológico se amplia considerablemente. En todo caso sí creemos que puede tratarse de un correaje de espuela.

4. LAUDA SEPULCRAL
Granito
160 × 58 × 8 cm
Procedente del yacimiento de *El Ejido*, Dehesa de Pelazas, Villar del Buey
Inv°. 92/41/83

Es una pieza irregular que en su cara superior muestra incisos dos diferentes tableros de alquerque, que aparecen con mucha asiduidad en muros, pavimentos o pórticos de edificios románicos. Los autores de la excavación fechan la cronología de la necrópolis hacia los siglos XI y XII, aunque esta lauda no se asociaba a ninguna de las sepulturas.

5. ARCO DEL ANTIGUO CONVENTO DE SAN JERÓNIMO DE ZAMORA
Piedra arenisca
185 cm de luz
Procedentes de las excavaciones de Victoriano Velasco
Inv°. 213

5. Arco del antiguo convento de San Jerónimo de Zamora

Es un arco de medio punto formado por siete dovelas decoradas por ambas caras, a base de rosetas de hojas puntiagudas o palmeadas, con clípeos que encierran estrellas de seis puntas o con ruedas de radios curvos, además de algunos zarcillos es espiral, motivos todos de clara raigambre tardorrománica, generalmente presentes en tierras salmantinas, segovianas y abulenses. Sin embargo el monasterio fue fundado en la Baja Edad Media, por lo que cabe sospechar que el arco proceda de algún edifico preexistente en el mismo solar o que tal vez fuera trasladado de otro sitio.

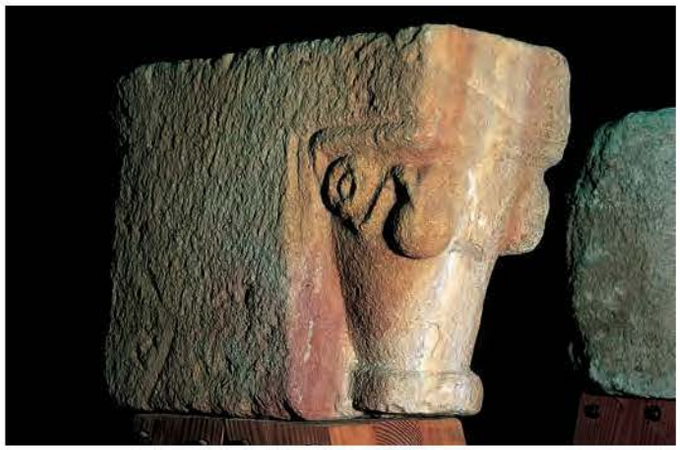
6. CAPITEL
Piedra arenisca
53,5 × 34,5 cm
Procedente de la iglesia de San Juan del Mercado, Benavente
Inv°. 161

6. Capitel

Se halla decorado en tres de sus caras, con anchas hojas de acanto, con el eje perlado y enrolladas en los extremos, ejecutadas con muy esmerada talla. Recuerda a algunos capiteles de la Catedral Vieja de Salamanca y sin duda formó parte de un arco toral o formero.

7. CANECILLO
Piedra arenisca
56 × 39 × 21,5 cm
Procedente del palacio del Cordón

Se decora con un capitelillo pinjante de cesta lisa, rematada en tallos ondulantes y bolas, un motivo que se halla con relativa frecuencia en iglesias y edificios civiles del tardorrománico de la ciudad.



7. Canecillo

8. PIEZA MOLDURADA
Piedra arenisca de grano fino
28 × 31 × 18,5 cm
Procedente del monasterio de Moreruela
Inv°. 00/24

Creemos que se trata de una dovela perteneciente a un arco de bastante luz, presentando sección más o menos triangular, con bocel entre nacelas, seguidas a su vez de cuartos de bocel. Muestra una marca de cantero en forma de ocho.

9. CAPITEL
Piedra arenisca de grano grueso
33,5 × 32 × 30 cm
Procedencia desconocida

Es una pieza muy tosca, casi cúbica, decorada en sus cuatro caras, tratando de representar anchas hojas angulares, lisas, rematadas en bolas. Fue concebido para remate de un pilar.

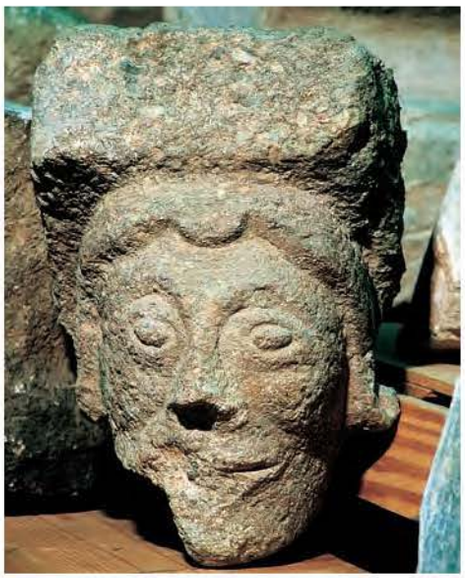
9. Piedra moldurada

10. CAPITEL
Piedra arenisca de grano grueso
34 × 33 cm
Procedencia desconocida
Inv°. 209/2

10 Capitel

De cesta redondeada, está decorado en sus cuatro caras con idéntico motivo; un entrelazo de tallos tripartitos que recorre la cesta sin solución de continuidad, rematando en una hoja palmeada en el centro de cada cara. Perteneciente a una columnilla exenta, carece de collarino y presenta rasgos de haber sufrido la acción del fuego.

11. FRAGMENTO DE CANECILLO
Piedra de arenisca de grano grueso
33 × 20 × 12 cm
Procedente de la calle de los Herreros, n.° 29
Inv°. 98/5



11. Fragmento de canecillo

Se decora con cabeza masculina imberbe, peinada a cerquillo, con corta melena y ojos almendrados, muy similar al canecillo n.º 20.

12. HAZ DE CAPITELILLOS
Piedra arenisca de grano fino
36 × 36 × 26 cm
Procedente de la iglesia del Santo Sepulcro de Toro (1993)
Inv°. 93/26/126

Se trata de una pieza de sección triangular, que muestra en una cara tres columnillas con sus correspondientes capitelillos, decorados con hojas puntiagudas, abiertas en abanico y talladas a bisel. La otra cara, más deteriorada, presenta una especie de pilastra, con gran roseta central, entre columnas, portando la única conservada un aspa sobre el fuste, mientras que los capiteles siguen la misma decoración que el otro lado. Es un elemento un tanto irregular, que pudo ser un soporte o quizá la separación entre dos arcos de un lucillo funerario, similar al que se conserva en la ermita de Nuestra Señora del Carmen del Camino de la capital. Su decoración, especialmente la roseta de hojas puntiagudas con botón central que luce en una de las caras, nos lleva a paralelismos con el tardorrománico de la zona al sur del Duero, pero también a la pieza que catalogamos con el n.º 23, procedente de esta misma ciudad.

13. QUICIOS DE PUERTA
Piedra arenisca de grano grueso
29 × 39 × 34 cm
Procedentes de la calle de los Herreros, n.º 29
Inv°. 00/4

Son dos grandes piezas idénticas, cilíndricas, con un agujero central de 16 cm de diámetro, donde encajaba el espigón del quicial de una gran puerta; eran elementos que se encastraban en la parte superior de las jambas, sin formar parte de los salmeres de los arcos, como es habitual en otros casos. Su similitud con los que se hallan en las puertas de la muralla de la ciudad hace suponer que fueran de alguna de las desaparecidas, quizá de la Puerta Nueva del Primer Recinto, que se hallaba contigua a la calle de los Herreros, o tal vez del Arco de Balborraz, en el Tercer Recinto. Por el paralelismo con los conservados en su lugar original podríamos fecharlos hacia las primeras décadas del siglo XIII.

14. CAPITEL
Piedra arenisca de grano fino
32 × 26 × 29 cm
Procedencia desconocida
Inv°. 209/3

14. Capitel

Se decora en tres caras a base de motivos vegetales, con tallos alargados, palmeados y vueltos en los extremos, y con alguna hoja de acanto con remate enrollado. Es una pieza bastante extraña que, no con pocas precauciones, podríamos incluir dentro de las últimas etapas románicas, aunque perfectamente pudiera ser muy posterior.

15. FRAGMENTO DE DOVELA
Piedra arenisca de grano fino
51 × 13 × 29 cm
Procedente de la iglesia de Santo Tomé de Zamora (1996)
Inv°. 96/36/108

Debe corresponder a un fragmento de arquivolta de portada, decorada con nacela rellena de bolas, trasdosada por bocelillo filiforme.

16. ESTELA DISCOIDAL
Piedra arenisca blanca de grano grueso
40,5 cm Ø y 11,5 cm de espesor
Procedente de las excavaciones de la plaza de Arias Gonzalo, Zamora
Inv°. 97/13/A/u.e. 11/1

16 Estela discoidal

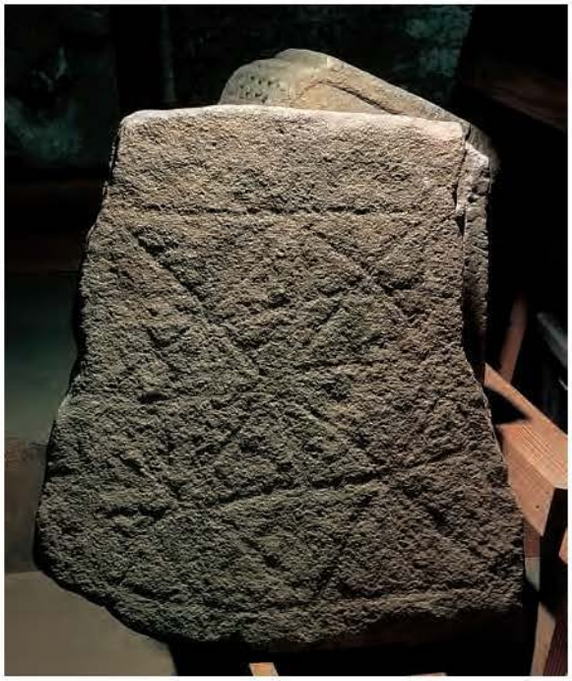
Se decora sólo en una de sus caras, con filete perimetral albergando una cruz griega potenzada, con escotaduras cuadradas en los extremos y con una cuatripétala en una de las enjutas inferiores. Pudiera corresponder a la necrópolis de la iglesia de San Martín el Antiguo, que se hallaba en las inmediaciones y su cronología pudiera ser de fines del XII o quizá de cualquier momento del siglo XIII.

17. FRAGMENTO DE CAPITEL
Piedra arenisca de grano fino
40 × 30 × 28, 5 cm
Procedencia desconocida
Inv°. 209/1

La cesta, de tendencia cilíndrica, se decora en todo el perímetro, mostrando dos estilizados leones que contactan entre sí con los cuartos traseros, tal vez en presencia de un personaje. En el lado contrario se encuentran las cabezas, con una figuración muy mutilada, quizá un motivo vegetal. A pesar de la erosión de la pieza, parece de ejecución un tanto antigua, posiblemente de la primera mitad del siglo XII.

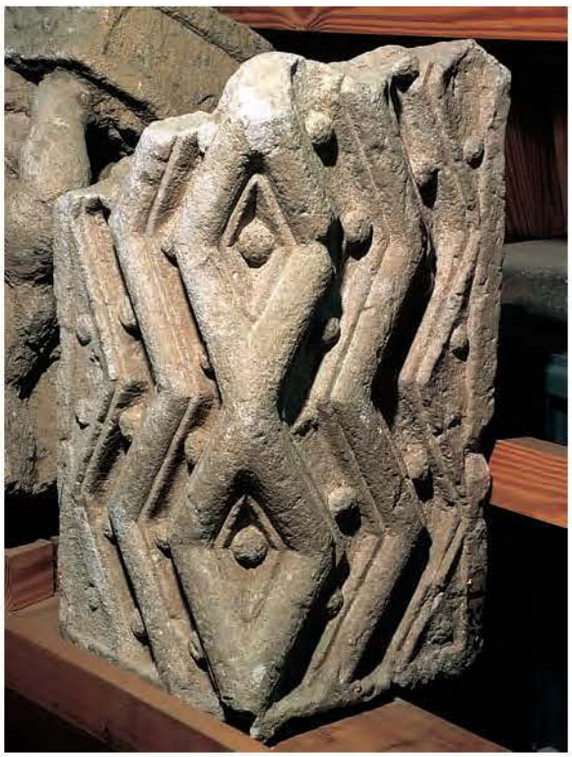
18. TABLERO DE ALQUERQUE
Granito
68 × 63 × 10 cm
Procedente del yacimiento de *El Ejido*, Dehesa de Pelazas, Villar del Buey
Inv°. 92/41/84

Se hallaba en la tumba n.° 1 de la necrópolis de *El Ejido*, en la Dehesa de Pelazas (Villar del Buey), con el grabado hacia abajo, dentro de un conjunto funerario fechado por sus excavadores en los siglos XI y XII. El tablero se adapta perfectamente a la forma trapezoidal de la losa.



18. Tablero de alquerque

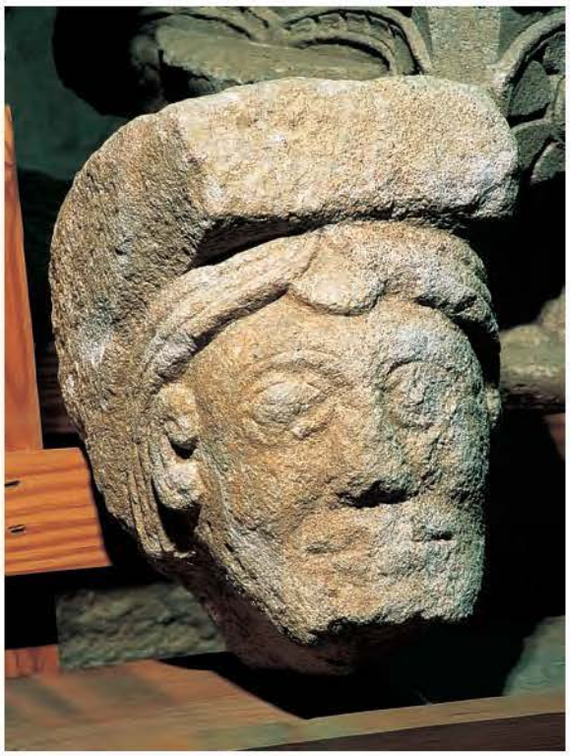
19. FRAGMENTO DE JAMBA
Piedra arenisca de grano fino
64,5 × 32 × 32 cm
Procedente del castillo de Zamora
Inv°. 123



19. Fragmento de jamba

Se trata de una jamba o pilastra decorada en dos de sus caras a base de boceles alternantes con medias cañas rellenas de bolas, siguiendo una disposición en zigzag vertical. Es un motivo decorativo usado en las arquerías de templos tardorrománicos como en Santa María del Azogue (Benavente), en la iglesia leonesa de Arbas del Puerto, o en algunas asturianas, como en San Juan de Amandi.

20. CANECILLO
Piedra de arenisca de grano grueso
27,5 × 19 × 25 cm
Procedente de la plaza de Antonio del Águila, Zamora
Inv°. 94/1/-/2



20. *Canecillo*

Se decora con una cabeza masculina imberbe, peinada a cerquillo, con melena partida, una representación que por su tratamiento y motivo recuerda mucho a la pieza n.° 11.

21. CAPITEL
Piedra arenisca
38 × 42 × 44 cm
Procedente de la plaza de Antonio del Águila, Zamora
Inv°. 94/1/-/7

Está decorado en tres de sus caras, presentando en el dorso una prolongación prismática para empotrar en el muro. Muy erosionado, presenta motivos vegetales que nos recuerdan a algunos capiteles de la iglesia de San Vicente, en la misma capital, a base de largos y anchos tallos, con acanaladura central que recorren verticalmente la cesta, volviéndose posiblemente en la parte superior. A juzgar por el tamaño pudiera haber ocupado un arco toral o formero.

22. MOCHETA
Piedra arenisca de grano muy grueso
65 × 24 × 29 cm
Procedente de la calle de San Andrés, Zamora
Inv°. 00/5

Se halla completo, mostrando en uno de los extremos la decoración a base de una especie de capitelillo pinjante, de perfiles en forma de nacela, con pequeñas incisiones en las caras tratando de conformar –aunque sin conseguirlo– las habituales hojas lanceoladas que presentan este tipo de piezas, tan habituales en la ciudad y en la provincia, dentro de las fábricas de cronología tardorrománica, entre ellas la propia iglesia de Santa Lucía. El hecho de que el vástago para encastrar en el muro presente una prolongación lateral nos hace pensar más bien en que se trata de una mocheta, similar a las que se hallan en varios edificios civiles de la Rúa de los Francos o de las calles de los Baños, de la Plata, de Balborraz –estas tres en la antigua Puebla del Valle–, y también en el arrabal de San Frontis.

23. DOVELAS
Piedra arenisca de grano muy fino
26 × 31,5 × 34 cm y otra de 26 × 34 × 23 cm
Procedentes de Toro
Inv°. 83/1/To 2 y 3

23. *Dovelas*

Una de ellas se decora con una roseta de triple capa de pétalos, angulosos, tallados a bisel y con botón central, inscrita en círculo y flanqueada por dos medias gavillas o haces; la otra es muy similar, aunque ahora los pétalos son convexos y no hay haces laterales. Por sus similares dimensiones y decoración debieron corresponder a las arquivoltas de una mísma portada, muy vinculada a los edificios tardorrománicos de Salamanca, Segovia o Ávila. Otra de las piezas de este inventario, la n.° 12, procedente de la iglesia del Santo Sepulcro de Toro, presenta igualmente una de estas rosetas.

24. DOVELA
Piedra arenisca de grano fino
41 × 32,5 × 25
Procedencia desconocida

Corresponde a un arco de amplia luz, decorada con bocel en la arista, mediacaña en el intradós y otra mediacaña en el frente, esta vez con media bola.

25. DOVELA
Piedra arenisca de grano fino
35 × 21 × 34
Procedencia desconocida

Formó parte de un arco de amplia luz, posiblemente formando conjunto con la pieza n.° 24, mostrando en esta ocasión un perfil de listel, caveto cargado de medias bolas, y bocel.

26. FRAGMENTO DE FUSTE Y CAPITEL
Piedra arenisca de grano fino
28 cm de altura y 18 cm de Ø
Procedencia desconocida

Es una sencilla pieza, con fuste cilíndrico que, mediante un collarino, da paso a un capitel de cesta lisa. Pudiera pertenecer a un arcosolio o tal vez a un tenente de altar o similar.

27. FRAGMENTO DE CAPITEL
Piedra arenisca
19 × 23 × 14 cm
Procedencia desconocida

27. *Fragmento de capitel*

Corresponde a uno de los ángulos superiores de una cesta de buenas dimensiones, mostrando una palmeta invertida de cinco hojas, seguramente el remate de una gran hoja plana. Su cronología puede cifrarse en las postrimerías del siglo XII o en los comienzos del XIII.

28. CANECILLO
Piedra arenisca
44 × 24 × 28 cm
Procedencia de la calle Cuesta de Pizarro, n.° 5, Zamoar
Inv°. 94/31

28. *Canecillo*

Muestra una decoración que se registra en otros casos del románico zamorano (por ejemplo en la Dehesa de La Albañeza), con una cabeza imberbe, peinada con melena partida y rematada en bucles. La labra es bastante tosca y su cronología puede ser de fines del siglo XII o comienzos del XIII.

29. CAPITELILLO ANGULAR

En una pequeña estancia adosada a la fachada occidental de Santa Lucía, se conservan algunos otros restos constructivos de menor importancia: fustes de columnas, dovelas, tres piezas que conforman un esquinal abocelado rematado en bolas colgantes, una basa formada por grueso toro y escocia o un capitelillo angular, de ventana, muy tosco, con cesta lisa rematada en volutas, idéntico a alguno de los que decoran la portada de la iglesia de un lugar tan lejano como es Rabanal de los Caballeros, en el norte palentino.

Texto y fotos: JNG

29 Capitelillo angular

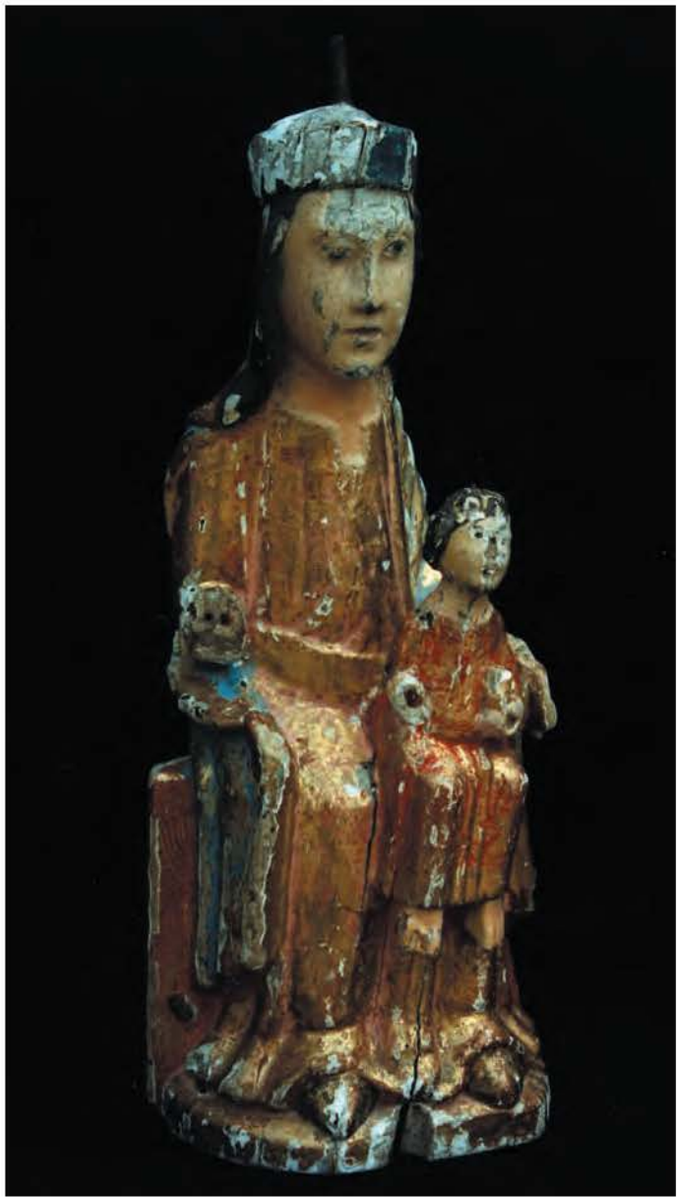
Bibliografía

ÁVILA DE LA TORRE, Á., 2000, p. 177; GARCÍA ROZAS, R., 1999, pp. 58, 60; GÓMEZ-MORENO, M., 1927 (1980), p. 76; MARTÍN ARIJA, A. M.ª *et alii*, 1992; RAMOS DE CASTRO, G., 1998; SANZ GARCÍA, F. J. *et alii*, 1994.

Palacio episcopal. Virgen de la Cernecina

DE LA PEQUEÑA Y ESCONDIDA aldea sayaguesa de La Cernecina –en realidad un barrio anejo de Malillos–, carente de referencias históricas de época medieval, de su modesta iglesia-ermita dedicada a San Ildefonso, procede una talla policromada de la Virgen con el Niño. Es una pequeña pieza de 46,5 cm de altura, 20 cm de anchura y 12 cm de espesor, de dorso plano y macizo y que representa a la Virgen sedente con el Niño sobre su regazo, al modo del común modelo de Trono de la Sabiduría.

Virgen de la Cernecina



La Madre aparece sentada sobre un escaño cuadrangular, simple; viste túnica dorada, de cuello recto, con pequeña escotadura en el pecho, sobre la que se dispone el manto de pesados pliegues, rectos sobre las piernas –abriéndose ligeramente sobre los pies, para dejar ver las punteras– y oblicuos sobre su brazo izquierdo, con cuya mano se sujeta uno de los extremos. Este ropaje cubre igualmente su hombro derecho, aunque deja libre el brazo, perdido a la altura del codo. Se toca con una especie de bonete que en origen debió ser una corona, recortada para adaptar la imagen a la típica vestimenta deciochesca; bajo el tocado lleva un velo recto, con insinuados pliegues laterales, que cae sobre el principio de la espalda y cuya policromía actual quiere imitar al cabello.

El Niño se halla ligeramente desplazado hacia la rodilla izquierda de la Virgen; tiene los pies desnudos y viste únicamente túnica, sosteniendo el libro con la mano izquierda, la única que conserva, careciendo de corona y peinándose con corta melena.

A pesar de su deficiente estado, constituye una buena talla, proporcionada, alcanzando el rostro de la Virgen una naturalidad poco común en muchas de estas imágenes, aunque al escultor le fallan algunos detalles en cuanto a la consecución de los volúmenes, especialmente en el cuerpo de María. Su cronología la podemos cifrar en el primer tercio del siglo XIII, aunque sin duda es posterior la policromía actual, en la que domina el dorado, con algunos restos de azul claro en el manto de la Virgen y de rojo en la túnica del Niño.

Texto: JNG - Foto: JARH

Bibliografía

COLINO GONZÁLEZ, F., 2001, pp. 149-152; HERAS HERNÁNDEZ, D. de las, 1973, p. 57; VALDUEZA, J. L. Y PANERO, J. A., 2001, p. 103.

Museo Catedralicio. Crucificado

En el Museo de la Catedral de Zamora se conserva un crucificado románico de hacia 1200, procedente de la iglesia parroquial de San Juan Bautista de Gema del Vino. Realizado en madera policromada, mide 181 × 32 cm.

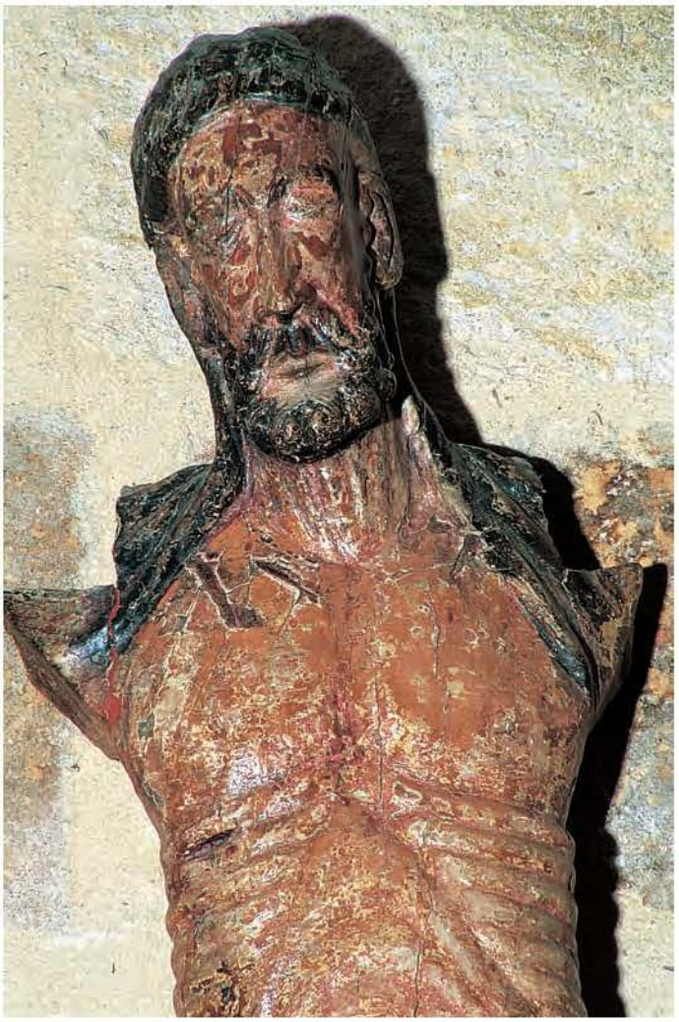
Son muy pocas las obras de imaginería románica que se han conservado en la provincia de Zamora, siendo en la mayor parte de los casos tallas de la Virgen con el Niño. Sólo dos crucificados románicos han llegado hasta nuestros días: el de Moralina de Sayago y el que nos ocupa.

El Cristo de Gema se nos muestra hoy en un estado lamentable, con importantes pérdidas volumétricas que son producto de los avatares sufridos por la pieza a lo largo del siglo pasado. Cuando Gómez-Moreno visitó la parroquia de Gema entre 1903 y 1905 halló la imagen completa en el coro. Contaba entonces con una "cruz de gajos, pintada de verde" y tenía unas manos "con los dedos separados unos de otros". No sabemos en que momento concreto fue retirada de ese emplazamiento, ni cuando perdió la cruz y las extremidades superiores. En 1973 se encontraba ya en Zamora y presentaba un aspecto similar al que hoy tiene, salvo una parte de su brazo derecho que se conservó, al menos, hasta 1988.

Pese a las pérdidas sufridas, podemos señalar que el tipo de representación elegida es el que muestra a Jesucristo muerto y sujeto a la cruz con cuatro clavos. Su rostro, de proporciones ligeramente alargadas, tiene los ojos cerrados y una expresión serena e impasible alejada de todo dramatismo. La cabeza está ligeramente inclinada hacia el hombro derecho y peina larga melena que cae

Crucificado de Gemma del Vino

Detalle del Cristo de Gemma



simétricamente sobre los hombros en forma de gruesos mechones que dejan ver las orejas. Una barba de suaves bucles y el bigote completan su fisonomía.

La anatomía del tronco es abstracta y esquemática como en la mayor parte de las imágenes de este tipo. Obedece a un esquema casi geométrico en el que los pectorales adoptan la forma de capelina y las costillas se hacen muy marcadas, delimitando entre ellas un espacio triangular que se corresponde con la caja abdominal. Apenas hay señales del padecimiento físico, reduciéndose éstas a la herida abierta en el costado derecho.

Los brazos se disponían extendidos de forma perpendicular al tronco y con las manos abiertas, como ya indicara Gómez-Moreno.

Las piernas parecen talladas por separado, lo que evidencia el alto grado de calidad de la pieza. Se disponen paralelas, con la izquierda un poco más adelantada y el pie derecho ligeramente divergente, tratando así de expresar un movimiento que rompe con el plano único aunque sin abandonar del todo la superficie frontal.

La única vestimenta que incorpora es el típico *perizonium* que le cubre desde la cintura hasta las rodillas, dejando éstas a la vista así como el arco superior de las caderas. Se sujeta con una especie de cinturón orlado sobre el que vuelan un pliegue central en zigzag y otros dos de parecidas características en los laterales. El resto de los plegados caen rectos y paralelos, describiendo en el borde inferior pequeñas ondulaciones o meandros de ritmo continuado. Se completa su decoración con una serie de aplicaciones pictóricas a base de recuadros dorados a modo de estampados y una cenefa con dos líneas perladas que recorren el borde inferior.

Pese a estas características, se observan algunos detalles que apuntan hacia un alejamiento de los convencionalismos propios de estas imágenes. El incipiente naturalismo que se atisba en sus formas, el suave modelado de las mismas y el tímido desplazamiento de su pierna derecha son indicios de una cronología más avanzada que puede rondar el año 1200.

Texto: PLHH - Fotos: JNG

Bibliografía

CASTÁN LANASPA, J., 2001, pp. 612-613; GÓMEZ-MORENO, M., 1927 (1980), p. 297; HERAS HERNÁNDEZ, D. de las, 1973, p. 83; NIETO GONZÁLEZ, J. R., 1982, p. 152; RAMOS DE CASTRO, G., 1977, pp. 412-414.